

Dr. TARQUINO ANIBAL IDROBO

Profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Central, Profesor del Colegio Normal Juan Montalvo, Miembro Correspondiente de la Casa de la Cultura, Miembro del Círculo de la Prensa de Quito, Miembro de la Sociedad de Amigos de la Arqueología, Miembro de la Asociación de Geógrafos Brasileños.

986.6

1.27

LECTURAS PARA LAS NUEVAS GENERACIONES

ECUADOR

INMORTAL

Obra premiada y recomendada por el Ministerio de Educación Pública, para uso de los colegios Secundarios.

QUITO — ECUADOR

1964

Talleres Gráficos de Educación

A la venerada memoria de mi padre, Juan Modesto Idrobo quien, durante el tiempo de cincuenta años dedicó sus energías a educar muchas generaciones de hombres.

El llevó su vida pobre como es la vida de casi todo maestro de escuela. Murió pobre, con la satisfacción de haber cumplido su misión apostólica que el destino le señalara en su paso silencioso por la Tierra.

Con la gratitud eterna que le guarda mi alma, dedícole esta obra en homenaje y en agradecimiento por lo que él hizo con todos y cada uno de sus hijos.

EL AUTOR.

REPUBLICA DEL ECUADOR
MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA

Circular N° 266 — DGE.

**Dirección General de
Educación**

Quito, a 8 de setiembre de 1951

Señor

Con fecha 31 de mayo del año en curso, el Ministerio del Ramo expidió la Resolución N° 37, mediante la cual se recomienda como texto de Lectura la obra ECUADOR INMORTAL, cuyo autor es el Profesor Tarquino Idrobo.

Dicha obra que se ha puesto en circulación, fue estudiada por una Comisión de Profesores quienes han enaltecido la importancia del texto en mención por su contenido literario y educativo, especialmente para uso de los alumnos de los dos primeros cursos de los Colegios de Segunda Educación.

En esta virtud, el Ministerio se permite reiterar a usted la recomendación a que se refiere el documento al que hago referencia, en orden a que se use y aproveche el texto ECUADOR INMORTAL, por su valor pedagógico y por los demás aspectos importantes que Ud. encontrará, con seguridad en dicho texto.

De usted atentamente,

DIOS PATRIA Y LIBERTAD,

Nelson I. Torres A.,
Subsecretario de Educación.

NUESTRA PATRIA INMORTAL

¡Qué emoción sentimos todos los ecuatorianos cuando nuestros pensamientos se dirigen a considerar lo que es la Patria! ¡Con qué cariño vibran en nuestros sentimientos y en nuestros recuerdos sus pasadas glorias! El cielo, el mar, la tierra, el bosque nos dicen, con su lenguaje de belleza eterna: ama a la Patria. Todos los maestros repiten a diario: ama a la Patria. Pero tú que lees este trozo de lectura, preguntarás: ¿Qué es la Patria? Y yo te replicaré:

La ciudad o el pueblécito en que vives, donde correteas retozón en tus horas de descanso; el paisaje familiar que miras todos los días, desde cuando el radiante sol de nuestra sin igual tierra asoma tras los cerros levantinos de la cordillera, dorando con el fuego de sus rayos los espacios ubérrimos y benditos del Ande gigantesco, hasta cuando la noche cae envolviéndonos con su oscuro manto: allí está un pedazo de la Patria.

Al otro lado de las cuchillas seranas, al Occidente, hay tierras bañadas por el sol ecuatorial, que van a terminar en el risueño Pacífico. Allí se levantan grandes poblaciones a orillas de los ríos y del océano, en medio de zonas cubiertas perpetuamente por vegetación tropical variadísima. Hay riqueza producida por el trabajo del hombre. Joven, allí está la Patria.

Hacia el lado que tú ves todos los días que sale el Astro Rey, corren rumorosos ríos, que forman enormes cuencas, fertilizando tierras donde la Naturaleza esconde múltiples

secretos en sus entrañas. Árboles milenarios parece que llegan al cielo con sus copas esmeraldinas. La selva impenetrable va desapareciendo ante el trabajo titánico de nuestros colonizadores. Hay en esas regiones llanuras infinitas, cascadas primorosas, flores que aroman el ambiente, oro en abundancia, yacimientos petrolíferos, caucho, café, vainilla, etc. Allí está la Patria. Desde el Pacífico hasta el Ambiyacu; desde el Mataje hasta el Tumbes: allí está tu Patria Geográfica.

El cielo magnífico, azul, completamente azul en los meses de cosecha, plúmbeo en Enero y diáfano en Mayo, cielo surcado por nubes que, en formas caprichosas, deambulan por el espacio inmenso, arremolinándose sobre los picos niveos de los Andes, hace que tu mirada inocente se recree y que sientas el goce inefable de vivir en esta bella y esplendorosa tierra. Todo esto es la Patria.

En el aire vivificante que te trae perfumes paradisiacos en los amaneceres luminosos, con el que se llenaron tus pulmoncitos cuando viniste a la vida y que hoy, que estás crecido, aspiras lleno de energía; en ese aire que es ternura materna, soplo de vida, allí, allí está la Patria.

Los jardines florecidos en Abril, las campiñas glaucas, los montes umbrios, los riachuelos que, como cintas azules, serpentean en medio del silencio hechizador de la Naturaleza; el aire suave, las noches estrelladas y enigmáticas, los atardeceres sosegados, los paisajes policromos, las islas perdidas en la inmensidad del océano turbulento; joven, eso es nuestra Patria eterna.

La casita hogareña, los amigos amables, la obra del hombre para aprovechar los elementos de la naturaleza, el dominio de las fuerzas de la tierra, las grandes ciudades, los tranquilos poblados, eso es la Patria.

La Historia que nos habla de nuestros dolores y nuestros triunfos gloriosos, las leyendas que elevan el espíritu y que no son nirvanas que lo abochornan, el empuje vehemente del hombre progresista, las grandes fábricas, los centros culturales, las universidades, los colegios y la escuelas, todo esto es la Patria.

Nuestra Patria eterna vive en la tierra, en las aguas y en la inmensidad de los cielos. También vive en nuestras

almas, en los ideales y en los ensueños de prosperidad.

Nuestra Patria vivió en el pasado, vive en el presente y vivirá en los siglos venideros. Por eso nuestra Nacionalidad es inmortal, porque no morirá nunca.

Yo te digo: Ama a la Patria, con la más fuerte intensidad de tu corazón generoso. Sirvela con tu inteligencia y con tu brazo. Defiéndela con la máxima energía de tu espíritu y de tus músculos, cuando sea hollado su suelo bendito, por hombres extraños que traten de conquistar nuestra tierra libre.

Trabaja, sí, trabaja: solamente en esta forma serás un hijo bueno y útil para esta madre generosa.

Verás, entonces, cuando llegues a ser adulto una Patria grande, única, fuerte, bajo cuya grandeza tu paso por la tierra será siempre venturoso.

Mantente allí donde te haya colocado la naturaleza. Nunca de apartes de la profesión adecuada a tus conocimientos y lograrás éxito. Si te inclinas a otra, serás en ella mil veces peor que nada.— SMITH.

AMOR PATRIO

El maestro, lleno de emoción suprema, habló a sus discípulos con cálida palabra en la siguiente forma: Hoy es el Día del Civismo, día en el cual todo nuestro ser vibra de emociones sublimes al recordar lo que es la Patria ecuatoriana, al hacer un acto de fe, de amarla siempre más y más.

Vosotros, queridos alumnos, sentiréis mayor cariño a nuestro Ecuador Inmortal cuando os encontréis en tierras lejanas, en otras latitudes y en otros paisajes; allá vuestros recuerdos se volcarán hacia nuestra tierra con una intensidad avasalladora. Allá vuestros ojos se humedecerán en lágrimas cuando oigáis las melodías de nuestro Himno Nacional.

Amaréis más a nuestra Patria cuando por vuestra imaginación desfilen hechos del pasado: cuando veáis a nuestros soldados muriendo en Angoteros, en Rocafuerte, en Yaupi, en Quebrada Seca, en Carcabón. La amaréis más cuando veáis a nuestro Tricolor Nacional acribillado por balas enemigas y, aún así, flameando a todos los vientos. La amaréis más cuando veáis a nuestros soldados exhaustos, sudorosos, con sus vestidos hechos jirones, empuñando virilmente el fusil, defendiendo nuestra tierra de bendición.

La amaréis más cuando penséis en vuestros familiares sepultados en los cementerios y que fueron nuestra propia carne y nuestro propio espíritu.

La amaréis más cuando veáis a nuestros colonos desbrozando la selva milenaria del Oriente para abrir esos territorios a nuestra civilización.

La amaréis más cuando penséis que vosotros sois los hijos predilectos de esa gran madre por la que vivimos y por la que debemos morir para que ella viva eternamente.

NUESTRO HIMNO

¡Himno inmortal!

¡Himno de epopeya!

¡Himno de gloria!

¡Himno que cantaron nuestro antepasados!

¡Himno que entonarán las nuevas generaciones!

¡Himno de libertad y confraternidad! Sus notas resonarán

por los siglos en la intrincada selva, sobre las aguas del mar, sobre los breñales andinos, sobre las llanuras y en la conciencia civilizada de nuestro pueblo.

Canción de la Patria. Canción del progreso. Alma y símbolo de nuestra nacionalidad.

En sus momentos visionarios de progreso para la Patria Juan León Mera escribió la letra de nuestro Himno. Antonio Neumane con inspiración genial compuso la música. Desde entonces sus melodías vibran en nuestros pechos y viven en nuestras almas. Sus notas servirán siempre para unir al hombre ecuatoriano en un solo abrazo, en un solo anhelo y en un solo ideal.

Las muchedumbres cantarán sus notas con deleite, en las horas de paz y de exaltación cívica.

El yunque, el martillo y los arados trepidarán frenéticos en el taller y en los campos, cuando las manos que los manejan vayan al ritmo de las notas de nuestra Canción Nacional.

La ciencia se hará más hermosa en las escuelas, en los colegios y en las universidades, cuando en los labios de los nuevos hombres vibren las palabras: ¡Salve oh Patria.....

Por tierras extrañas nuestra canción nacional llevará a los demás hombres el mensaje fraternal que las almas de los ecuatorianos envían a los demás países del Mundo.

¡Símbolo y luz!

¡Himno de epopeya!

¡Himno de gloria y de triunfo!

Es nuestra Canción Nacional.



NUESTRO ESCUDO

Otro de los símbolos de nuestra nacionalidad en marcha hacia la perfección, es el Escudo. Tiene la forma de un corazón. Dentro del óvalo se halla un radiante sol que ilumina un paisaje donde se levanta la figura grandiosa del Chimborazo. Es el sol ecuatorial que adoraron los Shirys y que simbólicamente se halla en nuestro Escudo, el que ilumina la marcha de nuestro pueblo a través de los caminos de nuestra historia. Es el Chimborazo, la elevación más alta de nuestra Patria la que se yergue como indicando a los ecuatorianos que deben mirar sólo a las cumbres en sus anhelos de superación.

Cuatro banderas forman el conjunto armonioso de nuestro emblema triunfal. Una rama de olivos demuestra que nuestro pueblo ama la paz. Pero también se halla el laurel de la victoria, que nos indica perpetuamente que nuestra nacionalidad se ha levantado después de triunfos. Las derrotas que hemos sufrido y las humillaciones que hemos recibido en carne propia, nos impulsarán a levantarnos con más vigor que nunca para hacer que nuestro Escudo vuelva a brillar ufano en nuestras riberas amazónicas.

La embarcación que surca las aguas del paisaje que se halla en nuestro Escudo, demuestra que el progreso ecuatoriano no se detiene nunca. Extendiendo sus alas majestuosas se halla el cóndor como símbolo de bravura y de grandeza.

NUESTRA BANDERA

Amarillo, azul y rojo. Trilogía primorosa de la Patria
Símbolo augusto de nuestra nacionalidad pujante.

Bandera gloriosa, que tiene el amarillo clarísimo de los
trigales setembrinos, el azul magnífico del cielo, cuando la
aurora se perfila radiante de belleza en el horizonte lejano;
y el rojo de los ocasos costaneros, cuando silenciosamente,
el sol desaparece envuelto en áureos peplos, tras el esmeralda
brillante de las superficies oceánicas.

¡Bandera Ecuatoriana! Emblema inigualable, que fue
venerado fervorosamente por nuestros abuelos, que supieron
del honor, de las afecciones sacras y de las grandes emociones
cívicas.

¡Bandera Patria! Sombra milagrosa, bajo la cual los
hombres se vuelven leones cuando alguien quiere profanarla;
entonces se tornan águilas para defenderla, para abarcar con
su mirada mayores horizontes, a fin de captar ideas nuevas
para engrandecer con ellas el suelo que cobija esa bandera.

¡Bandera Ecuatoriana! Flameando al tope recorriste
invicta los campos de Tarqui y las crestas legendarias del
Pichincha. Siempre te amaremos, siempre te glorificaremos,
elevando diariamente la canción del trabajo, que será tu mayor
grandeza. ¡Eres el símbolo supremo del Ecuador Grandioso!

¡Bandera Patria! Enseña venerada del progreso. Canción
épica de nuestros libertadores. Lírico poema de un pueblo
demócrata y soberano. Lábaro de amor sublime que nos
envuelve maternalmente a todos los que pertenecemos a este
jirón de América, cuna de las libertades y de los grandes
sacrificios.

¡Bandera Ecuatoriana! Bajo tus pliegues florecieron los
ideales de progreso de generaciones que ya están en la tumba;
bajo tu enseña, los que hoy vivimos continuaremos la obra
del progreso que emprendieron nuestros mayores. Bandera
de los libres, tú eres la luz. ¡Bendita seas!

¡Bandera Ecuatoriana! ¡Llor a tu inclita grandeza!



EL AVE DE NUESTRO ESCUDO

Allí donde los hombres no alcanzan a hollar las cumbres con sus plantas; allí donde la piedra herida por el sol que con sus rubios puñales acuchilla la inmensidad de los Andes; allí donde reina una soledad tremendamente bárbara; allí donde las nieves blancas y serenas se confunden con los astros; allí donde el sol se hunde majestuoso en medio de arreboles de sangre en los ocasos grandiosos; allí donde la noche arrebuja los témpanos silenciosos de los nevados y la Cruz del Sur parece que desvahidamente abraza a las montañas oscuras; allí en los roquedos azulados que bordean los espeluznantes abismos; allí donde la tierra en vértigo tremendo de altura asciende hasta muy cerca de las estrellas y los luceros; allí donde la gran Via Láctea parece que comienza, para luego, extender su estela vaporosa por el firmamento azul; allí está la cuna y la vivienda del rey de las alturas; del rey y señor de las hoscas serranías nuestras: el cóndor. El es el habitante de las regiones del misterio. Allí nace; allí pasa su juventud ebria de infinito y de sangre; y allí su cabeza calva se hunde en la noche negra de la muerte sobre la desnuda piedra o sobre el extenso manto de la nieve blanca y dura.

Cuando el hombre ha subido por las escarpadas laderas de los montes hacia los pajonales verdegay y sus ojos pueden abarcar horizontes inconmensurables y sondear abismos desconcertantes y alzando luego a los cielos sus pupilas ya abismadas por tanta grandiosidad de la naturaleza, se encuentra con una cruz negra que fantásticamente evoluciona entre las blancas nubes y el cielo azul; es el cóndor que otea, con sus ojos borrachos de altura, con sus pupilas alucinadas de misterio, el verde valle inundado por áureos torbellinos de sol.

Todo es majestuoso: el paisaje, el sol, la altura y el ave, que con su corvo pico y sus alas brillantes y oscuras hiende la inmensidad en olímpico vuelo para descender a las rocas de donde se encumbró, en cuyo lugar, vozará téticamente, acompañada por la orquestación pavorosa del viento que brama sobre su guarida rocosa.

* *
*

¡Ave de nuestra serranía!! ¡Ave que simboliza el alto ideal, el pensamiento que como ella se remonta hacia alturas insospechadas! Ave, cuya figura se pasea por todos los palacios, por los hogares más humildes, por las universidades, por las escuelas, por los cuarteles y los hospitales. Ave que preside las ceremonias más solemnes en las cámaras legislativas, en las grandes manifestaciones patrióticas, en los duelos de los hombres ilustres del País. Ave cuyas garras que aprisionan el espacio, se posan con grandeza en el óvalo dorado de nuestro Escudo.

Ave, que por hallarte en nuestro Escudo, recibes la pleitesia de millones de hombres. Y hasta el héroe que muere en el servicio de la Patria, lleva grabada en su mente tu egregia figura, al aprisionar por vez postrera el recuerdo de la imagen de nuestro glorioso símbolo.

¡Ave soberana! ¡Ave heroica del azul! Nuestros antepasados te colocaron en su Escudo que es el nuestro, porque encontraron en ti mucha majestuosidad; y viéndote volar por el infinito comparáronte con el vuelo de sus pensamientos. Por eso estás en nuestro grandioso símbolo, con tus alas

batidoras de infinito desmesuradamente abiertas, con tu plumaje azabachino sobresaliendo sobre los pliegues de nuestra Bandera.

Alégrate ave, porque desde el niño que recién principia a tener conciencia de sus actos ya te rinde pleitesia; y el anciano, en cuyos ojos vagan las sombras de la muerte, te mira con cariño, porque estando en nuestro Escudo simbolizas los altos ideales que abrigan los hombres que pueblan el territorio nacional; y porque tú desde la piedra de la montaña radiante, que el sol besa con deleite, miras y seguirás mirando a través de los siglos el camino que sigue y seguirá nuestro pueblo, elaborando su propia cultura. ¡Ave sublime! ¡Ave heroica de azul! ¡Ave del Chimborazo, del Cotopaxi y del Escudo Nacional! Seguid siendo inmortal!

cu

Nace todo hombre con el germen de la obra que debe cumplir en esta vida.— Lowel.

EL PORVENIR DEL ECUADOR

Muchacho, te hallas preparándote en el colegio para salir después a mirar la vida frente a frente y a desenvolver tus actividades en la colectividad. Por lo tanto, es indispensable que sepas cómo aportarás tus jóvenes energías para el resurgimiento nacional, puesto que vas a ser un activo contribuyente para la grandeza patria.

En las diferentes actividades que desarrolles en tu vida debes tener presente que sobre todas las cosas está la Patria, y que, ante este nombre sublime, los esfuerzos que despliegues por vigorizar la nacionalidad ecuatoriana constituirán aportes valiosos para que nuestro País se coloque en el más alto sitio de honor y pujante poderío.

Por lo tanto, lleva en tu espíritu el profundo convencimiento que después de pocos años con el tenaz trabajo tuyo, nuestro País alcanzará un alto grado de cultura y de prosperidad, colocándose entre las naciones más prósperas de la América India. Todo será obra tuya y de los otros miles de jóvenes que a esta misma hora, en que tú meditas frente a este libro, están ellos también, aprendiendo a ser los propulsores entusiastas del encumbramiento del Ecuador hacia las cimas del progreso.

Considera desde hoy que principias a edificar un palacio magnificante. En esta obra todos los jóvenes ecuatorianos pondrán sus esfuerzos. La construcción durará años. Poco a poco, día tras día, año tras año, irá el edificio levantándose, gallardo, majestuoso, imponente. Todos los días tienes que ir a depositar tu contribución para que el edificio esté prontamente terminado. Así pasarán algunos años.

Cuando llegues a hombre mirarás con asombro que el palacio se levanta espléndido bajo el sol ecuatorial; admirarás

sus cúpulas doradas, sus gigantescas columnas de oro y mármol que no las destruirán ni el tiempo ni los hombres; nuestra bandera, desde el almenar sagrado, flameará orgullosa a todos los vientos; el Escudo Nacional resplandecerá en el frontispicio marmóreo. Cuando recorras los salones contemplarás absorto que el orden y la riqueza relucen en todas partes, que allí se respira un aire de paz. Este palacio, que será gigantesco, albergará cariñoso no sólo a los ecuatorianos sino también a los hombres trabajadores y honrados que vengan de otras partes del Mundo. Aquí la vida te será siempre grata y no conocerás el odio a tus vecinos. Eso sí, trabajarás con ahinco para la felicidad de los demás y la tuya propia.

Pues bien, lo expuesto en renglones anteriores es un ejemplo del que me he valido para explicarte sobre lo que puede llegar a ser nuestra amada Patria en el futuro. Ese aporte que debes llevar todos los días y que contribuirá para la construcción del edificio constituye el esfuerzo diario que realizas para llegar a ser algo en la vida. Las columnas graníticas del palacio simbolizan nuestra nacionalidad, la que no será destruida ni por el paso de los siglos.

Debes saber que en el Ecuador existe enorme cantidad de elementos que, aprovechándolos en debida forma, llevarán al pueblo a un estado económico floreciente; pero, es indispensable que cada hombre, cada mujer, cada niño, trabajen tesoneramente.

Nuestros campos tan grandes y despoblados esperan que tú vayas a explorarlos. Dirige una mirada hacia el Oriente. ¡Qué extensiones tan dilatadas de territorio! La selva espera que tus brazos la conquisten. Allí está nuestro porvenir y el de las futuras generaciones. Después de algunos años irán oleadas humanas desde la serranía a poblar esos magníficos territorios, a sembrar la simiente que asegure nuestra prosperidad. El porvenir nacional no está en la "masa de empleados públicos"; se encuentra en las legiones de trabajadores agrícolas y mineros. La Patria necesita hombres que desarrollen sus capacidades en la industria, en la ciencia y en el arte. La Patria necesita hombres que no se avergüencen del trabajo dignificador, por modesto que éste sea. Para que nuestra Nación marque una nueva etapa evolutiva es necesario que

tú engroses las filas de los agricultores, de los ingenieros, de los técnicos en cada una de las ramas de las múltiples industrias que pueden implantarse en nuestros territorios. Debes, por lo tanto, elegir una profesión, un oficio. Así lograrás sobresalir en cualquiera de las especializaciones, mientras que si eres "un picaflor de oficios" o un eterno aspirante a un "cargo público", no llegarás a ser una autoridad en nada y andarás siempre pidiendo la ayuda del "favor ajeno".

Cumple, muchacho, este ideal social: Vivir para la Patria, para los demás y para ti mismo.

No esperes que vengan otros hombres a sacar las riquezas de nuestro suelo. Tú lo puedes hacer, teniendo una tenacidad y una constancia que te hagan vencedor de todos los obstáculos.

Desde ahora sé un factor de progreso, aprendiendo con ahinco los conocimientos que te proporciona el colegio, estructurando tus fuerzas espirituales para que alcances, en los años futuros, a poseer, en alto grado, la perfección moral que eleva y dignifica a la humanidad.

Desde hoy trabaja y apoya este Plan, que llevado a la práctica, puede hacer de nuestro país un emporio de riqueza espiritual y material:

- 1.—Mejora y perfección de los sistemas de cultivo de la tierra.
- 2.—Mejor aprovechamiento de las fuentes de energía hidráulica.
- 3.—Apertura de mayor número de vías de penetración al Oriente y al Occidente.
- 4.—Cubrir de bosques el Callejón Interandino.
- 5.—Creación de cientos de escuelas para el campesinado ecuatoriano.
- 6.—Fundación de mayor número de museos, centros de cultura, bibliotecas, etc.

- 7.—Mayor difusión del diario, del libro ecuatoriano y de la revista.
- 8.—Establecer premios al trabajo y al esfuerzo creador.
- 9.—Incorporación real y efectiva del indio a la cultura ecuatoriana.
- 10.—Combatir la vagancia y la inmoralidad.
- 11.—Creación de instituciones de beneficio y protección social.
- 12.—Ver en todo ecuatoriano a un hermano de nacionalidad.
- 13.—Destruir para siempre los regionalismos.
- 14.—Colonizar nuestro Oriente y el Archipiélago de Galápagos.
- 15.—Mayor respeto al maestro.

Nace todo hombre con el germen de la obra que debe cumplir en esta vida.— Lowel.

No varían las cosas del Mundo, hasta que alguien las hace variar.— Garfiel.



Las hijas de Quiroga presenciando la matanza de los héroes del 2 de Agosto

ASI HICIERON PATRIA NUESTROS ANTEPASADOS

Eran las nueve de la noche. Noche plenilunar, cuajada de estrellas. La ciudad de Quito, vista desde las alturas de las colinas que la rodean, presentaba un espectáculo de ensueño. El Panecillo, situado en la parte central de la urbe, mostraba su cónica silueta, adornada con un zócalo de bombillas eléctricas; al Poniente, el Pichincha estaba iluminado por los rayos lunares, los que al caer sobre algunas superficies pétreas del macizo andino, daban la sensación de tener ante la vista pedazos enormes de metal bruñido que pendían de las aberturas de los peñascales. Las cúpulas de las iglesias mostraban

sus perfiles de variadas formas, las que por el juego de luces, adquirirían tonalidades diversas. Y más allá, hacia el Norte, la ciudad se abría en abanico; las extensiones de terreno, apenas eran divisadas en una penumbra muy suave.

En la amplia azotea de la casa que tenía su sitio en el Ichimbia, dominaban la ciudad los tres hijos de la familia: Teresa, Antonio y Gabriel, los que jugaban muy alegremente. Como la noche era tibia, el abuelo también subió a ese lugar para recrear sus cansadas pupilas y para respirar el airecillo fresco que corría deleitosamente.

Cansados de jugar los niños fueron a sentarse junto al querido abuelito.

Antonio, el mayor de los tres hermanos, conversaba muy animadamente. Muchas preguntas dirigía al anciano, las que eran contestadas con voz tranquila. Interrogaba el chicuelo, sobre muchas cosas relacionadas con los conocimientos que últimamente había adquirido en sus estudios. Sabía ya algunos capítulos de nuestra Historia. Conocía, también, que en nuestra bella y heroica capital se habían desarrollado acontecimientos que repercutieron en todo el País y en la América; y por esto le interesaba ahondar más sus conocimientos históricos referentes al 10 de Agosto, al 24 de Mayo, etc.

El abuelo, complacido oía hablar a su nieto; se entusiasma-
ba al notar que el muchacho tenía interés por conocer lo rela-
cionado con el desenvolvimiento histórico y cultural de la Patria.

El abuelo creyó oportuno hablarles a los muchachos, en
aquel momento, sobre un tema muy hermoso.

El anciano habló así:

—Oid, Teresita, Antonio y Gabriel, lo que os voy a decir.

—Habla, abuelito, dijeron los niños en coro y se acercaron
aún más al cómodo sillón donde reposaba el cariñoso viejecito.

—Veis, niños, la ciudad magnífica que se extiende a nues-
tras plantas?

—¡Sí! ¡Sí! Contestaron los niños.

—Pues bien, —prosiguió el abuelo— es ésta la ciudad his-
tórica del Ecuador.

Gabriel, el niño mimado de la familia y el menor de los
hermanos interrogó: —¿Y qué quieres decir, abuelito, con esas
palabras?

El Viejo casi centenario sonrió. Las profundas arrugas de su frente se dilataron. Sus ojos opacados por el paso de los años adquirieron un inusitado brillo.

—Pues, chicos, para que comprendáis el profundo significado de las palabras que he pronunciado es necesario que me escuchéis con atención. Cuando vosotros seáis grandes y tengáis hijos, debéis repetirles lo mismo que hoy os voy a decir; porque así se irá formando en todos los hombres de nuestra Patria el sentimiento de nacionalidad ecuatoriana. Así, queridos niños, que sois sangre de mi sangre, haréis Patria, como lo hicieron nuestros antepasados.

Y el abuelo siguió: —Imaginad, chicos, que estáis presentes en los acontecimientos del 10 de Agosto. Las campanas de estas mismas torres que están ante nuestros ojos echaban a volar sus badajos en la mañana del citado día; las multitudes recorrían las calles lanzando gritos de libertad; las banderas mostraban sus colores al sol; las cornetas entonaban aires de triunfo; los ancianos lloraban de júbilo; los jóvenes, enardecidos, en tribunas improvisadas, fogosamente hablaban a sus conciudadanos; el encomendero, el esclavo, el artesano y los altos jefes de la iglesia estaban allí, hermanados todos por la causa de la libertad.

—Todos ellos estaban escribiendo con caracteres indelebles un hecho de magnífica grandeza, hecho que dio origen a que nuestra Capital tuviera el inmortal nombre de Luz de América. ¡Así hicieron Patria nuestros padres!

—Y luego viene el 2 de Agosto de 1810. Fue día de sangre, de dolor y de gloria. Allí estaban los mártires: Salinas, Arenas, Riofrio, Morales, Larrea, Villalobos, Vinuesa, Tovar, Olea, Peña, Aguilera, Guerrero, sufriendo los horrores de la matanza, derramando su sangre por la Patria. Allí estaba Quiroga en los estertores de la agonía; allí estaban sus hijas viendo morir a su idolatrado padre. Y luego, en las calles, allí está el ínclito pueblo quiteño combatiendo en las barricadas, mostrando su pecho a las balas asesinas; mujeres y hombres sosteniendo desigual pelea. No tenían armas; pero sí corría por sus venas sangre de héroes, sangre e mártires. ¡Así hicieron Patria nuestros antepasados!

—Es el 24 de Mayo de 1822. Se libra la batalla de la liber-

tad allí, en aquellos precipicios del Pichíncha; mirad, mirad, chicos, la Cima de la Libertad. Por esos breñales —hoy apenas alumbrado por la luna— descendieron nuestros antepasados como un torrente, con sus cuerpos chorreando sudor y sangre, con sus ojos febricitantes por la reciedumbre de la lucha, con las banderas deshechas por las balas enemigas, “con sus vestidos hechos jirones”, con sus cuerpos destrozados. Después de la épica batalla descendieron como un aluvión, con sus frentes coronadas por los laureles de la victoria. Habían roto las cadenas que desde hacía siglos soportaba nuestro pueblo. ¡Así, muchachos, nuestros antepasados hicieron Patria!

Muchos otros acontecimientos históricos se han realizado aquí, en esta ciudad de ensueño y de belleza, en esta ciudad legendaria del Ecuador.

El abuelo sintió frío. Y por eso terminó su conversación.

Bajaron todos a las habitaciones. Los niños, silenciosamente pronunciaban estas palabras: Quito, ciudad heroica, cuna de la libertad americana.

El mayor valor de la vida y el pináculo de la fortuna de un hombre es haber nacido con vocación hacia un estado cuyo logro colme su felicidad.— Emerson.



TIERRA NUESTRA

Cómo se desbordaba el sol en los valles y en las montañas lejanas de los Andes! Ni una sola nube cruzaba los espacios azules. Los paisajes esplendían bajo el triunfo supremo de la luz. El aire era una caricia inefable. El agua del riacho arrancaba a sus cuerdas de cristal una melodía suave que llegaba a los oídos como una sinfonía sublime y distante. Los árboles vestidos de verde bordeaban hermosamente los campos cubiertos por el oro de los trigales y por el ónix de los altramuzes. Tres campanadas quejumbrosas resonaron allá, a lo lejos, anunciando que en la tierra eran las tres de la tarde.

Allá, en la cima de la elevación, que domina los valles risueños, las hondonadas taciturnas, los ríos y los paisajes, en esta hora de delicia se hallaba un hombre, un soñador, un enamorado de la tierra y de los cielos. Con miradas anhelantes escrutaba los confines. Su alma sentía la misteriosa atracción de la tierra y de los espacios infinitos del Universo. Una sublime emoción se apoderó de todo su ser.

Con su diestra temblorosa asió un puñado de tierra húmeda; la aprisionó fuertemente. Todos sus sentidos vibraron. En esos momentos él era una parte de la tierra transformada en cuerpo humano. Sumido en éxtasis supremo lanzó al infini-

to espacio estas palabras que resonaron pletóricas de belleza en la augusta soledad de la tarde:

Tierra bendita ecuatoriana!, tierra donde vive y vivirá por los siglos de los siglos nuestro pueblo. En tu regazo milenario y cariñoso nos hemos mecido cuando éramos niños; y tú, madre inmortal, nos recibirás en tu seno sudoroso cuando nosotros durmamos el sueño profundo de la muerte.

¡Madre tierra! ¡Tierra ecuatoriana!, los frutos que se alimentan con tu savia jugosa nos dan la vida.

¡Tierra, tierra nuestra! Somos un pedazo de ti que ha adquirido vitalidad, que ha adquirido emociones, sentimientos e inteligencia.

Por ti vivimos. Bajo tu cielo se extienden las ciudades y los pueblos donde se hace el Ecuador de hoy y donde se forja el Ecuador del mañana.

¡Tierra nuestra! ¡Qué bella eres! Nuestros poetas te han cantado en sus versos grávidos de cariño inmenso; nuestros pintores han reproducido en el lienzo las maravillas de tu ríos, de tu cielo, de tus valles, de tus selvas y de tus noches embrujadas de misterio; nuestros escultores te han simbolizado presentándote como una mujer radiante de hermosura, teniendo en vuestras manos el cuerno de la abundancia.

¡Tierra bendita! Vives muy dentro de nosotros y viviste en el alma de todos los que se sacrificaron por hacerte grande. Nuestros patriarcas y nuestros profetas sólo trabajaron por ti y para ti.

¡Tierra nuestra! Siempre te llevaré en lo más íntimo de mí ser. Yo soy un ser mortal, pero tú eres inmortal, eres eterna. Yo desapareceré de tu gran escenario, pero tú no morirás nunca, nunca.

Tierra bendita, tierra de nuestros mayores. Siempre seréis grande por la grandeza de vuestros hijos.

El hombre que había llegado al paroxismo de la emoción, aprisionó con su mano y junto a su pecho la tierra húmeda.

Tienes que ser noble, pues la nobleza que late en los demás, dormida pero no muerta, habrá de aparecer para unirse a la tuya.— Lowel.

EL CHANCHAN

Silva el viento. Canta el agua. Las peñas adustas sonríen. Las arboledas escalonadas taciturnamente en la enorme ladera se alegran y reaniman al sentirse acariciadas por el viento veranero. Masas formidables de andesita hacen aún más exótico el paisaje, que por sí solo es de una belleza singular, imponente y agreste.

Cerros escarpados y abismos tremendos aquí y allá, en una confusión desconcertante, hacen de la hoya del Chanchán el lugar preferido para los hombres que quieren retemplar sus nervios.

Moles de piedra orillan el lecho del río, que en invierno tiene la bravía majestuosidad, propia de la naturaleza indomable.

El río ha devorado a la cordillera, abriéndose paso hacia las llanuras del Litoral y formando un camino a cuyos lados se levantan murallas ciclópeas de granito.

Alguna enredadera selvática orla la frente de los peñascos.

Hacia el Poniente, los cerros se abren formando un abanico. En sus estribaciones, cerca a Bucay, el trópico ostenta su flora alta y tupida, con platanales amarillentos, de los que penden racimos olorosos.

El montuvio, de alma indómita, vive en lo más enmarañado de estas comarcas, talando bosques, obteniendo maderas preciosas, cultivando los campos y extrayendo de ellos preciados frutos, que son entregados en las estaciones ferroviarias de embarque.

La enorme garganta del Chanchán tiembla cuando el tren pasa raudo, ascendiendo al altiplano o descendiendo a la vasta llanura tropical, mientras los ecos de su formidable voz van multiplicándose de cañada en cañada y de collado en collado.

Los manes de Alfaro, que atalayan desde las cimas de verticales pendientes, dejan oír su voz, pregonando así: "La Costa y la Sierra unidas por el lazo milenario del Chanchán, constituyen la fuerza ecuatoriana, que hará respetar los derechos inalienables de su soberanía". Las ruedas del progreso van veloces, impertérritas por los abruptos breñales, venciendo a la

naturaleza inhóspita. El hombre la ha puesto a su servicio tallando sus entrañas de roca viva. La voz del inclito Alfaro no se apagará ni al caer la noche del tiempo.

El Chanchán, en verano, brinda su melodía, suave como la de un yaravi; pero ella se torna en horrisono fragor cuando en invierno arrastra caudales incalculables de agua y de limo, destruye cuanto está a su alcance y muere con su furia la obra genial del hombre, en su inútil intento de aniquilarla.

El ferrocarril sigue conmoviendo las enhiestas rocas con su paso majestuoso, llevando a la Sierra ricos frutos tropicales y retornando a las llanuras costaneras repleto de productos propios del clima templado.

Sibambe está en una pequeña planicie, que el río ha formado, corroyendo, incansable, por espacio de siglos, la cordillera. Pocos kilómetros más abajo hállase Huigra, de clima apacible, de flores primorosas y pequeños campos de cultivo que se incrustan en los accidentados bordes de las alturas.

Cerca a la línea férrea está la estatua erigida a la memoria del General Eloy Alfaro, alma de la construcción del ferrocarril. Es un homenaje a la grandeza del caudillo y estadista, que inyectó en la vida del pueblo ecuatoriano savia renovadora.

El viajero siente sobre sí la inmensidad de la cordillera, principalmente en la Nariz del Diablo; el corazón palpita en forma violenta al mirar otro tren que allá, a muchos metros de altura, culebrea por entre los peñascales, perdiéndose para luego asomar en medio de murallones color de plata, formados por piedras pulidas por la explosión de la dinamita o las picas de los obreros, que golpearon incansables hasta abrir este corte formidable en el corazón de la piedra berroqueña.

Cada sople de la locomotora parece que recuerda el nombre eterno de Eloy Alfaro.

Sigue cantando el agua espumosa del Chanchán, rimando su canto con la brisa, con el viento, con el huracán, mientras la humanidad sube y baja, murmurando en sus labios las palabras que dicen de la confraternidad que hay entre los pobladores de la Costa y de la Sierra, confraternidad que se agigantará en los años venideros.

ZUMBAGUA

Cuando viajamos de Quito a Guayaquil, por tierra, el vehículo asciende por carretera pavimentada a los altos páramos de Millín y de Zumbagua. Allí la Cordillera Occidental de los Andes ecuatorianos es inmensa, grandiosa, con perfiles paralizados, con pajonales verde-opalinos, con nieblas intensas, con vientos ululantes que azotan los eriazos en medio de lúgubres silbidos.

En aquellos lugares, sobre los domos de tierra negra, orlada por marcos basálticos y en los declives que descienden a pequeñas pampadas se observa lo que es el trabajo intenso del hombre, lo que es la obra tenaz y laboriosa del indígena que puebla nuestras hoscas serranías. La mano del indio y su arado arrancan a la tierra el milagro de las mieses.

En las laderas casi inaccesibles, las espigas de los trigales ponen tonalidades de oro junto al pajonal agostado por la erosión de las lluvias y por los perpendiculares rayos del sol estival. La mano del aborígen, con amor de artista, hace que el haba florezca y fructifique, que la cebada compita en vitalidad y color con los trigales en estado de corte, que el melloco y la oca hinchen sus figuras geométricas bajo la tierra húmeda y fragante.

Grandes rebaños de ganado lanar se encuentran desperdigados en oteros y laderas, en rastrojos y en pajonales, triscando ávidamente el tallo o la brizna que les proporcionan alimento. En otros lugares los rebaños cestean bajo el azote de los vientos y la caricia del sol. En esos paisajes andinos las nativas llamas ponen con su presencia un brochazo singular de autoctonismo. Allí se halla nerguidas, con sus cuellos extremadamente largos, con sus pequeñas cabezas levantadas al cie-

lo, con sus ojos melancólicos en donde se encuentra grabada la melancolía de aquellos parajes; allí están con sus retinas estupefactas, mirando siempre las inmensas moles pétreas que se levantan como fantásticas cúpulas en la grandiosidad de los espacios.

Así como en Zumbagua ocurre en muchos lugares de las altas serranías ecuatorianas donde el indio vive el drama telúrico de su existencia, pegado a la tierra como si fuera la misma tierra que desde la lejanía del tiempo adquirió dimensiones humanas. En esos lugares agrestes el indio mora en la media esfera hueca de su choza modelada con tierra, piedra y amarilla paja.

Las altas tierras de Zumbagua constituyen un típico ejemplo de lo que puede hacer el indio ecuatoriano para sacar del limo terrestre el sustento. El indígena constituye un ejemplo del poder del hombre para adaptarse al medio geográfico y para dominarlo con sus brazos y con su corazón.

Haz aquello que temes, y ten por cierto que ahí cesará tu temor.— Emerson.

Cuando descubrí la bondad de la brevedad, me propuse conseguirla.— Jay.

SANTO DOMINGO DE LOS COLORADOS

Al pie de los flancos externos de la Cordillera Occidental de los Andes, a una altura de 500 metros sobre el nivel del mar, en medio de una fronda tropical espesa, se levanta, deliciosamente cálida, la bella y pujante población de Santo Domingo de los Colorados.

Los territorios que se extienden hacia el Poniente de esta población, desde tiempos prehistóricos, fueron intensamente habitados por pueblos que se supone pertenecieron al núcleo racial mayoide —cayapa— colorado, cuyos escasos descendientes viven aún muy cerca de la población de Santo Domingo.

En estos últimos veinte años, Santo Domingo ha tenido un crecimiento vertiginoso, tanto en las construcciones arquitectónicas urbanas como en el número de habitantes. Este crecimiento se debe a que Santo Domingo es un gran centro de colonización y es un puerto terrestre hacia donde convergen carreteras en las que se desarrolla intenso tráfico.

La población de Santo Domingo se halla unida a Quito por una carretera asfaltada de primer orden; además está unida por carreteras a Guayaquil, a Esmeraldas y muy pronto se terminará la construcción de la vía carrozable que va a la población de Chone.

Centenares de vehículos automotores entran a Santo Domingo y salen diariamente en diferentes direcciones. Inmensas cantidades de productos de clima tropical pasan, todos los días, por esta población con destino a la región de la Sierra o a los puertos de embarque para ser transportados a países de ultramar. Actualmente, Santo Domingo es un gran centro de distribución bananera y de otros productos agropecuarios que contribuyen a aumentar el potencial económico de nuestro País.

Los territorios que se extienden hacia todos los puntos cardinales de Santo Domingo de los Colorados se encuentran actualmente en un periodo de intensa colonización. Miles de hectáreas de territorio fértil son incorporadas anualmente a la explotación agro-pecuaria. A lo largo de las carreteras se levantan ranchos camperos que constituyen microcentros de nuevas penetraciones humanas para descuajar la selva y abrir comarcas para cultivos de plantas útiles al hombre.

Este extenso sector geográfico está surgiendo potentemente como uno de los plintos seguros de la economía agraria nacional, gracias al ímpetu de trabajo, a la laboriosidad del hombre ecuatoriano.

Santo Domingo de los Colorados tiene un presente halagüeño y un porvenir espléndido. En el futuro será una de las grandes ciudades del Ecuador. Tiene un clima cálido húmedo muy benigno, el que es muy apropiado para el desarrollo de la vida humana. Diariamente existe una intensa actividad comercial.

En las noches suavemente tibias y sosegadas la población dormita con la sinfonia de la suave brisa que dulcemente arrulla los árboles arrancando el perfume que exhalan sus hojas y sus frutos. Santo Domingo de los Colorados vive en medio de una armonía de colores: el azul oscuro de la Cordillera de los Andes, el verde profundo de la floresta en opulencia de vida y el amarillo oro de las nubes en los veranos ecuatoriales radiantes de sol y de luz.

El mayor mérito de un discurso está en su concisión.
—Cicerón.

LA SIEGA

Escena propia de las sierras ecuatorianas.

Los montes y los valles cultivados de la serranía ecuatorial ostentan pomposamente los colores encendidos de las plantas cargadas de mieses maduras. El sol diluye sus rayos de oro sobre los grávidos trigales, sobre la tierra que despide olores deleitosos, y pone pinceladas purpúreas sobre los montes que por efecto de la lejanía en que se encuentran tienen colores azulados.

La Naturaleza ofrece generosamente su tributo al hombre que durante largos meses se ha dedicado a las faenas propias de la campiña.

Los plantíos esperan que los cosecheros vayan a recoger los granos que abultosamente están en sus anaranjadas vainas. Las mazorcas de maíz parecen blancas dentaduras que asoman bajo los labios gualdas de sus envoltorios. Los fréjoles pardos, los blancos altramuces, las pequeñas lentejas que se mecen dentro de sus minúsculos estuches, diciendo están al hombre: ¡Venid a recogerme!; ¡iniciad las faenas de la cosecha!

¿Y los magníficos trigales? Muévense con cadencia, con euritmia, al soplo de los vientos que la cercana cordillera envía hacia el interior de las hoyas interandinas. Olas amarillas, olas de oro y plata, olas glaucas se levantan con ritmo acelerado unas veces, o muy despacio otras; estas olas que asoman a flor de la superficie de la tierra, están formadas por el conjunto de espigas que se inclinan con sus tallos que brillan bajo el sol ecuatorial. Hay derroche de colores. Hay belleza inusitada en el paisaje andino.

La hermosura de la campiña es embellecida aún más por

el hombre, por el campesino, el que ha hecho que la tierra se rinda ante su trabajo.

Ahora, en estos días claros el mes de agosto se dirige el labriego presuroso, con el poncho al hombro y la hoz en la diestra al "corte del trigo".

Principia la siega. El indígena corta con frenesi los tallos. Hay sonidos de telas que se desgarran. A la distancia se oyen las notas de una canción monótona que es entonada por un grupo de segadores.

Momentáneamente los sudorosos trabajadores suspenden su labor para abreviar la sed con unas cuantas raciones de chicha bermeja, del rico vino de los shyrís.

Sigue la faena; continúan las hoces arrancando a los tallos sonidos acompasados; el sol alumbra con sus luces deslumbradoras desde la inmensidad del cielo; el viento sigue acariciando con sus manos portentosas los campos; los caballos relinchan; los jilgueros y las tórtolas revolotean por todas partes; de los labios de los segadores, enrojecidos por el sol y el polvo, salen palabras de entusiasmo ¡Centellean las hoces! ¡Vibran los músculos del indígena!

¡Adelante! ¡Adelante! Continúa el corte del trigal. ¡Adelante! ¡Adelante!, que la pródiga tierra ha dado sus frutos.

Cae la tarde. Manadas de ovejas se precipitan como un blanco torrente de leche por los breñales serranos.

Se levantan enormes eras. Los indígenas agotados terminan su faena y regresan a sus misérrimas chozas después de la jornada diaria de trabajo.

Lloran los rondadores. Gimen las quenas. Muejen los ganados. Balan las ovejas. Cantan los gallos. El aire murmura suavemente. Las fogatas lanzan al espacio columnas de humo parduzco. Muere el día. Viene la noche.

Respetarse a sí mismo por encima de todos.— Pitágoras.

Hermana gemela de la honradez es la exactitud.— Simone.



Indio de nuestra serranía

EL INDIO ECUATORIANO

Sol andino, alumbra esplendorosamente los páramos solitarios de las altas sierras ecuatorianas.

Hay un frío que penetra hasta los huesos. Los collados verdequean. Las arirumbas florecidas bordean los pajonales inmensos. Los altísimos picachos primorosamente se levantan sobre las lomas accidentadas de la cordillera.

Los negros cóndores, con sus blancos collares como las nieves eternas de los Andes que ellos dominan con su vuelo, otean por la inmensidad azul.

Del fondo de una cañada salen notas de una melancolía abrumadora e infinita. Son verdaderos ayes de dolor que inundan el espacio; son ayes arrancados a los rondadores y pingullos por el poeta, que siente emoción pero que no hace versos, el indio de la serranía ecuatorial.

El indio es el señor del páramo andino. El vive en las regiones mismas donde las águilas cuelgan sus nidos. El vaga por todos los desfiladeros de los montes. Sus ojos negros están llenos de esa melancolía indefinible de la arisca sierra poblada de incógnitos rumores.

El paisaje en que él vive ha marcado en su alma una dolorosa tristeza, tristeza que la manifiesta en su lacerada música, en las notas que conmueven a todos aquellos que han pasado, a la hora del crepúsculo, por las cuchillas serranas.

La aspereza del clima, los gélidos huracanes, las tempestades que parecen cataclismos, ¿qué son para el indio?, absolutamente nada. El los soporta indiferente. Con una estoicidad admirable ve a las fuerzas ciegas de la naturaleza desencadenarse sobre los valles y los montes. Sufre cuando su sementera de maíz, que ha cultivado con mucho esmero, se ha perdido por la acción de las heladas u otros fenómenos de la naturaleza.

Junto a los zarzales mustios, en los sitios azotados por los huracanes, está la solitaria choza, con sus paredes de lodo y de piedra, carcomidas por el tiempo; allí pasa su vida el indio, junto al querido "huasipungo", viendo antes que nadie la salida del sol.

En las mañanas heladas de aquellas inmensas alturas, él, al tiempo que el gallo canta, en la alegre madrugada, está con el arado roturando las entrañas de la madre tierra.

Ancestralmente el indio es supersticioso, superstición que lá manifiesta en sus ideas religiosas, en sus costumbres, en sus fiestas y en sus duelos.

La mayoría de los indígenas viven en un estado económico miserable. Pero más miserable todavía es su estado cultural. Contadas son las escuelas para indios.

Jóvenes ecuatorianos: Amad al indio, porque es hijo del mismo País; extiéndele tu mano generosa, no para darle la

caridad que humilla, sino para ayudarlo a culturizarse que es lo que él necesita; cuando seáis hombres, poned vuestras energías al servicio de la causa indígena, que es la causa de la nacionalidad nuestra.

El indio es un ser cuya personalidad aplastó la conquista y la colonización españolas, imprimiendo en su alma un sentimiento de inferioridad, que le impide levantar hacia arriba su doblegada testa.

Nunca penséis que sois superiores a los indios por el mero hecho de tener la piel blanca, los ojos azules y el cabello rubio. La única superioridad que existe es la de una bondad cultivada y la de una inteligencia puesta al servicio de la nacionalidad.

El indio, debidamente educado, rinde lo mismo que una persona de raza blanca. Un ejemplo palpable lo podemos encontrar en la vida de Espejo, el inmortal sustentador de las primeras ideas emancipadoras.

Amad al indio por ser vuestro hermano, el más desheredado entre todos los que componemos la familia ecuatoriana.

Noten la exactitud sublime con que recorre la Tierra, una órbita de 936.000.000 de kilómetros y llega al solsticio en el instante preciso, sin una millonésima de segundo de retraso; a pesar de que hace siglos y siglos que se mueve en tan arriesgado camino.— EVERETT.



VALLE DE LA SIERRA

Valle hermoso del recuerdo
Que en las noches de mi infancia
Recorrí tus lindos prados
Alumbrados por la luna.

Valle hermoso del recuerdo,
De perfumes embriagantes,
De cascadas cantarinas,
De jardines rumorosos.

Por caminos zigzagueantes
Que cruzan tus glaucos prados
Mis años adolescentes
Pasaron como un ensueño.

En un rincón primoroso
De tu florido paisaje,
Rodeada de madre selvas
Está mi casita blanca.

En el agua del arroyo
Que murmura en el bosque,
A la hora del ocaso
Los árboles desfilaban.

Vallecito de la Sierra
Glaucos valles del recuerdo,
Por mi mente alucinada
Desfilas con raudos pasos.

Rodéante azules montañas,
Tan azules como el cielo,
Tan azules como el agua
Y como el mar tan azules.

¡Oh valle de la montaña!
¡Oh paisaje ecuatoriano!
Incrustado en las laderas
De la hermosa serranía.

Por tu florido paisaje
Lleno de sol y de vida,
Mis años adolescentes
Pasaron como un ensueño.

Equivale la conducta a las tres cuartas partes de la vida.—
ARMOLD.

UN PAISAJE DE ENSUEÑO

EL VALLE DE LOS CHILLOS

Cinco de la mañana. Los alumnos del Primer Curso de un colegio de Quito, salen alegremente de la ciudad y suben la colina de Puengasi.

Llegan a la cima cuando, tras la cordillera de Oriente, la aurora nimba con sus tenues colores el suelo que despide emanaciones /agradables de hierba humedecida por el rocío. Aves nacarinas cruzan el albo espacio. Un paisaje emotivo se vislumbra, cuando la claridad reina en el ambiente. Asoma el valle de Los Chillos, perfumado por las flores que abren sus cálices delicados, después del sueño de la noche tibia.

Los jóvenes descienden, camino del valle. Ven rebaños que triscan a la vera del camino. Vacas con ubres abultadísimas se dirigen acompasadamente al ordeño.

Los caminantes van bajo la sombra de árboles enhiestos, o junto a campos de maíz que ostentan sus cabelleras de oro, las que timidamente asoman en medio de sus gláucos vestiduras.

En muchas partes, de grietas sudorosas asoman hilos de agua, transparente como el vidrio: corren susurrantes en lechos de musgo y piedrecitas azuladas. Algunos gorriones chacotean en las aguas temblorosas de un remanso.

El San Pedro, río caudaloso, corre formando cañadas, vergeles floridos, pequeñísimas vegas cultivadas por vigorosos brazos indios.

Observan los viajeros la profusión de grandes piedras plumizas, que las transformaciones terráqueas han colocado en el cauce del río, el que levanta torbellinos de espuma al chocar violentamente con los obstáculos que estorban su curso. Luego, más allá, un solitario y amarillento carrizal se mece acompasada y rítmicamente, al sentir la caricia de un hilo de agua que se aparta de la corriente, como queriendo fecundarlo.

Siguen los excursionistas su camino. Al borde del sendero, una flor purpúrea se muere de tristeza, bajo la sombra de matorrales espinosos. En un cercano jardín las violetas mecen dulcemente con el soplo del aire que corre en dirección boreal. Muchas enredaderas, con frescura matinal amurallan el anchuroso camino.

Llegan los estudiantes al centro del valle, donde Sangolquí, lleno de vergeles hermosos, con sus callejuelas estrechas y tortuosas y un clima suave y tonificador, asoma circundado por cipreses taciturnos, altísimos eucaliptos y capulicedas olorosas.

Por todas partes, raudales de agua desparramándose sobre las tierras risueñas del valle. ¡Qué alegre la campiña, la vida se desborda en ella jubilosamente! Plantas lozanas con tallos robustos, por donde circula la savia que las fecunda y las mantiene en plena juventud, radiando colores en rededor y desprendiendo aromas delicados para hacer del ambiente un centro de paz, sosiego y quietud; allí la vida parece que se detiene; el hombre de la urbe se embruja con la tranquilidad eglógica del valle de las madre selvas y de los arroyuelos transparentes.

Cruzan a lo lejos quebradas, que vistas a la distancia, parecen triángulos rosicler, por efecto del juego de luces de la tarde. Junto a estas quebradas asoman campos de cultivo.

A la una de la tarde nada se mueve, ni las frágiles hojas de maíz. Hay quietud en la naturaleza. El alma siente esta influencia bienhechora. El corazón descansa y los nervios se retemplan con el silencio. Sólo el río que está muy cerca sigue con sus musicales sonidos embelleciendo aún más el silencio de la naturaleza.

Cuando el sol declina sobre los montes radiosos y la tarde preñada de melancolía cobija los campos, regresan los jóvenes, con sus corazones impregnados de una alegría tonificadora. Sus retinas, vagando indecisamente por los collados fértiles que dominan el valle, sienten la emoción suprema que produce la contemplación de los enormes paisajes propios de nuestra tierra.

Regresa la alegre bandada a la ciudad, después de haber pasado un día de sanas emociones campestres.

DESDE EL IMBABURA

(Composición descriptiva)

En una mañana fresca y diáfana del mes de Julio bordeábamos las faldas del Imbabura, viejo coloso que atalaya los vastísimos y claros horizontes de la hermosa hoya del río Chota.

Ascendíamos a la montaña admirando el suelo ubérrimo, pleno de mises en sazón. Hacia arriba de nosotros, la paja del páramo ocupaba todas las oquedades y redondeces del monte milenario. Al alzar la vista, vimos "la ventana del Imbabura", cuya existencia ha dado origen a tantas leyendas indígenas.

La atracción de la altura y del misterio, el placer indecible de subir y dominar las enhiestas cimas sue nos anonadan cuando estamos abajo, la natural tendencia a vencer los obstáculos que la naturaleza opone a nuestros anhelos de infinito, nos llevaban instintivamente hacia arriba. Queríamos trepar a los hombros del viejo coloso, escalar hasta su frente rugosa, tocar su cabeza erizada de negras guedejas de roca.

El azul profundo del cielo era interrumpido, apenas, por una pequeña nubecilla, de blanco purísimo, que, indecisa, surcaba como ave gigantesca por encima del Cotacachi.

Llegamos a los 4.500 metros, poco más o menos, sobre el nivel del mar. Nuestra vista admira incansable, los paisajes envueltos en un esplendor único. Las sierras lejanas confúndense con el cielo ligeramente violáceo. Una quietud paradisíaca, inefable, despréndese de los valles que verdean primorosamente, bajo la caricia suprema del sol radioso. Oleadas de polvo se levantan de los caminos que allá, muy abajo, serpentean por entre los valles odorantes: son provocados por el ir y venir de los pastores y sus ganados.

Paz profunda en el espacio. Quietud indefinible en las sierras. Silencio y serenidad en la naturaleza, y ¡oh maravilla! un espejo de color celeste-verdoso, brillando con centelleos de plata en medio de las glaucas planicies. A los pies del Imbabura y el Mojanda se extiende el lago de ensoñación y de encanto llamado San Pablo. Retrata el cielo esplendoroso; copian sus findas las siluetas caprichosas de las blancas y tímidas gaviotas en vuelo.

Avida la mirada, los pechos jadeantes y acariciados por el aire fresco del páramo, llegamos a la cumbre de la elevación más pequeña, llamada Guarmito Imbabura, que domina el Sur de la Hoya. ¡Espectáculo del Olimpo!: la naturaleza engalanada ostenta todos sus primores. El nudo de Mojanda y el cerro de Cusín sirven de límite al anfiteatro magnificante; el pueblo de San Pablo asoma entre la fronda de acaulíptos y capulíes; los sembríos de maíz, teñidos de amarillo, están próximos a la cosecha; enormes dehesas dan todas las tonalidades del verde; las casas blancas de la población están cubiertas por techos rojizos; los trigales están dorados; un riachuelo jugueteón, el Itambi, entra en la laguna, para luego, según la leyenda, salir entre juncos y totorales a formar la cascada de Peguchi, sin haber mezclado sus aguas limpidas con las azulinas del lago; bandadas de garzas, como puntos diminutos, se mueven en las orillas de esmeralda, levantando perezosamente el vuelo cuando alguien se acerca.

Allá, a lo lejos, las márgenes del río Blanco se divisan perfectamente y parecen cubiertas de pedrerías multicolores que, al reflejar los rayos solares, parecen ricos joyeles, desparramados en esta tierra prodigiosamente bella.

Tras la mole del Cusín, las nieves eternas del Cayambe resplandecen alumbradas por el sol. Su figura cónica, erguida sobre las rugosidades de la cordillera Oriental, pone nuevo colorido en el paisaje.

La Rinconada, de clima apacible, tiene cascadas cantarinas, umbrosos sitios donde el alma encuentra la paz necesaria para curar sus dolores. Colocada en medio de dos colinas, se halla formada por prados que parecen alfombras pérsicas, colocadas allí por habilísimo tapizador. Este rincón andino

asoma ante nuestros ojos como un refugio lleno de dulzura, perdido en los vericuetos serraniegos.

En todas partes caseríos, pueblos, parcialidades indígenas abigarradamente asentados sobre colinas verdes y valles idílicos; pero, todo, absolutamente todo, rodeado de ese encanto hechizante, cautivador, que la naturaleza ha puesto allí, volcando el cuerno de la abundancia y los más lucentes colores para embellecer este jirón de tierra ecuatoriana, que el hombre hace más primoroso con su trabajo incansable.

Las horas habían pasado inadvertidas. El sol ya se acercaba al cenit. Absortos en la contemplación de la tierra y de los espacios cósmicos, llevábamos en las retinas la alegría desbordante de los paisajes que habíamos mirado.

Empezábamos a descender por los inmensos pajonales. La legendaria Ventana del Imbabura, en medio de los picachos de roca viva, serenamente guiaba nuestro regreso.

No varían las cosas del Mundo, hasta que alguien las hace variar.— Garfiel.

UN PEDAZO DE PARAISO A ORILLAS DEL PASTAZA

¡Baños del Pastaza! Pueblo y edén. Entrada al Oriente. Rinconcito risueño de la Patria amada, yo te vi en un verano esplendente, como los que hay sólo en estas tierras pródigas de belleza; te conocí, cuando en mi adolescencia deambulaba con el alma llena de ensueños, ávida de paisajes bañados de luz. Fue así como mis pies errantes recorrieron tus caminos y mis pupilas captaron tu paisaje, alucinándose ante la majestad sorprendente de la naturaleza andina.

Baños, búcaro incomparable de vegetación delicada y brillante, que te asientas sobre las rocas que bordean el turbulento Pastaza, los riscos inverosímiles te hicieron espacio en el regazo mismo del viejo coloso, de entrañas de fuego. Blanco pueblecito perdido entre la inmensidad de los peñascos primitivos que caen verticalmente sobre las márgenes del río atronador, oasis de lujuriente verdura donde los sedientos de vida van a bañarse en tus fuentes cristalinas, para retornar llenos de lozanía y vigor.

Mirificas mariposas con sus alas delicadísimas revolotean sobre los jacintos y, luego, se posan pensativas sobre la flor de cucarda, de color más encendido que un rojo ocaso serra-niego.

Un chorro que desgaja sus aguas desde el flanco abrupto del volcán parece un blanco manto de gasa. Corpulentos árboles que cuentan centurias, dan amable sombra a los viajeros que van a bañar su alma en la belleza, o a investigar los arcanos que en su seno guarda la tierra sudorosa.

Al pie del Tungurahua fascinador, vive Baños en primavera perpetuamente florida, aromado por los arrayanes y

guayabos, en medio de vergeles en que predominan limoneros en flor, sobre un suelo tapizado por el follaje de las más exóticas formas y abrigado por los cálices y las corolas que ostentan la pompa de su policromía.

Las fuentes desgranaban oraciones, cuando el caudal de sus linfas rozaba delicadamente los llantenes y gramas de las praderas.

Cañaverales de esmeralda y oro, desparramados aquí y allá, doblan sus tallos rítmicamente, al recibir la caricia de los vientos alisios que vienen repletos de aromas desde el interior de la selva milenaria.

Cafetales de bayas purpurinas hunden sus raíces junto a chamburos y babacos fragantes, cuyos frutos caen agobiados por el peso de la madurez.

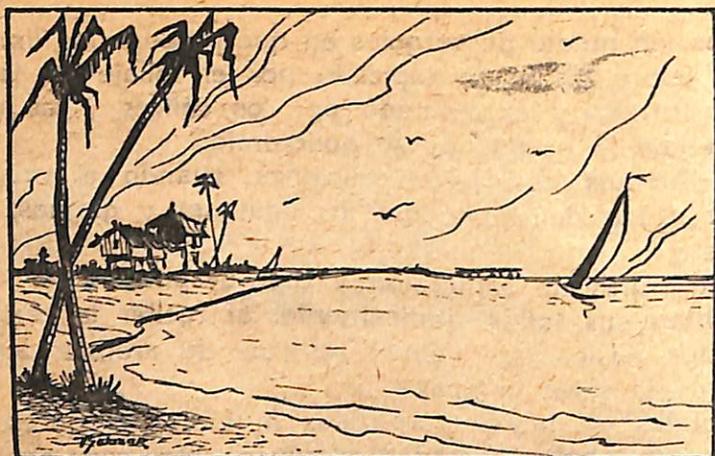
Pequeños algodones sonríen con la blanca sonrisa de sus capullos maduros, desparramados entre la fronda como albas palomas. Flora, la artista inigualable, dejó por doquiera brochazos gualdas, bronceos, escarlatas, nacarados y brillantes, en el fondo del verdor fastuoso y umbrío.

Y, por sobre todo esto, la naturaleza formidable, que anonada los sentidos, que suspende el alma, con la imponencia y majestad de las rocas graníticas, que, como farallones tremendos, caen y se levantan sobre la estrechísima cuenca del río.

El hombre siente sobre sí la inmensidad del Cosmos; su alma se sublima, se eleva, concibe ideales tan altos como los montes; blancos y benéficos como la nieve que cubre el Tungurahua; nobles y puros como el cielo diáfano y tranquilo.

¡Baños! ¡Juegos de sombra y de luz! Sombra bajo las moles de piedra. Luz en el cielo esplendoroso.

Las cosas dejadas sin terminar, son disgustables. Cuando una idea es buena enfrentémosla. Pero dejémosla de un lado si es pésima.— CILPIN.



SALINAS, HERMOSO BALNEARIO DEL ECUADOR

Viene la noche. El cielo resplandece al recibir las llamadas que el sol lanza, ardiendo como pira gigantesca en el ocaso. Las olas, cadenciosa y rítmicamente, se pierden en las arenas de la playa. Todos los colores, con sus variadísimos matices, resaltan en las nubes que juguetonas vuelan por el cielo. El mar retrata la galas policromas de arriba. El alma se baña de paisaje. En el cuadro arrobador de la belleza costanera tienen lugar preferido las palmeras bamboleantes, que ponen poesía en el misterio de la tarde marina.

El balneario ecuatoriano de Salinas, hermosa playa y puerto de la costa, seméjase a un magnífico poema, cantado por un vate excelso y coreado por las olas que, impelidas por la brisa tonificante y cariciosa, vienen ululando a desparrarse al pie mismo de las casitas de la orilla.

Después de la tarde, la noche se extiende sobre la tierra ecuatorial y el mar en calma sigue hechizando el alma del viajero.

Un plenilunio clarísimo sustituye al día. Las estrellas brillan en el azul turquí del cielo. Un buque muy grande, con luces opacas, asoma surcando las aguas del océano como un castillo negro con ventanas doradas.

La luna sigue plateando con sus rayos las burbujas que saltan de las olas. Los turistas, abismados, contemplan interrogantes la Vía Láctea, y con arrobamiento indefinible preguntan sobre los secretos del Cosmos infinito, sobre la vida y sobre los misterios del mar.

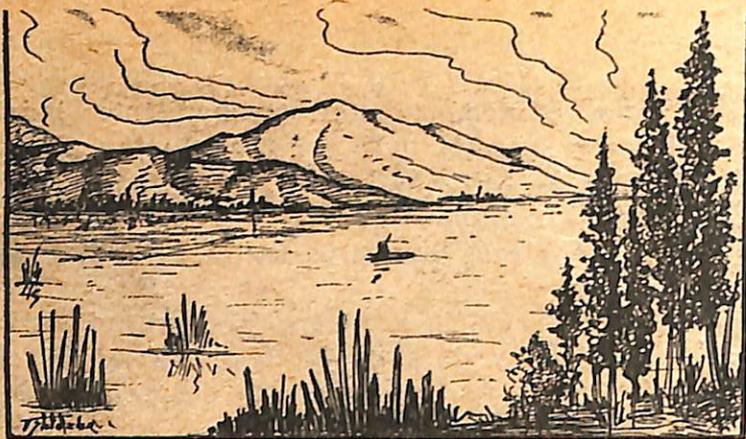
La Cruz del Sur brilla rutilante. Un meteoro juguetea en el espacio. Parece que los astros también juegan. Son los niños del Universo.

Viene el silencio, al mismo tiempo que un nubarrón pone su mancha oscura en el dómbo del cielo. Las almas sienten melancolía. Es que de la Naturaleza se desprenden efluvios. El paisaje y el alma se complementan.

Las olas siguen cantando su canción inmortal, su canción eterna. El poeta sigue rimando arpegios. Las voces se apagan. Se esconde también la luna tras el mar. La oscuridad reina también en el espacio. Silencio. Quietud. Calma.

Llamo genio el arte infinito de trabajar pacientemente.—
CARLYLE.

Al principio parece imposible toda empresa buena.— CAR-
LYLE.



LAGO DE SAN PABLO

Rodeado de montañas, cerros y planicies reposa el Lago de San Pablo.

La Naturaleza lo ha colocado allí para que con su piélago azul, embellezca aún más el paisaje de aquel lugar de ensueño.

Las montañas imbabureñas desparramadas en forma hermosa, una veces apuntalan el cielo con sus cumbres erectas, otras veces son retratadas por las aguas tranquilas del Lago, aguas que parecen un espejo gigantesco rodeado por el verde marco que forman los "totorales" y los campos de cultivo.

¡Qué quietud paradisiaca reina en sus orillas! En los días llenos de sol y de tranquilidad la superficie azul del Lago es surcada por muchos "caballetes de totora" que hábilmente van manejados por las manos de robustos indígenas.

En las noches plenilunares el Lago adquiere exótica belleza. El enorme disco de la luna, al ser retratado por las aguas en quietud inefable, parece que alumbrara el paisaje nocturnal desde el fondo mismo del Lago.

Las estrellas que pueblan los infinitos espacios siderales son reproducidas por el cobre bruñido que forman las aguas del Lago inovidable. Los luceros, parece que, por extraño embrujo, sataran bajo la silenciosa superficie lacustre.

Quien ha visto al Lago no olvida nunca el divino sortilegio que se desprende de sus aguas, del sol, del viento, de los sonidos y de la vida misma de este rincón imbabureño, uno de los más bellos del Ecuador.



EL CHIMBORAZO

6.310 metros de tierra, nieve, roca y altura.

Tórrido sol. Cadenas montañosas en cuyas faldas los sembríos parecen guipures aterciopelados, con recamos de oro y de esmeraldas. Inmensas rocas se levantan desde los plintos formados por los altos páramos. Las tierras del altiplano se elevan desde las llanuras del Litoral y del Oriente en masas formidables de piedras empenachadas de nieve.

Mirando desde el interior del Callejón Interandino hacia los dos ramales de la Cordillera que paralelamente corren de Norte a Sur, nuestros ojos observan maravillados la enorme cantidad de cerros y volcanes que en atractiva confusión

y en forma intermitente surgen desde las sinuosidades y pliegues de las montañas patrias. Nuestra mirada se destiene en el Chimborazo, la más bella elevación que se destaca en la encrestada vértebra andina.

Cuando los ecuatorianos que se dirigen a otras tierras del Orbe desde la borda del barco que los aleja de las amadas playas, envían su adiós al cielo que los vio nacer, miran con nostalgia las ondulaciones cordilleranas que lejos, muy lejos, se confunden con el cielo despejado y azul, sobre las que se destaca excelso, el Chimborazo, el nevado grandioso que en el horizonte aparece como un blanco copo gigante de nieve inmaculada. ¡De cuántas añoranzas se baña el alma en aquellos momentos! ¡Cuántos recuerdos sonrientes y evocadores aparecen ante esta visión lejana de los perfiles de la serranía nuestra!

Desde los viejos tiempos pre-incásicos hasta nuestros días, el Chimborazo ha despertado la más profunda admiración entre todos aquellos que lo han conocido.

En los ardientes ocasos tropicales, el hombre, en todos los tiempos ha visto y ve con deleite esta plasmación cósmica envuelta en lamas de oro, rodeada de cendales de plata, retratarse esplendientemente en la superficie serena de las aguas del lago de Colta.

En las noches plenilunares, la cabeza de gigante, orlada por centenares de luceros y estrellas, adquiere a momentos tonalidades de topacio, reflejos de ágata, vislumbres de rubies. El espectáculo nocturno de este gran nevado ejerció un hechizo portentoso en los indígenas primitivos del Ecuador que desde los oteros y valles miraban extasiados el juego de luces que parecía desprenderse del nevado milenario hecho de tierra, metal, roca, agua y nieve y lo adoraron.

Pedro de Alvarado, con sus legendarias huestes, en su conocida marcha a través de la selva inhollada de la región Anteandina, vieron también los perfiles niveos del Chimborazo, visión que les hizo presentir la existencia de tierras de ensueño hacia donde debían llegar, después de penosa travesía.

Bolívar, el mago maravilloso de la guerra y de la libertad, quiso acercarse a las regiones sidéreas. Emprende la ascensión hacia la "cabeza cana" del Chimborazo. Llega a las alturas

de las nieves eternas. Su imaginación portentosa vuela en alas de lo desconocido. Tanta majestuosidad del cosmos lo enajena. Acaso, en el torbellino de la nieve cristalina, ve al tiempo, que corre hacia los abismos de la eternidad, del más allá de la vida y de la materia orgánica.

Y ese mismo tiempo, interrogado por Bolívar, va pasando frenético por la inmensidad de las regiones extratelericas.

Nuestra Patria ya es independiente de la Gran Colombia. La República necesita emblemas para que sus hijos los ostenten orgullosos tanto en los días constructivos de paz como en la vorágine de la lucha. El artista que crea el Escudo, lleno de inspiración, encuentra al Chimborazo grandiosamente bello, como uno de los elementos que debe formar parte de nuestro simbolo. Lo coloca con su raudó pincel en el lienzo. Así quedó para los siglos la sin igual silueta del monte excelso, alumbrado con esplendidez por el fulgurante "medallón del sol", en el centro del Escudo.

Brahma preguntó a la fuerza: ¿Quién es más poderosa que tú? Y la fuerza contestó: LA DESTREZA.— Victor Hugo.

El Trabajo es el bálsamo del dolor.— SHAKESPEARE.

EL ARBOL INDIANO

El capuli es el árbol típico de la serranía ecuatoriana. Lo encontramos al borde de los caminos solitarios, dando amiga sombra al viandante. En las zonas cultivadas de los montes él está allí; su alegre silueta se perfila sobre el fondo verdoso de los trigales. Otras veces, lo vemos con su tallo carcomido por el paso de los años, cubierto de vegetales parásitos, inclinándose perezosamente al ser azotado por los vientos que bajan desde los yermos pajonales; en estos capulíes, las ramas sarmentosas tienen un color terroso porque no están nutridas por la savia vivificante; las pocas hojas que apenas pueden sostenerse en los ramajes son arrancadas por el viento para revolotear luego, sobre los campos de labranza, sobre los senderos zigzagueantes que cruzan por los secadales, por las quebradas y las fértiles llanuras.

Cuando hemos dominado con nuestra marcha las cimas de los montes y desde allí dirigimos nuestras miradas a la lejanía, y luego, escrutamos los filos rocallosos que se levantan como mágicos castillos en dirección de los puntos cardinales y colaterales de la tierra andina y descendemos aún más con nuestras retinas en los vallecitos risueños y a las lomas pedregosas, encontramos en aquellos sitios a los capulíes que en medio de la soledad del paisaje, extienden hacia todos los horizontes y a los cielos azulados sus tupidos ramajes, como en una sublime plegaria que la naturaleza envía a las inmensidades astrales.

¡Sí! El capuli es nuestro árbol, es tan indígena como el indio que, sentado bajo su abrigante sombra, mira con sus negras pupilas alucinadas el paisaje espléndido e inmenso que lo rodea.

Cuando un sol canicular "penetra hasta los huesos de los hombres y de los animales", y por impulso del viento se desprenden de los secanos arenas vistosas que con frenesí giran en grandes espirales, los rebaños de zahareñas cabras que han cesteado en las laderas que endoselan las elevaciones, se reúnen buscando la fresca sombra que brindan los espesos follajes del capuli. Hay que ver a estos animalitos cómo se apretujan alrededor del árbol hospitalario y cómo saltan para atrapar con su blanca dentadura las verdosas hojas que cuelgan de los ramajes.

Los pastores serranegos que cuidan los rebaños, al medio día, arimados a los añosos troncos de los capulies, con una actitud hierática miran a su rebaño que paca en los sinuosos atajos.

En el paisaje ecuatorial el capuli aparece poniendo siempre un tinte de autoctonismo, un no se qué de tristeza. No hay casi un pedazo de tierra serrana en donde no se encuentre este magnífico ejemplar de la vegetación arbórea nuestra.

El capuli está adherido a la tierra, a los montes, a las hondonadas, a los sembríos de nuestras legendarias montañas. Elevándose sereno, apacible en las tardes primaverales y en las mañanas opalescentes de nuestros Andes, despide un olor deleitoso, indescriptible, que lo sentimos venir hacia nosotros trayéndonos en su álito todo el primor de esta tierra de paz y ventura.

Cuando los frutos del capuli se hallan ya maduros, los racimos cuelgan abultadamente. Parecen grandes racimos de uva de color azabache unas veces o de coral otras. Los chucuelos, llenos de encanto, se suben al árbol para atrapar con sus ávidas manos los frutos tan sabrosos de este árbol que señoreó los campos inmensos de nuestros antepasados los shyris.

Las dificultades son vencidas por el trabajo ininterrumpido, facilitando el acceso a lo imposible.— COLLIER.

EL PARAISO INSULAR ECUATORIANO

Surge de las entrañas misteriosas del Océano Pacifico un conjunto de islas e islotes, cuya formación se efectuó hace centenares de siglos. Acaso ese conjunto insular es el resto de un gran continente que se sumergió en la vorágine de las aguas oceánicas en tiempos inmemoriales. Este Archipiélago es el llamado de Colón o también de Galápagos.

Desafiando el tiempo y los embates del Océano se levanta soberbio, con exótica belleza, bajo el sol esplendente, luciendo a los espacios infinitos la superficie orogénica de sus valles, sus costas y sus volcanes, como joyeles ciclópeos, suspendidos en las inmensidades azules del mar y de los cielos.

Levantado sobre un inmenso zócalo submarino, el Archipiélago tiene sus islas cubiertas de arenales azules, de arenales de nácar, de rocas desgastadas por los agentes atmosféricos, de llanuras plácidas, de volcanes apagados que callaron su voz telúrica en algún cataclismo terciario.

El silencio milenario de las islas es turbado por la orquestación de las olas, que en todos los momentos quiebran sus cristales límpidos en las aristas exteriores de las rocas hieráticas o en las playas somnolientas, donde duermen su sueño eterno los animales del cretáceo.

El Archipiélago de Colón es el puente que une el pasado con los tiempos actuales; es tierra que palpita en nuestro Siglo pero que existió en la Edad Secundaria de nuestro Planeta. Sobre esa tierra, orlada por el púrpura de las nubes del estío, viven, como en un paraíso de fantástica conformación, animales y aves cuya presencia hizo al Sabio Carlos Roberto Darwin sumirse en la contemplación portentosa de lo actual, mientras su imaginación ardiente buceaba por los oscuros mares de los

milenios pretéritos hasta encontrar su famosa doctrina de la evolución de las especies.

Hoy, en una de esas islas azotadas por los vientos y reque-
mada por los soles, confundido en la soledad de las distancias,
lejos del bullicio de las urbes, se halla el busto que la posteridad
ha levantado en homenaje al sabio Darwin, en el mismo
lugar isleño que otrora recorrieran sus plantas cosmopolitas,
bajo el mismo cielo, sobre el mismo fondo de paisajes que alu-
cinaron al viajero de las latitudes de la tierra.

Pero no solamente el Archipiélago es un paraíso por la
esplendidez de sus paisajes y por la diafanidad de sus horizon-
tes, sino que también es un jardín zoológico natural; tiene
aves hermosas que lucen al claro sol de los veranos ardientes,
sus plumajes niveos, sus plumajes policromos, sus plumajes
brillantes, cuyas tonalidades seméjense a un jardín en des-
tellos de primavera. En ese edén natural, aparecen también las
longevas tortugas, las iguanas terrestres con sus crestas agres-
tes e irsutas, los lobos marinos de piel lustrosa; ellos recuerdan
con su presencia el aspecto que debió tener la superficie terres-
tre en la remota Edad Secundaria.

El Archipiélago de Colón, por sus bellezas múltiples, es
el lugar de descanso para el alma que, huyendo de las mez-
quindades de los hombres, busca el reposo, ansia la soledad
de los mares y de la tierra, para elevarse a la instrospección,
al éxtasis ante la contemplación de la hermosura. Galápagos
tiene todos los sublimes encantos, toda la fascinación de lo des-
conocido, todo el material de análisis para el sabio, toda la
inspiración para el poeta, todo el divino embrujo para el so-
ñador, toda la riqueza oculta para el hombre de trabajo y toda
la esperanza para la Patria.

La abnegación puesta en el sacrificio por un ideal, es la
única verdadera prueba de la sinceridad de un hombre. Cosas
factibles de dar son palabras y dinero; mas cuando un hombre
día tras día se entrega a sí mismo, demuestra llevar consigo
la verdad.— LOWEL.



RIOS DE NUESTRO ORIENTE

Las cordilleras sangran. Se abren los poros de la tierra andina y de sus entrañas húmedas salen burbujeantes, con reflejos de cristales, las aguas cantarinas de las fuentes. Corren sus caudales por los altos páramos y por entre los picachos solitarios que muestran sus domos azules en medio del verdor de las cuchillas serranas y bajo la calma de los espacios cósmicos.

Bajan las aguas y en su descenso van arrancando sonidos a las rocas y a las arcillas que se desgarran con quejidos de ruisseños cautivos.

En su viaje telúrico, los caudales llegan a las hondonadas, a los valles, a los oteros de la serranía de perfiles dromedáricos. Sus linfas son fuentes de vida y de belleza para los campos labrantíos, para los eriazos desnudos de vegetación y para las ciudades y los pueblos donde el hombre se agita hasta ser desgastado por el tiempo como la tierra se desgasta por el trabajo erosivo de las aguas.

Los ríos se unen y forman una sola arteria; ésta rompe los espacios de greda, de roca y de arena; vence las distancias. Las aguas se encañonan teniendo en sus flancos peñones perpendiculares, ante cuya visión el hombre siente la grandiosidad abrupta de la naturaleza.

El límpido arroyo de los pajonales solitarios se ha transformado en un caudal que es invencible en su fuerza impelente. Hasta las rocas, que el paso de los siglos no las ha destruído, el río, poco a poco, unas veces, violentamente, otras, las vence, las derrumba. El río siempre triunfa, el río tiene la invencibilidad de la fuerza y también de la constancia. El río enseña al hombre que todo es vencible cuando hay paciencia y voluntad de hierro.

El río que atraviesa el interior de las hoyas del callejón interandino, rompe las cordilleras encrespadas. Entonces sus torrentes se precipitan con furia de cataclismos; forman rápidos de vertiginoso movimiento o cascadas en las que el agua es blanca como un albo tul, pero también atronadora como volcanes en erupción.

Por entre breñas y precipicios, con furia incontenible, el río se precipita en su viaje triunfal. Ha vencido todos los obstáculos. Nada lo detiene. Sigue adelante por las últimas estribaciones exteriores de la Cordillera andina.

El río ha llegado, en su viaje sonambulesco, a la dilatada llanura. Su carrera frenética ha terminado. Su vena se hace ancha y silenciosa. Majestad y misterio le rodean. Esa majestad se desprende de la selva, de la gran selva del Oriente Ecuatoriano, cuajada de bosques milenarios, hermoseedada por sus flores en perpetua ostentación de colores encendidos.

El río forma un plielago de tonalidades de plata y de ónix. Es ancho y aterciopelado y corre bajo cielos plomizos, por entre la tierra abrumada de verdor. Sus aguas son tibias y arrastran sedimentos.

El río viaja, en su viaje eterno, sin descansos, sobre arenales, sobre millones de diminutos granos de oro, sobre tierra negra, sobre piedrecitas de color de ágata.

¡Cómo susurra el agua al pasar, meciendo los follajes abri-llantados de esmeraldas y de azul! ¡Cómo vibran a la sutil caricia de las aguas las hojas y las flores que cual doseles de púrpura orlan las márgenes del río.

Amazonas, Napo, Pastaza, Santiago, Zamora, Tigre, Morona. Ríos ecuatorianos del Oriente. Ríos que llevan en sus arterias toda la savia jugosa de la serranía ecuatoriana. Ríos del presente y del porvenir de las nuevas generaciones de nuestra

Patria eterna. Ríos cuyas superficies serán cortadas por las embarcaciones ecuatorianas. El río Amazonas es la gran arteria del progreso nacional. Después de pocos años, a sus riberas irán nuestros hombres y vivirán allí bajo la sombra augusta de nuestro Tricolor Nacional. Florecerán poblaciones y el gran río Quiteño del Amazonas verá el desarrollo portentoso de la cultura genuinamente ecuatoriana.

Día a día el mayor convencimiento de que la diferencia entre el débil y el fuerte, entre el que se destaca y el insignificante, es la energía indomable, resolución de llevar a cabo el propósito forjado, y triunfar o perecer en la demanda.—
BUXTON.

QUITO, UNA DE LAS CIUDADES HERMOSAS DE LA AMERICA

Quito, la ciudad histórica del Ecuador, ha presentado los hechos más trascendentales que han conmovido estos territorios, desde el pre-incario hasta nuestros días. Las elevaciones que avizoran la ciudad son mudos testigos del incendio que ordenó Rumiñahui ante el avance de los conquistadores ibéricos. El Ichimbía, el Panecillo conocieron al bizarro pueblo de las alcabalas, a los mártires del 2 de Agosto, a los bravos soldados que sellaron la independencia en las faldas del Pichincha legendario. ¡Oh, si los montes hablaran, cómo nos relatarían emocionados, las escenas desarrolladas en la Capital del Ecuador! ¡Cuántos secretos sabríamos entonces!

Por las tortuosas calles de esta urbe ha defilado "el alma desnuda de la plebe", presagiando con sus gritos las gestas que han conmovido al País entero y aún a la América, gestas de tal magnitud, como el Primer Grito de Independencia lanzado por los patriotas quiteños.

Quito es la ciudad cruzada por calles que parece que suben al cielo, para luego bajar a las oquedades más profundas de las quebradas.

Quito es la cuna de los grandes artistas que dejaron para la admiración de las futuras generaciones sus obras portentosas.

Muchas instituciones de cultura, hacen de Quito el centro de las actividades intelectuales de la juventud ecuatoriana. En Quito se han formado los mejores cerebros que han contribuido con sus luces al engrandecimiento de la Nación.

Muchas fábricas lanzan al cielo el humo producido, por la combustión de sus calderas, indicando que Quito, es también

una ciudad industrial, y que dentro de pocos años, el empuje vigoroso de sus hombres hará que el País produzca lo que consume, elevando el nivel de vida del poblador ecuatoriano.

Quito es la ciudad del trabajo y la alegría, de la cultura y el Arte, de la Historia y de la Ciencia. Quito es el cerebro del Ecuador. Quito es luz, tanto en su paisaje como en las ideas de sus hombres. Quito es la ciudad Luz de América. Los ecuatorianos de todas las regiones del País nos sentimos verdaderamente orgullosos de nuestra bellísima Capital.

Qué maravillosos paisajes se admiran desde la cúspide del pequeño Panecillo. Las moles andinas con sus dromedáricas siluetas extendiéndose por todos los puntos cardinales. Valles primorosos donde pacen tranquilamente los rebaños, arboledas, flores, riachuelos, cascadas, caminitos zigzagueantes aparecen en las proximidades de nuestra Capital. Y allí, en medio de todos estos encantos de la madre naturaleza está Quito, la ciudad india, la ciudad española y la hermosa ciudad moderna; dentro de las entrañas palpitantes de los Andes surge la ciudad hermosa del Ecuador en un valle pequeño y quebrado.

Quito, por las joyas de arte que tiene, por el paisaje inigualable que se admira, es una de las ciudades más hermosas de América.

Quito es una ciudad sumamente bella, única en la América. Conserva con cariño y veneración las reliquias del pasado.

**La piedra básica de toda virtud, es el propio respeto.—
Herschell.**

GUAYAQUIL, PERLA DEL PACIFICO

La ciudad de Guayaquil es el eje económico del Ecuador. Ciudad ribereña del caudaloso Guayas, su existencia se la debe a su posición geográfica admirable que hace de ella la puerta natural de entrada y salida al mar de una inmensa porción territorial ecuatoriana.

En la ciudad y en toda la hoya del río Guayas la época de las lluvias es calurosa y el ambiente se halla saturado de humedad. Pero en los meses de sequía, cuando el sol esplende en el cenit y las tardes veraniegas se cubren, bajo un cielo extremadamente bello, de nubes que se desgajan en el espacio infinito, nimbadas por los más bellos y encendidos colores, la ciudad parece que emergiera de entre el río, los esteros y el Cerro de Santa Ana, como un barco de oro y de diamantes, anclado en una rada de rubíes, de topacios y de ágatas. Guayaquil se presenta como una ciudad oriental, con sus cúpulas doradas de sol en el día y plateadas de luna en la noche.

Las tardes estivales, cautivadoras y embrujadas de trópico, se hallan saturadas de olores deleitosos que el viento lleva a la ciudad desde los campos, donde florecen los glaucos platanales, donde cuelgan de los naranjos miles de frutos amarillos, "como una lluvia de estrellas", donde lloran los cauchales por los poros sarmentosos de sus tallos y donde vive el montuvio, gallardo como un mástil de velero, surto en un puerto sin mareas.

Desde los lejanos tiempos pre-incásicos la hoya del río Guayas ha desempeñado un papel primordial en la vida humana. En la Colonia la ciudad de Guayaquil tuvo el gran privilegio dado por España, de que su puerto fuera el único destinado a "la construcción y carena de todas las embarcaciones grandes y pequeñas, que navegaran en la Mar del Sur".

Actualmente, Guayaquil es la ciudad más cosmopolita del Ecuador. La ciudad ostenta edificios modernos, calles anchas, grandes instalaciones industriales y magníficos centros de educación.

Barcos que navegan por todas las aguas del Mundo llegan a Guayaquil, cargados de mercaderías para el consumo de una gran parte de población ecuatoriana. Y esos mismos barcos son los que llevan una buena parte de la producción vegetal e industrial de nuestra Patria a otros lugares del Planeta.

Guayaquil se halla unida a Quito por el Ferrocarril del Sur y por carretera. Hay también muy buen servicio aéreo que pone en comunicación a las dos ciudades todos los días de la semana.

Nuestro principal puerto ha sido cantado por los mejores poetas de nuestro País. Todos los ecuatorianos amamos a Guayaquil, ciudad que con justicia ha sido llamada la "Flor y la Perla del Pacífico", el "Hermoso Puerto del Guayas". Y nosotros con profunda emoción de ecuatorianos diremos: Guayaquil, tierra y ciudad del río milenario, de alma abierta como el paisaje alucinante de su golfo azul y de su llanura ubérrima. Ciudad cuna de ilustres varones que han engrandecido al Ecuador. Alma de nuestra nacionalidad.

El triunfo es del que persiste más.— Napoleón.

RIOBAMBA, CIUDAD TÍPICAMENTE ANDINA

Riobamba es la ciudad plana, de horizontes amplios, de parques primorosos, rodeada de paisajes claros.

Ciudad que se despierta en las madrugadas al trabajo diario teniendo siempre la eterna visión de las moles titánicas del Chimborazo, el Altar y el Cariguayrazo.

Riobamba, anfiteatro colosal de nieve y de roca.

Ciudad de las noches frías y de las mañanas cobijadas por un cielo de añil puro.

Las llanuras afuereñas de esta urbe, Capital de la Provincia del Chimborazo, han sido los escenarios de hechos heroicos memorables. Los granaderos de San Martín, que vinieron desde las dilatadas pampas argentinas, a combatir por nuestra independencia, escribieron en los arenales de Riobamba uno de los episodios heroicos de la libertad ecuatoriana.

Riobamba se halla situada en el corazón de la República; es el paso obligado para los viajeros que trafican entre la serranía y el Litoral, por vía férrea.

Ciudad progresista. Florecientes industrias contribuyen al engrandecimiento económico de nuestro País. Sus pobladores son muy laboriosos. Cientos de obreros se dedican a la manufactura de artísticos objetos de marfil vegetal, de cuero, de madera, etc.

Cuna de Pedro Vicente Maldonado. Cuna de poetas y pensadores. Nervio de nuestra nacionalidad. Riobamba es la cuarta ciudad del Ecuador. Por sus bellezas, por su clima, por la construcción de sus viviendas, por el paisaje montañoso que la circunda, Riobamba es la ciudad típicamente Andina de nuestra Nación.

AMBATO, JARDIN Y HUERTO DE LOS ANDES

¡Cuántos y múltiples atractivos tiene Ambato, ciudad que se asienta sobre un primoroso lugar de la hoya del río Patate!

¡Ambato! Hay una verdadera apoteosis de colores y de gracias. Terrazas naturales cuajadas de flores; paredes cubiertas por el encaje verdoso y blanco de las madre selvas en flor; planicies alfombradas por violetas y tréboles; yedras que se abrazan a los árboles centenarios; guijarros multicolores que bordean los senderos; naturaleza pródiga y feraz, todo hace de Ambato la ciudad-jardín de los Andes ecuatorianos.

Ambato es el centro de una enorme región vegetal y económica del País. Miles de cajones de frutas abastecen al mercado interno.

Esta población tiene rincones que invitan a la meditación profunda y al ensueño creador. Entre esos rincones de serena belleza sobresale Miraflores cuyos atractivos visuales conducen a nuestra imaginación a soñar en tierras donde la naturaleza hace derroche de belleza múltiples.

Frente a esta ciudad de ensueño, al lado opuesto del río Ambato, se encuentran las frondas purísimas de Atocha, donde Juan León Mera encontró inspiración terrestre y cósmica para escribir sus inmortales páginas.

Una población dinámica trabaja para desarrollar en grado máximo la industria.

Ambato es una ciudad inspiradora del verso y de la prosa diáfana. Ciudad de Montalvo, el divino prosador y polemista ecuatoriano, que siéndolo así, es también de América entera.

LATACUNGA

Rodeada de montañas se extiende horizontal y arenosa la llanura, recortada a trechos por agrestes quebradas y por el río Cutuchi. Sobre la llanura señorea un cielo casi perpetuamente surcado por las proas blancas de las nubes. En los horizontes de la planicie, eternamente se destacan el azul lejano de las cordilleras y el blanco de albura de las nieves impolutas del Cotopaxi y el Iliniza.

En plena llanura interandina, bajo el plomo de las nubes, con caricias transparentes de las brisas que descienden de los nevados, se halla Latacunga, la ciudad de las noches tristes y de los días activos, de las construcciones pétreas y de los parques floridos.

Al Oriente de la ciudad se extiende el lago hecho por la mano del hombre, lago de aguas que forman una superficie de cristales verdes, en cuyo fondo se reproducen las copas de los saucedales desgarrados por los vientos. En aquel lugar de ensueño el silencio entona su canción triste. Hay paz de campiña. Y en el alma del visitante hay el ansia infinita de beberse el azul furtivo del cielo en la copa del olvido; todo respira soledad; todo invita al hombre a sumirse en la contemplación de las inmensidades terrestres y de las inmensidades cósmicas.

En el Parque Central de la Población, rodeado del vivo claror de las amapolas, de los crisantemos y de las rosas se levanta el monumento que eterniza el recuerdo de Vicente León. La bronceína estatua del patriarca se halla frente al Norte. Los ojos nostálgicos y lejanos de la escultura parecen hallarse embebidos en la contemplación de los espacios, de los horizontes de rosa, de azul y de misterio.

Las calles estrechas, barridas por el viento, ostentan el azul de la piedra, y sobre todo, la limpidez de sus superficies

pulidas por el rodar del tiempo y por el paso de las plantas de los hombres.

Al Occidente de la urbe, pasando el río Cutuchi, se levanta un eriazó triste; viven sus rocas y sus arenales aletargados por los sonidos que arranca el aire que pasa por los oteros, por los cactus, por los poros de las piedras pomez. Allí, en ese sitio quemado por los soles, desgastado por los vientos y por las lluvias, el hombre saca la piedra porosa que irá a servir de adoquines en las calles, de zócalos de los palacios, de paredes de las viviendas.

Al Nororiente de la ciudad se halla el Cotopaxi, mole gigantesca que se levanta con majestad abrupta sobre los lomos de la Cordillera Oriental; su cónica silueta de nieve blanca, en los días del estío, resplandece al recibir los rayos del sol. El Cotopaxi, que atalaya los horizontes de toda la hoya, es un símbolo de la pujanza del pueblo que vive en esta magnífica comarca de los capulicedos humbrios, de la tierra desgastada por la erosión, de las verdes praderas, de los maizales que verdean rodeados por las superficies rojas de los arenales.

Piedra, sembríos, ríos de plata, blancos caminos que siguen su viaje por laderas y hondonadas, esfuerzo supremo del hombre para arrancar a la tierra sus frutos, aires de cristal, montañas adustas y lejanas, rincones de remanzo espiritual, aldehuelas calladas que viven bajo los mantos de las nubes, campanas que resuenan a la hora del crepúsculo anunciando la agonía del sol que muere acuchillado por los filos azules de las montañas, todo esto es la Hoya del Cutuchi, en la que se levanta con el donaire propio de una novia del infinito, la castellana e indiana ciudad de Latacunga, cuna de hombres que viven para servir a los ideales.

Latacunga vive en la llanura andina ostentando a los cielos la sangre de sus tejados, el verde profundo de su lago, los joyeles multicolores de sus jardines en floración. Vive, vivió y vivirá nuestra ciudad andina cubriendo con sus tejados los ensueños de la juventud, las enseñanzas de los mayores y la delicada sonrisa de los niños que son las futuras fuerzas de nuestra nacionalidad.

OTAVALO CIUDAD DE LOS PAISAJES TRANQUILOS

Pequeña y sonriente ciudad de la provincia de los lagos, está recostada en un idílico pedazo de tierra serrana, en un eglógico vallecito, al que circunda en primer término, elevaciones de poca altura y, no muy lejos, el Imbabura, Cotacachi y Mojanda, como vértices de un triángulo, en cuyo centro está Otavalo, la magnífica, la bella, la soñadora y altiva ciudad andina.

Las caleles brillan por su limpieza. Las casas, los jardines poblados de flores, las fuentes de agua saludable, la vida sencilla y apacible, las fiestas indígenas llenas de típico colorido local, las ferias semanales, a donde acuden millares de indios luciendo sus ponchos de elegantes colores vivos, la benignidad del clima y otros encantos más, hacen de Otavalo el lugar de descanso y distracción de los habitantes del Ecuador.

Es el centro de la actividad comercial de toda la región. Industrias florecientes ostentan modernas maquinarias, las que aprovechan de la potencia de los caudales de agua, que cruzan los declives cuajados de campos de cultivo.

Seduca la ciudad al visitante porque está colocada en un sitio geográfico admirable. Por todas partes que se mire, se encuentran paisajes llenos de color. Todos los tintes del verde asoman rebozantes de luz, en las sementeras que el indio ha cultivado y cultiva aún en lo más abrupto de los montes. Predomina el esmeraldas de los maizales en los flancos de las elevaciones. Las eternas nieves del Cotacachi se divisan muy cerca; espectáculo sumamente bello es el que ofrece este nevado en los meses de verano; en sus faldas se ven enormes sembríos.

El Lago de San Pablo queda a muy pocos kilómetros de la ciudad de Otavalo.

Dentro de la misma población existen fuentes de aguas como las de Punyaro y Yanayacu.

Simón Bolívar, sintió el encanto maravilloso de esta bella población; cuando se dirigía a la ciudad de Quito sus profundas retinas se emocionaron con el paisaje singular de este pedazo de suelo andino.



Una calle de El Puyo

PUYO, HERMOSO JOYEL DEL ORIENTE ECUATORIANO

Rodeada de la selva milenaria se encuentra la población del Puyo, en un sitio geográfico que constituye el lugar de la dispersión de algunas vías de penetración que van hacia los lugares más avanzados del Oriente Nacional.

El Puyo ha surgido gracias al esfuerzo de los colonizadores que año tras año han ido dominando a la selva impenetrable.

Una gran carretera une a esta población oriental con Ambato. Esta vía de penetración al Oriente ha sido construida mediante un esfuerzo titánico, porque la topografía del terreno demasiado abrupta y porque los ríos presentaban el obstáculo de sus torrentes. Esta carretera va bordeando al río Pastaza, hasta la población de Mera. Desde allí atraviesa por planicies y por elevaciones de escasa altitud hasta llegar a la hermosa población del Puyo, que se encuentra como un joyel en medio de la naturaleza exuberante.

La tierra es fecunda. Principian a extenderse enormes plantaciones de caña, las que con el tiempo darán origen a una industria azucarera prodigiosa.

Bosques gigantescos de maderas finas se encuentran desparramados por todos los puntos cardinales de la población del Puyo.

Hay un entusiasmo febril por construir viviendas. El hombre va levantando con energía ejemplar una población destinada a servir, en el futuro, de centro de las actividades industriales y comerciales de esa rica zona oriental.

Por la población misma, pasa el río Puyo, con sus caudales de agua cristalina. Frágiles embarcaciones pueden surcar su piélago rumoroso.

Allí vive una población calculada en tres mil habitantes, la que va haciendo la prosperidad de aquel pedazo de Patria que vive para el progreso y que espera un porvenir de riqueza.

Te valdrá más la sonrisa, que la espada, para lograr lo que deseas.— Shakespeare.

Los amos del éxito son: el nervio que se relaja; la mirada firme y la mente serena.— Burke.

**FORJADORES DE NUESTRA
NACIONALIDAD**

SIMON BOLIVAR

Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de su grandeza.

JOSE ENRIQUE RODO

Doña Maria Concepción Palacios y Sojo, bellísima mujer que apenas ha vivido 23 abriles floridos, tiene en sus brazos, arrullándolo tiernamente, a un niño que hace pocas horas, ha visto, por primera vez, la luz del mundo. No cruza ni remotamente por la imaginación de esa noble dama, que aquel niño —su hijo— con el paso de los años, llegará a ser considerado como un semidiós por los pueblos de la América India. Ha nacido el pequeñuelo el 24 de julio del año de 1783, en la ciudad de Santiago de León de Caracas y lleva los nombres de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad.

Los primeros años del futuro libertador de pueblos se deslizan tranquila y bellamente bajo la sombra de los floridos árboles tropicales. En las tardes llenas de sol y de luz, el chicuelo corretea en las campiñas perfumadas por naranjos, limoneros, rosas y lirios. En la casona solariega de su padre don Juan Vicente Bolívar y Ponte, a la hora de los crepúsculos encendidos, el niño mira los paisajes esplendentes, pero melancólicos, que se perfilan en la lejanía. Cuando la noche viene, el pequeño Simón Juega en los amplios corredores,

adornados con tupidas madre selvas, hacia donde llegan aircillos saturados de perfumes de las montañas de Avila y del cercano Caribe.

Desde temprana edad su sicología se manifiesta vigorosamente fuerte: es enérgico, diligente, audaz, no conoce el miedo.

Era un adolescente cuando ingresó como cadete en las milicias de Aragua.

Luego, en el puerto de la Guayra se embarca con rumbo hacia México. Llega a Veracruz y después de haber admirado los paisajes de Cholula, Puebla y Orizaba entra en la capital del Virreynato. En esta histórica ciudad recorre con el Oidor Aguirre los palacios, calles y todos los lugares que le traen evocaciones de la legendaria Tenochtitlán.

Regresa a Veracruz y se embarca con destino a España. En la borda del bergantín "San Idelfonso", contempla los majestuosos atardeceres oceánicos. Su testa juvenilmente bella guarda ya incógnitos designios. Las brisas atlánticas acarician el rostro taciturno del Genio. Sus negros y brillantes ojos vagan melancólicos sobre las olas. Su corazón acaricia ilusiones y esperanzas.

Las velas henchidas por el viento conducen la rauda embarcación sobre las blancas y espumosas olas del Golfo de Vizcaya.

Llega a las rosadas playas del norte de España y de allí emprende viaje a Madrid. En esta ciudad conoce a María Teresa Toro. El amor llega al corazón del joven Bolívar y contrae matrimonio con ella, cuando la niña era como un delicado capullo primaveral. Pero a los pocos meses de haberse casado, queda viudo. Su amada esposa fallece en Caracas en un trágico 22 de enero de 1803.

Regresa Bolívar a España con el corazón lacerado, llevando en su memoria el recuerdo de su tierno amor.

De España va a París. Esta ciudad vivía los históricos ceremoniales de la coronación de Bonaparte. Ve desfilar, en medio de delirantes aclamaciones, a los ejércitos imperiales que se habían cubierto de gloria en más de cien combates.

Emprende viaje a Italia, acompañado de Simón Rodríguez.

Recorre sus principales ciudades y llega a la Roma Inmortal, la Roma Eterna, en cuyo cielo flotan los manes de los Césares.

Una tarde llena de sol y de colores, de tibieza y de ensueños, de poesía y de músicas misteriosas, sube al Aventino, acompañado de su ayo don Simón Rodríguez. Abajo se extiende la ciudad legendaria. Las cúpulas enrojecidas por el sol que se oculta en el encendido horizonte, ponen un deleitoso encanto en la visión de ensueño que presenta la ciudad en aquel ocaso memorable.

Se va a realizar un hecho que pasará a la posteridad, hecho que millones de hombres lo recordarán emocionados, cada vez que en sus oídos resuene el sublime nombre del Libertador.

Simón Bolívar de pie, pálida la tez, los ojos alucinados por extraños fulgores, dirigiendo su mirada a la Roma milenaria dice: "..... ¿Conque éste es el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y Horacios, de Augusto y Nerón, de César y Bruto, de Tiberio y Trajano? Aquí todas las grandezas y miserias. Octavio, Antonio, Sila..... Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano cien Caligulas; por un Vespasiano cien Claudios..... Este pueblo ha dado para todo....."

"Simón: juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por mi honor; juro por la patria: que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas del poder español que nos oprimen".

El amor a la libertad se había apoderado del corazón del Genio. El juramento del Monte Sacro es el preliminar de una gloriosa epopeya que pasará a la inmortalidad.

Las sombras nocturnas se extendían sobre el azulado Tiber. Los dos personajes bajaban silenciosos a la ciudad, mientras las estrellas titilaban en el azul del cielo.

De Roma va a París. En el alma del Héroe se agitan ideales inmensos de libertad y de gloria.

Luego se dirige a los Países Bajos y Alemania. Se embarca en Hamburgo en el navío que lo conducirá hacia las bellas tierras americanas. Conoce los Estados Unidos de Norte Americana, país que vigorosamente trabaja por su engrandecimiento bajo la augusta sombra de la libertad y con la acertada administración del Presidente Thomas Jefferson.

Es el año de 1807. Bolívar desembarca en el puerto tropical de la Guayra. Francisco Miranda, otro titán de la magna gesta emancipadora, ha levantado bajo el cielo venezolano el pendón de la noble causa de la independencia.

Comienza Bolívar su obra redentora. Enciende con su verbo cálido y apasionado la llama de los ideales libertarios en los corazones de los jóvenes que asisten a las reuniones que se efectúan en la misma casa de Bolívar.

La Junta de Caracas nombra a Simón Bolívar Teniente Coronel y lo envía como delegado a Inglaterra para que busque el apoyo material necesario para la contienda que iba a realizarse contra el poder español. En la brumosa Londres, logra despertar múltiples simpatías hacia la causa de América, pero desgraciadamente no puede conseguir el auxilio necesario. Regresa a las costas venezolanas y encuentra que sus coterráneos estaban sosteniendo sangrientos combates con las huestes españolas.

Los realistas confiados en el triunfo acometen contra los patriotas con furia inusitada. Los aliados de la causa realista se oponen tenazmente al triunfo de Bolívar, el que tiene que proceder con suma energía; pues, es sabido, que hasta las fuerzas ciegas de la naturaleza contribuyeron a sembrar el desaliento en los corazones de los timoratos. Un terremoto destruyó Caracas, reinando como consecuencia de este funesto acontecimiento el hambre y la miseria. En esta ocasión Bolívar se expresa así: "La naturaleza conspira con el despotismo y pretende atajarnos: ¡lucharemos contra ella y le haremos que nos obedezca!" Estas palabras retratan al Genio con su voluntad de acero.

Después de acontecimientos llenos de dramáticos incidentes, el Libertador comienza su obra ciclópea, obra que la historia conserva en sus páginas de oro, para admiración de las pasadas, presentes y futuras generaciones. Principia la empresa con 200 soldados que militan bajo sus órdenes en Barrancas. Los arcos del triunfo comienzan a levantarse al paso del pequeño, pero valeroso ejército libertador, el que vence a los españoles en los campos de Chiriguana y Ocaña.

Los aguerridos soldados de la libertad oyen las palabras portentosas de su jefe, que les dice: "Corred a colmaros de

gloria adquiriendo el sublime nombre de libertadores de Venezuela”.

El impetu tremendo en las acometidas desconcierta a los realistas. El ya glorioso ejército recorre los ubérrimos campos venezolanos como una tromba incontenible. El entusiasmo por la causa americana va hacia los más recónditos lugares de la Capitanía de Venezuela. Girardot, Rivas y Urdaneta forman una trilogía que secunda al Libertador en su obra redentora.

Es la tarde gloriosa del 6 de agosto de 1813. El Genio entra en la ciudad de Caracas bajo los arcos triunfales, sobre el suelo tapizado por pétalos de rosas, claveles y jazmines. Es un recibimiento apoteósico que los caraqueños han preparado al Jefe de las legiones invencibles. En un carro triunfal, halado por las más hermosas beldades caraqueñas, es conducido Bolívar por las calles de la ciudad en medio de los vitorios y aclamaciones de delirante entusiasmo que lanza la multitud agradecida. El sol diluye sus rayos de oro. Las campanas y trompetas tocan a gloria. Los ancianos derraman lágrimas de felicidad.

Pero el ejército español toma nuevos bríos. Tomás Boves al mando de crueles y sanguinarios llaneros siembra la desolación y la muerte en las poblaciones y en los campos. Pero Bolívar está allí. En la llanura del Araure el ejército patriota derrota a los españoles.

Corre el año de 1814. Es el “año terrible” para la causa de los libres. Simón Bolívar desea unirse con Nariño que opera a muchas leguas de distancia. Sale el ejército libertador de la ciudad de Caracas. Casi todos los pobladores emprenden el éxodo con los soldados independientes. El viaje es largo y abrumador; la muerte acecha por todas partes; el hambre, el cansancio y la constante persecución ejercida por las tropas realistas merman la vitalidad de los viajeros. En el camino quedan blanqueando los huesos de los infelices que cayeron en aquel peregrinaje trágico pero glorioso.

Bolívar tiene que abandonar el suelo patrio en busca de elementos para continuar la obra redentora. Al despedirse de sus compatriotas lanza esta proclama, en cuyo contenido se puede apreciar, en parte siquiera, la grandeza del Libertador. Dice así: “Yo os juro que, Libertador o muerto, mereceré siem-

pre el honor que me habéis hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir.....”

Continúa la lucha heroica. Bolívar está nuevamente en la contienda y tiene que afrontar tremendas dificultades, pero él es “superior a todas las desgracias”, y nada le detiene, nada le intimida, ni el saber que las autoridades españolas han puesto precio a su cabeza.

Las acciones bélicas se desarrollan en Angostura. El intrépido José Antonio Páez, al frente de sus legendarios llaneros, milita bajo las órdenes de Bolívar. Las dilatadas sabanas del Araure tiemblan al paso de los invictos soldados de la libertad.

La ciudad de Angostura es la capital provisional. Allí se reúne el Congreso, ante el cual, la voz apasionada de Bolívar resuena con acentos inmortales. En sus ardientes discursos se manifiesta el hombre que tiene ante su mirada de águila el vasto e ignoto panorama del futuro americano. “Nadie ha hablado jamás con semejante elocuencia”. “Bolívar trabaja en este discurso para la eternidad, con insólita grandeza, con grandeza espiritual que todavía no ha sido superada.” En esa hora memorable habla así: “..... Al contemplar esta reunión, mi alma se remonta. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo la prosperidad, el esplendor, la vida de esta vasta región colombiana, me siento arrebatado y parece que ya la veo en el corazón del Universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas entre esos océanos que la naturaleza había separado y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana. Ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro. Ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo Universo. Ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar la mundo la majestad del mundo moderno”.

“¡Legisladores! Dignaos conceder a Venezuela un gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene a la opresión, a la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. Un gobierno que haga triunfar bajo el imperio de las leyes inexorables de la igualdad y la libertad”.

Luego, con 2.500 hombres se dirige a Colombia. “En medio de los rigores del invierno, atraviesa Bolívar sabanas inmensas, ríos caudalosos, pasos escarpados, esteros que son como el mar, montes helados por donde nadie se atrevió a subir, los Andes intransitables”.

En el pantano de Vargas el mermado ejército de Bolívar pone en fuga a las tropas de Barreiro. Después se libra la épica acción de Boyacá, donde los españoles son derrotados; los prisioneros se cuentan a centenares. Colombia ha sido libertada después de una breve pero gloriosa jornada. Los sueños de Bolívar se van cumpliendo.

El pueblo bogotano, le tributa un recibimiento esplendoroso. Se ha formado la República de Colombia y tiene “un solo pensamiento, la ley republicana; un solo amor, la libertad; un solo padre, Bolívar”.

Después del triunfo de Boyacá vienen los laureles de Carabobo. Venezuela y Colombia son libres. La frente de Bolívar está ya nimbada por los rayos refulgentes de la victoria.

Pero el Libertador no descansa aún después de haber conquistado tantos laureles. Su alma, inmensa como el infinito espacio, tiene que seguir proyectando su luz sobre los pueblos que viven todavía bajo el dominio español. Emprende viaje hacia el sur, hacia el Ecuador. En Guayaquil, hermosa ciudad porteña que se recuesta a orillas del anchuroso y poético río Guayas, se realiza la histórica entrevista con San Martín. Bajo un ambiente de diafanidad tropical, los dos genios de la emancipación americana se abrazan fraternalmente.

De Guayaquil va al Perú. Bajo el sol luminoso de los incas se libran los últimos combates de la libertad. Los glaucos valles de Junín y Ayacucho son mudos testigos de la bravura

de los inclitos soldados que sellaron para siempre la libertad del continente.

Funda después la República de Bolivia. Dicta leyes; encauza por senderos rectos la marcha de los pueblos. Bolívar es un guerrero invencible y un estadista admirable.

Regresa a Colombia al saber que guerras fratricidas habían estallado en las tierras por él libertadas.

La perfidia, la traición y la alevosía de unos cuantos ambiciosos y canallas tienden al Genio una celada y tratan de asesinarlo en la ciudad de Bogotá. Salva milagrosamente Bolívar.

Está en Cartagena cuando recibe la trágica noticia de la muerte del ínclito Mariscal de Ayacucho. Se ensombrece aún más su alma.

Desengañado y triste piensa ir a terminar sus días en Europa. En este estado de ánimo del Héroe, el Ecuador lo llama cariñosamente y le otorga el nombre de "Padre de la Patria".

Se dirige a Santa Marta. Está gravemente enfermo. "La carrera resplandeciente, la vida fulgurante, magnífica, está llegando al ocaso. El sol se pone ya". El doctor Reverend lo atiende cariñosa y solícitamente. Se acerca el supremo momento. Bolívar siente que el fin se aproxima y que las sombras de la noche eterna llegan. De sus labios mustios salen las postreras palabras: ".....No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión, los pueblos, obedeciendo al gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares, empleando su espada en defender las garantías sociales. Colombianos: mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro".

El 17 de diciembre de 1830, el Genio entraba en las regiones silenciosas de la muerte, pero su nombre quedaba para siempre brillando sobre las tierras americanas, en el diáfano cielo tropical.

"Pocos hombres vivieron, en el torbellino de la acción,

vida tan bella; ninguno murió, en la paz de su lecho, muerte tan noble”.

— El viento lloraba tristemente al pasar por entre las quejumbrosas palmeras, y hasta las olas gemían angustiadas al perderse sobre las playas de arena y de coral.

Bolívar —dicen sus contemporáneos— era hombre de baja estatura, de ojos grandes y soñadores, de cuerpo delgado. Tenía una cabeza muy hermosa, adornada por negros y ensortijados cabellos.

Conciencia tranquila, designio premeditado, voluntad firme: he aquí las condiciones para llevar a cabo las empresas.—
BALMES.



ATAHUALPA

Atahualpa, hoy símbolo de la ecuatorianidad, nació en la ciudad india de Quito, el año de 1497, siendo hijo del Inca Huaynacápac y de la reina Pacha Duchicela.

Desde su tierna infancia fue el hijo predilecto de Huaynacápec, creciendo bajo los solícitos cuidados de su hogar imperial el que se hallaba en el gran palacio situado en los terrenos que hoy ocupa la iglesia de San Francisco de la ciudad de Quito. Además fue educado por los mejores quipucamayoes y los más sabios amautas que vinieron a Quito desde el Cuzco por orden del emperador. Rumiñahui, Quisquis y Calicuchima,

los grandes generales indígenas, le enseñaron el manejo de las armas, las tácticas guerreras, el dominio de la voluntad, la estoicidad ante el dolor propio y ajeno y la aplicación de los castigos drásticos a los subordinados. Toda la educación de Atahualpa estaba orientada para hacer de él, en el futuro, un soberano grandioso e implacable.

Antes de morir Huaynacápac "había dispuesto que la provincia de Quito, conquistada por sus armas, quedase para Atahualpa, pues había sido de sus abuelos". Huaynacápac falleció el año de 1525 y Atahualpa fue proclamado como sucesor en los territorios que se extendían desde el actual departamento de Nariño hasta Huamachuco en el Sur. Al mismo tiempo, en el Cuzco, era proclamado Huáscar, hermano de Atahualpa, soberano de esos territorios. Quito continuó siendo la capital del Reino de Atahualpa.

Atahualpa gobernó aproximadamente el tiempo de cinco años. Su gobierno, para aquel tiempo, fue lo más eficiente. Tuvo una inmensa responsabilidad en su administración y un amor inmenso a su tierra a la que trató de engrandecerla.

Para la dirección de su ejército designó a sus bravos y leales generales Calicuchima y Rumiñahui. Se practicó la obediencia absoluta y a quienes no acataban las órdenes se los sometía a castigos severos que llegaban hasta la muerte.

Para que existiera bienestar entre sus súbditos Atahualpa utilizó medidas prudentes de distribución de los bienes agrícolas. Continuó la política de sus antecesores incas de distribución de la tierra de acuerdo al número de pobladores de cada ayllu.

A sus súbditos exigió la práctica de un código de moral, el que puede sintetizar así: "no ladrón; no mentiroso; no ocioso; no asesino; no perverso; no cobarde". Al que violaba estos principios de alta moral se lo sometía a duros castigos.

Hombre dotado de alta inteligencia, tuvo en su administración un ímpetu extraordinario de hacer las cosas bien en beneficio de los súbditos. Fue un civilizador de su época; fue un constructor duro, apasionado, con visiones de mejoramiento social para su pueblo.

El Cacique Chaperá de los cañaris se insubordinó contra Atahualpa y pidió que su jerarquía ante su pueblo fuera con-

firmada por Huáscar. Este fue el motivo para que los cuzqueños enviaran un poderoso ejército en favor de los cañaris. Para enfrentarlo Atahualpa salió de Quito con su ejército en dirección Sur. La fortuna le fue adversa y cayó, junto a algunos de sus generales, preso en poder de los invasores en la ciudad de Tomebamba. Cavando un horadamen bajo los cimientos de una pared de la prisión logró fugar llegando a la Ciudad de Quito. En esta ciudad reunió a los curacas de Ambato, Latacunga, Liribamba, Caranqui, Tiquizamba, etc. de los que demandó sumisión y ayuda, cosa que así lo consiguió. En esta forma los dirigentes de estos pueblos reafirmaron su profundo sentido de unión y solidaridad para repeler al invasor. Es decir se confirmó, una vez más, el inmenso sentimiento de nacionalidad que latía en los corazones de los pueblos que formaban el Reino de Quito.

Atahualpa reunió un ejército de 13.000 hombres el que lo puso al mando de sus indómitos y fieros generales Quisquis, Calicuchima y Rumiñahui. El ejército fue movilizad. La primera gran batalla con los cuzqueños se realizó en los campos de Mocha, actual provincia del Tungurahua. El ejército quiteño fue derrotado, teniendo los sobrevivientes que replegarse a lo que es actualmente la Provincia del Cotopaxi. En esta provincia y cerca del río Naxichi se realizó la segunda gran batalla. El ejército cuzqueño fue derrotado después de una verdadera carnicería que sufrieron sus hombres. En esta batalla cayeron prisioneros el jefe cuzqueño Atoc y el curaca de los cañaris Uro-Colla.

Luego el ejército quiteño, mandado personalmente por Atahualpa se dirigió al Sur y entró triunfante en los territorios de los cañaris. Las tropas quiteñas prosiguieron su avance, derrotando, otra vez, a los cuzqueños en Cusibamba. Después, en Huamachuco, obtuvo Atahualpa una nueva victoria.

La última y formidable batalla libraron las tropas quiteñas, mandadas por Atahualpa en la pequeña llanura de Quipaipán, donde el ejército del Sur sufrió la más espantosa derrota, cayendo prisionero Huáscar. El camino del Cuzco estaba abierto para los quiteños y allá se dirigieron al mando de Quisquis y Calicuchima, mientras el Inca Atahualpa al frente de una parte

de su ejército se dirigió a combatir a los punáes. En esta campaña recibió una herida en el muslo.

Atahualpa se dirigió a Cajamarca, ciudad a la que entró en forma inmensamente apoteósica. Pues era el soberano absoluto del Tahuantinsuyo, era el hijo del Sol sobre la tierra; era el hombre a quien nadie osaba hablarle sino de rodillas, "ni nadie podía alzar los ojos para mirarle"; era el símbolo de la grandeza de Quito. Al entrar triunfalmente a Cajamarca, Atahualpa, el vengador de los Shyris, iba en andas de oro, anunciado por el ronco sonar de las trompetas y los tambores; lucía, terriblemente majestuoso, la insignia soberbia de su gran realeza: la masca-paicha y su bastón de oro.

Mientras tanto Pizarro y los españoles ya habían llegado al Tahuantinsuyo, ya habían fundado la población de San Miguel y ascendían, temerosos y resueltos, por valles, quebradas y montes en dirección de Cajamarca, ciudad a la que llegaron con sus cuerpos fatigados y con sus almas inquietas ante lo incógnito de los futuros acontecimientos.

Llegados los españoles a Cajamarca supieron que Atahualpa se encontraba, a una legua de distancia, en los baños termales de Pultumarca, descansando después de tantos días de febriles y agotadoras campañas. A esos baños fueron emisarios de Pizarro para invitar a Atahualpa a una entrevista, la que fue aceptada por el Inca.

El día 16 de noviembre de 1532, Atahualpa se dirigió a Cajamarca. Entró a la plaza de la población a las cinco de la tarde, en litera de oro y plata, con majestad imponderable, rodeado de sus tropas que entonaban cantos guerreros, las que al decir del cronista Garcilaso, llegaban a los oídos como "si fueran canciones del infierno".

El primero que le salió al encuentro fue Fray Valverde, con un breviario y una cruz; iba acompañado del soldado Hernando de Aldana y del intérprete Filipillo. Atahualpa oyó sorprendido e impasible las palabras que acerca de la religión católica le dirigió el padre Valverde. Al oírlas Atahualpa le contestó: ¿Y quién dice todo aquello que me habéis dicho?

—Este libro que tengo en la mano, contestó el padre Valverde. Atahualpa tomó el libro y lo hojeó; luego lo puso al lado de su oído, arrojándole finalmente al suelo. Dirigiéndose al pa-

dre Valverde, Atahualpa exclamó, lleno de furia, estas palabras: —“decidles a esos que vengan acá, que no pasaré de aquí que me den cuenta y satisfagan y paguen lo que han hecho en la tierra”.

Valverde se dirigió a donde se hallaba Francisco Pizarro y le dijo estas palabras “¿Qué esperáis? Los campos están llenos de indios y vienen hacia nosotros”. Pizarro dijo las palabras convenidas de antemano: “Santiago a ellos”, al mismo tiempo que era enarbolada una tela blanca.

Los españoles que se hallaban escondidos en el interior de las casas que rodeaban la plaza, salieron vertiginosamente e iniciaron la matanza con cañones, arcabuces y espadas.

Pizarro con veinte hombres se lanzó contra Atahualpa, haciéndolo prisionero. Miguel de Estete le arrancó la insignia de la realeza. Dos mil indios fueron muertos en este trágico asalto de los españoles.

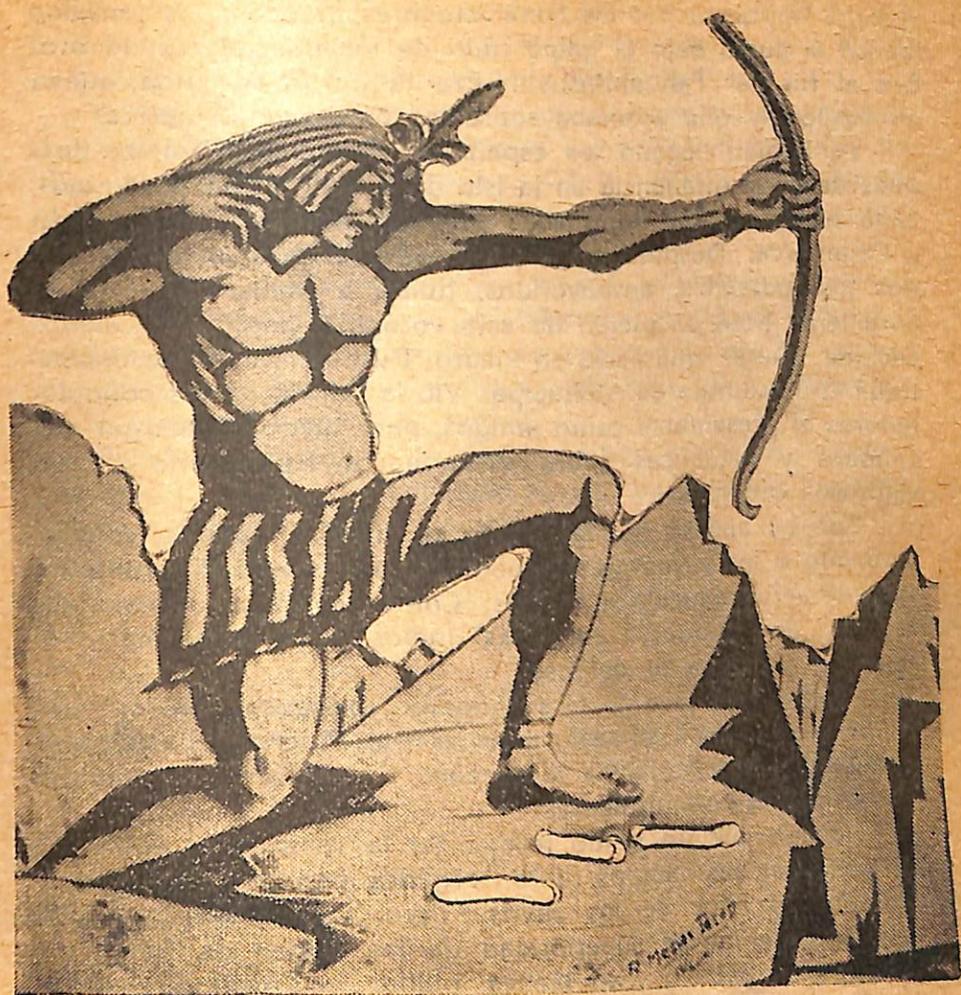
Después, Atahualpa pagó un fabuloso rescate para obtener su libertad pero no la consiguió.

Luego se le sometió a un proceso en el que Atahualpa fue acusado de poligamia, fratricidio, idolatría, conspiración contra los españoles.

La noche del 29 de agosto de 1533, los españoles consumaron la tremenda injusticia de dar muerte a Atahualpa con la pena de garrote. Al saber esto, el propio monarca español, Carlos V, condenó este crimen con el que terminó el último de los reyes del Tahuantinsuyo.

Se va a la casa del nunca por la calle del ya voy.— Cervantes.

Nada hay bueno ni malo excepto en la voluntad.— EPIC-
TETO.



RUMIÑAHUI

Un símbolo de la heroicidad indígena

Los pífanos y las flautas dejaron de retumbar en el espacio; las danzas cadenciosas de las vírgenes del Sol, quedaron sólo en el recuerdo de los bravos guerreros; los festines palaciegos tornáronse en melancólica procesión de hombres que sentían

el yugo impuesto por los conquistadores blancos; los templos iban al suelo bajo el golpe rudo de los buscadores de oro. Era el fin del Tahuantinsuyo. Era la aurora de una nueva civilización la que asomaba sobre las tierras de América.

Ya habían llegado los españoles; Francisco Pizarro, después de su permanencia en la isla del Gallo, había desembarcado en las costas dominadas por los incas y había subido a Cajamarca. Después de la prisión de Atahualpa, aterrorizados los indígenas, despavoridos, huían a los montes de la cordillera. Pero en medio de esta vorágine, asoma el célebre cacique, que se cree nació en Pillaro: Rumiñahui. Él se encontraba en la captura de Atahualpa. Vio la falacia de los conquistadores al presentarse como amigos, para luego, descargar sus cañones y arcabuces sobre el monarca traicionado y sus vigorosos orejones.

Con un análisis inteligente de los hechos, sacó la conclusión que si los suyos no se oponían con las armas, pronto el imperio sería reducido a cenizas. Con estas ideas obsesionantes sale de Cajamarca con 6.000 indios y se dirige hacia el norte, a organizar la defensa.

Muchos caciques no le secundaron, pagando, eso sí, cara su deslealtad hacia su raza; pues, arrasó Mocha y Latacunga, castigando en esta forma a aquellos que temblaban ante el avance de los conquistadores.

Tiocajas fue un mudo testigo de la resistencia épica de los quiteños; sus campos fueron regados con la sangre generosa de los hijos de los shyris. Pero, vano esfuerzo. Los españoles, tenían la superioridad de las armas de fuego, la disciplina, el caballo y su táctica militar ya probada en los campos de la vieja Europa.

Quimbalembó, Zopozopangui y otros caciques más, pusieron las energías de sus brazos y sus inteligencias organizadoras al servicio de Rumiñahui. Pero Benalcázar con 200 hombres venidos de allende los mares y ayudado por los cañaris, se acercaba a la capital del Reino de Quito, en una forma avasalladora.

Rumiñahui retrocede y llega a la ciudad de Quito, a la que reduce a cenizas. Lleva consigo los tesoros que guardaban los palacios y los templos, y con la familia real y con muchísi-

mas mujeres, deambula errante por los más intrincados vericuetos de la cordillera. Su corazón sangra. Su alma padece lo indecible al contemplar la tremenda hecatombe que asoma en la hasta entonces apacible tierra del Sol.

Perseguido constantemente, con la nostalgia acuchillando su corazón al ver que el imperio se hundía en el vasallaje, llega a una fortaleza cercana a Pillaro, donde es capturado por las huestes españolas y traído a la recién fundada ciudad de San Francisco de Quito.

En el cautiverio, su cuerpo conoció el ultraje del garrote y el látigo, propinados por los españoles, ávidos de arrancarle palabras que indicaran donde estaban escondidos los tesoros que él había levado en su precipitada fuga, de la ciudad de Quito, que fue incendiada por él.

Rumiñahui, estoico, valeroso y hasta insensible al dolor, con ironía cortante no señalaba ningún lugar donde los españoles podían encontrar el preciado metal.

Si el día de hoy, lo perdemos en la holganza, otro tanto nos ocurrirá mañana, y peor aún pasado mañana.— SHAKESPEARE.

JUAN DE VELASCO

Riobamba vivía los años del coloniaje. Los días pasaban tranquilos y la vida de los pobladores se deslizaba sin mayores penurias económicas; pues la tierra daba excelentes cosechas y el trabajo en los obrajes daba un espléndido rendimiento económico a sus dueños. Muchas familias descendían de nobles españoles que habían venido a estas tierras para establecerse definitivamente lejos de su patria. Don Juan de Velasco y la señora María Petroche formaban un noble hogar en la mentad ciudad de Riobamba. Hijo de este hogar fue Juan de Velasco, quien nació el 6 de enero de 1727, en la Villa de Riobamba.

El niño creció bajo los cuidados muy cariñosos de sus padres quienes se esmeraron en proporcionarle los más saludables ejemplos de rectitud y de moralidad. El padre del futuro historiador fue un hombre lleno de altas cualidades espirituales, las que se manifestaron plenamente cuando él desempeñó el cargo de Alcalde Ordinario de Riobamba.

Con la idea de proporcionar a su hijo una esmerada educación, los padres le hicieron ingresar al Colegio de San Luis, que funcionaba en Quito. En esta institución su inteligencia principió a conocer algunas ciencias y su exuberante fantasía principia a manifestarse promisoramente.

En el año de 1744 se decide a seguir la carrera del sacerdocio y con esta aspiración ingresa para seguir los estudios reglamentarios en la Compañía de Jesús. Con verdadero amor al estudio asiste a las clases de Teología, Filosofía y otras asignaturas; el conocimiento que adquiere en los años de estudiante le capacitan no sólo para llegar a ser sacerdote, sino que también le permiten adquirir los elementos funda-

mentales para llegar a ser un escritor científico. Después de terminado el período de preparación es ordenado sacerdote.

Adquiere gran práctica docente como maestro en Quito e Ibarra. Conoce mucho las Matemáticas, la Física y las Ciencias Naturales. Hombre de un temperamento sensible admiraba la naturaleza.

El doctor Leonidas Batallas refiriéndose a las cualidades de Juan de Velasco, se expresa así: "Las producciones científicas, literarias y artísticas dan a conocer casi siempre el carácter de sus autores. Después de haber leído los principales escritos del P. Velasco, decimos que fue de natural apacible, investigador curioso, amante de las bellas letras, opuesto y contrario a los ociosos y a los que suelen hacer visitas largas. Quien dijo que se trasuntan insensiblemente al papel las facciones del alma, conoció a la verdad el corazón humano".

Juan de Velasco viajó por muchísimos lugares de nuestro territorio y estos viajes le permitieron conocer muy de cerca la vida del País. Este conocimiento le sirvió mucho cuando escribió la "Historia del Reino de Quito".

Enfermó y por esto los superiores de la Congregación le permitieron viajar a la ciudad de Popayán, en busca de un clima abrigado para curar su dolencia. Es por este motivo que el futuro historiador tiene que dirigirse a dicha ciudad.

Encontrábase establecido en Popayán cuando todos los jesuitas de la América Hispana tuvieron que abandonar este continente, debido a la orden dada por el Monarca Español Felipe III, según la cual todos los jesuitas debían ser expulsados de sus dominios. Debido a esta expulsión Juan de Velasco se dirigió a Cartagena. Luego tuvo que viajar a Europa. Se estableció en la ciudad italiana de Faenza. En dicha ciudad, y después de haber tomado la determinación de hacerse clérigo regular, cosa que así lo hizo, se dedicó al ejercicio sacerdotal fuera de la comunidad de los Jesuitas.

Allá, en Faenza, se dedicó con gran consagración a escribir. Parece que en esa ciudad italiana, Juan de Velasco vivió una existencia llena de pobreza y soledad. Pues adquirió la enfermedad de la sordera; sus oídos no podían percibir los sonidos y todas las bellezas acústicas de la vida, quedaron para él en el campo de los recuerdos.

Lejos de su propio suelo, desterrado en tierras extrañas, Juan de Velasco bajó a la tumba el día 29 de julio de 1792. Su vida desapareció con la muerte, pero su obra sigue existiendo. Y lo más importante de su obra se encuentra en la "Historia del Reino de Quito", obra discutida, pero que sigue sirviendo de fundamento a los estudios prehistóricos del Ecuador. Esta obra, según el propio Padre Velasco, se divide en cuatro épocas distintas. "Duró la primera desde su primera población, algunos siglos después del general diluvio hasta que fue conquistado por Carán Schyri, cerca del año mil de la era cristiana. La segunda duró cosa de quinientos años hasta que fue conquistado por Huayna-Cápac, en el de 1487. La tercera duró 46 años, hasta que fue conquistada por los españoles, en el de 1533. La cuarta duró 18 años, hasta que dieron fin las gueras de los mismos españoles en 1550".

Podrá ser muy buena la cuna, pero es mejor la buena crianza.— Escoces.

PEDRO VICENTE MALDONADO

En Riobamba nacieron varones de gran talento como el poeta Orozco, el historiador Juan de Velasco y allí, fue también la cuna del sabio Pedro Vicente Maldonado.

Sus progenitores fueron don Pedro Atanasio Maldonado y doña Isidora Palomino, ambos pertenecientes a linajudas familias de raíz hispana. El ilustre sabio nació en la antigua Villa de Riobamba, el día 24 de noviembre de 1704.

El Colegio Seminario de San Luis de Quito fue el escenario de sus primeras inquietudes espirituales, pues en él permaneció por el tiempo de tres años, dedicado con todo entusiasmo al aprendizaje de algunas ciencias. A la edad de 17 años salió de este Plantel educacional, después de haber obtenido el grado de Maestro con la calificación de Sobresaliente.

Sentía una gran pasión por adentrarse en el conocimiento de algunas ciencias, pero los medios de adquirirlos eran muy reducidos en aquel siglo. A pesar de ello y gracias a la dirección espiritual de su inteligente y docto hermano José Antonio, sacerdote de gran talento, logró penetrar en los conocimientos de Astronomía, Química, Física y Matemáticas. Después agrandó estos conocimientos gracias a su consagración absoluta y total al estudio.

Hombre de una dinámica extraordinaria no solamente abarcó el conocimiento teórico de las ciencias, sino que, empujado por su carácter férreo y con el ansia de servir a su Patria, acometió la formidable empresa de construir un camino para unir Quito con la Provincia de Esmeraldas. La construcción de esta vía era empresa ciclópea. Maldonado, desafiando todas las dificultades, dio comienzo a la obra. Llevó peones de sus propiedades agrícolas. Todo el dinero que podía con-

seguir lo invirtió en la empresa. El mismo compartía los sufrimientos y sinsabores de los peones que se abrían paso por entre la maraña, las montañas y los ríos. Dice González Suárez, acerca de la abnegada laboriosidad de Maldonado en la construcción de la vía, lo siguiente: "El mismo daba ejemplo sobre-llevando con ánimo esforzado las molestias y contradicciones; vestido como los demás peones, descalzo, se le veía empañado de sudor, haciendo descuajar la selva para tender el hilo conductor, con que delineaba el camino". Pero no solamente construía el camino sino que también se preocupaba de levantar casas para la vivienda de sus trabajadores. Junto con la apertura de la vía, según Maldonado, debía hallarse el hombre para iniciar la colonización de los territorios vecinos a la misma vía. El camino quedó terminado aproximadamente en el año de 1740. El costo aproximado de la obra subía a la suma de 338.400 pesos y el camino tenía una extensión de 24 leguas.

La rara coincidencia de que el sabio académico francés La Condamine haya subido por Esmeraldas, Gualea y Nono a la ciudad de Quito, hizo que se encontrara con Maldonado y surgiera entre los dos personajes una cordialísima amistad.

Pedro Vicente Maldonado, hombre de un talento científico extraordinario, trabajaba con inusitado entusiasmo una "Carta Geográfica de la Presidencia de Quito". Este trabajo requería grandes conocimientos geodésicos y topográficos de nuestro territorio y Maldonado los poseía en altísimo grado. Con prolijidad y paciencia sin límites seguía realizando el trazado y dibujo del mapa, el que no sólo llevaba la representación gráfica de los accidentes geográficos, sino que, además, constituía también el despliegue de energías de su creador.

Maldonado se encontraba vivamente interesado en dirigirse a Europa para poder hacer trabajar el grabado del Mapa que tantos sacrificios le había costado. Se le presenta una gran oportunidad de poder realizar este viaje en la grata compañía de su sabio amigo La Condamine.

Maldonado, el día 14 de diciembre de 1742, en una madrugada silenciosa, se despide de su amada ciudad. Se dirige hacia el Oriente, hacia las remotas tierras del Amazonas. Al momento en que el sol principiaba a inundar los campos con el oro de sus destellos, Maldonado veía que su ciudad amada

quedaba allá lejos, confundida con las blancas nubes y los torbellinos de sol. Cabalgando en mula llegó a Baños del Pastaza, puerta de entrada a las vírgenes selvas de la Amazonia. En medio de lodazales terribles, donde la vívora acechaba para inocular su mortífero veneno, Maldonado descendía empapado por las lluvias. Descendiendo por el río Pastaza, iba haciendo observaciones valiosísimas de carácter geográfico.

En el sitio denominado La Laguna se volvió a encontrar con La Condamine, que había seguido otro camino para atravesar el Pongo de Manserriche. Siguen días y noches de navegación por el río Amazonas. Los dos viajeros, bajo soles de fuego y con temperaturas elevadísimas, sienten las supremas emociones que brinda el río y la selva poblada de una fauna variada y bravía.

Después de un penoso viaje llegan los sabios a Belén del Pará, donde no hay un solo día del año que no llueva, donde todo el aire que abochorna el cuerpo y el alma, se halla saturado de humedad y de selva.

La Condamine se quedó en Belén del Pará, por un año más, mientras que Maldonado emprendió viaje a Europa a bordo de una embarcación portuguesa que se hizo a la mar el día 3 de diciembre de 1743.

Velas hinchadas por el viento. Aires de fuego. Sol que acuchilla el cuerpo. Días y días de navegación. Noches de silencio abrumador hay en la goleta en la que viaja Maldonado. El, en las noches estrelladas, contempla las lejanías oceánicas bañadas por la opalina luz de la luna. Son los recuerdos los que invaden, en las horas nocturnas, el alma del sabio. Sus pensamientos se dirigen hacia Riobamba, hacia el valle perfumado en cuyos contornos se destacan las elevaciones coronadas por las nieves y las rocas.

La goleta sigue viaje y llega a Lisboa. Maldonado conoce la Capital del gran Imperio del Portugal. Después se encamina hacia Madrid, la ciudad del Manzanares. Llega. Allí expone todos los trabajos que él ha realizado en tierras de la Presidencia de Quito. Allí está, ante la vista de los entendidos, su magnífico Mapa. Todos admiran el talento, la vivacidad del americano que ha hecho ciencia profunda sin tener en su vida la orientación sabia de maestros, pero que él, Vicente

Maldonado, ha suplido esta falta con su amor al estudio y su constancia en el trabajo.

Tantas penalidades, tantos ensueños, tanto trabajo, debían tener una recompensa y esta recompensa no se hizo esperar. El Rey de España le dio el Título de Caballero de la Llave de Oro y, aún más, le nombró Gentil Hombre de Su Majestad Católica. Pero no solamente el Monarca español le colmó de distinciones, sino que también el Real Consejo de Indias le nombró Gobernador de Atacames (Esmeraldas) por dos vidas.

Maldonado quería conocer más tierras. Su espíritu sentía un ansia infinita de captar nuevos conocimientos científicos para utilizarlos en beneficio de su propia Patria. Con esta idea emprende viaje a París en el año 1746. En la Ciudad Luz experimenta una gran satisfacción y es la de volver a encontrarse con su bondadoso amigo La Condamine. Los dos sabios departen momentos agradables al calor de los recuerdos que surgen de sus pasadas aventuras en estas bellas tierras de Esmeraldas, del Chimborazo, del Pichincha y de nuestro Amazonas.

La Condamine, conociendo profundamente las múltiples y singulares cualidades de Maldonado, es quien le presenta a la Academia de Ciencias de París, que en aquellos años constituía una verdadera antorcha de luz en el camino de la ciencia mundial. Esta ilustrada y sabia Corporación, supo apreciar la inteligencia de nuestro compatriota y reconociendo su valor científico tuvo a bien designarlo como Académico suyo. Maldonado asistió a algunas reuniones, lo que le dio oportunidad de conocer a lo más selecto de los hombres de ciencia que, en aquellos años, vivían en París.

Después de haber realizado observaciones muy valiosas para acrecentar sus conocimientos científicos, se dirigió a Holanda.

Luego, con el deseo de adquirir aparatos para sus trabajos científicos, se dirigió a la ciudad de Londres, a la que llegó en el mes de agosto de 1748. En esta gran Metrópoli tuvo también un recibimiento lleno de afecto. Conociendo también allí el valor de Maldonado, la Sociedad Real de Londres le designó como uno de sus Miembros. La fama y el prestigio de Maldonado llegó a las tres grandes capitales del Continente Europeo.

La niebla constante que cubre a la ciudad de Londres en los meses otoñales parece que influyó notablemente para que Maldonado se enfermara; agravóse el ilustre riobambeño y la ciencia médica no pudo salvarle. El día 17 de noviembre de 1748, Maldonado dejó el escenario de la Tierra.

Nunca más volvería a extasiarse en la contemplación de las serranías hermosas que circundan a su nativa Riobamba.

La Condamine, el gran sabio francés, escribió algunos datos biográficos sobre su entrañable amigo y compañero de ideal, Pedro Vicente Maldonado. De esos datos copiamos estas apreciaciones tan enaltecedoras para nuestro compatriota: "El señor Maldonado había dejado en París dos cajones llenos de dibujos y modelos de máquinas así como de instrumentos para diferentes usos, que él quería llevar a su patria, donde había resuelto introducir el gusto por las ciencias y las artes y nadie era más capaz que él para salir airoso de este proyecto.

Su pasión por instruirse abarca todos los géneros y su facilidad de concepción suplía a la imposibilidad en que había estado de cultivarlos desde su primera juventud.

Su fisonomía era agradable; su carácter dulce e insinuante, amable y urbano, le conciliaban la benevolencia. Tuvo por amigos en Francia, Holanda e Inglaterra a todas las personas de mérito que pudo conocer. La Academia fue sensible a su pérdida y el historiador de la Corporación ha creído de su deber pagar un tributo a su memoria".

Maldonado murió muy lejos de su patria. Sus restos mortales no han sido aún hallados en las necrópolis británicas. Las planchas trabajadas para la impresión de su famoso Mapa, fueron obsequiadas por el Gobierno Español al Ecuador y se encuentran guardadas con cariño en la ciudad de Riobamba.

Para terminar esta brevisima síntesis biográfica podemos decir que Maldonado ha pasado al conocimiento de la posteridad, porque su vida fue integramente dedicada al servicio de su patria y que él fue un hombre dotado de una videncia extraordinaria que le permitió columbrar los cielos inmensos del futuro de su pueblo y en sus videncias creyó, como es así, que nuestra patria será más grande cuando más unida se encuentre por las vías de comunicación. Maldonado fue el pionero atrevido que inició la obra redentora de unir Quito con la Provincia de Esmeraldas.

EUGENIO DE SANTA CRUZ Y ESPEJO

Eugenio de Santa Cruz y Espejo vino al mundo siendo hijo de un hogar pobre y humilde, tan humilde que su padre Luis Chuzhig, indígena catamarqueño, vino a Quito como paje de Fray José del Rosario y su madre fue una mestiza descendiente de libertos.

Nació en Quito y fue bautizado el 21 de febrero de 1747 en la iglesia del Sagrario.

En aquellos tiempos de la penumbra colonial las escuelas eran de muy difícil acceso para los niños descendientes de padres indios o negros; solamente debido al influjo de Fray José del Rosario, Espejo pudo recibir educación en una escuela que funcionaba en el convento de San Francisco. Después recibió las enseñanzas que se departían en el Convictorio de San Fernando.

Seguramente y desde muy temprana edad adquirió afición por la Medicina, pues su padre trabajaba en el Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor, y él veía diariamente las curaciones realizadas a los enfermos.

Estudió Medicina en la Universidad de Santo Tomás de Aquino y fue doctorado en el año 1767. El Cabildo de Quito le autorizó para que ejerciera la profesión libremente, siempre que por un determinado tiempo concurriese a realizar trabajos profesionales en el Hospital de la Misericordia.

En la misma Universidad de Santo Tomás de Aquino realizó estudios de Derecho Civil y Canónico hasta que obtuvo el grado de Licenciado. Como para ejercer libremente la abogacía tenía que adquirir la práctica necesaria, se vio en el

caso de seguir estudiando bajo la dirección de un connotado doctor de la Colonia.

La pasión de Espejo por llegar al conocimiento de muchas ciencias hizo que él, poco a poco, penosamente y con gran sacrificio económico, reuniera una biblioteca llena de libros que muy difícilmente podían encontrarse en aquellos tiempos, en nuestra ciudad de Quito. En su biblioteca particular él pasaba largas noches de estudio y de meditación leyendo libros, recopilando datos y estructurando su mente con ideas de libertad y de justicia. Desde el año de 1780 hasta 1790 Espejo es el incansable lector que estructura su propia personalidad mediante la autoeducación.

Como si no fuera suficiente el conocimiento profundo de muchas ciencias y de las grandes ideas políticas, Espejo estudiaba con deleite la Literatura y por sus pupilas ardientes pasaban las obras clásicas de escritores de fama mundial. Después de tantas y tantas noches de estudio, después de muchos y muchos días de fatigar a su cerebro con la lectura de cientos de libros, Espejo llegó a ser un hombre de una cultura erudita admirable. Esta erudición pasmosa comienza a manifestarse en escritos, en libros, en elucubraciones, en acción fecunda.

Espejo escribe "El Nuevo Luciano de Quito o el Despertador de los quiteños". Esta obra literaria circula manuscrita en el año de 1779. Luego de su pluma que anatematiza, que fustiga, van saliendo "El Nuevo Luciano", "Marco Porcio Catón" y, sobre todo "El Retrato de Golilla", obra satírica, mordaz, que fustiga, que fatiga sin contemplaciones a ciertos funcionarios de la Colonia. El alma de una raza hablada por medio de la pluma de Espejo. El espíritu de Atahualpa se había reencarnado en el espíritu de Espejo y en "El Retrato de Golilla" hablaba en el expresivo idioma de Cervantes.

La furia de las autoridades coloniales se manifestó inmediatamente contra Espejo. Se le consideraba como un elemento anárquico y sedicioso, pero, al mismo tiempo se lo temía.

Para deshacerse de tan peligroso hombre de pluma se le nombra Médico que debe acompañar a la Expedición mandada por Requena a las intrincadas selvas del Amazonas, con la finalidad de mojonar los límites entre Portugal y España.

Espejo ve que este nombramiento tiene la finalidad de con-
finarlo y, en la ciudad de Riobamba, abandonó a los miembros
que iban a internarse en la inhóspita maraña de la Amazonia.

Espejo no descansa en su trabajo intelectual. La molición
y el marasmo no se hicieron para él. Dirige sus miradas a
la humanidad que sufre por causa de las enfermedades, y
especialmente por culpa del terrible azote que era en aquellos
tiempos, la viruela y con la idea de contribuir a su estudio
y a su curación escribe: "Reflexiones sobre la utilidad, im-
portancia y conveniencia que propone don Francisco Gil, ciru-
jano del Real Monasterio de San Lorenzo, acerca de un método
seguro para preservar a los pueblos de la viruela". En esta
obra Espejo se presenta como un profundo observador de los
fenómenos biológicos y sobre todo enuncia una gran verdad
científica aquella que dice que muchas enfermedades se trans-
miten por microbios y que se encuentran en el aire.

Muchos religiosos y algunos médicos odiaban a Espejo.
Se produjeron intrigas contra él, intrigas salidas de gente que
había sido aludida en algunos manuscritos hechos por Espejo.
Anunciando un supuesto viaje a Lima, Espejo permaneció en
Riobamba y allí, su pluma incontenible siguió vertiendo escritos
como "Las Cartas Riobambenses".

Como los enemigos de Espejo seguían conspirando contra
él, fue tomado preso en Latacunga y traído a Quito. En esta
ciudad tenía instaurado un juicio por haberse comprobado
que él era el autor de "El Retrato de Golilla". El proceso
jurídico fue a parar en manos del Virrey de Nueva Granada.
Eugenio Espejo se vio en la necesidad de emprender un largo
y penoso viaje a Bogotá, pues allí era necesaria su presencia,
porque tenía que defenderse de las imputaciones que se le
hacían. En la Capital de dicho Virreynato, Espejo no solamente
se dedica a hacer su defensa, sino que comparte muchas horas
de solaz espiritual con jóvenes que soñaban en la libertad de
las Colonias de América. En Bogotá, Espejo afianza aún más
sus ideas emancipadoras. En el año de 1789 el Virrey da su
fallo a favor de Espejo.

Después, Eugenio Espejo desempeñó con todo cariño la
Dirección de la Biblioteca de Quito. El genio se encontraba
rodeado de libros a los que él tanto amó.

La pluma de Espejo no podía permanecer inactiva. Sus ideas no podían quedarse sin tener medios de exteriorizarlas. Como fruto de sus entusiasmos sale a la luz "Primicias de la Cultura de Quito", publicación que aparece el 5 de Enero de 1791. Con este periódico Espejo pasa a la Historia Nacional como el precursor del periodismo ecuatoriano.

No en vano su mentalidad se había saturado de las ideas vertidas en tantos libros que él había estudiado. Su cerebro no solamente tenía que pensar en la ciencia, en la literatura, en la polémica. Su voluntad toda tenía que ir hacia la consecución de un gran ideal, ideal que había ardido tantas veces en las profundidades de su conciencia, ideal que surgía desde el fondo ancestral de su raza: ese ideal era el de la libertad absoluta de las colonias americanas del poder español.

Principia su actuación clandestina para conseguir el proyecto de emancipación acariciado desde hace tantos años por él. Tenía un plan de acción inmediato y un ideario perfectamente estructurado: quería la libertad total de las colonias del poder español; la formación de gobiernos con elementos nacionales; la igualdad de todas las clases sociales y de todos los hombres; establecimiento de gobiernos democráticos y republicanos; nacionalización del clero; limitación de los extensos bienes que poseían las comunidades religiosas. Con estas ideas, Espejo pasa a ser uno de los grandes precursores de la libertad de Nuestro Continente.

Sus ideas las difundía mediante correspondencia epistolar. También las propagaba entre muchos y muy valiosos amigos con que contaba en Quito.

Fue denunciado ante las autoridades españolas por su trabajo activo en pro de la emancipación y también fue acusado de ser él la persona que puso banderolas de color rojo en algunas cruces de Quito, banderolas que llevaban esta inscripción: "Salve Cruce Liberi esto. Felicitatem et Gloriam Consecuto".

Las autoridades españolas ordenaron inmediatamente el arresto de Espejo el que fue sacado de su habitación para ser encerrado en lúgubre y húmeda cárcel. Allí pasa días terribles, sumido en la oscuridad de la mazmorra, con centinelas que lo vigilaban día y noche.

Secretamente se seguía un sumario contra él. Se le acusaba de ser enemigo de la religión católica, de atentar contra el gobierno español, de ser un apasionado partidario de las ideas de la Revolución Francesa, etc.

Muchos meses pasó encerrado Espejo en la prisión. Enfermó gravemente de disentería. Ante los ruegos de muchos amigos de Espejo, el Presidente de la Audiencia consintió en que Espejo fuera sacado de la prisión para ser llevado a la casa de su hermana María Manuela.

Sintiendo que la muerte se hallaba muy cerca, Espejo dictó su testamento, testamento en el cual manifiesta su carencia de bienes de fortuna y le pide a su hermana que "Por amor de Dios" le perdone sus deudas.

Algunos historiadores creen que Espejo murió el día 27 de diciembre de 1795 y que el día 28 del mismo mes fue sepultado en el Tejar, sin pompa alguna.

Espejo nació pobre; vivió pobre y murió en la indigencia. Rebelde contra todo lo que es rutina; su alma se bañó siempre en la fuente diamantina de la originalidad. Sus ideas fueron llamaradas de luz en el crepúsculo de la dominación española en América.

El carácter viene a ser como el diamante capaz de tallar gos, logra fortuna, conquista independenciam y traza caminos seguros y fáciles para llegar a la prosperidad, al honor, y a la felicidad.— Hawes.



ANTONIO JOSE DE SUCRE

En Cumaná, en la casa de don Vicente Sucre y de doña María Manuela de Alcalá, el día 3 de febrero de 1795, nace a la gloria y a la inmortalidad Antonio José de Sucre. En el frontispicio de la vieja casona, en este día memorable reluce al claro sol del trópico, el Escudo de Armas de la familia: "un cuartelar de piedra, en donde se destaca una cruz encorada de sable de color púrpura". Este Escudo será cubierto de gloria por el niño cuyas pupilas, en este día histórico, se han iluminado de luz por primera vez.

Paisaje campesino. Frondas espesas. Sol de fuego. Trópico luminoso. Cumaná vive la hora amodorrante del medio día. A la sombra de los palmares los esclavos salmodian canciones llenas de añoranza de sus tierras lejanas, de Nigeria o del Senegal. Sus ojos errabundos miran los campos labrantíos cubiertos por los cañaverales verde-claro. A esta hora meridiana, Antonio José de Sucre, que hace poco ha cum-

plido seis años de edad, se baña en las aguas transparentes del Manzanares. Como casi todos los niños de Cumaná, él se zambullé como un pez y nada con maestría. Este deporte le servirá muchos años más tarde para salvarse en dos naufragios. Sale del agua y se recuesta bajo los rayos dorados del sol magnífico. Sus ojos negros y brillantes se fijan en la inmensidad del cielo extremadamente azul. Siente un amor infinito a la tierra que le circunda. Sus oídos de niño perciben las melodías cadenciosas que lanzan los esclavos a todos los vientos. Es la queja de los oprimidos de la vida la que llega a los sentidos del muchacho, transformada en canción. Antonio José tiene poquísimos años, pero ya se da cuenta de que los negros y mulatos sufren las torturas del cautiverio. Siente compasión por ellos. Esta compasión se agrandará con el tiempo y después luchará por la libertad de todos los oprimidos, en los campos de batalla.

Cuando ha cumplido 7 años de edad, Sucre experimenta uno de los más crueles dolores de su vida: la muerte de su buena y cariñosa madre. Una tristeza infinita invade el alma del pequeño huérfano. Después de algunos años él recordaba este dolor con las siguientes palabras: "Mi infancia fue un poco triste. A los siete años perdí a mi buena madre".

Después realiza un viaje a la ciudad de Caracas en cuya ciudad ingresa a la Escuela de Ingenieros que recién había fundado el gobierno español para preparar a los futuros oficiales de su ejército. En dicha Escuela él aprende Matemáticas, Topografía, Dibujo, etc.

Es el 9 de abril de 1810. El Cabildo y el pueblo de la Capital de Venezuela forman la Junta Revolucionaria, después de retirarle el mando al Capitán General Emparadán.

La convulsionada Cumaná nombra a don Vicente Sucre, que desde el comienzo de la lucha patriótica se ha puesto al servicio de la libertad, "Jefe Militar Superior" de la plaza. En esta forma el antiguo Comandante de Húsares Nobles de Fernando VII, principia su actuación junto a los patriotas.

Inmediatamente el padre de Antonio José de Sucre comienza a organizar un ejército para luchar contra España y con él se halla también el futuro héroe de Pichincha, en calidad de Oficial de Milicias de Cumaná.

Luego Antonio José es trasladado, a comienzos del año de 1811, a servir de Subteniente en la ciudad de Barcelona. Más tarde se encuentra como Ayudante de Campo del General Miranda y toma parte en la batalla de La Victoria, en cuyo lugar los soldados de la libertad obtuvieron un triunfo sobre los realistas.

Por reveses del destino, Miranda capituló y Sucre se vio obligado a escapar y dirigirse a Cumaná, y luego tiene que huir a la Trinidad, en donde piensa ser protegido por el Pabellón Inglés.

En esta isla Antonio José de Sucre pone sus plantas de proscrito. También allí se encuentran exilados muchos dirigentes de la insurrección venezolana. En esa isla tropical se reúnen diariamente dichos exilados y en una de esas reuniones planean una empresa audaz: la de volver a Venezuela para continuar luchando por la noble causa de la libertad. Con este fin firmaron su célebre juramento y se pusieron inmediatamente a la acción.

Sucre, Mariño y un puñado de valientes se embarcan en la goleta Carlota, rumbo a tierra firme. Silenciosamente la embarcación pone su proa rumbo a Cauranta, pequeño sitio geográfico que se encuentra en la costa de Güiría. Llegan y sostienen combates sangrientos con las tropas españolas. Muchos combates se suceden hasta que los ejércitos libertadores son derrotados en Maturín.

Otra vez tiene que huir Antonio José de Sucre. Va a la Isla Margarita y después deambula por otras islas del Caribe.

Regresa a tierra firme, esta vez a Cartagena, en donde participó en la heroica defensa de esta ciudad. La plaza tuvo que ser evacuada por los patriotas, quienes prefirieron esta medida antes que rendirse. De allí pasaron a Haití.

Vuelve al Continente y sigue luchando valerosamente junto a los suyos.

En el año de 1818, el futuro Héroe de Pichincha se encontraba sirviendo en las provincias Orientales de Venezuela, junto con Bermúdez, el antiguo compañero de aventuras, de triunfos y de derrotas. En ese tiempo, unas veces vencedor otras vencido, casi no conoce lo que es el reposo. Siempre alerta del enemigo, jadeante de fatiga, en los llanos y en

las sabanas, bajo un sol que acuchilla el cuerpo, vadeando rios, durmiendo a la intemperie se deslizan los días y las noches del Héroe.

Una mañana se despide de su gran amigo y compañero de armas, el famoso General Bermúdez y se dirige atendiendo al llamado que le hiciera el Libertador Simón Bolívar, que a la sazón se encontraba en los llanos del Apure. Después de una jornada fatigosa Antonio José de Sucre llega y tiene la grata complacencia de abrazar al Libertador en el pequeño poblado de Payara.

Recibe la orden de trasladarse a las Antillas y se dirige allá a comprar armas.

Retorna a Venezuela y luego acompaña a Bolívar en su entrada apoteósica a la ciudad de Cúcuta.

Es designado por el Libertador, Ministro de Guerra y Marina. Durante toda la campaña que emprendió Bolívar desde Cúcuta en Colombia hasta Mérida y Trujillo en Venezuela, Antonio José de Sucre desempeñó con verdadera abnegación el elevado cargo de Ministro.

Luego fue designado Jefe de Estado Mayor General de los ejércitos a órdenes de Simón Bolívar.

Después de algún tiempo lo encontramos a Sucre en la ciudad de Popayán en cuyo lugar ha recibido la orden del Libertador de trasladarse hacia el Sur, a los territorios de la Presidencia de Quito para proseguir la lucha contra la dominación española. Casi inmediatamente después de recibir esta orden él se traslada a la población de Buenaventura. Una vez llegado a esta ciudad se preocupa de organizar la expedición que vendrá a nuestras costas.

La expedición sale de Buenaventura y llega después al Golfo de Guayaquil. En la Corbeta "Alejandro" va Sucre con su Estado Mayor y llega a la ciudad de Guayaquil en donde es recibido por una compacta muchedumbre que le da, alborozada, la bienvenida a nuestras tierras. Después, lo mejor de la sociedad guayaquileña le brindó un suntuoso baile en el que se hizo derroche de pompa y de belleza.

En Guayaquil, Antonio José de Sucre realiza un trabajo verdaderamente abrumador. Tiene que organizar la instruc-

ción de los recultas; tiene que preocuparse del avituallamiento de las tropas; vigilar a los espías españoles.

Guayaquil, con un patriotismo sin paralelo, pone todos sus recursos a disposición de Sucre. La juventud, con un entusiasmo delirante, engrosa las filas de los combatientes. Toda la ciudad era un enorme campamento militar. Las mujeres confeccionaban uniformes; los artesanos trabajaban zapatos, arneses, etc.

El Ejército Libertador salió a campaña. Se dirigió a Babahoyo. Se avistaron las tropas insurgentes y las realistas en la llanura de Palo-Largo, pero no llegaron a trabarse en combate. Sucre ordenó que sus soldados se dirigieran a Yaguachi. Sucre quiso presentar combate y con esta idea él "escogió una magnífica posición para ponerse en batalla, y ordenó al General Mires que ocupase con el Batallón Santander y una compañía de dragones; para lo cual era preciso previamente desalojar al enemigo de un bosque de que se había posesionado, y por donde no podía pasar el ejército sino formando columnas de a cuatro en fondo. Mires forzó la posición de los españoles, y los obligó a replegarse a un punto en que pudieron formar sus cuadros para contrarrestar el nutrido fuego que en línea circular hacían los bravos cazadores de Santander. Ordenadas convenientemente las fuerzas patriotas, a medida que iban saliendo del bosque dióse la señal del ataque, y en el acto se trabó el choque con los formidables cuadros de los realistas".

Los soldados se trabaron en combate cuerpo a cuerpo. Nuestros antepasados lucharon con denuedo por la libertad del Ecuador. Un muchacho de la ciudad de Guayaquil, de poquitos años de edad, llamado Ariza, recibe una herida. El mismo se la venda y con mayor coraje sigue pelando. El Teniente Icaza, nativo de nuestro Litoral, al frente de su compañía hizo verdaderos prodigios de valor.

"El combate duraba más de una hora, cuando Sucre ordenó una última y tremenda carga que los españoles, a pesar de su denuedo no pudieron resistir: rotos y atropellados, abatieron sus banderas, y arrojando las armas se declaró por todos la fuga del ejército. Persiguióles Sucre toda la tarde y parte

de la noche, hasta Río Nuevo, con los batallones Santander, Albión y Libertadores de Guayaquil”.

Después el Ejército patriota marcha hacia la Sierra. Valerosos y decididos se acercan a la ciudad de Ambato. Bajo las órdenes de Sucre venía lo más florido de la juventud guayaquileña. Las tropas de Aimerich se encuentran en Huachi. Otra batalla, llena de bravura, comienza. El desarrollo de la lucha fue terrible. “Envueltos los republicanos por todas partes, estropeado el General Sucre con dos contusiones que recibiera, tuvieron que ceder el campo, dejándolo cubierto de bagajes, armas, muertos y heridos”.

Después de la derrota los restos del Ejército de la Patria, se dirigieron por Babahoyo a Guayaquil.

En nuestro principal puerto, al tener la noticia del desastre, inmediatamente se presentaron mil voluntarios, listos a vengar el descalabro de Huachi, “con lo cual comprobaron una vez más aquellos entusiastas que eran dignos de ser independientes y libres”.

En el mes de enero del año de 1822 el esfuerzo de los guayaquileños se había centuplicado para ayudar a Sucre en la preparación del Ejército. Los ricos contribuyeron con sus caudales, los pobres ofrecieron su trabajo personal, la juventud, voluntariamente, se alistó bajo banderas; se acumularon viveres; el patriotismo vibraba en todos los sectores ciudadanos.

El día 20 de enero de 1822, Antonio José de Sucre ordena la movilización del Ejército para que siga con dirección a la Sierra.

En Saraguro se encuentran con el Ejército que, al mando del General Santa Cruz, venía desde el Perú para unirse al Ejército Libertador. Los dos ejércitos se fundieron en uno solo, bajo el mando de Antonio José de Sucre. Desde los cuatro puntos cardinales de la América habían venido los soldados de la libertad a prestar su contingente en la lucha por nuestra independencia.

El Ejército Libertario llegó a la ciudad de Cuenca, en donde “los vecinos, exaltado el ánimo y prontos a favorecer a sus libertadores, echaron a vuelo las campanas, y se arrojaron a las calles, plazas y afueras de la ciudad, a recibir con palmas y en medio de frenéticas saluciones, al joven ven-

cedor en Yaguachi, que venía a la cabeza de las tropas". Sesenta días permanecieron en esta ciudad.

El día 7 de abril de 1822 las tropas de Sucre abandonan la ciudad de Cuenca e inician el camino de la inmortalidad, el camino que los llevará al Pichincha.

En Riobamba se realiza una épica jornada de lucha. Comenzó la batalla con caracteres de violencia heroica. Animados los soldados de la Libertad por su Jefe, el Inmortal Sucre, hicieron verdaderos prodigios de valor durante el combate. "Los llaneros colombianos, al par de los argentinos, veloces como centauros, atravesaban la llanura flameando sus pendones, para embestir con furia a los jinetes españoles. El ejército español salió derrotado. Por los montes y las quebras andinas se retiraron perseguidos por la caballería. El día 22 de abril entraron los padres de la Patria a la ciudad de Riobamba.

Después encontramos al Ejército patriota acampando en la llanura de Turubamba, cercana a Quito.

En la noche del día 23 de mayo de 1822, silenciosamente el Ejército se apresta para iniciar la marcha. El legendario Córdova, a la cabeza de la mitad del Batallón Magdalena, se dirige a la vanguardia. Por abismos desconcertantes, en una noche fría, principian la ascensión del Pichincha. "Por extremo trabajosa fue la marcha de las tropas bajo una lluvia perenne, teniendo que atravesar en la oscuridad un camino por demás accidentado y fragoso".

Amanece el día 24 de Mayo. El ardiente sol de los Shyris doraba con sus rayos la tierra bendita de los Andes ecuatorianos. El escenario se presentaba ante las pupilas estupefactas de los héroes, con una magnificencia extraordinaria. A sus espaldas tenían al volcán milenario del Pichincha; abajo, en medio de vergeles y elevaciones, como una ciudad de leyenda, aparecía Quito, ostentando sus construcciones coloniales, en las que la mano del mestizo labró la piedra y eternizó su raza en aquellos monumentos de arte que han sobrevivido al tiempo. En los infinitos horizontes asomaban las testas de los gigantes andinos, coronadas de nieves sempiternas. Todo era fastuoso. Ningún sitio de nuestra América puede ofrecer un escenario tan fascinador como el del Pichincha.

Son las ocho de la mañana. El ejército libertador toma sus posiciones de combate.

En la ciudad de Quito los realistas ultimán los preparativos para la lucha. Cornetas y tambores anuncian la inminencia de la batalla. "Magnífico era en aquel momento el espectáculo. Por la derecha trepaban los tercios castellanos, con sus fulgurantes armas y vistosos uniformes, llevando desplegadas, por entre nubes de fuego las antiguas y célebres banderas del Cid y de Pelayo, dominadoras en otros tiempos de ambos mundos; por la izquierda las legiones de los descendientes de los Incas, descalzos y casi desnudos, cual los héroes de la fábula, con el gorro frigio de la libertad y el carcaj de sus mayores por timbre de sus armas; flameando a todos los vientos el estandarte tricolor, insignia de la joven Colombia". "Más arriba, la vanguardia de peruanos y colombianos cuyos fuegos se reflejaban como brillantes llamas en las inmensas moles de nieve que guarnecen la montaña..... y más allá, en el fondo del cuadro, en lo más alto del Pichincha, el glorioso triunfador de Yaguachi y de Riobamba, marcando con la punta del sable a sus batallones el camino del honor".

Comienza la épica acción. Las legiones españolas han ascendido, vehementes, desde la ciudad hasta las laderas escarpadas. Con sus bayonetas en alto han llegado a colocarse a corta distancia de los republicanos. Después "rompióse el fuego con decisión por ambas partes y el General Sucre, galopando gallardamente sobre su caballo de batalla, con la marcial belleza que da el aparato bélico a los héroes en un día de combate revisa a las tropas, les infundía esfuerzo y vitoreaba a Bolívar".

El Coronel Morales, por entre las breñas y los declives cordilleranos, al mando de los inclitos soldados del Yaguachi, batallón formado casi en su totalidad por ecuatorianos, atacó con impetuosidad terrible. Los ya fogueados soldados del Paya hicieron, igualmente, prodigios de coraje y valentía.

Eran las diez y media de la mañana y el fragor de la lucha continuaba. "El jefe español destacó unos cuerpos veteranos a flanquear a los patriotas, por la izquierda del volcán".

Dos horas ya duraba la batalla inmortal. Españoles y ame-

ricos derramaban su sangre, la que se confundía en un sólo venero entre las cuchillas del monte de la epopeya.

Abdón Calderón, joven de pocos años de edad, se hallaba en las contiendas. "Herido en el brazo derecho tomó el sable con la izquierda y continuó peleando hasta que le rompieron las dos piernas con una bala de cañón". El se hallaba cumpliendo heroicamente el mandato supremo que han tenido, tienen y tendrán los ecuatorianos: sacrificarse para que la Patria sea Eterna y Libre.

Acciones dignas del recuerdo se desarrollaron sobre la ciudad de Quito, desde la cual, los pobladores situados en los edificios más altos, seguían con vehemente angustia las peripecias de la lucha y esperaban con ansia inmensa el triunfo de los soldados de la libertad.

"Los heridos se arrastraban exánimes por el estrecho campo de la lucha, y, confundidos americanos y españoles, en una misma desgracia, rodaban por los derrumbaderos en el vertiginoso torbellino de la refriega a exalar el último aliento, estrellados contra las rocas en el fondo de los abismos, desconocidos y olvidados para siempre".

Los españoles no pudieron resistir el empuje de las tropas de Sucre, "viendo la muerte y la desolación por todo el campo, empezaron a ceder y se declararon en derrota".

Los heroicos soldados de la libertad, con sus frentes empolvadas y sudorosas, con sus vestidos hechos jirones, rendidos por el sobrehumano esfuerzo, bajaron a la ciudad coronados por los laureles de la victoria. Habían, con esta épica jornada, roto las cadenas del coloniaje.

Después de este glorioso triunfo, Antonio José de Sucre entró a la histórica ciudad de Quito, a las doce del día 25. "Aquellas mujeres, que según fama, son las más bellas de América, arrojábanle flores y perfumes desde los balcones, suntuosamente decorados; el pueblo, frenético de entusiasmo, le contemplaba admirado y le saludaba como a su Libertador; y los más ilustres ciudadanos, que llevaban en la frente el bello ideal de Libertad, le guiaban, lleno el corazón de respetuosa gratitud, por entre el tumultuoso oleaje popular".

Como premio a su heroísmo Antonio José de Sucre fue ascendido a General de División.

Después del triunfo de Pichincha el ya Héroe Legendario tuvo que combatir contra los pastusos que se mantenían irredentos a la naciente República. Peleó en Taidala y entró vencedor en Pasto, hacia donde llegó Bolívar después de algunos días de tomada la ciudad.

El año de 1823 los dos genios de la emancipación: Bolívar y Sucre se dirigieron hacia Guayaquil.

Luego Sucre se dirige al Perú en cuyo país tiene que enfrentarse contra las tropas realistas. Culmina su campaña con la gran batalla de Ayacucho, que selló la independencia peruana.

Este triunfo le vale para que obtenga el grado de Gran Mariscal. El Héroe se dirige al Cuzco. Allí admira los restos arqueológicos de los Incas. "Allí encontró el General Sucre el estandarte real que trajo Pizarro a la conquista en 1533". Luego va al Puno y a Bolivia. El Presidente de la Asamblea Boliviana en un discurso y refiriéndose a Sucre, se expresó de la siguiente manera: "La fiel historia os pintará como el guerrero que con su espada salvó un mundo del cautiverio, y como al filósofo que con su pluma creó una nación dándole instituciones liberales".

En la Presidencia de la República de Bolivia se manifiesta como uno de los grandes estadistas de América. Todos sus actos fueron inspirados en la sinceridad y en la sabiduría. Nadie como él para ser tan humano y ser un luchador en las formidables lides de la cultura. Creó escuelas para la educación popular; dictó decretos favoreciendo a los indios; saneó la economía de la nueva República. Su gobierno estuvo orientado con rectitud y con profundo sentido de responsabilidad.

Después de una conjuración en la que se pretendió asesinarle, el Gran Mariscal presentó un Mensaje al Congreso y "en la tarde de aquel mismo día partió de Chuquisaca a la costa y se embarcó en la fragata Porcospín con rumbo al Callao". Después de tantos años de fatigas y de acciones heroicas hasta el grado máximo, el Héroe salía de Bolivia y "no llevaba en el bolsillo sino mil pesos para celebrar sus bodas. Y había administrado discrecionalmente los tesoros del Ecuador, del Perú y de Bolivia". En Quito le esperaba su esposa, pues siendo aún Presidente de Bolivia dio poder al Coronel Vicente Aguirre para que, en su representación realizara la ceremonia matrimonial.

En el Ecuador se vio obligado a empuñar de nuevo las armas; esta vez contra los peruanos en la Batalla de Tarqui, que se realizó el 27 de febrero de 1829. "El choque se hizo inevitable por la obstinación y vanidad de los generales del Perú; pero no duró sino media hora; pues en los primeros minutos quedó envuelta y fue destrozada la división del General Plaza; y a poco los gruesos batallones que La Mar y Gamarra condujeron personalmente a la pelea fueron rotos y deshechos con la instantaneidad del rayo, dejando en el campo mil quinientos muertos".

En esta forma "el Ejército peruano de ocho mil soldados, que invadió la tierra de sus libertadores, fue vencido por cuatro mil bravos de Colombia".

El torbellino de la lucha ha terminado. Antonio José de Sucre, en el año de 1829, vive en Quito, en su hogar feliz. Mas, por desgracia, esta felicidad iba a terminar pronto, porque nuevamente Colombia pedía sus servicios.

Antonio José de Sucre tuvo que emprender viaje de Quito a Bogotá, para tomar parte, como representante de los "pueblos del Sur", en el Congreso que en la Historia tiene el nombre de "Admirable". Al pasar el Héroe por la ciudad de Pasto fue "a abrazarlo y a besarlo el General José María Obando, en cuyo acto dijo Sucre a sus amigos: "Este es el beso de Judas".

En el mes de julio de 1830, el Gran Mariscal viaja por los caminos de los Andes Colombianos con rumbo a Quito. Va desengañado de la política. Iba acompañado de García Trelles, representante de Cuenca al Congreso Admirable.

Son las ocho de la mañana del 4 de junio de 1830. Iban los viajeros por las selvas de Berruecos. Después de pocos minutos de haberle hablado a Trelles insinuándole que se adelante o se atrase, una descarga traidora retumba en la soledad de la montaña. Sucre, el Héroe Legendario, cae del caballo herido mortalmente por cuatro balas. Una le atravesó el pecho; otra la cabeza. Debió morir casi instantáneamente. Su vida entró en las regiones de la inmortalidad. Desde ese momento terrible, Antonio José de Sucre pasaba a ser un mártir del ideal, un símbolo eterno para las nuevas generaciones de América, que buscan afanosas, en los arquetipos de la Historia, los ejemplos edificantes de sus vidas, para seguir sus huellas.

VICENTE ROCAFUERTE

El día primero de mayo de 1783, nace Vicente Rocafuerte en Guayaquil. Fue hijo legítimo de don Juan Antonio Rocafuerte y de la señora Josefa Bejarano.

Pasa los primeros años de su infancia bajo el cuidado solícito de su hogar tranquilo y adinerado. Desde que adquiere conciencia de la vida y de las cosas empieza a entusiasmarse la visión perpetua del paisaje del río y de la tierra sudorosa del trópico; tierra eglógica, que, clisada en sus retinas la llevará Rocafuerte en sus erranzas y en sus horas de recuerdo por todos los caminos del Mundo.

Crecía el niño. Aprendió a leer y a escribir; también conoció las nociones de otras ciencias. Salía de paseo por el río y por los villorios vecinos de la ciudad; en estas excursiones tuvo ante sus pupilas el libro siempre abierto de la Naturaleza.

Vicente Rocafuerte entró en la adolescencia. Tenía los ojos vivaces y la frente espaciosa. Llegaba a su vida, con aleteos de alondra viajera, el alborar de su juventud inquieta e impetuosa. Los años habían pasado en la vida de Rocafuerte y el puntero del tiempo se acercaba inexorable para señalar el final del Siglo XVIII; en este tiempo Rocafuerte iba a cumplir los 17 años de edad, años vividos en la tierra del Trópico, cuya savia circulaba en sus propias venas, pues él era la misma tierra tropical hecha sangre, músculos, cerebro, nervios y corazón.

Los familiares de Rocafuerte deciden enviarlo a Europa para que allí reciba una educación esmerada. Se embarca en Guayaquil y va a Panamá; atraviesa el Istmo y luego nuevamente se embarca con rumbo a Europa. Le acompaña el Coronel de las Milicias Españolas, don Jacinto Bejarano, que era tío suyo.

Los viajeros llegan a Madrid, la vieja urbe enclavada en plena meseta castellana, la ciudad de las carrozas principescas y de calles, en las que se ven rostros de gentes que han afluído de todas las latitudes de la Tierra. En ese entonces, año de 1800, Madrid era aún la Capital de un inmenso Imperio.

Después de que el Coronel Bejarano hizo conocer a su sobrino los lugares más interesantes de la gran Capital, lo condujo al Colegio de Nobles de Madrid para que allí completara su educación. Rocafuerte ingresa a este Colegio. Su horizonte cultural empieza a agrandarse. Aprende "Matemáticas, Geografía, Táctica y más ramos necesarios para sacar un buen oficial". En este Colegio trabajaba Lavayen, quien sintió por Rocafuerte un cariño excepcional.

Después de poco tiempo de permanecer en este Colegio, "y por haber convenido los señores Bejarano y Lavayen en que el estudiante pasara a Francia a completar su instrucción, Vicente Rocafuerte se dirige a París, la ciudad del arte, de la alegría y de los jardines floridos. A comienzos del Siglo XIX, París era la antorcha de la cultura europea.

Rocafuerte ingresa al Colegio de "San Germán de Laya". Este colegio se hallaba situado a cuatro leguas de París, en plena campiña francesa. Allí se educaban los hijos de las familias adineradas y pudientes de Francia. Príncipes y condes, barones y gentileshombres, toda una élite cargada de pergaminos enviaba a sus vástagos a que estudiaran en aquel centro de cultura.

En esos años él vive una de las mejores etapas de su existencia. Diariamente está con Jerónimo Bonaparte, que fue rey de Wesfalia, con los hijos del impetuoso Murat, que llegó a ceñir su cabeza con la corona de Rey de Nápoles, con el Príncipe de Beauveau y con otros jóvenes que después figuraron en sitios eminentes en la vida política y cultural de Francia.

En 1803 Rocafuerte era un joven de 20 años. Su espíritu inquieto acariciaba las más grandes ilusiones. La ciudad de París le fascinaba con su hechizo y con su cielo primaveral. En ese año él conoce a otro joven que también tenía 20 años; ese joven de mediana estatura, hermoso como una esperanza, con miradas que se iban muy adentro del alma de las perso-

nas con quienes él trataba; ese joven, destinado a la inmortalidad, era Simón Bolívar.

Llega 1807. La estadía de Rocafuerte en Paris ha terminado. Se despide de sus amigos y emprende viaje a la América. Se suceden días de navegación en el Atlántico. Llega a Panamá y luego a Guayaquil.

En nuestro principal Puerto se manifiesta como uno de los más entusiastas propugnadores de la Libertad de nuestra tierra. El joven hablaba con calor acerca de la necesidad que tenían las colonias de este Hemisferio, de tener gobiernos propios, sin la intromisión absoluta de España.

Quiriendo tener un paréntesis de descanso, Rocafuerte se dirige a su Hacienda de "El Naranjito". Allá va a ponerse en contacto con los bosques y los arroyos. Llega y tiene la visión perpetua de la cadena montañosa de los Andes, cuyas cuchillas azules cortan a las nubes sangrientas en las tardes esplendorosas del verano. Llega también a Naranjito don Juan de Dios Morales quien ya sufría persecuciones por sus ideales de emancipación; Rocafuerte le brindó ese refugio donde el futuro prócer pudiera vivir oculto de las autoridades españolas por algún tiempo. Allí los dos futuros grandes hombres discuten y hablan sobre el tema apasionante de la libertad. En estas conversaciones Morales expresa a Rocafuerte que es necesaria una acción rápida para que, "en el acto mismo se diese el grito de la Independencia". Rocafuerte pensaba también como su gran amigo Morales "en que había llegado la época de la Independencia de la América". Pero creía que era necesario ir con paso firme y seguro, sin precipitaciones que más bien podían entorpecer el camino hacia el triunfo. Hombre intuitivo, era partidario de preparar al elemento humano agrupándolo en células de acción, en sociedades muy bien estructuradas, de manera que en un momento dado surja la libertad como fruto del trabajo incansable de esas sociedades espiritualmente fuertes. Después de algún tiempo Morales se despidió de Rocafuerte y tomó parte activa en el movimiento del 10 de Agosto de 1809.

Rocafuerte, en el año de 1810, fue nombrado como Alcalde Ordinario de la ciudad de Guayaquil y con este nombramiento se inicia en la vida pública. En el año siguiente es nombrado

Procurador General de la misma ciudad. Es una designación honorífica, pero Rocafuerte se excusa de aceptar.

El año de 1812 es elegido "Diputado por la Provincia de Guayaquil a las Cortes de España". Esta designación le abre a Rocafuerte un horizonte nuevo y le pone en un camino adecuado para llegar a la figuración política.

Rocafuerte otra vez se despide de su amada ciudad. Sigue su viaje por la ruta del Cabo de Hornos. El barco en el que viaja bordea una gran parte de la América y llega al Río de la Plata. Luego, a las aguas de Espíritu Santo y Bahía. Después de días y de noches de perplejidad ante el Océano Atlántico, el barco arroja su ancla frente a Santa Elena, la isla triste que vive en la soledad del océano como un grano de arena perdido en un desierto africano. Luego se halla Rocafuerte en Europa.

Quiere viajar por muchos países de ese continente y es así como llega a Inglaterra. En Londres se encuentra con dos ricos mejicanos "el Marqués del Apartado y su hermano el Barón de Fagoaga", hombres llenos de fe en la independencia americana.

Rocafuerte y sus amigos, llenos de entusiasmo, hacen planes para sus futuros viajes por varios países europeos.

Salen de Kattegat. Navegan por el Mar del Norte. Llegan a Suecia. Después pasan a Noruega. Van a Finlandia. Se encuentran los viajeros a más de 60 grados de latitud Norte.

Corre el año de 1813. El hijo del trópico ecuatorial continúa su viaje a Rusia. Llega con sus amigos a San Petersburgo. Es el mes de julio. La ciudad los recibe en su seno. ¡Cuán hermoso les parece el río Neva que desliza murmurante sus aguas estivales y retrata en su superficie plateada las cúpulas y los palacios de la vieja urbe eslava!

En uno de los días de su grata permanencia en San Petersburgo, Rocafuerte es presentado por el Ministro Plenipotenciario de España señor Eusebio Badarji a la "Emperatriz madre, que dirigía los destinos del Imperio en la ausencia de su hijo Alejandro, que se hallaba en el ejército". El joven americano fue recibido con muchas atenciones en el palacio de la Zarina de todas las Rusias, la que, dándole muestras de suma cordialidad, le invitó a que comiera en la mesa real en dos

ocasiones. Tuvo también bastante amistad con el futuro emperador de Rusia, el Príncipe Nicolás, y con la futura reina de Holanda, la Princesa Ana.

Rocafuerte da por terminada su permanencia en Rusia, porque tiene que ir a España para ingresar a las Cortes. Se despide de sus amigos y, sobre todo, de sus compañeros de viaje, el Marqués del Apartado y el Barón de Fagoaga. Se dirige a Inglaterra y desde allí a Madrid, a donde llega en enero de 1814.

Ingresa a las Cortes, después de jurar "sobre los santos Evangelios sostener al Rey Constitucional". Desde el comienzo de su actuación, Rocafuerte se coloca entre los diputados que representaban las ideas liberales y ansiaban conseguir la independencia de América.

Decididamente Rocafuerte era un demócrata y republicano que odiaba a Fernando VII, quien encarnaba ese absolutismo decadente tan rechazado por él. La confirmación de ese absolutismo se demostró con saña cuando en 1814, valiéndose de un golpe audaz, abolió la Constitución de 1812, mediante un Decreto que fue dictado en el mes de mayo de ese año. En esta oportunidad Rocafuerte manifiesta su más grande repudio a la monarquía española y rechaza con la más grande indignación el proyecto de ir a besar las manos del soberano español.

Temiendo seguras represalias de parte de la Corona, tiene que, sigilosamente escapar de España para dirigirse a Francia y luego a Italia; recorre este último país lleno de entusiasmo, pues sus famosas obras de arte lo fascinan.

Retorna otra vez a la América y llega a Guayaquil en 1817. Permanece dos años en esa ciudad; después de dicho tiempo sale otra vez con rumbo a los países del Mar de las Antillas.

A las órdenes de Simón Bolívar desempeña una misión patriótica de gran trascendencia, cual es la de ir a España para obtener informes que fueron muy valiosos para la causa de la independencia.

Luego lo tenemos colaborando decididamente en el periódico Argos que editaban sus grandes amigos Fernández Madrid y Miralla.

Escribe con entusiasmo republicano y con pasión democrática, el opúsculo titulado: "Ideas necesarias a todo pueblo americano que quiera ser libre".

Con la idea de publicar este opúsculo se dirige a los Estados Unidos. En la ciudad de Filadelfia logra editar esta obra, la que alcanza gran difusión y hace que los patriotas mejicanos lo llamen para que colabore con ellos.

Se dirige a Tampico y luego a la ciudad de Méjico. Itúrbide se ha proclamado Emperador. Los demócratas sienten en carne viva el ultraje irrogado a la causa de la libertad de su País por el "Usurpador".

Rocafuerte sirve a Méjico con todas las energías de su espíritu. Su pluma escribe el valiosísimo trabajo que lleva por título: "Bosquejo ligerísimo de la Revolución e Méjico, desde el grito de Iguala hasta la proclamación Imperial".

Después de que Itúrbide cayó del Poder, Rocafuerte fue nombrado "Secretario del Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de la República Mejicana cerca del Gobierno de Su Majestad Británica". Con este nombramiento se dirige a Inglaterra en donde tiene una actividad incansable. Luego, en reconocimiento a sus grandes servicios, el mismo gobierno mejicano lo designa "Ministro Plenipotenciario de la República de Méjico cerca del Rey de Dinamarca y del Gobierno de Hannover".

Después de haber servido con tanto desinterés a la naciente República Mejicana, retorna a ese país. Escribe allí el "Fénix de la Libertad", publicación periódica combativa y llena de admoniciones candentes contra el gobierno ilegal que se enseñoreaba allí.

Regresa una vez más al Ecuador. Era el año de 1833. Tenía la intención de llevar una vida sosiego en sus propiedades agrícolas. A su llegada al País, "El Quiteño Libre" al saludarlo, le dice: "Señor, a nuestras congratulaciones añadimos el deseo fervoroso de contar a usted en el número de nuestros legisladores, de cuyas manos esperamos (porque la esperanza es lo único que nos resta) LA REDENCION DE LA PATRIA. Somos, señor, con los sentimientos más sinceros de nuestro aprecio, sus fieles amigos.— El Quiteño Libre y Compañía".

Fue elegido Diputado por la Provincia de Pichincha. Princi-

pia su lucha contra Juan José Flores. Por esto se lo quiere desterrar, pero logra ser rescatado y llevado a Guayaquil por sus amigos.

Es dirigente de los revolucionarios y cae preso en manos de las huestes floreas.

Pacta con Flores y llega a ocupar la Primera Magistratura del Ecuador. Llega a Quito el 20 de abril de 1835. Al asumir la Presidencia dijo estas palabras: "Me confundo ante la magnitud de las nuevas obligaciones que voy a contraer".

En su actuación como magistrado, necesitaba Rocafuerte poner los cimientos de una nueva cultura ecuatoriana. Por esto la Asamblea, en fecha 25 de agosto de 1835, le dio plenos poderes para que pudiera organizar la educación pública.

Principia el sembrador espiritual a esparcir la simiente. Funda el Colegio de Santa María de Socorro, a donde concurrían a recibir educación 67 señoritas. Tenía internado, en el que se encontraban diez estudiantes cuyos padres habían muerto en las luchas por la independencia.

Queriendo encauzar debidamente la educación del pueblo expide un Decreto orgánico. Se crea un centro coordinador de la educación, compuesto por tres miembros, entre cuyas funciones se destacaba la de supervigilancia de todos los planteles educacionales.

La enseñanza primaria, secundaria, especial y universitaria, fue enrumbada con pulso seguro y firme. Creó muchas escuelas para niños, en las que se enseñaba con el Método lancasteriano. Organizó colegios, hoy denominados secundarios. En Quito secularizó el Colegio de San Francisco con el fin de mejorar la educación que en él se daba.

Funda la Escuela de Obstetricia y le pone como Directora a una experta francesa, la señora Gallimée.

Sin importarle el disgusto de muchos militares extranjeros, que en gran número se hallaban todavía en el País, Rocafuerte creó la Guardia Nacional en todas las provincias, destinada a mantener la vigilancia en las ciudades.

"Restableció la Escuela Náutica, que se hallaba en completa decadencia desde la guerra de los Chihuahuas" En dicha Escuela, según el criterio de Rocafuerte, se formarían los jóvenes nacionales expertos en la navegación.

Con un afán eminentemente nacionalista, y queriendo que la oficialidad ecuatoriana se formara en un ambiente de disciplina, de respeto a las leyes, para que después sea garantía de honor, de paz y de sacrificio por la Patria, Rocafuerte establece la Escuela Militar.

No había para la educación del escolar ecuatoriano sino dos auxiliares: el catón y la cartilla. Las primeras letras hacían los niños sobre la arena o en hojas de "pencas". El uso del papel casi no existía en las escuelas. En sus visitas a estos planteles, Rocafuerte siente el dolor de ecuatoriano al ver este desastre y trata de remediar este mal, haciendo fabricar pizarras y lápices. Luego funda una imprenta dedicada exclusivamente a la impresión de textos escolares.

Ordenó que los jóvenes universitarios asistiesen obligatoriamente a recibir clases de Química, Botánica y Latinidad.

"Hizo venir de Europa al ingeniero francés señor Virs para que visite y planifique la construcción de vías de tránsito rural".

Durante todo el tiempo que Rocafuerte permaneció en la Presidencia de la República no dio reposo a su cerebro potente y visionario. Es el iniciador del laicismo y de casi todas las instituciones que hasta hoy viven irradiando ciencia, virtud y patriotismo.

Se retira de la Presidencia expresándose así: que se halla "satisfecho con el testimonio de su conciencia y con la aprobación de los patriotas imparciales".

Con el alma tranquila, Rocafuerte entrega la Presidencia de la República el 31 de enero de 1839, cerca de cumplir los 56 años de edad, conservando aún la plenitud de su vida y su gran capacidad de creación espiritual.

Luego fue designado Gobernador del Guayas. En este cargo público él sigue haciendo bienes al País. Hace construir el primer barco movido a motor.

El 1º de febrero de 1843 significa para Rocafuerte un día de hondo regocijo, porque se inaugura el Colegio "San Vicente", en su ciudad natal. Es un hijo de sus empeños y de sus entusiasmos. Por fin la juventud guayaquileña no tendrá que hacer penosos viajes a Quito o a Lima para ingresar a los planteles de educación.

Después Rocafuerte sigue prestando múltiples servicios al Ecuador como Diputado del Azuay a la Convención de 1843.

Proscrito en el Perú, en Lima escribe sus celebérrimos "Manifiestos a la Nación". El blanco de sus furias es Juan José Flores.

Rocafuerte, en sus controversias violentas, utiliza la forma vivaz, enérgica, acometiva. Emplea cláusulas largas, epítetos enérgicos y bellos; acude a las interrogaciones cortantes. Apostrofa, anatematiza, se agiganta y también se repliega, buscando en las enseñanzas de la Historia el fundamento irrefragable de sus afirmaciones. Toda la fuerza centrípeta de su personalidad la vierte a torrentes para lapidar para los siglos a Juan José Flores.

Se halla en Lima cuando en el año de 1845 recibe la gran noticia de la revolución estallada contra Flores. Ayuda a los combatientes enviándoles elementos de guerra.

Obtenida la victoria y producida la caída de Flores, Rocafuerte regresa al País. Fue nombrado representante a la Asamblea que se reunió en Cuenca. Fue designado Presidente de la misma. En ella pronuncia estas palabras: "El glorioso triunfo de la Revolución del 6 de Marzo es una terrible lección para los tiranos, pues prueba que es libre todo pueblo que quiere serlo".

A causa de tantas fatigas y de tantas luchas, Rocafuerte enfermó. Así enfermo y desfalleciente tuvo que aceptar el cargo de "Ministro Plenipotenciario cerca de los Gobiernos del Perú, Bolivia y Chile". Era un nuevo servicio que le pedía la Patria: el ponerse en comunicación con los gobiernos de los países mencionados para establecer un cerco de acero contra las pretensiones de Flores, de traer un monarca para nuestras tierras libres.

Rocafuerte llega a Lima. Presiente que muy pronto va a llegar para él su último día. El tiempo ha pasado inexorablemente. El enfermo ya nunca más volverá a ver la ciudad querida que meció su cuna, a su Guayas, a su Naranjito, a su río Chanchán; sus ojos apasionados por los paisajes de su tierra ya no verán más los ocasos estivales ceñirse como una diadema de oro tornasolado a los bosques, a las montañas y a las sabanas entristecidas por la soledad de la tarde que agoniza.

Sentía que los vientos nevosos de la muerte se le acercaban. Sentía que sus gélidas rachas le azotaban el alma.

Dicta su testamento. Hasta en los momentos en que sus pupilas afiebradas avizoran ya los mares igonotos que se dilatan más allá de la vida, piensa en su Patria, piensa en la culturización de sus hijos. Treinta y tres mil pesos le debía el País, pues él cobraba sólo una parte de su sueldo cuando fue Presidente de la República. Deja una suma de dinero para construcción de caminos, otra suma destina para el sostenimiento del Colegio San Vicente de Guayaquil. Lega su Biblioteca "para la ilustración de los hijos de Guayaquil y demás pueblos de la República".

El día 16 de mayo de 1847, muere en Lima Vicente Roca-fuerte Bejarano. la arcilla de las planicies tropicales volvía a formar parte de las energías cósmicas. Pero su espíritu ardiente como el sol ecuatorial pasó a la eternidad del tiempo aureolado por la inmortalidad que para él empezaba con la muerte. Moría la materia orgánica, pero sus ideas quedaban como simbolo eterno.

Si amas la vida no malgastes el tiempo, porque es la tela de la existencia humana.— Franklin.

JUAN MONTALVO

Juan Montalvo nació a la inmortalidad el día 13 de abril de 1832, en la población de Ambato, siendo hijo de don Marcos Montalvo y de doña Josefa Fiallos.

Los primeros años de su infancia los pasó arrullado por el inmenso cariño de sus padres. Cumplidos los siete años de vida, ingresó a la única escuela que existía en Ambato, en la que departía sus enseñanzas el Maestro Romero. Cuando Juan Montalvo se hallaba recibiendo la enseñanza primaria, la fatalidad hizo que fallecieran sus padres, quedando huérfano en la aurora de su existencia. Perdido el regazo familiar el niño tuvo que vivir al amparo de sus hermanas mayores, ya sea en Ambato o en Baños del Pastaza.

Por decisión de su hermano don Francisco Montalvo, el niño se trasladó a Quito, ingresando al Convictorio de San Fernando en el año de 1846 y, después, fue alumno del Seminario de San Luis donde se graduó de Maestro de Filosofía. En esos años estudiantiles Juan Montalvo tuvo una sed insaciable de conocimientos. Su inteligencia vivaz, inquieta, indagadora, se adentró con fervor en la lectura de libros y en la inquisitiva meditación y análisis de los hechos.

Se matriculó en la Universidad de Quito y siguió los estudios de abogacía, carrera universitaria que no la terminó porque su inteligencia avizoraba otros caminos y otros horizontes.

Luego se dirigió a su provincia natal del Tungurahua. Allí pasó un jirón de su juventud junto a los libros, ya sea en Ambato, en Ficoa o en ese rincón del paraíso que se llama Baños del Pastaza.

Nombrado Adjunto Civil a nuestra Legación, viajó a París. Luego sus alas errantes se tendieron por otros cielos. Viajó

por Suiza, por Italia, por esos lugares donde la Historia habla con el lenguaje silencioso del bronce, del mármol, de la piedra, hechos, por la plástica del arte humano, monumentos eternos de belleza.

En 1860 retornó a los lares patrios. Su alma se saturó de emociones y su corazón amó a doña María Adelaida Guzmán, con la que contrajo matrimonio, el que duró muy poco tiempo porque la muerte se la llevó en su tétrico regazo.

En 1866 Juan Montalvo escribió el primer número de su famosa revista "El Cosmopolita". De esta misma publicación siguieron saliendo otros números durante las presidencias de Jerónimo Carrión y Javier Espinoza. Después, cuando García Moreno otra vez fue Presidente de la República, Montalvo tuvo que abandonar el territorio nacional refugiándose en Ipiales. Esto lo hizo para no caer en las garras de su enemigo político que se enseñoreaba despóticamente desde la primera Magistratura de la Nación.

Montalvo, de Ipiales se dirigió al puerto de Tumaco para luego ir a Europa. De allí volvió a la América y se dirigió a Lima. Poco tiempo permaneció en el Perú. En Ipiales habían amigos que le profesaban enorme cariño y allá se dirigieron sus plantas de proscrito. Estos viajes eran costeados por sus grandes admiradores y correligionarios como Eloy Alfaro y Pedro Carbo.

Ya en Ipiales, Montalvo no dio reposo a su pluma vigorosamente castiza. Proscrito y pobre, triste y desengañado, sus escritos fueron estampados en el papel con su pluma rezumada en la lava de su propia alma volcánica. Con furia de cataclismos, con pulcritud idiomática, con serenidad de tardes estivales, fueron escritas las cuartillas de algunas de sus obras inmortales, como los "Siete Tratados", "Geometría Moral", "La Dictadura Pereptua" y los primeros lineamientos de su libro "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes".

Asesinado su enemigo mortal, García Moreno y, habiendo sido elegido Presidente de la República, el Dr. Antonio Borrero, Juan Montalvo pudo por fin regresar a los lares patrios, llegando a Quito en el año de 1876. Durante la Presidencia de Borrero, Montalvo principió a publicar "El Regenerador".

Con el deseo de sumirse en la soledad de las campiñas se dirigió, una vez más, a la Provincia del Tungurahua.

La situación política de aquel entonces demandó la presencia de Montalvo en Guayaquil. Allí fue llamado por Eloy Alfaro.

Veintemilla se proclamó Jefe Supremo. La pluma lapidaria de Montalvo se vertió, con fuerza incontenible, contra el Dictador. Esta actitud valiente hizo que el Cosmopolita fuera desterrado a Panamá. Retornó a la Patria en el año de 1877.

Su provincia natal le abrió sus brazos. Allí fue su edénico retiro. Su alma maravillosamente turbulenta tuvo días de paz, de dulce recogimiento ante la visión de paisajes saturados de sol.

En ese tiempo fue elegido Diputado por Esmeraldas a la Convención, pero él no asistió.

Siguió escribiendo los últimos acápites de su obra "El Regenerador".

Perseguido por el Gobierno de Veintemilla no pudo salir del país y tuvo que acudir a su ciudad de Ambato en busca de refugio. La casa de su gran amigo y admirador Dr. Punina le cubrió con su hospitalidad. Parece que en ese lugar Montalvo comenzó a escribir las inmortales páginas de su obra "Las Catilinarias".

Furtivamente Montalvo salía de Ambato en dirección al bucólico refugio de su espíritu ciclónico, a su edénico vallecito de Baños. Allí, en aquel ambiente aromado por las plantas en floración de primavera perpetua, a los pies del Tungurahua o en las riberas del turbulento Pastaza, Montalvo pasaba horas y días de extático recogimiento, confundida su alma con el alma del paisaje, con el alma del macrocosmos. Bajo un cielo transparente, con soles espléndidos, bajo la fronda del copudo árbol de la Plaza de Baños, Montalvo meditaba en los destinos de nuestra nacionalidad, en la Patria sumida en la barbarie del momento político aherrojado por el caudillismo opresor.

Montalvo nuevamente tuvo que abandonar los territorios patrios. Nuevos peregrinajes en Ipiales y en Panamá. En este último lugar Eloy Alfaro le ayudó económicamente para la publicación de "Las Catilinarias", cuyas páginas son rayos apocalípticos contra la estulta tiranía entronizada en nuestras tierras

de promisión. En esta obra Montalvo alcanzó la cumbre de la diatriba fustigante. Sus acápites tienen la furia de océanos en su apogeo de violencia.

Bajo el tórrido cielo panameño Montalvo sentía la nostalgia del proscrito. No podía volver a la Patria. Al otro lado del Atlántico estaba Europa, y, allá también estaba el París eterno, esencia y proyección de la cultura. Allá se dirigió una vez más, en el año de 1881. En dicha ciudad publicó los "Siete Tratados", obra que alcanzó enorme difusión y que constituyó el último peldaño que subió Montalvo para llegar a la cima a la que pocos llegan, a la cima de la inmortalidad. Montalvo era el hombre ecuménico.

Hombres de gran valía e instituciones de alta cultura, mercedamente, le colmaron de honores.

Con las ganancias que le produjo la venta de sus obras Montalvo pudo viajar por países europeos. Vivió nuevamente en París. En esta ciudad tuvo por compañera de su doloroso ostracismo a doña Augustine Catherine Contaux, en la que tuvo un hijo, el que hasta hoy vive en Francia y que se llama Javier Contaux Montalvo.

Siendo atacado por el Obispo de Quito, Montalvo escribió su obra fustigante, cuyas páginas son como trombas plutonianas; esta obra fue "Mercurial Eclesiástica". También en 1888 publicó "El Espectador".

Montalvo, en aquel tiempo, era ya uno de los grandes inmortales de la América. Su cuerpo era ya carne de estatua. Sus ideas estaban grabadas en el espíritu de los pueblos.

En ese mismo año de 1888 Montalvo enfermó gravemente. Fue sometido a operación quirúrgica en la que demostró una voluntad espartana cuando soportó toda la delicada operación en carne viva, sin anestesia.

Ausente de su querida Patria, pobre, desterrado, Montalvo falleció en París el 17 de enero de 1889.

Hoy sus restos mortales descansan en su amada ciudad de Ambato. Montalvo es un símbolo de rebeldía noble y santa, es un lábaro de la libertad de los pueblos, es un arquetipo de las letras castellanas, es gloria del Ecuador y de la América.

Montalvo es como una inmensa roca basáltica que se levanta a los cielos, en medio de los azotes pavorosos de las olas de los mares turbulentos de la política nacional.

JUAN LEON MERA

Juan León Mera nació en Ambato, el 28 de junio de 1832. Sus padres fueron don Pedro Mera y doña Josefa Martínez.

Años deliciosamente camperos los pasó Mera en Ficoa, en las márgenes del río Ambato, donde la tierra se despliega bajo la fronda verde de los árboles. Allí, en aquellos terrenos donde las plantas ostentan la policromía de sus frutos, pasó el niño sus años infantiles, viendo todos los días los eglógicos paisajes serraniegos.

En Ficoa, bajo la dirección de su madre, el niño aprendió a leer y a escribir. Su tío, don Nicolás Martínez, que se educaba en Quito, le dio enseñanzas de varias disciplinas científicas y también le proporcionó libros, los que eran leídos con una dedicación absoluta por Juan León Mera.

La pubertad llegó en la vida de Mera y con ella se bosquejaron sus aficiones: la literatura y la pintura. José Zorrilla y Martínez de la Rosa le proporcionaron con sus obras la cadencia de sus versos. Homero, Sófocles, Ovidio y otros clásicos eternos le dieron la profundidad de sus espíritus.

El alma delicada de Mera también encontró veneros de belleza en los paisajes de la tierra y de los cielos. Amó la poesía y principió su pluma a producir versos. Amó la belleza de las formas y de los colores y principió a manejar el pincel pintando cuadros.

En 1856 escribió su gran poema "La Virgen del Sol". Su pluma era ya ágil; su estilo pulcramente castizo; su orientación literaria, romántica.

En 1858 Mera publicó, en la ciudad de Quito, su obra "Poemas". En este libro Mera hace de las palabras y de los sentimientos armonías cadenciosas delicadas.

En ese tiempo Mera también escribió "fábulas satíricas y de contenido moral".

En 1860 tuvo su primer empleo burocrático siendo nombrado Secretario del Consejo de Estado. En 1861, fue nombrado Diputado a la Convención. En ésta, Juan León Mera manifestó postulados ideológicos liberales. Algunos historiadores afirman que Mera dio el único voto en contra de García Moreno para Presidente de la República. Además, Mera defendió vehementemente la abolición de la pena de muerte y propugnó el mantenimiento de las libertades ciudadanas. Comenzó su vida política como liberal; después defendió las ideas del conservadorismo, siendo fervoroso partidario de García Moreno y de su obra.

En 1861, la obra que escribió algunos años antes: La Virgen del Sol, salió a la luz Pública.

El 21 de enero de 1862 contrajo matrimonio con la señora Rosa Iturralde, con la que formó un hogar feliz, lleno de virtudes y afectos.

En 1862 ingresó como Miembro de la Academia Nacional Científica y, el año de 1864, desempeñó las funciones de Secretario de la Cámara del Senado del Congreso Nacional.

En el año de 1865, el Congreso de nuestra República dió a Juan León Mera el delicado encargo de escribir la letra del Himno Nacional Ecuatoriano. Mera cumplió el encargo. Antonio Neumane compuso la música de nuestro Himno Inmortal. Así, el poeta delicado y el músico sublime entraron, con sus nombres, en la perenidad.

Mera también fue un poeta místico. En 1867 publicó su obra de fervor religioso, intitulada "Poesías Devotas y Nuevo Mes de María". La pluma de Mera no era estática y así en 1868 salió a circulación el libro de alcance nacional y este fue "Análisis Histórico-crítico sobre la poesía ecuatoriana".

Actuando de acuerdo a la política garciana Mera fue designado, en 1869, senador por la provincia del Tungurahua.

Entre las distinciones que obtuvo en su vida una de las mejores fue el ser designado Miembro de la Real Academia de la Lengua Española.

En 1879, Mera publicó en Quito su célebre novela "Cu-manda". Esta obra recibió elogiosos comentarios de celebra-

dos escritores de ese tiempo. Mera fue incansable en la producción de libros.

Sintiendo que la muerte se aproximaba se dirigió al gran refugio de su vida, a su Ficoa tan querido, tan inolvidable. Allá fue a tener la última visión del cálido regazo familiar, a mirar por vez postrera los campos silenciosos donde el jugueteaba en los años, ya que tan lejanos, de su infancia.

El 13 de diciembre de 1894, Juan León Mera falleció dejando, tras de sí, una estela de belleza.

La pérdida de un instante no puede resarcirse ni con toda la eternidad. Malgasté el tiempo y el tiempo, ahora me malgasta a mí.— Shakespeare.

ELOY ALFARO

(1842 — 1912)

A Eloy Alfaro lo vemos surgir desde el fondo de la historia ecuatoriana con su frente tropical curtida en las luchas del progreso, con sus ojos de visionario escrutadores de lejanías, con su barba puntiaguda que nos hace recordar a los profetas que se anticipan en sus videncias a su tiempo. ¶

Mientras vivió fue recio en los combates, duro en las derrotas y varonil en sus hazañas. Su vida entera fue la de un héroe completo y su muerte fue la de un Cristo.

Una gran etapa de la Historia Nacional se halló animada con su vida y sus acciones. Luchó desde su juventud hasta su muerte. Es un arquetipo de la ecuatorianidad. Su nombre no morirá nunca.

Vamos, muy brevemente, a relatar algunos aspectos de su vida que es una fuente inagotable de enseñanzas para la juventud, que presta se halla para servir los grandes intereses nacionales.

En una de las casitas del villorrio costeño de Montecristi, nació a la inmortalidad Eloy Alfaro, el día 22 de junio de 1842. A los ocho días de nacido fue bautizado por el Presbítero José M. Aragundi.

Muy tempranamente comienza a manifestarse en él una magnífica cualidad: la del valor unido a la serenidad. Era casi un adolescente cuando se enfrenta con un tigre montés. "le arroja el poncho a los ojos y lo domina". Gusta en esa época de su vida caminar solo por los campos afuereños de la población. No conoce la sensación del miedo. Su padre, con dulce rigidez, al ver el comportamiento de su hijo frente a

los pequeños problemas de su edad, exclama: "Este muchacho tiene trazas de vivir una vida alborotada!"

A los 22 años de edad, Alfaro comienza su intervención en la vida política del País, tomando parte en una pequeña revuelta organizada en Manabí contra García Moreno. Debido a su activa participación en este movimiento revolucionario que fracasó, tuvo que salir hacia playas extrañas, dirigiéndose a Panamá y luego a Lima. En el Callao trabaja en el humilde empleo de vendedor en el almacén del comerciante Lasarte.

Regresa de Lima al Ecuador y toma parte en otro movimiento revolucionario. Salva su vida gracias a la serenidad que le acompaña, pero tiene que salir con rumbo a Panamá, en donde se dedica a transacciones comerciales, lo que le permite, al cabo de tres años, reunir una considerable fortuna.

Cerca de cumplir los 30 años de edad contrae matrimonio con doña Ana Paredes Arosemena, hija de un respetable hogar panameño.

Al morir asesinado García Moreno, advino al Poder Antonio Borrero. Alfaro, entonces, puede volver al País y se radica en la ciudad de Guayaquil. Por ese tiempo Juan Montalvo deleitaba a sus lectores con la publicación de "El Regenerador".

Se proclama la Jefatura Suprema del General Veintimilla en 1876 y muchos de los liberales apoyan este movimiento revolucionario. Se inicia una guerra civil. Eloy Alfaro se halla al lado de las tropas antigobiernistas y marcha como Ayudante de Campo de Urbina, que era también contrario al Gobierno de Quito.

Se produce el triunfo completo de las huestes revolucionarias, las que entran a la Capital, el 26 de diciembre de 1876. Eloy Alfaro se halla entre las tropas vencedoras.

Veintemilla fue elegido Presidente y sus desaciertos fueron causas para que muchos de los que le acompañaron en el triunfo, lo abandonen. Eloy Alfaro se dirige a Panamá para volver a conspirar en el año de 1879.

Por conspirar contra el Gobierno tiene que ser encarcelado. Juan Montalvo al saber el cautiverio de su gran amigo se expresó en esta forma: "Eloy Alfaro, más que bueno, ciego

en su bondad; más que generoso, pródigo se vino a tierra, con revolucioanes costeadas por él, en Manabí; con levantar caídos, con socorrer necesidades, dar de comer y beber a ingratos, que no merecieron ni el agua ni el fuego”.

Obtiene la libertad y, una vez más se dirige a Panamá. Allí, su fiel amigo Macay le pide que se retire de la vida agitada de revolucionario para que lleve una existencia apacible, dedicado al comercio que le producía mucho. Alfaro rechaza esta oferta, diciéndole: “Nuestra Patria es desgraciada; y deber nuestro es sacarla a mejor suerte”.

Para Eloy Alfaro no se hizo la vida muelle, para él se hizo la vida agitada y llena de peligros. Otra vez interviene en la lucha, esta vez, en ayuda a los revolucionarios de Esmeraldas. La revolución fracasa y Alfaro se retira a Panamá.

Pero nuestro País se halla frente a la ambición de Veintemilla que quiere perpetuarse en el Poder. Entonces una gran parte del pueblo ecuatoriano piensa en el derrocamiento de Veintemilla y la exaltación de Alfaro a la Primera Magistratura de la Nación.

Esmeraldas nuevamente enarbola la bandera de oposición al Gobierno y llama urgentemente a Alfaro. Atendiendo a esta llamada, Alfaro se dirige a Esmeraldas y, en el sitio llamado Pianguapi, toma el mando de las tropas. Pone en práctica, una vez más, su forma característica de lucha: la guerrilla. Pocos en la América le han igualado en esta táctica bélica. El medio geográfico, lleno de selvas, pantanos, ríos y playas le favorecieron en este sistema de lucha, en el que juega papel importante la temeridad y la sorpresa.

Alfaro, cubriendo su cabeza con el inseparable sombrero de paja toquilla, ataca con 180 hombres a la ciudad de Esmeraldas, defendida por 500 soldados. El combate se libra con furia inusitada. La superioridad del enemigo es abrumadora y las tropas alfaristas tienen que salir en derrota.

Abatido, pero no vencido, Alfaro se dirigió por Colombia a Panamá. En esa ciudad, después de la derrota sufrida en Esmeraldas, se encuentra otra vez, equipando una nueva expedición revolucionaria, con su propio dinero. Se embarca con los soldados que se habían unido a él. Llega y establece su Cuartel General en Montecristi.

Se realiza la unión de los ejércitos mandados por Alfaro y Sarasti y atacan la plaza de Guayaquil, en la que se hallaban las tropas de Veintemilla y sus secuaces.

Después del triunfo, Alfaro que había contribuido con tanta valentía y decisión al triunfo, fué relegado a un segundo plano. Y tuvo que retirarse a Panamá. La hora de su gloria no había aún sonado.

Alfaro no conocía lo que era el abandono de una empresa. El Liberalismo aún no había llegado al Poder y el tenía que seguir trabajando con ahinco para conseguir esto.

Una nueva expedición es equipada. Vencidas múltiples dificultades, el "Alajuela", barco comprado en Costa Rica en la suma de 35 mil pesos, se dirigía gallardamente por aguas del Pacífico. Una nueva aventura ha comenzado. El "Alajuela" es cambiado de nombre con el de "Pichincha". Frente a Tumaco tuvo que sostener un encuentro naval con el "Santa Lucia", vapor del Gobierno Ecuatoriano. Después de esta acción de armas el "Pichincha" entró a Esmeraldas que se hallaba en poder de los partidarios de Alfaro. Allí se embarcan más combatientes.

Después se realiza la épica jornada de Jaramijó, en la que Eloy Alfaro, después de una batalla heroica, casi muere, después de haber incendiado la nave. Logra milagrosamente salvar la vida y se retira a Panamá transido de dolor ante este nuevo fracaso. El Pichincha tuvo que enfrentarse contra cinco embarcaciones que había enviado el Gobierno a contener el impetu de Alfaro.

Alfaro desde Panamá se dirige primero a Guatemala y luego a la República del Salvador. El gran Historiador Andrade se encuentra con él y nos trasmite valiosas observaciones que, sobre el carácter de Alfaro, observó. Nos dice que fue de una modestia extraordinaria y que ante los elogios que a su persona hacían los periódicos, él opinaba así: "Son exageraciones; me comparan con los patriotas de la Guerra Magna; en todo debe respetarse la verdad".

Después de permanecer en Centro América viaja al Perú; en dicho país vive pobre y se dedica al estudio; lee con verdadera fruición libros de carácter histórico.

A comienzos de 1890 se dirige a Santiago de Chile; lue-

go a Buenos Aires. Sigue después al Brasil y luego a la ciudad de Caracas. El dinero para este largo viaje obtuvo, cuando se hallaba sin recursos económicos en Buenos Aires, prestado de un gran amigo que había conocido en Panamá.

En Caracas fue recibido apoteósicamente. Su fama de luchador y de apóstol del liberalismo ecuatoriano había llegado a la ciudad cuna de Bolívar. Sobre este recibimiento Alfaro se expresaba así: "Me hallo en la gentil Caracas; cuando después del aplauso y de la pompa vinieron la soledad y el silencio nocturnos, en mi cuarto, me admiraba de haber sido yo el objeto de tantas efusiones afectuosas, en una de las primeras ciudades de la historia hispanoamericana".

De Caracas se dirige a Nueva York con la idea de financiar una nueva expedición revolucionaria. Trata allí a Vargas Vila, el que después exclama: "El hombre que había pasado ante mí, no era el soldado brutal, cazador de hombres y de pueblos, jinete en corcel del exterminio. nó; lo que mis ojos habían visto era la figura de ese raro producto social, que pocas veces pasa por los cielos de la Historia, para iluminarlos con su fulgor inacabable: era un Libertador".

Después, Eloy Alfaro se dirige a Centro América. Luego de permanecer en El Salvador, pasa a Nicaragua. El Gobierno y la población le brindan homenajes llenos de cariño. Se hallaba en la ciudad de León, cuando recibió uno de los homenajes que más le conmovió. Una comisión de diputados enviada por la Asamblea Nacional depositó en manos del Caudillo, el Decreto según el cual se le nombraba General de División de la República.

Después, el Cinco de Junio de 1895, el pueblo de Guayaquil acuerda nombrar Jefe Supremo de la República y General en Jefe del Ejército "al Benemérito General señor don Eloy Alfaro, quien por su patriotismo y su abnegación sin límites ha sido el alma del movimiento popular que ha derrocado la inicua oligarquía, que durante largos años se impuso por la fuerza, sumiendo al país en un abismo de desgracias".

Alfaro entró en la ciudad de Guayaquil, en medio de aclamaciones populares, el día 18 de junio de 1897. El sol había llegado al cenit; el cóndor, en vuelo majestuoso, había columbrado las alturas.

Después se realizó la histórica batalla del Gatazo. El ejército liberal triunfó. Sarasti fue derrocado con sus tropas. Alfaro era el vencedor. Entra a la Capital después del triunfo "en medio de la aclamación ruidosa de muchos. Entró como uno de los personajes de leyenda, abriéndose campo por entre un compacto concurso de curiosos, amigos y enemigos, confundidos unos con otros y que espontáneamente abrían calle de honor al vencedor de Gatazo".

Después de Jefe Supremo Eloy Alfaro fue elegido Presidente Constitucional del Ecuador por la XI Asamblea Constituyente. Prestó la promesa de Ley el 17 de enero de 1807. Principia inmediatamente a desarrollar su programa de gobierno. Siguen trabajando el Ferrocarril del Sur.

Eloy Alfaro se preocupa por el desarrollo de la educación laica. Era necesario la formación de legiones de maestros para que fueran por todos los ámbitos del País, cual sembradores, esparciendo sobre la tierra espiritual la simiente de la verdad y, Alfaro funda los Colegios Normales en la Capital de la República. El día 14 de febrero de 1901, el General Alfaro concurre, personalmente, a inaugurar el Instituto Normal de Señoritas Manuela Cañizares. El 20 de Mayo del mismo año se inauguró, en forma solemne, el Instituto Normal "Juan Montalvo".

Para la preparación de los artistas del País, Alfaro fundó la Escuela Nacional de Bellas Artes.

El 31 de agosto de 1901, Alfaro deja la Presidencia. Le reemplaza el General Leonidas Plaza Gutiérrez que fue uno de los hombres más queridos de Alfaro y que lo había acompañado con valentía en el desastre de Jaramijó.

El año de 1905, Leonidas Plaza termina su periodo de Gobierno y le sucede don Lizardo García.

Los liberales de la Sierra nuevamente empuñan las armas. El pueblo de Guayaquil "lanzóse sobre los cuarteles y se sacrificó heroicamente en lucha desigual con los cuerpos de línea". Después se suscribió un acta según la cual fue nombrado Eloy Alfaro como Jefe Supremo de la República. Nuevamente Alfaro se halla como en los días de juventud, en plena lucha contra el Gobierno de Quito.

Al frente de sus tropas asciende, una vez más, la Cordillera Andina y libra la sangrienta batalla del Chasqui. Triunfa otra vez y llega a Quito con los laureles del vencedor.

El primero de enero de 1907 prestó la promesa de ley y entró a ocupar, por segunda vez, la Presidencia de la República.

En su segunda administración, Alfaro experimenta uno de los momentos más gratos de su existencia, cuando el día 25 de junio de 1908 inaugura oficialmente el Ferrocarril del Sur. El alma de la construcción de esta obra formidable era el propio Alfaro. La Costa y la Sierra quedaban unidas por esta gran vía. El viejo sueño de Eloy Alfaro se veía convertido en realidad.

Faltábale poco tiempo para terminar su periodo presidencial cuando se rumoreó que él quería perpetuarse en el Poder. El 11 de agosto de 1911, los batallones acantonados en la Capital de la República se sublevaron contra Alfaro. El héroe de tantas batallas se encuentra solo y abatido; a pesar de ello conserva en todo momento su grandeza espiritual y sale del Palacio entre unos pocos y fieles amigos encaminándose a buscar refugio en la Legación de Chile, pues su vida corría un inminente peligro. Luego emprende viaje por última vez a Panamá, la tierra que lo acogió siempre.

El bando alfarista nuevamente empuñó las armas. El gran guerrillero vino al Ecuador. Era anciano y se hallaba en el ocaso de su existencia.

El alfarismo fue derrotado en Huigra, Naranjito y Yaguachi, después de encarnizados combates. Después de la derrota fueron apresados Alfaro y sus principales generales y conducidos a la Capital.

El anciano guerrillero llegó a la ciudad de Quito, vencido, plegadas sus alas de cóndor, inhábiles ya para levantar el vuelo.

Los prisioneros llegaron a la Capital y fueron encerrados en los calabozos del Panóptico. Con Eloy Alfaro, se hallaban sus fieles compañeros de armas Flavio y Medardo Alfaro, Ulpiano Páez, Manuel Serrano y Luciano Coral.

Una multitud ebria de sangre sube al Penal "García Moreno" y asesina y arrastra a los más grandes luchadores del liberalismo. Sus cuerpos fueron incinerados en El Ejido, que hoy se conoce con el nombre de Parque de Mayo.

Antes de este vil asesinato Alfaro fue un héroe, fue un transformador, después de su muerte pasó a la categoría de mártir de la libertad y del progreso.

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

El día 12 de abril de 1844 nace Federico González Suárez en la ciudad de Quito, "siendo hijo único del matrimonio formado por don Manuel María González y doña Mercedes Suárez". El padre del sabio era de sangre española. Había nacido en Colombia y muy joven se acercó en Quito. Don Manuel María González tuvo que abandonar su familia al sentirse enfermo de lepra. Se dirigió a Colombia donde, seguramente, en medio de la más grande desolación y pobreza, murió.

Su madre, su ejemplar madre, era quiteña, hija de un laborioso y honrado comerciante, quien, al poco tiempo de nacer el niño, perdió toda su fortuna, quedándole solamente una casucha en la calle de La Ronda, la que fue heredada por doña Mercedes.

Los primeros tiempos de su infancia, hasta la edad de cinco años, González Suárez vive en su hogar menesteroso, el que podía subsistir, en medio de la más grande miseria, gracias a la ayuda caritativa, del Arzobispo de Quito señor Francisco Javier Garaicoa y, de otras personas bondadosas.

En el año 1849, González Suárez que era un pequeñuelo desnutrido, enfermizo, va a la escuela que funcionaba en el Convento de San Francisco y que era, en aquel entonces, sostenida por el Estado. Allí enseñaba a leer el médico Manuel Vaca, hombre de rigurosa disciplina y estricto cumplidor de sus deberes.

Poco tiempo permanece en la Escuela de San Francisco. Le sobreviene una enfermedad, bajo cuya acción pasa largos días de dolor y después de una convalecencia penosa ingresa a la escuela de Santo Domingo, en donde tres maestros daban sus enseñanzas a cosa de doscientos alumnos de la ciudad.

El huérfano, el menesteroso González Suárez, en los años de escuela es cuando siente con mayor intensidad las dentelladas inmisericordes del hambre y la semidesnudez. Sin desa-

yuno, descalzo, harapiento, desfalleciente por la desnutrición concurría a las clases, en donde, en forma ansiosa su espíritu recogía los conocimientos que daba la escuela clásica y confesional de aquel entonces.

Cuando el pequeñuelo tenía ocho años de edad, el Presbítero Manuel Orejuela le obsequió una obra de Balmes. En la soledad de su vivienda destartalada, emocionado repetía, en voz alta, trozos enteros del citado autor. Se puede decir, sin temor a equivocarse, que este célebre filósofo y pensador trazó un camino y abrió un profundo surco en la espiritualidad de González Suárez.

A los doce años de edad tiene en sus manos la obra: "Historia del Reino de Quito". Su lectura le despierta una inquietud avasalladora, la que define el camino intelectual de sus años futuros: Será el Historiador ecuatoriano. Juan de Velasco ilumina el cerebro del futuro sabio. Balmes contribuye decisivamente en la estructuración espiritual del niño, del adolescente y del joven. Ambos autores influyen en toda la vida de aquel muchacho huérfano y pobre que se asoma en los dinteles de la vida, llevando en su rostro el rictus del dolor.

Después de egresar de las aulas de Santo Domingo inició sus estudios de Gramática Latina y de Retórica en la Universidad, en donde fue uno de sus más destacados profesores don Buenaventura Proaño. Tres años duraron estos estudios, después de los cuales siguió en la misma Universidad el aprendizaje de Filosofía, Física, Cosmografía, etc.

Una vez que González Suárez hubo terminado sus estudios en la Universidad, entró en la Compañía de Jesús.

En esta congregación fue destinado al Magisterio. Su vida se desliza por algunos años, silenciosa y oscura, repartiendo sus conocimientos a sus discípulos sin mayor aliciente que el proporcionado por el deber cumplido en forma rigurosa.

En 1872 González Suárez se dirige a la ciudad de Cuenca, ciudad típicamente serrana, ciudad de los horizontes de añil y de los mármoles blancos y rosados, ciudad de la poesía y del recuerdo feliz, ciudad del Tomebamba a cuyas orillas el sentimiento humano se hace estrofa pindárica o elegía sollozante.

González Suárez ha cumplido 28 años de edad y el destino

lo lleva a esa hermosa población ecuatoriana, bajo cuyo cielo su alma puede reconcentrarse en sí misma ante la contemplación de los horizontes y de los paisajes bañados de luz y, ante esa contemplación cósmica inefable, su espíritu puede abismarse de hermosura y su inteligencia buscar afanosa el camino de la verdad científica, que es eterna como el tiempo, como el espacio y como la materia.

González Suárez se separa para siempre de los claustros de Loyola y se dedica, en las regiones azuayas, en plena sierra arisca y breñosa, a los estudios arqueológicos. Va a los sitios en los que sus ojos podían encontrar los lugares donde vivieron los pueblos primitivos y donde, seguramente, podían hallarse los despojos de su cultura, sepultados en las entrañas sudorosas de la tierra. El mismo dirige las excavaciones. Por sus manos, temblorosas por la emoción, van pasando los cacharros, las osamentas frías de los esqueletos que habían resistido el paso de los siglos.

Fruto de sus primeras experiencias arqueológicas es su magnífico "Estudio Histórico sobre los Cañaris". Este estudio fue impreso en 1878.

En Cuenca principia a distinguirse como un orador formidable. Teniendo facilidad de palabra y una ilustración muy amplia, González Suárez supo aprovechar de estas cualidades para hacer de sus galas oratorias un medio de culturización popular, persiguiendo, al mismo tiempo, la siembra constante de ideales delicados en los hombres.

Poco tiempo antes de abandonar Cuenca para venir a radicarse en la ciudad de Quito, con vehemencia patriótica, con acentos inmortales dirige un discurso cívico a los voluntarios que se habían levantado en armas contra dictadura del General Veintimilla y que se hallaban prestos a combatir para el restablecimiento de la democracia republicana en nuestra Patria.

Después de llevar once años de vida austera, de estudio y de investigación incansables, con un nombre ya prestigiado en la ciudadanía, decide volver a radicarse en la Capital de la República, a vivir junto a su madre, "que reclamaba la presencia de su hijo". En el año de 1883, regresa a Quito.

Después de tres meses de haberse radicado nuevamente,

en la Capital de la República sufre uno de los más crueles golpes del destino: la muerte de su madre.

Después, González Suárez a los 40 años de edad, se despide de Quito con rumbo a Europa. Llega a Panamá; de allí se dirige a Francia. Desembarca en el puerto de Saint-Nazaire. Luego arriba a la Ciudad Luz. Sigue su peregrinaje de cultura por los territorios de la Confederación Helbética. Desciende a las tierras de Italia y llega a España donde reside dos años; dos años de trabajo constante; dos años donde su carácter se manifiesta, como siempre, en su máxima plenitud, buscando con paciencia admirable los documentos originales que le sirvieron, en parte, de fundamento para escribir su grandiosa obra, obra que constituye el pedestal justiciero de su propia consagración como inmortal: "La Historia General del Ecuador". Consulta los archivos de Sevilla, de Madrid, de Alcalá de Henares y de otras ciudades más.

Regresa a la América. Llega a Río de Janeiro. Pasea por las soleadas playas de Botafogo, Ipanema, Leblón y Joe. Aquellos paisajes de inusitada belleza le conmueven profundamente. Mira los arreboles de las nubes que deambulan por el espacio infinito y que sirve de fondo a las avenidas de palmeras que se inclina perezosamente al ser movidas por las brisas del Atlántico.

Recorre Montevideo y Buenos Aires. Llega a Chile y el Perú y por fin llega a las amadas playas de la Patria. Nuevamente el Río Guayas lo fascina y después están los Andes con todo su esplendor a la vista del viajero.

Corría el año de 1888. El viajero que se abismó en la contemplación de otras patrias y que tan valiosas investigaciones realizó, se encontraba trabajando empeñosamente, sin desmayar, la obra cumbre de su talento "La Historia General del Ecuador". Día tras día su pluma iba estampando en el papel los pensamientos de su ciencia.

Después de que aparecieron los dos tomos de su Historia del Ecuador, su pluma es una verdadera avalancha de trabajo. No da un momento de reposo a su cerebro, cerebro inquieto, dinámico, potente, cuyas ideas luminosas siempre estuvieron al servicio de la Patria y de la evolución humana, porque

trabajar en beneficio de la ciencia, es contribuir directamente al adelanto cultural de los pueblos.

Con la publicación de sus obras, su prestigio de historiador se había difundido. La Universidad de Quito lo llamaba para que desempeñe la Cátedra de Historia Universal.

El año de 1894, González Suárez ocupaba el cargo de Senador de la República. Y en 1895 se posesionó del alto sitial de Obispo de Ibarra. Una vez que entró en sus funciones obispales se preocupó de la moralización del clero. Tenía la palabra sabia y el consejo oportuno. En el trato diario se manifestaba prudente y bondadoso. Gobernaba a su grey apoyado con las supremas enseñanzas que se desprendían de su propio comportamiento, de su propio ejemplo rectilíneo.

Sesenta años sobre eriales de la tierra tenía González Suárez. Había permanecido algunos años en Ibarra. El día 4 de julio de 1906 se despedía de la Provincia de Imbabura y se dirigía a la ciudad de Quito. Fue designado por el Pontífice Pío X para que sustituyera en el más alto cargo eclesiástico del Ecuador, al fallecido Arzobispo Pedro Rafael González Calisto.

Con gran pompa se efectuó su consagración como Arzobispo. El niño quiteño que creció con grades privaciones, el estudiante que, hincado de rodillas, escribía sobre una mesa pobre, el que solicitó e imploró una beca para poder seguir sus estudios, el desnutrido y enfermizo escolar que sintió un apasionamiento prematuro por la lectura, el huérfano y desamparado, en el mes de julio, en el radiante mes de estío ecuatoriano, recibía sobre su cabeza la mitra arzobispal y su cuerpo se revestía con los ornamentos de seda y oro.

En el Arzobispado sigue trabajando con patriotismo y abnegación. Pone todos los entusiasmos en el cumplimiento estricto del deber.

En el año de 1910, culmina otra de las tentativas peruanas de irrumpir sobre nuestro territorio. Alfaro, proclama ante la América entera y ante el Mundo que nuestro país era víctima de la codicia insaciable del vecino del Sur. Se producen varios incidentes fronterizos que preludiaban una acción bélica internacional. Alfaro, el gran Alfaro, el heroico soldado de la justicia, fue con sus tropas hacia la Provincia de El Oro, para

defender al suelo patrio de una segura agresión peruana. En esta ocasión Gozález Suárez intervino con todos los medios que estuvieron a su alcance para levantar el fervor ciudadano. Y de sus labios y de su pluma salieron estas palabras que ya se hallaban esculpidas en la Historia: "¡Si ha llegado la hora de que el Ecuador desaparezca, que desaparezca; pero no enredado entre los hilos diplomáticos, sino en los campos del honor, al aire libre, con el arma al brazo: no lo arrastrará a la guerra la codicia, sino el honor!"

El sabio comprende que muy pronto va a dejar el escenario hermoso del Ecuador en el viaje del que no se regresa jamás. Triste, pensativo, recorría con su imaginación los acontecimientos de su propia existencia. Recordaba aquellos años ya muy lejanos, cuando él aprendía las primeras letras; recordaba los primeros dolores y las primeras privaciones de su infancia, cuando veía a su madre desesperarse por no tener el mendrugo de pan para alimentarlo. Anciano y triste, sin grandes afectos a quien prodigarlos, solitario de la vida, sentía que el fin se aproximaba.

El año de 1917, González Suárez tiene una salud muy precaria. Pide y ruega "que los funerales se hagan con la mayor sencillez; que no permitan coronas ni que se pronuncie oración fúnebre en presencia de su cadáver. Perdona a sus enemigos y a todos los que le han hecho sufrir. Pide perdón a todos los que hubiere agraviado u ofendido".

El día primero de diciembre de 1917, González Suárez, dulcemente, sin apresuramiento, abandona el gran escenario de esta primorosa tierra ecuatorial, antes de que amaneciera el día. La aurora matutina muy pronto cubrirá los valles risueños y él entrará en las regiones de la inmortalidad en una madrugada diáfana, tachonada de estrellas luminosas.

Pobre nació a la vida y pobre se fue al sepulcro. Después de su muerte la Historia puede decirle: Eres símbolo de tu nacionalidad, eres lábaro para las nuevas generaciones, eres luz para los sabios y eres sublime ejemplo de carácter para las juventudes que ansiosamente quieren llegar a la perfección. Tu nombre no morirá nunca, porque el más grande ideal que animó tu vida fue el de una Patria fuerte y grande.



MARIA ANGELICA IDROBO

“Cuando se trace la vida de la señorita Idrobo, se apreciará la energía de su carácter, el modo varonil de dar batalla a sinsabores y estorbos, a obstáculos y ruindades, con alma digna de asombro. Ha vencido cien tropiezos y lo ha subsanado todo. Ha creado instituciones, como de Aladín al soplo, dándolas estable régimen y rendimiento glorioso”.

Alejandro Andrade Coello

(De la obra CULTURA FEMENINA. Editada en Quito, en los Talleres Gráficos del Ministerio de Educación, Año de 1942).

Nació en la población de San Pablo del Lago, Provincia de Imbabura, el día 29 de julio de 1890. Los primeros conocimientos escolares fueron dados en el propio hogar. Luego los recibió en la Escuela de Niñas de Atuntaqui.

Por inclinación propia, María Angélica comenzó su obra de maestra a la edad de 15 años. Después para ampliar su cultura ingresó al Normal Manuela Cañizares en donde obtuvo el noble título de Maestra.

Trabajó con abnegación como profesora de algunas escuelas primarias de la Capital de la República. Por encargo del Consejo Escolar de Quito María Angélica fundó y organizó la Escuela Fiscal de Niñas "Diez de Agosto" de la que fue su primera Directora en el año de 1918. Se hallaba en ese año en plenas labores de estructuración de este plantel educativo cuando tuvo la oportunidad de conocer a la gran escritora, señora Zoila Ugarte de Landívar, la que hoy es una mujer símbolo de nuestro país.

Posteriormente fue nombrada Profesora del Normal Manuela Cañizares y Directora de la Escuela Anexa a dicho Colegio. En ese tiempo María Angélica contribuyó a la formación profesional de centenares de maestras, muchas de ellas son actualmente mentoras de la educación femenina nacional.

Pero no solamente María Angélica dedicaba sus energías al trabajo educativo en el Manuela Cañizares y su plantel Anexo, sino que sus energías juveniles le llevaron a la obra de acción social en beneficio de las mujeres que no podían concurrir a las escuelas y colegios diurnos. Fundó la Sociedad Feminista Luz de Pichincha. Entre tantas actividades que desplegó María Angélica en calidad de Presidenta se halló la fundación de la primera Escuela Nocturna de Señoritas. La solemne ceremonia de inauguración se efectuó el 9 de Octubre de 1922. Esta escuela dio cultura especialmente a la mujer obrera. María Angélica fue Directora y Profesora de este Instituto Nocturno que era absolutamente gratuito para las educandas y que funcionó en las aulas de la Universidad de Quito, siendo Rector el Dr. Ramón Balarezo. María Angélica fue la primera maestra en el Ecuador en fundar una escuela primaria y un colegio de educación profesional nocturnos para la educación de la mujer obrera.

En el mes de diciembre de 1926, María Angélica firmó el contrato según el cual el Gobierno Nacional le concedía una beca para ir a ampliar sus conocimientos en la Argentina y en el Uruguay. En ese mismo mes María Angélica se dirigió con rumbo a los mencionados países.

En Buenos Aires María Angélica realizó su trabajo con absoluta responsabilidad. Siguió cursos de Pedagogía, Organización Escolar, Psicopedagogía, Metodología y Filosofía de la Educación. Además de su intenso trabajo de observación y aprendizaje visitaba colegios, escuelas normales, planteles profesionales. Tuvo intensa preocupación para dar a conocer lo que es nuestro país en múltiples aspectos de la cultura, mediante conferencias, artículos periodísticos, etc. Se vinculó con las más grandes personalidades del mundo pedagógico e intelectual.

Luego se dirigió a la ciudad de Montevideo. Su permanencia en esa hermosa ciudad fue llena de gratas impresiones. Adquirió nuevas y valiosas amistades como la familia de Rodolfo Juana de Ibarbourou.

Doña Juana de Ibarbourou, la Juana de América, le dispensó su gran afecto, el que se manifestó en cartas, llenas de sublime cariño. Doña Juana llamó a María Angélica "mi gran amiga, honra de su país". Los diarios de Montevideo publicaron fotografías y artículos elogiando la personalidad de María Angélica.

Cumplido el tiempo de duración de la beca, María Angélica retornó a la ciudad de Quito. En nuestra Capital no tuvo empleo, teniendo que viajar a Guayaquil en donde fundó el Liceo de Señoritas Ariel, el 20 de abril de 1927. En este plantel la obra educativa de María Angélica fue grande. El Liceo tuvo tres secciones: Jardín de Infantes, Escuela Primaria y Sección de Enseñanza Especial.

María Angélica fue una mujer de un extraordinario espíritu de trabajo. A más de su labor docente dedicó sus energías a estudiar música, canto, a escribir para revistas y periódicos; pues fue una de las principales redactoras de la mejor revista que se publicaba en Guayaquil, intitulada Páginas Selectas. Allí fueron compañeros de redacción Adolfo Simmonds, Orión Llaguno, José Luis Vallejo, J. Pino Icaza, José de la Cuadra, etc.

Se hallaba en plenas labores educativas cuando el M. I. Concejo Municipal de Quito, por intermedio de su Presidente Señor Ricardo Jaramillo, le pidió que fuera la primera Directora de un nuevo Plantel que deseaba fundar. María Angélica aceptó este ofrecimiento y se trasladó a la Capital.

Por insinuación de María Angélica el nuevo Plantel fundado tuvo la denominación de Liceo y en homenaje a un filántropo se le dió el nombre de Fernández Madrid. Toda la tarea de orientación y estructuración del Liceo Fernández Madrid corrió a cargo de María Angélica. Según ella esta nueva institución debía ser el crisol educativo modelo para la mujer ecuatoriana en donde se debía dar una educación integral, o sea el cultivo del intelecto, del alma, de la parte física y, además, la nueva institución debía dar profesiones que capaciten a la juventud para que pudiera desenvolverse en la sociedad. Es decir María Angélica, al estructurar el Fernández Madrid, abrió una nueva ruta en la educación de la mujer ecuatoriana.

En 1939 María Angélica se dirigió otra vez a la República Argentina en donde realizó valiosas observaciones en los institutos de educación técnica. Volvió al país con grandes empeños para mejorar la educación de la juventud del Fernández Madrid.

En 1940, María Angélica, renunció la dirección del mentado establecimiento e inmediatamente fundó el Liceo de Señoritas Simón Bolívar, hoy Colegio Técnico Simón Bolívar. En este plantel María Angélica realizó una obra educativa fundamental. En el primer Prospecto que tuvo este Liceo, María Angélica consignó estas palabras: "Con el fin de contribuir con nuestro grano de arena al mejoramiento de la Patria, hemos resuelto continuar prestando nuestros servicios a la causa educacional de la juventud femenina, en la que está fincado el porvenir moral de la Nación".

"Con el mismo empeño de antes y con la misma consagración de otros tiempos estaremos junto a nuestras alumnas para guiarlas por el sendero que conduce a la meta del honor y del trabajo honrado".

Desde el comienzo el Liceo Bolívar marchó eficientemente y muy pronto tuvo la confianza pública. María Angélica, que

era la Directora-Fundadora y el Profesorado rendían al máximo para garantizar la obra educativa.

En 1941 María Angélica fue nombrada Rectora del Colegio Normal Manuela Cañizares, iniciando una nueva etapa en su vida de maestra. En este Colegio María Angélica con un selecto grupo de profesores realizó una obra educativa caracterizada por la rectitud, la responsabilidad total y por un gran cariño a la juventud. Gracias a los empeños de María Angélica se fundó la Escuela Anexa Guayaquil.

María Angélica tuvo un profundo sentido democrático en sus actuaciones. Para ella la negra, la mulata, la india o la blanca, no eran sino expresiones humanas, profundamente humanas a las que había que educar. Pocos como ella para respetar esa personalidad humana; pocos como ella para practicar la prístina filosofía del laicismo; pocos como ella para hacer de su profesión un apostolado completo; pocos como ella para dar tajos de luz en la penumbra de la ignorancia. Su obra de maestra había pasado los límites nacionales. En otros países extranjeros su nombre era muy conocido y respetado. En nuestro País el señor Presidente de la República le impuso la condecoración REPUBLICA DEL ECUADOR, en solemne acto realizado en el Salón de la Ciudad de Quito. Entre los diversos oradores que hablaron se halló el Dr. Abelardo Montalvo ex-Primer Mandatario del Ecuador. En una de las partes de su discurso se expresó en la siguiente forma: "Más, preciso es confesarlo, hay otros motivos para apreciar y exaltar la personalidad de la señorita Idrobo y manifestarle el más elocuente testimonio de nuestra admiración, respetos y consideraciones, y, también consagrar su nombre entre los beneméritos ecuatorianos para la posteridad".

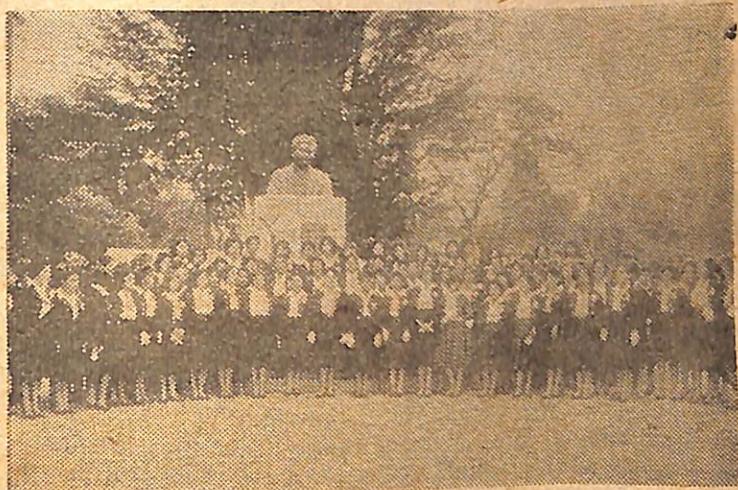
Junto con la medalla REPUBLICA DEL ECUADOR, María Angélica recibió: un artístico pergamino, en el que consta el siguiente acápite: "A la Ilustre Educadora, cuyo saber y virtudes nos han reunido, bajo el signo de su nombre, para dedicarle el presente testimonio de admiración y gratitud, por la obra de singular valor y trascendencia que ha realizado a través de su larga y brillante carrera, para bien de las juventudes y Gloria de la Patria".

En 1949 María Angélica emprendió, por tercera vez, viaje a la República Argentina.

Se hallaba ejerciendo el cargo de Rectora del Normal Manuela Cañizares cuando enfermó gravemente, ocurriendo su doloroso fallecimiento en la ciudad de Quito, el 26 de febrero de 1956.

En la Capital se formó el Comité Pro-Monumento a María Angélica Idrobo. Fueron Presidenta la Señorita Luisa Gómez de la Torre y Vicepresidenta la señora Rosa Lovato de Miño. Este Comité trabajó fervorosamente hasta que fue inaugurado el Monumento el día 24 de Mayo de 1960, siendo Alcalde de la ciudad el Dr. Julio Moreno Espinoza, quien recibió a nombre de la Ciudad de Quito el Monumento que inmortaliza a María Angélica.

María Angélica fue hija ejemplar, hermana ejemplar, ciudadana ejemplar y maestra inolvidable.



Busto que inmortaliza a María Angélica Idrobo. Se levanta en el Parque 24 de Mayo de la Ciudad de Quito.

CUADROS HISTORICOS

PRIMEROS EUROPEOS QUE VIERON TIERRA ECUATORIANA

Las velas hinchadas por la brisa mañanera, conducian a la frágil embarcación por la tranquila superficie oceánica. En ella iban, ávidos de aventuras y de gloria, Ruiz y sus compañeros.

Apenas un suave oleaje mecía rítmicamente a la navecilla que se dirigía a tierras desconocidas.

Con la mirada hacia Levante, los ojos del vigía escrutaban presurosos el risueño Pacífico, cubierto por vaporosas nubes platinadas y con ligeros tintes de color celeste. Cuando éstas se esfumaron y el horizonte quedó totalmente despejado, los audaces aventureros tuvieron ante sus ojos la tierra ecuatorial; eran las costas tropicales de lo que es hoy la provincia de Esmeraldas.

Con enorme curiosidad, los navegantes iban acercándose a tierra. Ante los ojos moros de Bartolomé Ruiz desfilaban: la magnífica vegetación que crece en la cuenca del milenario Esmeraldas; chozas cubiertas con hojas glaucas y brillantes, que apenas aparecían en medio de las copas amarillo-verdosas de los árboles, que taciturnamente se levantaban sobre la floresta.

Un calor enervante caldeaba la atmósfera. Aves de vistoso plumaje y rauda vuelo se perdían en lontananza. Venían hacia ellos perfumes que el viento arrancaba a las plantas húmedas y resinosas que abundan en esas latitudes.

Los indios que poblaban ese suelo estaban anodados. Sus mentes casi no comprendían lo que pasaba. Voces destempladas y angustiosas resonaban en un griterio confuso. Todos

corrían presurosos y con la respiración fatigada. La casa del régulo se vio llena de gente que interrogaba a su jefe sobre lo que debían hacer.

La embarcación se acercaba. Ya relucía al sol el bronce claro de las coronas ibéricas que los naturales veían con asombro.

Pensaban los indígenas: ¿Serán monstruos, vislumbrados por los brujos en los conciliábulos lúgubres? ¿Serán los dioses que vienen a reemplazar a la Humiña que presidía los ritos sangrientos? ¿Será el rayo que encarnó durante la pasada tormenta estos seres extraños y que envía a castigar a los que no ofrecieron en su holocausto algún obsequio?

Llegaba el momento supremo, tanto para los españoles como para los indígenas.

¡Si! Ya desembarcaban los castellanos arrogantemente, sin vacilación, acaso sin miedo. Eran titanes los que venían.

Pues habrá que hacerles un buen recibimiento; de lo contrario estos hombres nos matarán sin compasión; así pensaban los indígenas.

“Engalanados con joyas de oro”, según dice González Suárez, los naturales se presentaron ante los españoles, con vacilante timidez. Fueron respetuosamente a dar el saludo de bienvenida, con sus cabellos desgreñados, en lo que reluce exótica y brillante pedrería, que contrastaba enormemente con los cuerpos cobrizos y tostados por el ardiente sol esmeraldeño.

Era el principio de la conquista. Era el ocaso de la civilización autóctona. Con el nuevo elemento étnico venían los soñadores de la gloria y de las riquezas a imponer su voluntad sobre los pobladores de estas comarcas. Estos hombres venidos de allende los mares, perseguidos, después, por la fiebre avasalladora de “El Dorado”, realizarán magnas epopeyas; cruzarán las selvas; se deslumbrarán con el brillo de las nieves eternas de los nevados; aniquilarán a los vencidos; morirán con la sonrisa en los labios, pensando que están convirtiendo a la fe católica a los infieles.

Bartolomé Ruiz, el primer europeo que vio tierras ecuatorianas, simboliza la aurora de una nueva civilización que ha venido desarrollándose sobre las tierras ecuatorianas.

EL EXODO INMORTAL

Descubrimiento del Amazonas

Marzo de 1541. El Gobernador de Quito don Gonzalo Pizarro da la orden de partida a los soldados que con él salen hacia la ignota tierra de la canela. Son despedidos por los pocos habitantes de Quito que, congregados en la plaza principal, desean muchas felicidades a los bravos hispánicos que van a trasmontar la cordillera, impelidos por una fiebre de gloria y por su sangre ardorosa y aventurera.

Son cosa de cuatrocientos esforzados soldados los que salen de Quito y que ansían llegar a la tierra que, envuelta en las brumas del misterio, les atrae en forma poderosa.

Parten los viajeros, al tiempo que el sol andino asoma filtrando sus rayos en medio de gasas opalescentes formadas por las nubes. Roncas voces de los castellanos turban el silencio mañanero. Las francas risas chocan contra las paredes de las casas bajas y pequeñas de la recién fundada Villa de San Francisco de Quito.

Es una empresa formidable la que inician. Jornada heroica, éxodo de gloria, y camino de inmortalidad que dará a nuestro País el título de **DESCUBRIDOR DEL AMAZONAS** y el dominio de las tierras de nuestras provincias orientales: Napo, Pastaza, Santiago-Morona y Zamora-Chinchipec.

Los expedicionarios caminan sobre los oteros, los valles y cañadas de la Cordillera Oriental, siempre en dirección a Levante.

Ya el Antizana se halla a la vista y bastante cerca. Un frío polar muere los cuerpos de los fatigados "pioners" de la civilización que ven deslizarse por la pendiente abrupta finísimos

crisales de nieve, empujados por los vientos parameros, caricia casi perenne de las niveas cumbres andinas.

¡Sigue la caravana su jornada heroica! Las mañanas son tristes y los atardeceres fatigosos. Los cóndores pasan muy alto, en vuelo majestuoso hacia sus nidos distantes.

Pasan los días. Los épicos aventureros descienden por las escarpadas laderas que conducen al valle del Cosanga. Díaz de Pineda muestra a sus acompañantes, en mañana despedida, la tierra inmensa que se extiende a sus plantas y que va a confinar en remotos lugares.

Comienza la muerte a acecharlos. Los indígenas, que en número de casi tres mil acompañan a los españoles, principian a sufrir las penalidades del viaje y muchos de ellos huyen, internándose en medio de la vegetación que cada vez va haciéndose más impenetrable.

Los viveres principian a escasear. Cientos de indígenas mueren al pie de las últimas estribaciones de la Cordillera. La selva con su tétrica magnificencia se presenta en su más grande apogeo.

Los españoles sienten las angustias del hambre y muchos mueren al tiempo en que las aves gorjean alegremente en el interior de la floresta. Aquellos heroicos hombres desaparecen recordando, tal vez, las horas hermosas pasadas allá, en su lejana España, en la florida Sevilla, en Valencia, perfumada por las brisas del azul Mediterráneo, en las tierras de Castilla y de Aragón, donde lucen las guitarras la incomparable melodía de sus notas. Pasaban a la tumba aprisionado en sus recuerdos la imagen querida de su tierra legendaria. Morían, soñando que se encuentran ya en el misterioso El Dorado. Sus cuerpos quedaban para siempre bajo tierra húmeda y olorosa del Oriente que con su talismán de misterio los atrajo a su seno.

Principian las penalidades dantescas, pero tras ellas va el camino de la inmortalidad.

Pizarro alienta a los enfermos que con paso vacilante tratan de no quedarse rezagados.

Llegan a las riberas del Coca. Pizarro, de alma indomable, sueña todavía, en la culminación de su empresa. El, acaso, en los momentos de mayores peligros, piensa en la eternización

de su nombre. Pero, no son horas de sentimentalismos; hay que avanzar, hay que seguir adelante hasta que desaparezcan los últimos álitos de vida en esos nobles aventureros que glorificaron con su muerte las tragedias de aquel éxodo temerario.

Piensen que río abajo encontrarán tierras apacibles y guiados por pensamientos de mejores días y con una constancia admirable construyen una embarcación. El fundador de la ciudad de Guayaquil, que había viajado desde el Pacífico hasta unirse a los demás expedicionarios, Francisco de Orellana, es designado para mandar a los pocos hombres que deben ir en aquel barquichuelo destartelado.

En un momento que debió ser emocionante, silenciosamente la embarcación se aparta de la orilla. Angustiados los que quedan ven partir a sus compañeros que, haciendo la señal de la cruz en su pecho, se dirigen al ansiado más allá, pensando retornar con víveres y con noticias alentadoras.

Pasan los días y Orellana navega en las aguas del río Napo. Luego la quila de la pequeña embarcación rompe el plúmbeo de las aguas del Amazonas. El gran río de América ha sido descubierto. ¡Gloria a Orellana! ¡Gloria a sus heroicos acompañantes! ¡Gloria al Ecuador de ayer, de hoy y de mañana! ¡Gloria al Ecuador, País Amazónico! Raza española vertió sus primeros sudores. Dinero ecuatoriano financió la expedición. De esta tierra fueron los primeros cadáveres que dejaron sus huesos amarillándose bajo el tórrido sol de nuestras selvas orientales. Nuestros fueron los primeros sinsabores. Nuestra la gloria. No la opacará ni la injusticia que se cometió en Río de Janeiro, ni la mutilación de nuestro territorio.

Todos los días y todas las horas los ojos de los que quedaron con Pizarro miraban angustiados las calladas aguas del río. Nada veían. La ansiada embarcación de Orellana no retornaría jamás, porque siguió aguas abajo del río Amazonas. Orellana y los suyos llegaron al Atlántico y luego se dirigieron a España a dar cuenta de su formidable aventura y de su descubrimiento admirable.

Para los que quedaron con Pizarro los días trágicos continuaban. Los mosquitos, como densas nubes, torturaban los cuerpos martirizados de los audaces exploradores. La muerte seguía con su tétrica guadaña segando vidas.

Había que regresar. Así lo hicieron. En medio de la selva virgen caminaban con el lodo hasta las rodillas, tratando de llegar, lo antes posible, a las cimas de las cordilleras que, cuando se despejaba la vegetación y el cielo estaba límpido, alcanzaban a verlas.

Sólo los más fuertes pudieron soportar el doloroso regreso. Llegaron nuevamente a los cerros escarpados. Sus cuerpos fámélicos y esqueletizados marchaban como una caravana de espectros vivientes.

Apenas ochenta personas pudieron regresar de la aventura para relatar con emoción lo mucho que habían sufrido.

Así fue explorado nuestro Oriente y descubierto el "Río Mar de la América", el Amazonas.

Luego, otros exploradores se internaron en nuestras selvas y fundaron poblaciones. Gil Ramírez Dávalos, Juan de Vergara y otros más dieron el comienzo de la obra gigantesca del Ecuador actual: Colonizar en gran escala nuestras tierras amazónicas, que no podrán quitarnos ni la injusticia ni la fuerza.

"PERDIDA". Se ignora donde, entre el alba y el crepúsculo, se perdieron dos horas de oro con juego de sesenta minutos de diamantes. No se ofrece gratificación alguna, porque se perdieron para siempre.— Mann.

EL PENDON REAL

Cuadro histórico

Sobre la mesa de terciopelo carmesí brillaba un voluminoso tintero de plata bruñida, chapeado con algunos kilates de oro lavado en el Zamora. La campanilla, también de plata y bronce toca violentamente cuando el Corregidor don Diego de Portugal entra en la sala del Cabildo de Quito, haciendo resonar sus zapatos sobre los ladrillos amarillentos que cubren el suelo.

Después de saludos llenos de cortesía, el señor Corregidor se sienta en una enorme butaca, en cuyo respaldo un ángel dorado sobresale en el tallado de la madera.

Los señores Regidores Capitulares esperaban ansiosos la lectura de una comunicación, que ese mismo día había llegado de España, dentro de sobre lacrado. Era portador de dicha comunicación el señor Corregidor de Quito.

Se instala la sesión. El señor Corregidor ordena que el Escribano, lea la mencionada comunicación.

La orden del Rey Felipe de España es leída:

“El Rey: Consejo, Justicia y Regimiento, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la ciudad de San Francisco de Quito y por esta causa lo sucedido en los reinos y señorías de la Corona de Castilla y de León y lo anexos y dependiente de ello Y mando que en execución alcéis pendones y hagais las otras solemnidades y demostraciones que se requieren de Madrid, a vein-

tiseis de septiembre de mil a quinientos y noventa y ocho. Yo El Rei." (x)

Terminada la lectura, juran los cabildantes fidelidad al nuevo soberano, el Rey Felipe y discuten el Programa para festejar dignamente tan fausto acontecimiento, programa que se desarrolló en la siguiente forma:

Desde el amanecer las trompetas, chirimias y atabales alegraban la ciudad con su bulla fiestera. Las campanas de las pocas iglesias que había en Quito, repicaban desafortadamente.

Todos los edificios que estaban situados en el que es hoy Parque de la Independencia, ostentaban sus paredes adornadas con mantones de seda, en cuyos extremos relucía el oro de los bordados; asomaban cintas muy anchas en los cuellos de los faroles que pendían de las cornizas de los edificios.

Los pobladores vestían sus mejores ropas; las crinolinas paseaban su elegancia principesca por las calles adyacentes al Cabildo; zapatitos de raso celeste apenas mostraban sus puntas, bajo las anchas faldas que llevaban las mujeres quiteñas.

Relucían los metales de las espadas de los caballeros.

A las 11 de la mañana de un día del mes de Mayo de 1598, se alzaba el Pendón Real. Era una ceremonia de lo más deslumbradora que podía verse en aquellos tiempos en la ciudad de Quito.

Vienen adelante cuatro hombres vestidos con "cota"; sobre las cabezas llevan "gorros de carmesi"; del cinto cuelgan espadas con empuñaduras de oro. Llevan en la diestra banderolas de color azul.

Preceden seis trompetas medioevales que vueltas al cielo, desparraman estridentes sonidos. Las campanas hacen un ruido atronador. Allá va el gallardo don Diego Sancho, Alférez Mayor de la ciudad, portando el Estandarte Real. Va inmutable con el rostro severo, con sus morenos ojos soñadores muy abiertos; brilla en su pecho un águila bordada de oro. Siguenle todos los señores del Cabildo, no menos lujosamente ataviados. De los balcones se arrojan "patacones y reales".

(x) Copia textual del documento reproducido del Libro de Cabildos de Quito.

Hacia el lado en el que hoy se levanta el Palacio de Gobierno, el Ayuntamiento mandó construir una enorme tribuna con pequeños pasamanos, de cuyos vértices caían borlas de oro y de seda.

La multitud se agolpaba y apenas podían pasar las autoridades que realizaban la ceremonia. Las grandes plumas de los sombreros se movían en medio de un oleaje humano.

La comitiva llega a la tribuna, al tiempo que las campanas acallaban sus toques, y, en medio de un silencio solemne, habla don Diego de Portugal, sobre las virtudes de "Su Majestad, el Rey don Felipe, a quien Dios Guarde con salud muchos años".

El pueblo de Quito, compuesto en su mayor parte de gente venida de España, lanza vivas al nuevo Monarca, al tiempo que el Pendón Real, simbólicamente levanta al cielo sus vivos colores, los mismos que guiaron, después, a los defensores de Zaragoza y de Bailén al sacrificio de sus vidas, cuando las águilas napoleónicas hollaron el suelo de España.

A continuación el Pregonero de la Ciudad, lee la proclama que desde España había enviado el Rey don Felipe.

Era una fiesta de colores, alegrías y luces la que se realizaba. Todos, seguramente, se divertieron mucho; hubo regocijo, bañado de oro y de sonrisas galanas; oro que diluía el sol con sus perpendiculares rayos, y, sonrisas, que aún las flores lanzaban a las miradas de los pobladores de Quito.

A las 9 de la noche, la ciudad entraba nuevamente a la tranquilidad acostumbrada.

Atisbar la ocasión, aferrarla con audaz destreza y aprovechar con enérgica perseverancia, tales son las condiciones virtuales del éxito.— Phelps.

LA ESTANCIA COLONIAL

Año de 1547. Los españoles estaban ya dedicados a la obra colonizadora de las tierras quitadas a los súbditos del Atabamba. El Cabildo de Quito dictaba sus ordenanzas, efectuaba nombramientos de escribanos, alguaciles, pregoneros, ensayadores, doctrineros, etc., y, además, repartía estancias a los españoles que se avecindaban en estas tierras recién conquistadas.

Para darnos cuenta de la forma cómo se otorgaban las estancias a los colonizadores, en forma imaginaria introduzcámonos al Cabildo reunido el día 21 de Noviembre de 1547, en la ciudad de Quito.

Juan Pablos, Alcalde Ordinario de Su Majestad, refregándose las manos, ateridas de frío, se halla frente a los miembros de la Comuna, y con voz firme y pausada se expresa así: —“Deseo y pido que el magnifico Cabildo e Regimiento me haga la merced de proveerme una estancia de pan e ganados, que queda en Cotocollao, en el camino que va a Pomasque, Ruego a todos los señores oigan y no rechacen mi pedido; pues, así serán servidos Dios e Nuestro Rey”.

Sancho Asturiano, —cabildante— responde: —“Hay que proveerle la dicha estancia que pide nuestro señor Alcalde; todos los hidalgos que nos hemos avecindado en estas tierras debemos tener comodidades, para que así sirvamos a Dios y a nuestro Rey”.

Martín de Mondragón, —el que tenía profundo desprecio a la raza conquistada,— añade: —Dicho Juan Pablos ha vivido algunos años aquí, hay que dársele la estancia que solicita; eso sí, “sin perjuicio de terceros e de los naturales”.

Resuelve el Cabildo otorgar la estancia al solicitante.

El escribano González Yanes Ortega, hace fé a lo dicho y asienta en el libro el otorgamiento que acaba de hacerse.

Terminada la sesión, se acercan los cabildantes y estampan sus firmas con una gruesa pluma de pavo.

Desde este momento el encomendero y Alcalde Juan Pablos es dueño de una estancia, que, con el transcurso de los años se denominó a ésta y a todas las de su género con la palabra hacienda, nombre con el que perdura hasta nuestros días.

En muchas estancias se instalaron obrajes, lugares de verdadera explotación del indígena.

x x x

El otorgamiento de estancias, hecho en los albores de la Colonia, es el origen del latifundismo en el Ecuador. El dueño de la estancia podía vender, enajenar y disponer a su libre albedrío de estas propiedades.

El carácter viene a ser como el diamante capaz de tallar a las otras piedras preciosas.— Bartol.

Hables o escribas sé conciso.— Neal.

LA MITA

Estampa colonial

Sol de agosto. Las piedras eran como lumbre regadas en el arenal del tortuoso sendero. Nubes enormes de finísimo polvo se levantaban empujadas por el viento que silvaba fuerte al pasar rozando los "pencos" amarillentos, que ponían vivo colorido en el paisaje. Era la hora en que el sol señoreaba en el cenit toda la tierra andina.

La caravana, tristemente, seguía su camino, torturada por el fuego abrasador del sol. Hombres con los pies hinchados, apenas podían levantarlos para seguir caminando. Sus arrugadas frentes depedian copioso sudor, que goteaba incansablemente sobre las arenas calcinadas. La carga era pesadísima. El sol caía a plomo.

Allá, a lo lejos, quedó uno, el más débil, para no levantarse más. Murió en un deslumbramiento de luz. Su cuerpo tal vez será devorado por los cóndores. Sus huesos se confundirán con las blancas piedras. Los familiares llorarán en el obraje. El cura cobrará algunos pesos para dar una misa a su memoria. Después, nadie recordará al vencido que cayó en la ruta desolada y trágica.

Los otros seguirán inexorables por la senda dolorosa que les trazó su sino.

Aquella caravana estaba formada por 200 indígenas que en el año de 1611 iban a extraer de la tierra el oro que enloquece a muchos hombres con su brillo magnificente, y condu-

cen a la muerte al infeliz mitayo que se ve obligado a internarse en el corazón ardiente de las minas, para extraerlo.

Al caer la tarde, caminaban agobiados por los pesados far- dos que cargaban sobre sus espaldas doloridas. Diez leguas habían cubierto caminando de sol a sol, y, a la hora del cre- púsculo ascendían los páramos inclementes, donde un frío in- tenso mordía sus cuerpos, que horas antes, habían soportado el calor del trópico.

Los capataces, que iban caballeros en mulas, dieron la voz de alto, y todos, lánguidamente, se recostaron sobre la hierba olorosa, junto a unos escuetos matorrales que sombreaban el paisaje monótono de la tarde.

¿Hacia dónde se dirigía la caravana? ¿Qué iban a hacer esos infelices, que ya llevaban días de caminar por las cuchil- las serranas y los valles profundos y candentes? Eran hombres arrancados de sus hogares por el codicioso español, el que aprovechaba de esas energías haciéndolos trabajar en las dis- tantes minas de Zaruma o, acaso, en los lavaderos del Paute y del Gualaceo.

De cien indígenas que salían de las parcialidades, apenas regresaban cuarenta; los demás habían rendido tributo a la muerte, consumidos por las fiebres, el trabajo excesivo, la fal- ta de alimento y el maltrato de los conquistadores.

Era la mita. Era la explotación cruel del aborigen.

Las leyen venían de España. Pensando que con ellas el in- dio tendría mejor trato, el soberano enviaba sus reales órde- nes. Pero todo quedaba solamente escrito.

Y las caravanas iban. Los hombres morían sin volver a ver el paisaje familiar que rodea su aldehuela natal, sin recibir el último adiós de sus seres queridos. Iban a la tumba junto a la veta aurífera o a orillas del remanso, consumidos por las fiebres palúdicas.

**Si eres amigo de ti mismo, los demás lo serán también.—
Escoces.**

LA LEGENDARIA CARGA DE LOS VEINTE

Antes de la batalla de Tarqui se realizó un hecho heroico digno de recuerdo.

Antonio José de Sucre ordenó a Juan José Flores, que era el Segundo Jefe de las fuerzas grancolombianas, que organizara el ataque, con pequeños destacamentos, a las avanzadas peruanas que se hallaban en las márgenes del río Saraguro. Luego, Flores, a su vez, ordena a Luis Urdaneta que con una compañía de los Granaderos del Cauca y otra del Caracas atacasen, sobre todo el puente del río. El General Luis Urdaneta, llevó también veinte hombres del Batallón Yaguachi y una pequeña patrulla del Segundo de Húsares que iba mandada por el Comandante Camacaro.

Ya la noche cubría con su negro ropaje los montes y los valles. Una ligera llovizna apenas estremecía el follaje de los árboles. El silencio dominaba las horas nocturnales. El río Saraguro había engrosado sus caudales con el agua de las lluvias. Con gran precaución Urdaneta conduce a sus soldados en dirección de las avanzadas enemigas. Caminando sobre el lodo la columna desciende en dirección del vetusto puente del citado río. Urdaneta comprueba que es imposible pasarlo por hallarse inutilizado. Entonces este heroico General acompañado del Coronel León y de veinte soldados del Yaguachi buscaron un vado para poder pasar el río; con el agua hasta la cintura pudieron llegar a la orilla opuesta. Era más de las doce de la noche y los peruanos no esperaban el ataque en esas horas nocturnales. Una numerosa avanzada de los invasores se hallaba custodiando las márgenes del mencionado río. Los veinte yaguachis jadeantes, transidos de frío, escalaron la pedregosa ladera y con denuedo cargaron con verdadero frenesí a la patrulla ene-

miga la que llena de pavor se replegó con toda rapidez en dirección del campamento del batallón peruano Ayacucho. Los veinte yaguachis corriendo en la oscuridad, guiados apenas por su propio sentido de orientación espacial y por las voces de los peruanos en fuga, también llegaron al campamento de las dos compañías del Ayacucho. Una fogata semi-extinguida lanzaba sus tenues resplandores al derredor. Los yaguachis atacaron briosamente con sus bayonetas sembrando gran desconcierto en el enemigo, el que emprendió la fuga en dirección de Saraguro, en donde se hallaba toda la Tercera División peruana, compuesta de unos 1.500 hombres.

Es la una de la mañana. Las nubes se disipan. Las estrellas rutilan en el firmamento. Una leve claridad hace que las pupilas puedan distinguir las figuras que se mueven en los senderos. Las dos compañías del Ayacucho retroceden por los senderos, perseguidas por el pequeño destacamento del Batallón Yaguachi. Los disparos esporádicos iluminan brevemente la oscuridad de la noche. En Saraguro la Tercera División peruana se halla alerta, formada en la Plaza bajo las órdenes del Coronel Jiménez. Las dos compañías precipitadamente afluyen a reunirse con sus compañeros de armas. Algunos mechones de cebo iluminan el escenario de Saraguro. En esos momentos los veinte soldados del Yaguachi irrumpen, con la bayoneta calada, en un frenesí de combate, como una tromba incontenible, en la plaza donde se hallaban los batallones peruanos. Las bayonetas se hunden en los cuerpos. Gritos de salvaje heroicidad lanzan los veinte ecuatorianos en el momento culminante de su carga. ¡Viva Colombia!, resuena en el espacio. Cegados por su propio ímpetu frenético los veinte soldados del Yaguachi dispersan, con empuje arrollador, a los compactos grupos de hombres que, presa del pánico no pudieron detener la heroica y legendaria embestida.

El Coronel Jiménez, que manda a los peruanos, tiene un momento de fatal indecisión. ¿Deben resistir o retirarse? Pues cree en esos fatídicos momentos para ellos, que miles de hombres ecuatorianos los atacan. En esto un ¡sálvese el que pueda!, oyen los soldados. El pánico extiende sus tentáculos por toda la Tercera División. Los oficiales pierden el dominio sobre su tropa. Los jefes no saben qué hacer. Los soldados sólo piensan

salvar sus vidas dando mayor velocidad a sus piernas. Se arrojan las armas y por todas partes torrentes humanos se desparan en busca de protección.

Los veinte del Yaguachi, con sus bayonetas sangrientas, se adueñan de la plaza de la población y capturan a algunos peruanos que se rinden. El General Urdaneta, que ha dirigido la operación bélica, se halla ebrio de triunfo y trata de organizar la persecución de los fugitivos. No puede hacerlo en esos instantes precisos, porque no tenía un cuerpo organizado a quien atacarlo. Llegan las patrullas de los batallones Cauca, Caracas y Segundo de Húsares. Entonces el General Urdaneta ordena que se recoja el material de guerra y todos los bastimentos que el enemigo había dejado abandonado. Se cuentan los prisioneros que se habían rendido y llegaban al número de 60, se recogen 2 banderas, caballos y mulas. Pero luego cumpliendo las órdenes impartidas por Antonio José de Sucre, el General Urdaneta ordena que se ponga fuego a los edificios que guardaban gran cantidad de bagaje peruano.

Tenuemente la mañana se anuncia con sus leves resplandores. Algunas casas de Saraguro que han sido incendiadas lanzan sus lenguas de fuego al espacio, que se cubre de amarillo con los primeros resplandores del Sol. En esos momentos llegan el Batallón Rifles y una pequeña fracción del Cedeño, a ellos se los encomienda seguir las huellas del enemigo, recogiendo prisioneros y elementos de guerra que, en los senderos, iban arrojando los peruanos que precipitadamente seguían su fuga. Con gran diligencia cumplieron su encargo y retornaron con varios prisioneros, con doscientas mulas, 2 cañones y algunas decenas de fusiles.

En la mañana del día 13 de febrero de 1829, parte del Ejército de Sucre se halla formado en la población de Oña, también se encuentran allí 19 hombres del Yaguachi que pocas horas antes realizaron la hazaña casi fantástica relatada en líneas anteriores. Solamente falta el soldado Domingo Yépez que murió, como mueren los héroes, en el furibundo ataque a la bayoneta. Después del toque del clarín y de los redobles de los tambores, todos los soldados oyen, con unción la orden general del Ejército firmada por Sucre. Dicha orden del día se halla concebida en los siguientes términos:

“Artículo único.— S. E. el Jefe Superior, usando de las facultades que le ha concedido el Gobierno Supremo, y en recompensa de la brillante conducta de los Veinte Soldados del Yaguachi que en la noche de ayer y apoyados en dos compañías del Caracas y Cauca, dispersaron los batallones enemigos, ha resuelto:

1º— Que se ponga en conocimiento del Libertador Presidente, la comportación distinguida de los señores General Urdaneta que dirigió la operación, Coronel León y Primer Comandante Camacaro que tan atrevidamente la ejecutaron.

2º— Que los dos Oficiales Teniente Segundo Lorenzo García y Subteniente Segundo Luis Tovar obtengan un ascenso.

3º— Que los individuos de tropa Sargentos Primeros Pedro P. Guarde y Manuel Alvarado, Sargentos Segundos Francisco Rueda y Bonifacio Aguilar, Cabos Primeros José A. Barcas, Salvador Bravo, Benito Rincón, Gaspar Esparza, Simón Guerrero, Fernando Peñafiel y José Vinuesa, Cabos Segundos Luis Agudo y Juan Muñoz, Soldados Manuel Montero, Lorenzo Flores, Benancio Estandoque, Pedro Vázquez, Domingo Velandia y Domingo Oliva sean conocidos y llamados en su cuerpo con el sobrenombre de bravos, que lo inscribirán también en su escarapela. Estos individuos serán excluidos de todo servicio mecánico y preferidos en los ascensos.

4º— Que la mujer e hijos del soldado Domingo Yépez muerto en combate gocen de la mitad del sueldo de su marido”.

El ataque de los Veinte del Yaguachi, secundado por las dos compañías del Caracas y del Cauca, tuvo efectos de inmensa resonancia en el desarrollo posterior de la campaña que culminó en Tarqui. En primer lugar se anota el efecto de carácter psicológico, pues los peruanos acentuaron el reconocimiento de la superioridad y de la bravura del Ejército Ecuatoriano; en segundo lugar el material capturado fue muy grande quitándoles elementos de lucha a los invasores. Esto se comprueba en la lectura del propio Boletín peruano firmado por el Jefe de Estado Mayor General, Pedro Bermúdez, quien se expresó así: “Habiéndose notado el 28, por la mañana, que el ejército estaba falto de municiones porque la mayor parte de su parque se había perdido en Saraguro, se admitieron las

negociaciones." (Este parte fue dado desde Piura y se refiere a la Batalla de Tarqui).

Esta página gloriosa que fue escrita por la heroicidad de los Veinte ecuatorianos, colmó de satisfacción al Gran Mariscal Sucre y sirvió de poderoso estímulo a todos los soldados que ansiaban defender las sagradas fronteras del Ecuador ante la incalificable invasión de más de 8.000 soldados peruanos.

La fortuna se ha de temer cuando más se tenga en la mano.— ANTONIO PEREZ.

LA BATALLA DE TARQUI

Desde los albores de la libertad de los países bolivarianos, el Perú demostró con hechos feacientes que su política se orientaba al apropiamiento de los territorios de los países vecinos. Así el ejército peruano al mando del pérfido General Gamarra, invadió los territorios bolivianos en el tiempo en que el Mariscal de Ayacucho era el primer Presidente de Bolivia.

La ambición peruana no sólo se dirigió contra Bolivia, sino que puso sus garras contra nuestro País. Concentró tropas en la frontera Sur. La escuadra peruana bloqueó a Guayaquil. La Patria ecuatoriana se hallaba en peligro. Simón Bolívar era el Presidente de la Gran Colombia, Antonio José de Sucre se hallaba retirado de la vida política en la ciudad de Quito, llevando una vida de hogar junto a su querida esposa doña Mariana Carcelén, Marquesa de Solanda.

Al tener conocimiento de la invasión peruana a nuestros territorios, el Libertador Simón Bolívar designó al Gran Mariscal de Ayacucho como Primer Jefe de los Ejércitos que debían contener la invasión. Con este nombramiento Antonio José de Sucre se dirigió a Cuenca y allí tomó el mando de las tropas ecuatorianas y grancolombianas.

Sucre, ecuanime y grandioso, no quería que se realice en tierras de América una guerra fratricida y, con este sentimiento, dirigió al Jefe de las tropas peruanas Mariscal La Mar una comunicación en la que le instaba a que el ejército invasor abandonara los territorios de la Gran Colombia. La Mar al frente de su ejército se hallaba acampado en Saraguro. Esta comunicación fue desoída por La Mar, el que contestó a Sucre en términos desafiantes. Para el Gran Mariscal no había otra disyuntiva que solucionar el problema por medio de las armas.

Ordenó que todo su ejército se movilizara. La maquinaria bélica se puso en acción para arrojar al ejército peruano fuera de las fronteras a punta de lanzas y de bayonetas.

Antes de la Batalla de Tarqui se realizó un hecho heroico digno del recuerdo, cuando veinte soldados del Batallón Ecuatoriano Yaguachi al mando del General Urdaneta, dispersó a la Tercera División peruana que se hallaba acampada en Saraguro. Este hecho de armas sirvió de poderoso estímulo al ejército del Gran Mariscal de Ayacucho,

Sucre y su ejército se movilizaron en dirección de la pampada de Tarqui azotados por un torrencial aguacero, el día 26 de febrero de 1829. En dicha llanura el ejército acampó la noche del mencionado día. Allí supo el Gran Mariscal, por su servicio de espionaje, que toda una División peruana al mando del General Plaza, había ocupado las formidables defensas naturales del Portete, guardando el paso de la estrecha garganta natural que conduce a la Hoya del Jubones.

Sucre, con su intuición maravillosa, cree que es el momento de atacar al enemigo sin dilación y de forzarlo a entrar en el combate decisivo. Ordenó a Juan José Flores, que disponga la marcha del ejército. A las doce de la noche se inició el camino del ejército en dirección del Nudo de Portete. A la cabeza iba el Batallón Cedeño. Este Batallón fue el primero que estableció contacto con las tropas peruanas a las 4 de la mañana del día 27 de febrero de 1829. En apoyo del "Cedeño" acudió el Batallón de Infantería "Rifles" el que atacó al grito de: ¡Viva Colombia! ¡Viva el Libertador!

Lentamente va esfumándose la oscuridad de la madrugada. En esos momentos entraron en acción los heroicos soldados del Yaguachi y a continuación trepan las laderas del Nudo de Portete los hombres del Batallón Caracas y cargan con frenesi a bayoneta limpia.

Desde las colinas la artillería peruana vomitaba el fuego de sus cañones y de sus fusiles. En esos momentos dramáticos Sucre ordenó que entraran en batalla los soldados de los batallones "Cazadores" y "Cauca". La lucha adquiría homérico entusiasmo. Todo el ejército peruano de 8.000 hombres se hallaba empeñado en la contienda.

Tras de las líneas enemigas, sobre un elevado árbol de ca-

puli ondea la bandera tricolor de Colombia; ha sido colocada allí por el joven cuencano Fernando Pasán, quien ha atravesado por entre las filas enemigas para enarbolar el glorioso Pabellón de la Patria.

Miles de hombres se hallan empeñados en el combate. Gritos, carreras frenéticas, exclamaciones terribles, ayes de dolor se confunden con el trágico choque de las armas y con el estampido de los disparos de fusiles y cañones. El combate ha llegado al máximo de furor. Las armas ecuatorianas son heroicas, son invencibles, son incontenibles. Como un ciclón los batallones grancolombianos realizan el último esfuerzo. Grupos de peruanos se rinden. Muchos se desvandan. La derrota comienza en todas las laderas, en todos los picachos, en todos los boscajes. Principia la fuga del enemigo y comienza la persecución de los triunfadores. Las cornetas anuncian la derrota final del enemigo. La Batalla de Tarqui había terminado minutos antes de las siete de la mañana del día viernes, 27 de febrero de 1829. Mil quinientos cadáveres de soldados peruanos demostraban la heroicidad del soldado ecuatoriano.

Sucre ordenó que en el mismo campo de batalla se levantara una gran columna de jásped, en dicha columna en el lado que mira al Perú debía grabarse con letras de oro la siguiente inscripción: "El Ejército Peruano de 8.000 soldados, que invadió la tierra de sus libertadores, fue vencido por 4.000 bravos de Colombia, el 27 de febrero de 1829".

Yo no soy de parecer que el pobre debe contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo.—CERVANTES.



BUSTO DE CARLOS ROBERTO DARWIN

Que se levanta en Puerto Baquerizo, en la Isla San Cristóbal

12 DE FEBRERO DE 1832

El 20 de enero de 1832 era un día caluroso en la ciudad de Guayaquil. Había poca brisa y las personas afluían presurosas al malecón y al muelle para ver la partida de la embarcación

que se hallaba surta en las aguas del río. El muelle del puerto se encontraba lleno de abigarrada multitud. Palabras de cálida emoción se esparcían en el ambiente. Lágrimas y abrazos demostraban que muchos de los que iban a partir debían permanecer por mucho tiempo lejos de la ciudad y de las personas amadas. El Prefecto del Guayas, el insigne poeta don José Joaquín Olmedo, se hallaba entre la multitud dando apretones de mano a algunos de los que partían y en especial al Coronel Ignacio Hernández.

Luego, la goleta "Mercedes" elevaba el ancla y desplegaba sus velas, rompiendo con su proa las aguas del undoso Guayas.

Olmedo y la multitud contemplaban la partida de la goleta. Había eclosión de sentimientos en los que partían y en los que quedaban en la ciudad. El dulcemente emotivo Olmedo sentía la gran satisfacción de haber organizado la expedición y equipado la nave que, gallardamente, surcaba las aguas plúmbeas del río para dirigirse al Archipiélago de Galápagos, cumpliendo así el encargo que le hiciera el Presidente de la República General Juan José Flores.

El Coronel Ignacio Hernández, tripulantes y demás viajeros, desde la borda de la goleta, veían a la ciudad que cada vez iba quedando más lejana, envuelta en huracanes de sol.

El Coronel Hernández, era el jefe de la expedición y tenía que cumplir, en días venideros, un histórico encargo hecho por el Gobierno del Ecuador.

La goleta "Mercedes" salió al Golfo y dirigió su proa en dirección del Poniente. Se sucedieron días y noches de navegación en el piélago rizado del Pacífico. Luego ante los expedicionarios aparecieron los violáceos perfiles de la isla Charles llamada también, en ese entonces, San Carlos.

El día 9 de febrero de 1832, se arrojó el ancla de la "Mercedes" en las aguas de la Bahía que hoy se denomina "El Correo".

El día 12 de Febrero de 1832, en la isla San Carlos se realizó un acto trascendental y emocionante. Cerca de la playa, donde brota de la tierra un pequeño hilo de agua dulce y cristalina, se hallaba el Coronel Hernández rodeado de muchas personas, entre las que se destacaban las siguientes: Juan

Jhonson antiguo poblador de la isla; Don Joaquín Villasmil y don Lorenzo Bark, socios de la primera Compañía Colonizadora del Archipiélago; el Dr. Eugenio Ortiz, Capellán de la Colonia que se iba a fundar; los señores Pérez, Fumel, Parra, Quirola, Chasin, etc., primeros colonos de la isla; el Capitán y la tripulación de la Goleta "Mercedes"; los capitanes y tripulaciones de las fragatas norteamericanas "Richmond" y "Levante".

Era una tibia mañana oceánica y el escenario fastuoso se hallaba engalanado por un cielo claro, por un sol luminoso. Abajo se extendían, serenas y azules, las aguas del Pacífico. La edénica isla mostraba la policromía de sus colores. Las rocas basálticas brillantes y plumizas, la vegetación teñida de verde intenso, daban al escenario un encanto paradisiaco.

El Coronel Ignacio Hernández y el grupo de personas que allí se encontraban sentían una emoción intensa. Las bañonetas argentadas fulgían al claro sol ecuatorial. Los marineros lucían sus uniformes de gala, blancos y azules. Los civiles tenían sus sombreros en las manos. Con palabra clara, el Coronel Hernández habló de la Patria ecuatoriana y manifestó que en ese momento tomaba posesión "de esta mencionada isla y de cuantas comprende el Archipiélago del Ecuador en nombre del Estado Ecuatoriano y de su Presidente".

En medio de aquel paisaje espléndido y de ensueño, con sacra emoción cívica, en alto mástil, fue izada la Bandera Nacional, la Bandera Heroica de la Patria, mientras que los marineros ecuatorianos efectuaban tres descargas de fusilería, tres descargas que resonaban en los espacios anunciando que la Patria Ecuatoriana tomaba posesión de todas las islas del Archipiélago. Inmediatamente, los allí presentes lanzaron, emocionados, vivas al Ecuador y al Presidente de la República.

Acto continuo y en aquel mismo lugar se suscribió el histórico documento de toma de posesión del Archipiélago a nombre del Estado Ecuatoriano. Firmaron el Acta: Ignacio Hernández, Lorenzo Bark, Joaquín Villasmil, Eugenio Ortiz, Juan Jhonson, Domingo Soligny, Miguel Pérez, Tomás Parra y Santiago Rugg.

El Coronel Hernández principió a ejercer el oficio de Juez de Paz. Uno de sus primeros actos fue el designar a la isla

San Carlos con el nombre de Floreana en homenaje al Presidente de la República Juan José Flores y a la isla James le dio el nombre de Olmedo.

El 19 de febrero del mismo año el Coronel Hernández y el Capellán de la Colonia, Dr. Eugenio Ortiz procedieron a la repartición de tierras a los colonos. Al primer pequeñísimo núcleo de población de se le dio el poético nombre de "Asilo de la Paz".

Es justo reconocer que el ilustre prócer de la independencia, General José de Villamil fue uno de los principales gestores de la toma de posesión del Archipiélago; pues él desde 1831 realizó gestiones ante el Gobierno a fin de interesarlo para que iniciara una firma política de dominio y colonización de aquellos territorios oceánicos. Dicho General fue designado, en octubre de 1832, Gobernador General del Archipiélago, desde cuyo cargo con dinamismo extraordinario comenzó la colonización de aquellas lejanas y hermosas tierras nacionales.



**JUNTO AL AULA, A LOS SENTIMIENTOS
Y A LA BELLEZA**

FUENTES DE BELLEZA

El aula rebozaba de juventud. Delante de sus discípulos, el maestro, en cuya frente treinta abrileña el pensamiento hondo comenzaba a burilar el tatuaje de dos horizontales arrugas, hablaba con la "emoción encendida en la lengua". Sus palabras se hicieron antorcha fulgurante.

Los alumnos tenían abierto el pórtico de su palacio interior.

La voz del maestro era como el diáfano fulgor de una estrella encendida en la oscuridad de la noche, y tuvo el mágico poder de penetrar hasta las más recónditas neuronas de sus discípulos.

El maestro hablaba así:

Nuestra alma debe nutrirse de belleza. La fuente eterna de lo bello es la naturaleza. Pero también existen otros surtidores de donde fluye la belleza y ellos son las creaciones del hombre.

¿Dónde encontrará nuestra alma esas fuentes de lo estético? ¿Dónde encontrará nuestra juventud la inspiración suprema para su espíritu en perpetua actividad indagatoria?

Vamos, con nuestro pensamiento y con nuestros sentimientos nobles, a recorrer esos lugares donde vibra la belleza así como las emociones vibran en nuestras almas.

Despunta la mañana sobre el paisaje alucinante. El sol hierre los campos y las montañas, dejando en los trigales tajos de púrpura y en los ríos torbellinos de azul y de cristal. La vida canta en el trino melodioso de las aves, en el estremecimiento de los follajes mecidos por la trasparente brisa, en el arado que desgarrar el surco promisor, en la fuente cuyas aguas retratan la esplendidez del cielo, en el leve rumor del jardín solitario, cuyas flores se abren a los primeros destellos del sol en primavera radiante.

En ese amanecer ufano, palpita la belleza en las formas, en los colores, en los sonidos.

Cae la tarde sobre la tierra. Al despedirse, el día llora lágrimas gigantescas las que se cuajan en sangre en los arreboles de las nubes. El sol se hunde en medio de aureolas de luz y de colores. Vaga la melancolía en alas del ténue rumor de los vientos. Como un torrente lácteo, manadas de ovejas se precipitan por los perfiles anaranjados de las cuchillas de los montes. En esta hora deliciosa, la luz se filtra en jirones argentíferos por las copas silenciosas de los árboles. Se ciernen por todas partes una paz de égloga, un murmullo de viento y los últimos destellos de luz. Esta es la hora predilecta de los filósofos, de los poetas, de los pintores, de todos los que se sienten embrujados por los hechizos de la naturaleza. Es la hora del ángelus que se anuncia con tañidos de bronceas campanas, cuyos ecos taciturnos resuenan aún en la sangre de las nubes, en los sarmientos de los árboles seculares y en las frondas cuajadas de verdor y de luz.

Cuando desfilan ante nuestras pupilas absortas los gobelinos vesperales de la tarde que agoniza, nuestras almas se sienten fascinadas por la excelsitud de la tierra y de los cielos. Nuestras arterias se hinchan de emoción suprema, nuestros nervios se agitan y nuestro ser interior se ve invadido de un sortilegio extraño, de una emoción sublime. Nuestra alma, en esos momentos, se halla bañándose en las lípidas aguas de la belleza más pura.

La noche ha llegado. La Tierra dormita sobre un lecho de silencio y bajo mantos tachonados de estrellas y de luceros. Salmodian en la lejanía rumores vagos y desconocidos. Rueda por las hondonadas el misterio de la oscuridad. Duerme la tierra y duerme la vida. Pero el alma del soñador y del sabio se halla en el éxtasis de la contemplación, arrullada por el arcano y por la eternidad de los espacios.

Grita en la noche la voz del silencio al tiempo en que la luna aparece tras la montaña lejana, ostentando, como un sol nocturnal surgido en las sombras, el diamante de su fulgor sereno.

La nieve que corona los picachos de roca de las elevacio-

nes tiene reflejos de cristales azulados al recibir la luz que lanza la luna desde los infinitos espacios siderales.

La aldehuela duerme en brazos de la melancolía, mientras en los espacios cósmicos hay un clamor de luceros. De pronto un súbito destello de luz dorada estremece el paisaje nocturnal, inundando por segundos con su claridad penetrante la oscura soledad de la noche. Este es un claror fugaz producido en la lejanía por una descarga eléctrica de la atmósfera.

Vuelve la superficie plateada de la luna a embrujar la noche. La gran Cruz del Sur punza con sus estrellas rutilantes el azul turquí de las inmensidades extratelúricas. la naturaleza se halla en el apogeo de su belleza serena y plácida. Ante su visión portentosa nuestra alma, que es también parte integrante de ese cosmos, vuela, soberbiamente, con rumbo a un más allá de perfección, con sus alas de ensueño y de infinito.

Vamos, queridos discípulos, a recorrer con nuestra imaginación otros lugares inspiradores de arte y de belleza.

Vamos por una gran ciudad. Esta se estremece de agitación y de movimiento. Las calles son latigueadas por el interminable rodar de los vehículos. Las altas cúpulas de las iglesias parece que quisieran pinchar el claro rojo de las nubes. En las vitrinas de los almacenes brillan las telas multicolores: sedas de la remota China, encajes del Paraguay, sarapes mejicanos, fajas indígenas.

En las plazas y en los parques el arte humano muestra su esplendor en las líneas eternas de las esculturas; allí vive para el tiempo el bronce, el mármol y la piedra esculpidos y transformados en cabezas que representan a sabios, a artistas, a guerreros; allí, en esas obras de arte, se perpetúan las virtudes más grandes, los heroísmos más estupendos de los hombres que vieron en sus sueños de videntes la perfección de los pueblos.

En las ciudades populosas las muchedumbres desfilan por las calles; mujeres esbeltas; ancianos en cuyas pupilas hay visiones del más allá de la vida; niños con sonrisas de esperanzas; jóvenes de frentes orladas por la incógnita del porvenir.

La ciudad es bella, bella en sus mármoles, bella en sus escaparates, bella en el frenesí de vida, bella en su progreso incontenible.

Innúmeras son las fuentes de belleza que existen para que el alma de la juventud se bañe en sus cristales diáfanos.

La vida palpita en la juventud así como la belleza canta sus himnos más delicados y soberbios aún en el diamante de una gota de agua suspendido en el rojo pétalo de una flor, aún en el árbol solitario que muestra su ramaje sarmentoso, sin el verdor de sus hojas, aún en el camino abrumado de sol y de lejanía, aún en el arcoíris que orla la plúmbea cortina de las nubes después de las tormentas pavorosas.

Cuando terminó de hablar el maestro, la luz bañaba a torrentes los campos lejanos. Un álito de grandeza espiritual invadía la sala al momento en que las últimas palabras del maestro abrían un horizonte ilimitado y de la más diáfana belleza a sus discípulos, en cuyas almas la primavera de la vida había encendido la antorcha inmortal de las más hermosas esperanzas e ilusiones.

El pórtico del palacio interior de los discípulos no se cerraría nunca a la entrada esplendente de la belleza.

El tonto come con el saludo del caballero.— Franklin.

Aún cuando el esfuerzo de hacer algo bueno falle, es laudable la voluntad.— OVIDIO.

ARTE PLASTICO ECUATORIANO

Desde los lejanos tiempos prehistóricos, los pueblos que poblaron nuestro territorio tuvieron un enorme sentido artístico que les permitió transformar la dura piedra, la arcilla, la madera y el hueso en objetos llenos de hermosura, los que hoy son admirados en los museos como vestigios grandiosos de una pasada concepción de la belleza.

Durante la Colonia el arte plástico, en lo que hoy es nuestro País, alcanzó su gran apogeo. Artistas eternos crearon con manos, corazón y cerebro, obras que han sobrevivido a través del tiempo. Escultores como Caspicara y Pampite plasmaron en la madera inerte figuras inmortales que despertaron y despiertan la admiración de los pueblos. Miguel de Santiago, Nicolás de Goribar, Antonio Venegas de Córdova, Hernando de la Cruz, Samaniego y otros crearon en el lienzo cuadros pictóricos con maestría consumada. Ellos viven eternizados en sus propias obras. Ellos, en su tiempo, ya tuvieron prestigio internacional y hoy, sus cuadros se conservan como verdaderas reliquias de una época romántica y fervorosa en la que existió el culto de la belleza más pura.

Desde la iniciación de la República hasta nuestros días la escultura y la pintura tuvieron y tienen un prestigio no igualado por artistas de otros países americanos. Recordemos a los hermanos Mideros, a Camilo Egas, Villacreses, Kingman, Guerrero, Paredes, Mena, Cornejo Rosales, Guayasamin, Leonardo Tejada, Pedro León, los hermanos Salas y decenas más de artistas plásticos que produjeron y producen obras destinadas a la perpetuidad.

El bronce, el mármol y la piedra toscos e inertes son transformados por nuestros artistas en gloriosos monumentos llenos de estética y de líneas armoniosas que se levantan en nuestras ciudades como testigos elocuentes de la habilidad e inspiración de los escultores nacionales.

Los cuadros pictóricos revelan un alto poder de elucubración mental y de dominio sobre los colores y las formas. El Ecuador es la cuna de los grandes artistas plásticos cuyas obras hechas para la perennidad revelan su gran poder de captación y producción de la belleza más pura.

LA MÚSICA

La música es la suprema manifestación del espíritu humano, es armonía, es belleza, es creación del alma, es transformación en melodías de lo sublime de los sentimientos del hombre.

La música se halla adherida a la humanidad desde cuando ella existe. Las almas sensitivas encuentran armonías en las múltiples manifestaciones de la Naturaleza. Encuentran música en los bosques mecidos por los vientos suaves y transparentes, en los arroyos murmurantes cuyas aguas diamantinas arrancan murmullos cautivantes a los follajes y a su lecho de piedras multicolores.

Hay música en las olas de los mares serenos, en el trinar de los pájaros, en las gotas de lluvia que caen sobre los campos cuajados de verdor.

La música como creación del ser humano tiene el poder de acercarnos hacia lo grandioso, hacia lo infinito, hacia lo divino.

Ella está junto al hombre en sus horas de dolor, está junto a la lágrima doliente y está junto a la carcajada de felicidad en los días venturosos. Acompaña a los pueblos en sus jornadas de épica heroicidad y en la penumbra de sus grandes tragedias.

Ella está junto al niño en las tiernas canciones de cuna y aún acompaña al ser humano cuando se reintegra al seno de la madre tierra.

Ella acompaña a los pueblos en la alborada de las naciones y en el derrumbe de los imperios. Es canto heroico y es de profundis melancólico; es serenata emocional, es canción del recuerdo y es himno de gloria.

La música ecuatoriana vive en el alma y en los sentimientos de nuestro pueblo. Al oír las notas de nuestras canciones, desfilan por nuestra imaginación las bellezas de nuestra tierra, con sus llanuras ardientes, con sus gigantescas montañas envueltas en torbellinos de sol y en huracanes de púrpura, con sus ríos y sus cielos azules, con sus ciudades y pueblos, vigorizados por el trabajo creador.

DESEOS DE UN PADRE

Quiero que mi hijo, que se halla en el alborar de la vida, siga por el camino que lo conduzca al conocimiento de sí mismo para que luego conozca a los demás hombres. Estos conocimientos le facilitarán el autodomínio de su propia persona, como base para que tenga una comprensión inteligente de la humanidad.

Que mi hijo sea amante de la soberana Naturaleza, porque ella y el hombre forman un binomio eterno e inseparable.

Que mi hijo sea un discípulo respetuoso de sus maestros, porque ellos son sus padres espirituales; porque ellos son lo más noble y grande que tienen los pueblos en su inacabable camino de cultura.

Que mi hijo sea duro para consigo mismo, duro para dominar sus pasiones negativas, duro para poder llegar a ser dueño de su propia voluntad, porque muchas veces, en la vida, más vale una voluntad firme y acerada que una inteligencia sobresaliente.

Que mi hijo nunca caiga de rodillas en actitud servil cuando deba levantar su frente, pura y limpia, hacia el infinito espacio.

Que mi hijo conserve grandeza espiritual en sus días de dolor y en las horas de posibles derrotas; que sea humilde y bondadoso cuando le lleguen sus merecidos triunfos.

Que mi hijo se ame y respete a sí mismo, porque estas actitudes de su alma le servirán de base para comprender y amar a los miembros de la gran familia humana.

Que, cuando caminante por las estepas de la vida, sea sereno, ecuaníme y esforzado. Que sienta santo orgullo cuando sea atacado injustamente, porque la vida no es sólo un cami-

no venturoso sino que también es sendero con encrucijadas y espinas.

Que mi hijo siempre sienta la sed de los grandes ideales, porque el ser humano que no tiene ideales elevados y sublimes, es hombre muerto para las grandes acciones y pierde la categoría de ser miembro inteligente y beneficioso para la colectividad social en la que actúe.

Que mi hijo ame a su hogar, a su colegio, a su solar nativo. Que ame a su Patria que es la madre inmensamente grandiosa a la que debemos venerarla durante toda la vida. El amar entrañablemente a la Madre Patria, le permitirá servirla a través de toda su existencia y en cualquier espacio geográfico donde se halle, aunque sea desde tierras extrañas.

LA CONSTANCIA

Juan el Labrador había comprado una hectárea de terreno cubierto de plantas inservibles, cuajadas de espinas que formaban chaparros informes, con la hosquedad de la tierra abandonada. Había muchos guijarros que impedían una buena siembra.

Después de adquirir el terreno, Juan llamó a sus dos hijos que se hallaban en el dintel de la juventud y observando lo inhóspito del terreno les dijo: —Esta tierra hoy es agreste y es necesario trabajar para hacer que produzca plantas útiles. Ustedes deberán ejecutar este trabajo con todo empeño. Así que comenzad la obra con ardor y con esperanza. Yo os daré después las semillas para que sean sembradas tan pronto como vosotros hayáis descuajado la maleza y quitado todas las piedras.

Pasaron algunos días y el labrador volvió al terreno para ver como se desarrollaba el trabajo de sus hijos. Con gran sorpresa observó que solamente habían sacado unas pocas plantas de aquí y de allá y que, desalentados del trabajo, más se habían dedicado al descanso.

—Por qué no habéis realizado el trabajo?, preguntó el labrador.

—Padre, nos desalienta esta labor tan larga y penosa, contestó el hijo mayor.

El labrador con voz tranquila y cariñosa sugirió a sus hijos que comenzaran el trabajo con paciencia, con orden, desbrozando y limpiando las piedras metro cuadrado tras metro cuadrado. Les dijo que diariamente podían limpiar unos ocho o diez metros cuadrados, sin sentir la angustia de ver lo mucho que faltaba para terminar la limpieza de todo el terreno.

Los muchachos comenzaron el trabajo con entusiasmo. Limpiaron los guijarros y las malas hierbas de una pequeña superficie y vieron que la tierra era buena. Continuaron su trabajo día tras día y al cabo de algún tiempo vieron la superficie de aproximadamente de una cuarta parte de la hectárea de tierra que se hallaba completamente limpia y negruzca.

Luego se sucedieron más días de trabajo laborioso hasta que por fin toda la hectárea se hallaba completamente limpia y lista para recibir las semillas.

Gozosos llamaron al padre y le mostraron el fruto de su esfuerzo. El campo estaba sin piedras, el campo estaba listo para ser roturado por el arado. Este abrió los surcos y las semillas de trigo fueron depositadas. Pasaron los meses y el trigo ostentaba el oro hermoso de las espigas. El labrador y sus hijos fueron y contemplaron el milagro de la tierra. Emocionado el labrador dijo a sus hijos: —Este es el fruto de vuestro esfuerzo. Si vuestros brazos no hubieran desbrozado las malezas, la tierra hubiera seguido como antes. Vuestro esfuerzo paciente y vuestra constancia se han unido a la bondadosa tierra para obtener este trigo que dará pan a nuestro hogar. Recordad que la tierra es buena cuando ella siente el supremo esfuerzo del hombre para cultivarla. Ella es generosa y brinda sus frutos al labrador que la cuida y la cultiva. Sin esfuerzo y sin constancia, que es trabajo laborioso, no hay el premio de las cosechas; por eso, con razón, dijo: "Hay que sembrar para cosechar".

ANTORCHA EN EL ORO

Hace poco tiempo recorrí por varias poblaciones y caminos de nuestra altiva, hermosa y mártir provincia de El Oro. Con cuánto cariño iba yor por esas tierras ennoblecidas mil veces por el trabajo de sus laboriosos pobladores que, luchando contra todas las adversidades, siguen, tenaces, abriendo el surco en la tierra, horadando las rocas para extraer de sus profundas entrañas el oro, cosechando los frutos y, además, haciendo cultura y contribuyendo al bienestar de la Patria.

A Puerto Bolívar lo ví una noche cuajada de estrellas. El muelle de esa población nos recibió silencioso. Olores de frutas frescas; olores de mar y de tierra; olores deleitosos anunciaban la proximidad de fértiles comarcas.

Estuve en nuestras poblaciones de Machala, Santa Rosa, Arenillas. Luego llegué a Chacras. En este pequeñísimo villorrio, mi alma toda vibró de emociones de diversa indole: Un obelisco, sobre el que se asienta una gran antorcha, fueron los que desataron en mi cerebro un torbellino de ideas. En el primer momento mis ojos se humedecieron y mis nervios se agitaron. Veía la antorcha y más allá, nuestra Bandera ostentando sus encendidos colores, bajo un sol de fuego. Allí palpitaba, vivía nuestra nacionalidad.

Y pensaba, pensaba en los destinos de nuestra Patria. Trozos de historia de nuestro pueblo adquirían en esos momentos vivencias en el interior de mi conciencia.

Pasaba, pasaba el tiempo pretérito y mi ser interior descorría el velo del ayer y entonces asomaban los hechos de ese pasado con todos sus dolores y con todas sus grandezas.

Mi imaginación se transportó a los tiempos lejanos. Y entonces veía a Atahualpa, conduciendo a sus huestes indíge-

nas bravas, luchadoras, camino del Cuzco. Quito ganó la contienda. Atahualpa fue el señor de todo el Tahuantinsuyo. Quito, lo que es hoy nuestro Ecuador, fue invencible. Los pendones quiteños se izaron en el Cuzco.

Vino la independencia. La patria fue libre. El 27 de febrero de 1829, ocho mil peruanos invadieron nuestras tierras. Nuestro ejército compuesto de cuatro mil hombres se trabó en fiero combate en Tarqui. El ímpetu de la acometida de nuestros soldados fue terrible. El enemigo, fue derrotado, fue diezmado. Nuestros antepasados defendieron con heroicidad admirable la integridad del País. Tarqui es la palabra inolvidable que vive esculpida en el alma de nuestra nacionalidad.

Nuestros vecinos del Sur, siempre han abrigado la idea de quitarnos más y más territorios que nos pertenecen por mil y mil razones.

En el año de 1910, nuevamente la Patria se ve amenazada por el Perú. Alfaro, el glorioso Alfaro, se puso al frente de las tropas ecuatorianas para repeler el posible ataque del enemigo. Todos los ecuatorianos se hallaron listos a ofrendar su vida en los campos de batalla. Miles de nuestros soldados se hallaron esperando el momento de la lucha. Nos hallamos unidos; siendo unidos, fuimos fuertes y siendo fuertes fuimos respetados. No se realizó la esperada agresión del enemigo. En esa vez todo el Ecuador se halló listo para la defensa. El grito de combate que repercutió por todos ámbitos nacionales fue el de "Túmbez, Marañón o la guerra".

Llega 1941. La Patria vivía tranquila. Todos los ecuatorianos vivíamos ofrendando al progreso, el trabajo constructivo. El Perú, traidoramente, lanzó miles y miles de soldados contra nosotros. Se tiñeron de sangre los campos. Era la lucha de un hombre contra cien de los enemigos. Nuestros pocos soldados contuvieron en la frontera Sur a las oleadas humanas que querían profanar nuestro suelo. Junto a la metralla, empuñando el fusil, sin ceder palmo de terreno morían nuestros héroes dando cara al invasor. Chorreando sudor, tensos los nervios, cumplían nuestros soldados el deber, el supremo mandato de la Patria, de defender la tierra nuestra, la tierra de nuestros mayores, la tierra de las nuevas generaciones.

Y tras las líneas de batalla, dentro de nuestro territorio,

todos se hallaban listos a marchar hacia el frente. Miles de hombres esperaban el momento de castigar al cruel invasor. Todos querían ser los primeros en dirigirse a los frentes de batalla. Todos querían hacer de sus cuerpos una muralla invencible para detener al invasor.

En las selvas de nuestro Oriente, pequeños destacamentos luchaban contra batallones enteros. Santiago de Yaupi es el símbolo de la heroicidad ecuatoriana.

¡Oh pluma! Haz un acápite de silencio para no escribir, con hiel y sangre, un pedazo de la Historia.

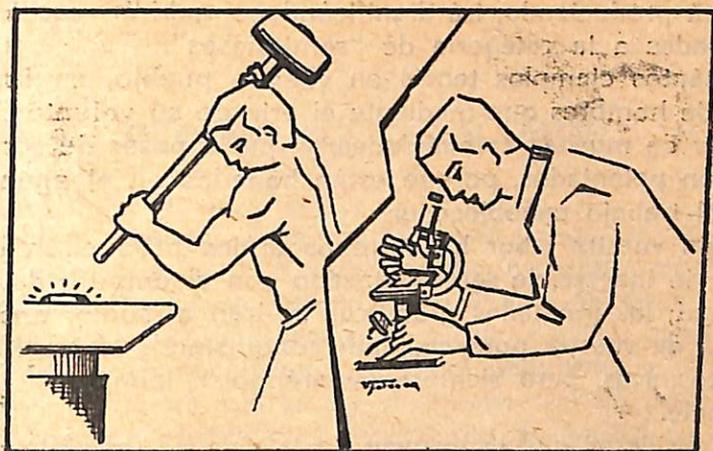
En Río de Janeiro se consumó la injusticia más grande que registra la Historia del Continente Americano. Nuestro País fue cruelmente cercenado en sus territorios. Sufrió la humillación más grande que puede sufrir una nación que confía en el recto fallo de la justicia. Según este fatídico Protocolo, miles de kilómetros cuadrados de nuestro suelo nos fueron arrebatados. Muchos lugares estratégicos que forman la confluencia de nuestros ríos Orientales pasaron a poder del invasor. Algunas poblaciones que siempre, siempre, siempre fueron ecuatorianas pasaron a sufrir el cautiverio.

Después de estos pensamientos y de esta recordación del pasado, mi alma sufría lo indecible. Pero luego, con plétora de emoción juvenil, veía la antorcha y nuestro bendito tricolor destacarse en el fondo de las nubes. De mi conciencia brotaba una santa rebeldía, una rebeldía que todo ecuatoriano la siente en lo más profundo de su ser, una rebeldía contra todo lo injusto, contra toda la imposición surgida e inspirada por la fuerza.

Esa antorcha, levantada en Chacras, es un símbolo. Esa antorcha clama, desde nuestras tierras de El Oro, a todos los ecuatorianos, pidiendo unión fraterna, firme y resuelta. Esa antorcha pide que todas las fuerzas de nuestra nacionalidad se unan en un solo corazón, en un solo ideal, formando un solo brazo, potente y seguro, cuya mano hercúlea tomará el asta de nuestra Bandera y la llevará por las riberas del Amazonas y por Túmbez. Esa antorcha, por la eternidad de los tiempos, seguirá iluminando el camino de nuestro pueblo que marcha a pasos agigantados con rumbo a las cumbres de la perfección. Esa antorcha, en las noches de silencio y en los días

tranquilos, nos da un santo y seña a todos los ecuatorianos, a todas las juventudes, a todas las generaciones; ese santo y seña es: ¡ld a Tumbes! ¡ld al Amazonas! que son vuestros. Esa antorcha nos dice: ¡Ecuatorianos! la hora de la revisión de los protocolos ultrajantes para un pueblo llegará; y llegará en el momento preciso, a la hora meridiana, cuando ilumine en América la esplendente luz de la justicia. Preparáos para el momento cívico. Ya sonará nuestra hora suprema!

Lo cierto es que a todo héroe le apadrinaron el Valor y la Fortuna, ejes ambos de toda heroicidad.—BALTASAR GRACIAN.



EL TRABAJO

Muchas alabanzas al trabajo habéis leído. Todos los pueblos de la Tierra cantan al vigor del trabajo y lo consideran como el supremo bien de la humanidad. Trabaja el labrador en los campos, el obrero en las ciudades, el maestro en las escuelas, el sabio en el gabinete y en el laboratorio, el ingeniero en las minas. Todos se dedican a algo, todos mueven con sus músculos y sus cerebros la rueda del progreso.

Absolutamente todo lo que vemos en las ciudades y en los campos es obra del trabajo. Nada se produce sin él.

Vosotros, queridos estudiantes, después de poco tiempo estaréis actuando en la colectividad; llevaréis, como lema, como suprema aspiración, como el más grande ideal de vuestra juventud, el "triunfar mediante vuestro esfuerzo". Aspiráis desde ahora, a vivir rodeados de comodidades, pero amasadas con el sudor de vuestro cuerpo y la actividad de las neuronas cerebrales; jamás con el caritativo y humillante "favor de los demás".

Si váis al taller, trabajaréis allí con ahinco y entusiasmo, si os encamináis a la Universidad estudiaréis incansablemente; si os empeñáis en labrar los campos pondréis el alma ínte-

gra en cultivarlos con toda eficacia. Así, poco a poco, vuestra labor irá produciendo, irá dignificándoos; subirán vuestras personalidades a la categoría de "semi-dioses".

Cuántos ejemplos tenéis en vuestro pueblo, en la ciudad natal, de hombres que mediante el brío de su voluntad, disfrutaban hoy de muchas comodidades, y que a pesar de ser humildes, son potentados, porque están bañados en el agua purísima del trabajo ennoblecedor.

Con vuestra labor los terrenos áridos producirán óptimos frutos; lo inaccesible será alcanzado con el empuje de vuestra juventud; las montañas graníticas se irán al suelo, ante la dinamita de vuestra potencialidad; conquistaréis todos los espacios cósmicos, pero siempre superándoos, laborando incansablemente.

Considerad que la jornada de la vida es un viaje a través de la selva. Si no cogéis el machete y con la actividad de vuestros músculos no os abris paso por entre la maraña vegetal, moriréis atacados por las fieras. En vuestra vida, si no trabajáis, si sóis unos haraganes, los vicios, la pereza os atacarán despiadadamente, y seréis unos vencidos, unos entes abyectos, y moriréis con una muerte lenta, primero la muerte de los ideales y, luego, la muerte orgánica.

Debéis producir todo cuanto podáis, producción que resultará beneficiosa a vosotros mismos y a la colectividad de la cual formáis parte.

¡Trabajad! ¡Trabajad!

El ser de mayor importancia en el mundo es el hombre, y la cosa más importante en el hombre es la fuerza potencial que reside en su carácter.— WILLIAM T. STEAD.

PLUMA DE DIAMANTE

Escribid jóvenes. Pero escribid con pluma de diamante, con ideas sanas y puras. Cada frase que estampéis en el papel deberá ser de amor, de verdad, de belleza y de virtud.

Cuando tengáis que defender vuestras ideas, hacedlo firmemente, pero demostrando grandeza de ideales y elevación de espíritu. Vuestra pluma de diamante, cuando seáis hombres, no deberá contestar al insulto con el insulto, a la mentira con la mentira. Vuestra pluma deberá deslizarse por el papel para decir de las bellezas de la naturaleza, de la vida, de los nobles sentimientos, del estudio, de la ciencia, de las artes y de la obra que construye el hombre.

Si en determinadas circunstancias de la vida tenéis que entablar polémicas para el esclarecimiento de la verdad y de la justicia, vuestra pluma diamantina será valiente.

Vuestra pluma será siempre viril, clara, como el agua de la fuente, serena como el cielo ecuatorial, libre como el aire, alegre como un sol mañanero, patriota como el hombre que da su vida en defensa del Ecuador, verdadera como la existencia de la Tierra, precisa como la máquina de un reloj, cariñosa como una madre, tierna como un adiós de despedida.

Recordad siempre lo que dijo Montalvo, en cierta ocasión: "Mi pluma no es cuchara".

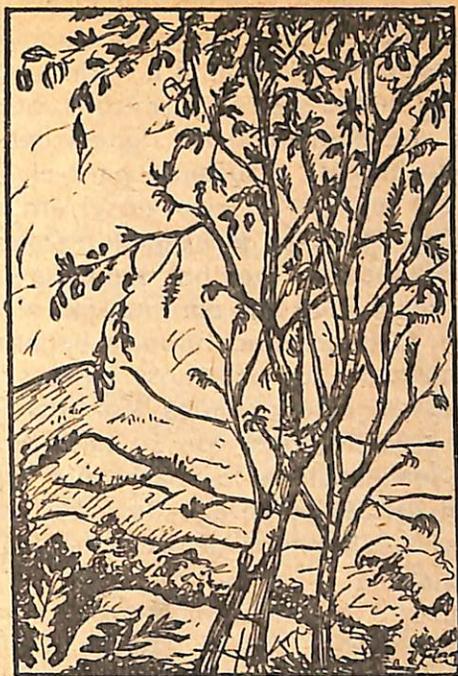
Vuestra pluma hecha de diamante y radiosa como un sol, llevará a los demás hombres el mensaje de la confraternidad y desconocerá el odio.

Nunca muestra un hombre tan claramente su carácter como cuando describe el carácter de otro hombre.— JUAN PABLO RICHTER.

LA ESCUELA

La escuela es el santuario por donde han pasado todos nuestros mejores gobernantes; ella albergó a los propulsores de nuestro engrandecimiento nacional. La escuela dio a nuestros padres los primeros resplandores de la ciencia, las normas espirituales para el manejo acertado de sus hijos; ella los puso en contacto con todo lo que les rodeaba y aún más con el mundo exterior tanto en el tiempo como en el espacio. La escuela está cincelandó con su mano portentosa tu alma, niño; está formando en tí un hombre que en el mañana sabrá bastarse a sí mismo. Ella está creando en tí nobles ideales, aspiraciones altas.

Cuando egreses de las aulas escolares, sigue atento a todo lo que se relaciona con la instrucción primaria del País. Si llegas a magistrado, si llegas a ser un alto jefe del ejército, si llegas a ocupar un lugar en las Cámaras de la Nación, si llegas a ser un industrial rico, acuérdate siempre de la escuela, porque ella te señaló el camino; porque ella espiritualizó tu ser; porque ella te enseñó a amar la Patria; porque ella te hizo un hombre digno; porque ella seguirá velando por el porvenir de todos los niños, ricos o pobres, inteligentes o poco capacitados; porque ella es la base del bienestar individual y social; porque ella ansía siempre que todos los que se nutran de su savia sean en el futuro hombres de honor; porque ella acoge con sus brazos maternos no solamente a los niños, sino a todos los que desean saciar su sed de conocimientos; porque ella está por encima de todos los partidos políticos y cumple un alto ideal social, cual es el de preparar hombres dignos y trabajadores; porque ella perdurará siempre; porque ella es luz, porque ella ilumina la vida del Orbé y tiene un solo enemigo mortal: la ignorancia. Sí, niño, cuando seas adulto acuérdate siempre de la escuela, bajo cuya amable sombra se deslizaron los mejores e inolvidables años de tu infancia.



CARIÑO AL ARBOL

Los primitivos habitantes del mundo encontraron en el árbol su mejor amigo. Cuando las fieras les acometían, ellos, con sorprendente agilidad, trepaban hasta las copas más altas de los árboles y se salvaban de la muerte. Cuando el hambre agujoneaba su estómago, el árbol les ofrecía fraternalmente sus frutos. En muchas ocasiones les sirvió también de vivienda.

El árbol es una de las mejores fuentes de riqueza de todas las naciones. Sus tallos prestan enorme apoyo a la industria; sus frutos sirven de alimento; muchísimos árboles tienen propiedades medicinales, que salvan la vida del hombre. Sería larguísimo detallar los bienes que brinda generosamente el árbol. Basta saber que, sin él tendríamos muchas incomodidades, y la vida nos resultaría pesada; y que la humanidad, acaso, no hubiera alcanzado el estado cultural y económico de que actualmente disfruta.

Niño, ¿ves allá, sobre la tierra reseca por el ardiente

sol del trópico, unas pocas plantas raquíticas que se mueren de tristeza, moviendo, apenas, sus tallos lánguidos, al ser azotadas por los huracanes? Allí asoma un árbol que da al viajero sombra amable. El hunde sus raíces muchos metros bajo tierra, y se alimenta y vive desafiando los rigores del calor para extraer del subsuelo frescura y sustento para el hombre.

¿Has oído que lejos, muy lejos, en el ardiente Sahara, la arena calcinada por los soles se extiende sobre una superficie de miles de kilómetros? El hombre siente la inmensidad del cielo sobre otra inmensidad que abrumba, que enloquece: aquella de las arenas. Pues allí, unos árboles benéficos dan amigable sombra a los viajeros, a los beduinos, a todos los que transitan por esos lugares inhospitalarios, con peligro de morir de sed. Son las palmeras que, con su tallo flexible, solitarias crecen junto al manantial en los oasis, protegen al hombre, lo alimentan con sus dátiles en aquellos sitios en que los chacales, en las noches silenciosas del desierto, lanzan al espacio sus horribles aullidos.

Aquí, en nuestro Ecuador, digámoslo claro, muy pocos aman al árbol. Si vamos por un camino, hallaremos ciertamente plantas que los bordean; pero ellas son silvestres y crecieron a la buena de Dios. Nuestros terratenientes no se preocupan de sembrar eucaliptos en abundancia, ni otros árboles que beneficiarían a quien los cultivó y a la Nación entera.

Tú, niño, debes, como buen patriota, plantar un árbol en todo sitio que puedas. Así, cuando seas hombrecito, tendrás un lugar donde solazarte, bajo la sombra grata que da el follaje. Verás, entonces, un nuevo paisaje andino, cuajado de árboles, los que protegerán a las plantas pequeñas de las heladas y de los vientos; proveerán de materias primas a las industrias; multiplicarán las construcciones y vías de comunicación; conservarán la benignidad del clima y la fertilidad del suelo, contribuyendo a la buena salud de los habitantes.

Contemplantos absorto, entonces, otro espectáculo, divino bajo cualquier prisma que se lo mire, espectáculo que tú mismo lo plasmaste con tus manecitas delicadas. Sentirás un inefable contento en tu corazón.

Niño, planta árboles, y así contribuirás a la riqueza del nuevo Ecuador que ya se perfila en el concierto de los países adelantados y cultos.

TIERRAS SILENCIOSAS QUE TAMBIEN SON PATRIA

Hoy fui al cementerio acompañado de mi padre. Había muchísimas personas que depositaban hermosos ramos de flores en las tumbas de sus muertos queridos. Unas lloraban tiernamente; otras miraban con profunda tristeza las lápidas negras y doradas de los nichos; aquellas, con paso lento, caminaban melancólicas, rememorando quizá los momentos dichosos pasados con el padre, con la madre, con el hermano, con el hijo que yacen durmiendo el sueño perpetuo de la muerte, en algún sitio de esta necrópoli.

¡Qué ambiente de tristeza reinaba en todas partes! Los verdosos sauces ponían un tinte de mayor melancolía. Las cruces blancas, negras y violáceas se destacaban sobre los montículos de tierra. Un airecillo muy suave venía a acariciarnos trayéndonos los perfumes de las azucenas, de las magnolias, de las violetas y de otras flores que reposaban sobre las llorosas lápidas de la ciudad de los difuntos.

Caminaba silencioso con mi padre. Luego, nos detuvimos a descansar un momento bajo la sombra de un frondoso sauce. De pronto mi querido padre, rompió el mutismo; me asió de la mano y principió a hablarme de muchas cosas; de entre ellas, las que recuerdo con mayor frescura son éstas:

Sí, mi querido hijo, estamos en el sitio en el que reposan para siempre todos los que rindieron tributo a la muerte; niños, jóvenes, ancianos descansan aquí y en cientos de cementerios de nuestra Patria. Junto a cada aldehuela, junto a cada gran ciudad está el cementerio. La vida se desborda de júbilo en los poblados; mientras que en las silenciosas necrópolis todo es solemne paz. Aquí, en estos sagrados sitios, reina la

más completa igualdad; pues, ante las leyes inmutables de la vida y de la muerte no existen sino seres humanos; el rico, el sabio, el poderoso, el ignorante, el pobre, el débil, todos están confundidos en una sola materia: el polvo.

Pero, hijo de mi alma, los cementerios deben ser reverenciados por todos, puesto que allí moran para siempre las generaciones que nos precedieron; allí están todos los seres que aportaron sus esfuerzos para el progreso de la Patria; allí están las cenizas de los magistrados, de los filántropos, de los sabios, de los poetas, de los militares, de los artistas, de los maestros, de los artesanos, de todos los que contribuyeron con sus vitales energías de las que se alimentó nuestra cultura nacional. De ellos heredamos casi todo lo que somos; ellos son también parte de la Patria; ellos son la Historia; ellos son nuestra propia sangre; nuestra estirpe procede de ellos. Un cementerio es también un pedazo de Patria que vive pero en los recuerdos.

Tú, que aún eres muchacho y que recién comienzas la jornada de la vida, debes estructurarte con sentimientos delicados, debes contemplar este cementerio y todos los de la Patria con sacra veneración, porque, como ya te dije, un cementerio es un pedazo de patria.

Otra cosa que debes tomar en cuenta, hijo mío, es ésta: La vida del hombre termina con la muerte, pero la vida del que dedica sus energías al bien de los otros, al bien de la Patria, no termina, redivive siempre en el alma de la posteridad; espiritualmente sigue existiendo a través del tiempo y del espacio. En la mayoría de los hombres existe esa aspiración, de querer perpetuarse, de querer vivir aún después de la muerte; unos lo consiguen; otros no. Tú, muchacho, cúmple con tu deber con la mirada fija en el engrandecimiento de nuestra tierra y así podrá tu nombre vivir en los recuerdos más gratos de las generaciones que vendrán.

Después de haber escuchado las palabras de mi cariñoso padre, sentí que algo inexplicable se apoderaba de todo mi ser. En esos momentos pensé en la Patria; en los hombres buenos que la engrandecieron; en los labriegos que arrancaron afanosamente la riqueza vegetal de la pródiga tierra; en los obreros que trabajaron por el progreso material de las gran-

des urbes y de los pueblos humildes; en los mineros que, exponiendo su vida, extrajeron del subsuelo las riquezas guardadas en sus entrañas; en los poetas que cantaron la belleza de nuestro cielo, de nuestros paisajes y de los sentimientos nobles del ser humano; en los maestros que realizaron vigorosamente, el novilísimo trabajo de forjar la cultura nacional.

Las flores de las tumbas abochornaban el ambiente. Los rayos solares que se filtraban por entre los ramajes de los sauces llorones, llegaban a las lápidas como "una lluvia de oro". Los prados que se dilataban en la lejanía estaban ebrios de vida; las montañas distantes mezclaban el azul turquí de sus perfiles con el color celeste de los cielos inmaculadamente limpios. En el cementerio reinaba por doquiera la paz y el silencio de las tumbas. Afuera, la naturaleza se hallaba en todo su apogeo de vida y de belleza.

Retornamos con mi padre a nuestra casa hogareña. Yo iba meditando en sus palabras: "Los cementerios son pedazos de patria. En ellos descansan los hombres que hicieron el pasado de nuestra Nación".

La verdad adelgaza y no quiebra, y siempre nada sobre la mentira como aceite sobre el agua.— CERVANTES.

TU MAESTRO

Hay un ser que tiene la noble misión, sublime bajo todo punto de vista, de ayudarte en la formación de tu espíritu, en la capacitación de tu inteligencia para la lucha por la vida, en hacer que tu corazón sea un joyel de virtudes morales, cívicas y sociales. Ese hombre que se sacrifica por tí y por los demás, es el Maestro, a quien debes mirar siempre como tu amigo, como tu guía.

Durante el año escolar está junto a tí; unas veces te mira con severidad cuando tus acciones se apartan de la senda del bien. Pero se siente feliz y te acaricia con sus miradas paternales si tus pasos se dirigen hacia la perfección, que él te señala con su diestra siempre extendida.

Si tu maestro es anciano, pone en tu formación espiritual todas las experiencias que acumuló, pacientemente, después de muchos años de haber saboreado goces, tristezas, de haber espigado fructíferamente en los campos de la ciencia y de la belleza.

¿Tu maestro es joven? ¡Oh, qué contento para tí! Es tu hermano mayor, quien con el entusiasmo de sus años juveniles te muestra el camino luminoso de la vida y te prepara para el triunfo que alcanzarás en los años venideros; para que seas vencedor en las lides del trabajo y de la cultura.

Tu maestro, anciano o joven, es el vidente de tu destino porque su obra se proyecta luminica hacia los horizontes incommensurables del mañana. En la puna desolada y triste, en la selva de los trópicos, donde el sol muerde el cuerpo con dentelladas de oro, en los blancos pueblos perdidos entre las sierras dromedáricas de nuestros Andes, en la ciudad populo-

sa, el maestro forja el porvenir de los nuevos hombres en los crisoles purísimos de la escuela, del colegio y de la universidad.

Recuerda siempre que el maestro se halla integrando las fuerzas renovadoras de la humanidad. No olvides que él es un luchador en las lides de la cultura; sus enseñanzas son haces de luz inmortal que despejan los horizontes brumosos de los pueblos.

Cuando salgas de la escuela, encontrás amigos, sí, muchos amigos. Ellos te darán consejos; pero ninguno, acaso, te hablará con la sinceridad de tu maestro. Oyele; él es un visionario de la futura grandeza nacional, que debe ser hecha por hombres trabajadores y dignos; él espera que tú seas uno de ellos.

Si llegas al colegio, maestros responsables de su misión pondrán su interés para que tu alcances a robustecer las cualidades que son necesarias para llegar al conocimiento firme de las verdades indestructibles, a las que no se llega sin haber adquirido espíritu investigador, capacidad para las elucubraciones que se anticipan al conocimiento de los hechos científicos.

Aunque salgas de la escuela al taller o a la oficina, a labrar los campos o a los laboratorios de la ciencia, recuerda siempre, con el corazón henchido de gratitud, a tu maestro. La gratitud es el pago espiritual que tú puedes dar a quien todo lo merece, porque él sacrificó los mejores años de su vida para entregarte jirones de su propia alma.

Los hombres se han llegado a hacerse célebres y que han influido poderosamente en los destinos de su país, han sido todos grandes trabajadores.— SAMUEL SMILES.

El laborioso gana su vida; el perezoso la roba.— FACILIDES.

¡ADELANTE, JUVENTUD!

¡Adelante! Adelante! muchachos,
avanzad por las sierras andinas;
caminad por los llanos fecundos
de la tierra magnífica nuestra.

Arrojad por doquier la simiente
del amor, la verdad y la ciencia;
así haréis una Patria gloriosa
donde reine la paz constructiva.

Con el alma colmada de anhelos,
con los ojos al sol de los shyrís,
¡adelante! ¡adelante! muchachos,
avanzad por las sierras andinas.

Encarnáis el futuro esplendente
de la tierra bendita del Ande;
caminad por los llanos fecundos
de la tierra magnífica nuestra.

Formidables legiones en marcha
llegarán a las cumbres eternas,
donde se alza brillante y hermosa
la bandera gentil de la Patria.

SUEÑO DE LEJANIA

Al momento en que el sol se ocultaba
En el mar azulado y hermoso,
El muchacho embebido miraba
El postrer resplandor luminoso.

Sus pupilas de negro azabache
Escrutaban el amplio horizonte;
Y su mente pujante y bravía
En paisajes lejanos soñaba.

Navegar por los mares del Mundo,
Atracar a los muelles de puertos
Ignorados y hermosos del Orbe,
Era el sueño feliz del muchacho.

Caminar por extraños senderos
Que conducen a pueblos lejanos;
Ascender a las cumbres más altas
Era el sueño feliz del muchacho.

Una tarde fulgente llegar
A pagodas de nácar y mármol,
A mezquitas de grana y zafir,
Era el sueño feliz del muchacho.

Contemplar las arenas rojizas
Del candente desierto africano
Y viajar por las tierras polares
Era el sueño feliz del muchacho.

LA ÚLTIMA LECCION DEL MAESTRO

Al finalizar el año escolar, los alumnos del último grado de la escuela realizaron un paseo en compañía de su maestro. Habían rendido los exámenes y muy pronto darían el adiós de despedida a sus profesores, a sus condiscípulos, a la clase donde habían pasado los días más felices de su infancia para luego, por caminos diferentes, seguir cada uno y separadamente la ruta de la vida.

Ya lejos de la urbe, hicieron alto, en pleno campo, sobre una elevación que dominaba los valles y los ríos, los caminos y los poblados.

Un franco regocijo animaba los corazones del maestro y de los niños. Unos cantaban, otros reían, aquellos retozaban sobre la hierba olorosa.

Cansados de brincotear se reunieron todos cerca de un granítico picacho, de cuyas faldas manaba un pequeño arroyuelo de aguas transparentes. El maestro se hallaba en la parte más alta de aquel sitio, y contestaba cariñosamente las preguntas que le dirigían sus alumnos.

Luis, el travieso e inteligente muchacho, pidió a su maestro que les diera la última clase.

El maestro, benévolo y cariñoso accedió al pedido del niño.

Todos callaron y sus miradas ávidas se dirigieron hacia el sereno rostro del joven profesor, el que con voz tranquila y pausada habló así:

Queridos alumnos: dos sentimientos llenan mi alma en

estos instantes, dos sentimientos que me hacen meditar mucho antes de hablaros; el uno es de una gran tristeza, porque pienso que os separáis de las aulas escolares para siempre y el otro sentimiento es el que viene a colmarme de satisfacción al ver que nuestra Escuela va a dar a la Patria un nuevo contingente de muchachos que han dejado para siempre las sombras oscuras de la ignorancia.

Después de breves momentos os separaréis, acaso para siempre, de mi persona; iréis por los senderos de la vida, alejándoos de la Escuela que tanto ha hecho por vosotros. Hoy quiero que escuchéis con profunda atención lo que os voy a decir:

Mirad, muchachos, ese camino que se encuentra allá, muy abajo y que siguiendo por la mitad del valle va en línea recta hasta confundirse en la lejanía con las arboladas y los prados. Así, como ese camino, recto y sin curvaturas, debe ser vuestro comportamiento en la sociedad. Ninguna claudicación debe ensombrecer vuestras existencias diamantinas. Vuestras personas deben siempre adquirir la derecha que señala los principios éticos. Sed siempre responsables de vuestros actos y la vida os colmará de felicidades.

Además, queridos discípulos, recordad siempre que, como este pequeñísimo riachuelo que tenemos ante nuestros ojos, de aguas puras y rumurosas, debe ser la vida de cada uno de vosotros. Este hilo de agua quejumbrosa, bajando por precipicios, por abismos erizados de piedras, se hará después un río, que correrá plácidamente por los valles y las planicies; sus aguas fertilizarán las sedientas tierras de la llanura. La existencia de cada uno de vosotros puede ser comparada con el curso que siguen estas aguas que hoy engolfan nuestras miradas. En vuestras vidas se presentarán situaciones difíciles, acaso desesperadas; obligación vuestra será enfrentarlas con enérgico carácter, venciendo resistencias obstinadas, para luego ir, así como las aguas del río, a depositar vuestro caudal vivificante para que se nutra el frondoso árbol cultural de la sociedad en la que actuaréis el día de mañana.

Mas, recordad, muchachos, cuando seáis hombres, cuando la vida tal vez os azote con sus fieros huracanes, las palabras que en este momento os voy a decir. Grabadlas bien en

la memoria; que sean ellas como un amuleto espiritual portentoso, como un magnífico talismán que vaya adherido a la más sensitiva neurona de vuestros cerebros.

El rostro del maestro adquirió una expresión adusta. Sus ojos de suave mirar, se fijaron profundamente en el inmenso espacio azul del cielo. Su cuerpo todo era como una estatua tallada en carne viva. Luego, sus miradas se dirigieron cariñosas hacia el grupo de estudiantes y con voz firme y armónica siguió hablando así:

Muchachos, cuando el soldado en los campos de batalla, se avalanza intrépido hacia las trincheras enemigas, sabiendo que allí le espera una muerte segura, ¿qué fuerza es aquella que le impele a ir hacia la muerte, venciendo aún el instinto de conservación? Pues, queridos muchachos, esa fuerza es la del honor. Por él se vive y por él se muere. El honor se encuentra, como ya lo dijo algún pensador, "por encima de la vida y de la hacienda y de cuanto existe en el mundo, porque la vida se acaba en la sepultura, y las cosas que poseemos son bienes transitorios, mientras el honor a todo sobrevive, y trasciende a los hijos, y a los nietos, y a la casa donde se mora, y a la tierra donde se nace, y a toda la humanidad".

Hijos espirituales míos: id a vivir, desgraciadamente ya lejos de la Escuela, llevando en vuestras almas siempre ardiente la llama del honor; preferid morir antes que perderlo. Que anide la miseria económica en vuestros hogares; que andéis cubiertos de andrajos, que el hambre muerda vuestras vísceras intestinales; pero que nunca el honor se aparte de vosotros.

Así como cada hombre tiene y debe conservar a toda costa su honor, así también las naciones que se hallan formadas por grandes conjuntos de hombres necesitan conservar, muy en alto, el honor. Cada uno de vosotros se encuentra en la obligación sagrada de contribuir para que nuestra Nación siga manteniendo incólume la fuerza del honor. Cada uno de vosotros debéis luchar hasta la muerte, si fuere necesario, para que siempre, siempre, nuestra Patria mantenga su honor sin mancilla.

Esta será, seguramente, la última vez que os hable yo hallándoos todos reunidos. Esta última lección, muchachos,

no será escrita en vuestros cuadernos; pero, en cambio, en todos los actos de vuestras vidas deberá hallarse presente.

El Sol brillaba con esplendor sobre el paisaje.

El maestro miró con profunda ternura a sus discípulos al tiempo en que pensaba en lo que significa para el País el egreso de las aulas escolares de miles de muchachos, que son la esperanza de la nacionalidad.

La verdadera grandeza es la del hombre que se educa en medio del trabajo y de la virtud.— LABOULAYE.

La mentira que es medio verdad es la peor de todas las mentiras.— TENNYSON.

LAS VACACIONES VIENEN

Ya vienen las vacaciones. Toda la Sierra ecuatoriana se baña de azul. Por donde quiera que se mire hay luz. Hasta los espíritus se engalanan de nítido azul. Diamantina claridad se filtra por todas partes.

En las mañanas, un frío saludable tonifica nuestra piel y pone dinamia en el espíritu. A la hora meridiana, un calorcillo sofocante se desparrama en el ambiente. A la hora del ocaso, corre por los ámbitos un viento que ha pasado saturándose de frío en las nieves perpetuas de las elevaciones. Por la noche, cantos susurrantes y embriagadores lanzan los follajes al ser mecidos por una brisa cariciosa.

Durante el día las fuerzas vitales del mundo andino se encuentran llenas de gozo; por la noche un divino silencio reina en la Natura, el resplandor de las estrellas embarga de inefable sosiego a las almas.

Las vacaciones vienen! ¡Cantos pletóricos de juventud!
¡Poesía infinita en las almas y felicidad en los corazones!

¡Las vacaciones vienen! Cometas multicolores se elevan al impulso de los vientos, mientras los niños ríen alegremente en el prado, cubierto de ramas resecaas por el viento y el sol ecuatorial.

¡Las vacaciones vienen! La chiquillada se apresta para salir en bandadas por montes cercanos, a bañarse en los ríos pedregosos y cantarinos, a romper su ropaje en los zarzales cuajados de moras rojas, de "gualicones" negrísimos.

¡Las vacaciones vienen! Los vientos corren en loca carrera por las callejuelas empedradas de las aldeas. ¡Viva la vida!— dicen las almas. Y como un soplo de mágica felicidad reciben los hombres las brisas mañaneras que se mueven presurosas sobre los collados y las hondonadas.

Las hojas secas de los árboles y vuelan "en lluvia dorada" sobre los caminos.

En algunos valles andinos las plantas se mueren de tristeza y de sed y sus tallos se doblan bajo el empuje de los huracanes.

Polvo, viento, colores, alegría y felicidad llegan al alma junto con los soles del verano.

Los pobladores de las ciudades afluyen presurosos a los lugares pintorescos de la República, para poner un paréntesis de soledad en la vida de agitación que llevan en las urbes, para inyectar vitalidad en el organismo, para abismarse en el silencio de los pequeños poblados, para encontrar rincones de olvido donde soñar en inmensidades.

¡Las vacaciones vienen! Los labriegos recogen los dorados granos que están amarillando en los montes y en los valles.

La naturaleza gritando está desde los hechizantes paisajes agrestes: ¡Viva la vida! Y los niños, en un corro inmenso, alaban las bellezas de esta tierra ecuatorial.

El verano viene con su cortejo de luminosas ilusiones. Hay renacimiento emotivo en las almas; hay centelleos de colores vivos en el espacio inmenso.

Primero trabaja; descansa después.— JOHN RUSKIN.

Gran renta es la economía.— CICERON.

El hombre tiene en sus propias manos el molde de su fortuna.— BACON.

No hay pobre que no sea rico si lo que tiene le basta.— ALFONSO DE BARROS.

LOS QUE VIVEN EN LA INMORTALIDAD

Millones y millones de seres humanos vivieron y desaparecieron sin dejar ninguna huella de su paso por el Mundo. Fueron como las plantas que nacen, llegan a la plenitud y mueren. Por trágica ley de olvido hoy nadie los recuerda. Sus nombres se enterraron con sus cuerpos. De entre esos millones de seres anónimos hay, sin embargo, muchos hombres que viven con el tiempo en el recuerdo de todas las generaciones. Ellos serán eternos mientras exista la humanidad. Ellos son los inmortales de la especie-hombre. Sus espíritus vencieron al tiempo y a la muerte. Son venerados porque tuvieron cualidades intrínsecas que hicieron de ellos los prototipos de la perfección. Vivieron para el cultivo de los grandes ideales, siendo alimentados por la savia tonificante del trabajo constructivo.

Los hombres que se dedicaron al servicio de los pueblos, desechando, muchas veces, los humanos goces y que llevaron una vida austera, una vida de sacrificio, pusieron los primeros escaños para ascender a las cumbres de la fama y de la inmortalidad.

Todo ascenso es penoso y arduo. Pocos llegan a las cimas. La mayoría se queda en las llanuras, viendo en la lejanía de los espacios a los más constantes y atrevidos, escalar paso a paso, lentamente, la escarpada ladera con rumbo a las cumbres. Muchos quedan en el eriaz, fatigados y sin voluntad para el avance. Unos pocos siguen sin detenerse, sorteando abismos, hasta que al fin coronan las altitudes y allí se quedan para siempre, aureolados por el sol eterno de la inmortalidad.

Los que quemaron su vida en la hoguera gigantesca de los

ideales, no mueren. Tener un ideal es acercarse a la perfección. Cuántos y cuántos ideales pueden guiar a los hombres en su paso por la tierra! Desde el joven que recién comienza su viaje por la vida hasta el anciano que se acerca al final de la jornada, viven por los ideales que alimentan su ser consciente. De entre tantos ideales que abriga el ser humano podemos citar algunos: el ideal de ver a los hombres en el goce de la libertad: libertad para todo lo bueno, lo bello y lo útil, libertad de los pueblos para gobernarse, libertad para expresar sus pensamientos, etc. Los déspotas que han atentado contra los principios de la libertad humana han caído vilipendiados por la historia. Los que han vivido y han luchado en defensa de la libertad de los pueblos y de los hombres son venerados por todas las generaciones. Recordamos con unción a Simón Bolívar, a Washington, a San Martín, porque ellos fueron energías poderosas, puestas al servicio de esa libertad que ha sido sueño de tantos apóstoles de la cultura de las naciones.

Hay otro ideal bajo cuya benéfica inspiración han vivido muchos hombres. Ese ideal los ha impulsado a la realización de obras que tanto han servido a la humanidad. Ese ideal lo constituye el supremo anhelo de crear nuevos medios que facilitarán a los pueblos el dominio sobre la naturaleza o su mejor adaptación al medio geográfico; el hombre que abriga ese ideal siente la aspiración suprema de ver a sus semejantes poseyendo nuevos instrumentos, nuevos inventos que harán que sus vidas se desenvuelvan con mayores y mejores comodidades. Ese ideal ha movido a los descubridores e inventores a realizar sus obras portentosas. La humanidad ha evolucionado gracias a sus afanes. Sin esos pacientes investigadores no tendríamos la energía eléctrica al servicio de la industria, los grandes aviones para el dominio de las distancias, los vehículos motorizados que trafican por las carreteras, los modernos navios que majestuosamente surcan por el piélago de los océanos y los mares, la radio que pone en comunicación instantánea a los hombres y a los pueblos, el submarino que enfila su proa por las profundidades acuáticas, la energía atómica que será puesta al servicio de los grandes intereses de los pueblos. Miles y miles de inventos y descubrimientos han hecho que la vida humana en los tiempos actuales se desenvuelva

utilizando creaciones que hubieran pasmado al más imaginativo de los hombres de siglos anteriores. Estas creaciones han sido realizadas por genios que se pertenecen ya en su mayoría, a la inmortalidad. Ellos crearon, primero en su elucubración potente y luego en el laboratorio experimental, todas estas cosas útiles que ahora son patrimonio de toda la humanidad. Los inmortales fueron atraídos por la fuerza magnética de los ideales superiores: servir a la humanidad; distinguirse de entre los demás mediante su trabajo constante y laborioso. Ellos viven en las cumbres de lo eterno, porque fueron seres que se apartaron de las rutinas y que, sus pupilas de videntes vieron más allá de lo real, vieron más allá del presente. Ellos movieron las ruedas gigantescas del progreso universal. Ellos son inmortales porque supieron anteponer el ideal fecundo a la acción tenaz y constructiva. Ellos no morirán nunca. Ellos son los Edison, los Morse, los Marconi, los Franklin...

Otros inmortales quisieron ver a los hombres libres de enfermedades, libres de la acechanza continua de la muerte; quisieron ver a la juventud gozando de perfecto bienestar y a los pueblos sin epidemias que agosten sus energías. Ellos abrigaron el anhelo fervoroso de defender a sus semejantes de la acción destructiva de las enfermedades. Ellos son los Hipócrates, los Galeno, los Hanssen, los Koch, los Pasteur, los Finlay.

Otro gran ideal que ha sido el norte de la vida y de la conducta de muchos inmortales es la aspiración que han sentido de ver a la humanidad llegando al dominio y a la práctica constante de los más sanos principios de la moral social e individual. Muchos filósofos y poetas ha tenido la especie humana que han sacrificado sus vidas en holocausto de este ideal ético. Los moralistas han pensado y con razón, que la grandeza de las naciones no solamente se asienta en sus progresos materiales, sino también en el camino que ellas siguen para alcanzar la perfección del alma, perfección que hace que los hombres sigan los senderos del bien.

Hay héroes locales y héroes universales. Héroes locales son aquellos que, en determinada nación o en determinada comarca de la Tierra, practicaron virtudes excelsas que los colocaron en un sitio de respeto y de admiración de sus seme-

jantes. Héroes universales son los hombres cuya obra se ha proyectado hacia todos los continentes del Mundo y cuyo nombre es repetido aún en las más apartadas aldehuelas hacia donde ha llegado la civilización.

Cada país graba, para eternizar la memoria de los héroes, sus efigies y sus nombres en el bronce, en el mármol o en la piedra. En esos monumentos que la posteridad levanta en homenaje a sus héroes, ellos viven inmortalizados, gozando eterna juventud en el recuerdo de sus semejantes. Pero no solamente en los soberbios monumentos públicos que embellecen las urbes, es donde se perpetúan las virtualidades superiores de los hombres-genios, sino también en el libro y en el alma misma de todas las generaciones que trafican por la vida con rumbo al porvenir; sí, esas generaciones que se han moldeado en los principios eternos, señalados por los cerebros superiores. En todos los continentes de la Tierra, la humanidad recuerda a los grandes héroes que han adquirido universalidad, por haber contribuído, ya sea con sus descubrimientos o con sus inventos, al progreso de todos los pueblos.

La fortuna es como un vestido: muy holgado nos embara-
za, y muy estrecho nos oprime.—HORACIO.

La fortuna es como el vidrio: cuando mayor es su brillo,
más fácilmente se rompe.— PUBLIO SYRO.

POESIAS ESCRITAS POR VARIOS
AUTORES

ECUADOR

Remigio Romero y Cordero

I

La independencia de América
la preluvió el Ecuador.....
Era quiteño Atahualpa,
último Inca que reinó.....
Es quiteño el Amazonas
que Orellana descubrió.....
Es quiteño el Amazonas
que derrite nuestro sol
del hielo de nuestros Andes,
los Andes del Ecuador.....

Nació en Cuenca Huaynacápac,
el más grande emperador,
que tuviera el incanato,
entre los hijos del sol.....
Por Pichincha, en Ayacucho
y en Junín, se derrotó,
ante Bolívar y Sucre,
la audacia del Español....
Todavía hubiera esclavos,
si no vence el Ecuador.....

II

Quito, la ilustre, preside
y con ella Guayaquil.....
La Cuenca del Tomebamba,
Portoviejo en Manabí,
y la tierra de los Juanes,
junto al Ambato gentil.....
La reina del Chimborazo,
Guaranda la varonil,
la insigne y gloriosa Loja,
Ibarra y Tulcán aquí.....

Latacunga y Esmeraldas.
Azogues, Machala, en fin,
Napo, Pastaza y Santiago-
Zamora, todo el País,
y el Archipiélago rico
del general Villamil.....
Nuestro Ecuador es todo esto,
nuestro glorioso País,
a quien matar nadie puede
porque él no puede morir.....

AL PIE DE LA BANDERA

Víctor Domingo Silva

Ciudadanos!

¿Qué nos une en este instante, quién nos llama
encendidas las pupilas y frenéticas las manos?

¿A qué viene este clamor que por el aire se derrama
y retumba en el confín?

No es el trueno del cañón,
no es el canto del clarín:

es el épico estandarte, es la espléndida oriflama,
es el patrio pabellón
que halla en cada ciudadano un paladin.

Oh, bandera!

La querida, la sin mancha, la primera
entre todas las que he visto! Cómo siento resonar
no en mi oído, sino dentro de mi ardiente corazón,
tu murmullo

que es alerta y es arrullo,
tu murmullo que es consejo en la tertulia del hogar
y que en medio de las balas es rugido de león!

¡Todo pasa! Viento trágico y siniestro
nos usurpa lo que amamos, lo que es nuestro:
padre noble, dulce madre, tibio hogar.

Somos huérfanos; erramos, dolorosos peregrinos,
por insólitos caminos
y el azar.....

¡Sólo tú, bandera quedas; sólo tú, que nunca mueres
porque tú eres
toda el alma de la patria, bajo el cielo o sobre el mar!

¡Oh, bandera! Frapo santo!

Hay ingratos que te niegan, que se burlan del encanto
con que envuelves y fascinas, que no entienden el lenguaje
de tu risa y de tu llanto.

Mientras tanto

yo sé bien que no hay ninguno que, nostálgico te mire
y no tiemble, y no suspire,
y no lllore en tu homenaje!

Yo sé bien que a más de un pobre desterrado
toda el alma en un sollozo has arrancado
cual se arranca el duro hierro de una herida,
cuando errante por naciones extranjeras

con el fardo de dolor,

ha observado que entre un bosque de banderas
sólo falta la que amó toda su vida,
la bandera tricolor!

Yo sé bien lo que siente cuando a solas
desde un barco, mar afuera, entre las olas
se percibe la silueta de un peñón
y sobre él, a todo viento, la bandera,
la bandera que saluda cariñosa,
la bandera que es la madre, que es la esposa
el hogar, la patria entera,
que va oculta en nuestro propio corazón!

¡Ciudadanos!

Que no sea la bandera en nuestras manos
ni un ridículo juguete, ni una estúpida amenaza,
ni un hipócrita fetiche, ni una insignia baladí.

Veneremos la bandera
como el símbolo divino de la raza;
adorémosla con ansia, con pasión, con frenesí,
y no ataje nuestro paso, mina, foso, ni trincheras
cuando oigamos que nos grita la bandera:
¡Hijos míos! ¡Defendedme! ¡Estoy aquí!

ELIOBOLIVAR

Pablo Hannibal Vela

Vencedor, en las tierras de la Vida;
triunfador de la Muerte, allá en la Nada,
por el milagro de su invicta espada,
por el derecho de su fe cumplida.

Ardiendo en Libertad, su luz querida,
en un incendio, que era una alborada,
retornò de Colombia, la soñada,
al hogar de su Patria prometida.

¿Hace un siglo que está allí? Paréceme una
ficción guardar su luz deslumbradora:
para el Genio, la tumba es otra cuna.....

Así, Bolívar, como Cristo, un día,
tiene que haber surgido en nueva aurora
y, la tumba del Sol, quedar vacía.....

LA ESPADA DE BOLIVAR

Pablo Hannibal Vela

Signo de insurrección y rebeldía,
metro de Libertad, con que su mano
midió en las cumbres, como —allá— en el llano
la esclavitud, que América sufría.
Prolongación astral hecha energía,
que alargando su puño soberano,
como índice de luz, sobre el arcano
pizarrón de la Noche..... escribió el Día.....

Relámpago de acero, hecho guadaña,
para segar —en círculos de aurora—
las tinieblas sembradas por España.

Y, cuando hubo acabado con la bruma,
esa hoja singular se hizo, en otrora,
bastón de Mando, excelsitud de pluma.

GUAYAQUIL

Juan Bautista Aguirre

Guayaquil, ciudad hermosa.
de la América guirnalda,
de tierra bella esmeralda
y del mar perla preciosa,
cuya costa poderosa

abriga tesoro tanto,
que con suavísimo encanto
entre nácares divisa
congelado en gracia y risa
lo que el alba vierte en llanto;
Ciudad que por su esplendor,
entre las que dora Febo,
la mejor del mundo nuevo
y hoy del mundo la mejor,
abunda en todo primor,
en toda riqueza abunda,
pues es mucho más fecunda
en ingenios, de manera
que, siendo en todo primera,
es en esto sin segunda.

Tribútanle con desvelo,
entre singulares modos,
la tierra sus frutos todos,
sus influencias al cielo;
hasta el mar que con anhelo
soberbiamente levanta
su cristalina garganta
para tragarse esta perla,
deponiendo su ira al verla,
la besa humilde la planta.

CUENCA

Vicente Moreno Mora

Con collar de capulies, de maizal con hopalanda,
junto a la espuma del río, entre el verde de la grama,
te estás sentada qué triste, envuelta en suaves fragancias
del viento que, desde el monte, viene a besarte en la cara

A veces te oigo que rezas a la Virgen tus plegarias;
en otras, alma de pájaro, desde una lirica rama,
miras al Cielo y entonas canciones que van al alma,
por el camino mojado con llanto de una guitarra.

Cuenca, sonrisa de Dios; Cuenca, sollozo de flauta,
Dios puso azul en tus cielos, puso verdor en tus pampas,
sembró laureles, y en tu alma de laureles puso el ansia.

Y tú estás siempre qué triste, Cuenca, burbuja la plata.
Dime, por qué tanta pena? Dime, ¿tienes esperanzas?:
simiente guardan tus surcos! nidal de estrellas es tu alma!

CANTO AL CHIMBORAZO

Miguel Angel León

Montaña:

Cimborio de platino

Campanario de los huracanes.

Te oriflamas de crepúsculo en las tardes,
te incendias con fogatas de estrellas en las noches.

Campo de aterrizaje para cóndores,

Abanderado de nuestra América,

que llevas en el pecho como una medalla

la huella dorada del pie de Bolívar.

Carpa más alta de vivac de los Andes

donde acampó la raza del indio.

Cubierto con el manto de piel de oso del polo

y con el iris curvado hacia atrás,

me recuerda la gloria de tus caciques bravos.

Montaña:

Paracaídas de nuestros panoramas:

en las cuerdas sonoras de tus ríos

te pasas la vida cantando paisajes.

Montaña:

El trópico es un cinturón de sol
que sostiene la falda de raso de la tierra
y tú eres la hebilla.

En tu cima TA—HUAN—TIN—SUYO
gira la giralda de la rosa náutica.

Montaña:

Ovillo del que se desovilla la vía láctea.
Carabela de tres velas
en el oleaje crespo de los horizontes;
sobre tu popa
iremos cantando nuestra canción autóctona.
Parábola de la altura,
mi alma disparada por ti
ha hecho blanco en el sol.

Montaña:

tu copa
en las manos de América
es una copa de champaña.

VUELTA A LA PATRIA

Juan Antonio Pérez Bonalde

Madre, aquí estoy; de mi destierro vengo
a darte con el alma el mudo abrazo
que no te pude dar en tu agonía;
a desahogar en tu glacial regazo
la pena aguda que en el pecho tengo
y a darte cuenta de la ausencia mía.

Madre, aquí estoy; en alas del destino
me alejé de tu lado una mañana
en pos de la fortuna

que para ti soñé desde la cuna;
mas ¡Oh, suerte inhumana!
hoy vuelvo, fatigado peregrino,
y sólo traigo que ofrecerte pueda,
esta flor amarilla del camino
y este resto de llanto que me queda.

ORACION INGENUA

Emilio Frugoni

¡Madrecita pequeña y bonita,
de rosa y de nieve,
mil veces bendita!
Que el amor te acompañe;
que contigo el dolor no se ensañe;
que el cristal de tu vida sin mancha
la niebla no empañe.....
Madrecita pequeña y bonita
de rosa y de nieve,
de nieve y de rosa
que la tierra te sea amorosa
y la vida leve.
Yo te vi con el vástago tierno
en los brazos, y era
como de una planta graciosa y flexible
el fruto rosado, la flor tempranera.
Un fulgor interno
ponía en tu rostro una indescriptible
expresión de encanto.
Tu voz era un canto
y tu mano suave
conjuraba el llanto
de la criatura,
que te sonreía y se adormecía
bajo tu mirada, ala de ternura,

mientras yo mirándoos para mí decía:
¡Salve, pequeñuelo,
que eres el anhelo
de esa madrecita de rosa y de nieve!
¡Salve, madrecita,
pequeña y bonita,
delicada y breve
de nieve y de rosa!
¡Que a los dos la tierra os sea amorosa
y la vida leve!

DE "ODISEA DEL ALMA"

(Fragmento)

Numa Pompilio Llona.

Hasta mi estancia, entre el confuso ruido
que forma la ciudad en la mañana,
en alas de la brisa conducido,
ha llegado, al través de mi ventana,
de distantes vacadas el mugido:

De amor y alarma alto y profundo acento;
largo clamor de tristes vibraciones;
ronco grito, ardoroso llamamiento
que —por lentas, graduales inflexiones—
acaba en un hondísimo lamento

en cuyos tiernos sonos prolongados
la salvaje hermosura y la tristeza
se siente de los bosques y los prados,
de las raudas montañas y collados,
de toda la inmortal naturaleza.....

Al oírlo, en fantásticos mirajes,
ha cruzado delante de mi alma,
bajo hermosos, espléndidos celajes,
panorama feliz de agreste calma,
risueños cuadros, rústicos paisajes:

Un encantado valle al que sombríos
bosques, dan paz, misterios y frescura;
entre el follaje blancos caseríos;
campos amenos de feraz verdura;
murmuradores, espumosos ríos.....

Y de amor y ternura estremecida,
abandonando el mísero presente,
mi alma llorosa, en instantánea huida,
ha remontado hasta su antigua fuente
el dilatado curso de mi vida.

¡Vuelvo a ser niño! ¡Veinte y nueve años
para mí no han pasado de dolores,
de inquietudes y acerbos desengaños!.....
En torno a la heredad de mis mayores
mugén al alba, inquietos los rebaños.

Su nota resonante y altanera,
alza a lo lejos vigilante gallo;
y el silencio y la paz de la pradera
solo turba el clamor de alguna fiera
o el vibrante relincho de un caballo.

Al oriente del cielo aún tenebroso,
tiñe ya leve azul el horizonte,
y su rayo indistinto y misterioso,
bajando oblicuo del lejano monte,
baña los mudos campos de reposo.

Bajo su influjo, con gentil sonrisa,
lentamente la tierra despertando,
de su niebla despojándose indecisa,

cual el velo importuno; y ya la brisa
pasa ramas y flores columpiando.

Orlando el río de salvajes cañas
que unen lianas y agrestes madre selvas,
con sesgo curso y músicas extrañas
desciende entre las ásperas montañas
que, al fondo, cubren azuladas selvas.

Entre el follaje del vecino huerto,
corren las fuentes con parleras ondas,
y el coro de las aves, ya despierto,
salta y entona el matinal concierto
bajo las verdes y temblantes frondas.....

LAS GOLONDRINAS

Honorato Vásquez

En torno del campanario
revuelan las golondrinas,
como si fiestas hiciesen
a la cruz que lo domina.
Ya muestran la negra pluma
si hasta el suelo se deslizan,
ya el blanco pecho, si inquietas
tienden el vuelo hacia arriba,
y arremolinando el giro,
en voz desacorde pían
al son de las campanadas
del toque de Avemarías.

Asomado a mi ventana,
sigue su vuelo mi vista,
en tanto que en mi alma ondea,
mar de tristeza infinita.

Yo no sé de donde brota
en emanación continua
el caudal de las tristezas
que inundan el alma mía,
y más en mis soledades,
y más cuando el sol declina,
y más al mirar el vuelo
de traviesas golondrinas
al melancólico acento
del toque de Avemarías.....

La noche cuelga sus velos
y trémulas escintilan,
las estrellas en las nubes
de la bruma vespertina,
y en ondas agonizantes
cruza la extensión tranquila
del cielo, el último golpe
del toque de Avemarías;
y una a una van entrando
las inquietas golondrinas
de la torre de la iglesia
en las arcadas sombrías,
de donde la turba alada
tan solo el rumor me envía,
de unas alas que se pliegan
sobre polluelos que pían.

Juveniles ilusiones,
nidadas de golondrinas,
infatigables viajeras
que revoláis indecisas,
inciertas aspiraciones
tristezas del alma mía;
volad también hacia el templo,
que, al pie del ara bendita,
dormiréis místico sueño
para despertar tranquilas,
más arriba de las nubes,
de los astros más arriba.....

CANTO AL MAIZ

José N. Vacas

De la indiana stirpe Americana
es su sangre, su fuerza, su vigor;
rico DON de esta tierra soberana,
embriagada de luz y de amor.

De la fértil criolla simiente
reina es de abundoso sustento;
y sus granos, cual oro luciente,
de Natura son sin igual portento.

Del Plata al Anahuác..... De la andina
cordillera a la Pampa tropical,
envuélvele el sol cuando declina,
en hilo que se teje en espiral.....

Y del vasto Universo al cantar,
el indio y el cholo unen su oración
de alabanzas al pródigo manjar,
que es el pan cotidiano del peón.

Y la civilización preclara
del Incario, en su inmortal grandeza,
como santo holocausto en el ara
ofrecióle a su Dios con largueza.

MARCHA TRIUNFAL

Rubén Darío

Ya viene el cortejo!
Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines,
La espada se anuncia con vivo reflejo;
Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos orlados de blancas Minervas y
Martes,
Los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas
trompetas,
La gloria solemne de los estandartes
Llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
Los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
Los cascos que hieren la tierra,
Y los timbaleros
Que el paso acompasan con ritmos marciales.
Tal pasan los fieros guerre~~ros~~
Debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
Su canto sonoro,
Su cálido coro,
Que envuelve en un trueno de oro
La augusta soberbia de los pabellones.
El dice la lucha, la herida venganza,
Las ásperas crines,
Los rudos penachos, la pica, la lanza,
La sangre que riega de heroicos carmines
La tierra;
Los negros mastines
Que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
Anuncian el advenimiento
Triunfal de la Gloria;
Dejando el picacho que guarda sus nidos,
Tendiendo sus alas enormes al viento,
Los cóndores llegan. Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño:—
Ved como la barba del viejo
Los bucles de oro circundan de armiño.
Las bellas mujeres aprèstan coronas de flores,

Y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
Y la más hermosa
Sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
Honor al herido y honor a los fieles
Soldados que muerte encontraron por mano extranjera:
Clarines! Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
Desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:—
Las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos,
Hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.—
Las trompas guerreras resuenan;
De voces los aires se llenan.....
—A aquellas antiguas espadas,
A aquellos ilustres aceros,
Que encarnan las glorias pasadas;
Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
Y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
Al que ama la insignia del suelo materno,
Al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
Los soles del rojo verano,
Las nieves y vientos del gélido invierno,
La noche, la escarcha
Y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
Saludan con voces de bronce las trompas de guerras que
tocan la marcha
Triunfal!.....

EL SEMBRADOR DE ESTRELLAS

Enrique González M.

Y pasarás, y al verte se dirán ¿qué camino
va siguiendo el sonámbulo?..... Desatento al murmullo
irás, al aire suelta la túnica de lino,
la túnica albeante de desdén y de orgullo.

Irán acompañándote apenas una pocas
almas hechas de ensueño..... Mas al fin de la selva
al ver ante sus ojos el murallón de rocas
dirán amedrentadas: esperemos que vuelva.

Y treparás tú solo los grietados senderos;
vendrá luego el fantástico desfile de paisajes,
Y llegarás tú solo a descorrer celajes
allí donde las cumbres besan a los luceros.

Bajarás lentamente una noche de luna
enferma, de dolientes penumbras misteriosas,
sosteniendo tus manos y regando, una a una,
con un gesto de dávidas las luminicas rosas.

Y mirarán absortas el claror de tus huellas,
y clamarán la jerga de aquel montón humano:
"Es un ladrón de estrellas" y tu pródiga mano
seguirá por la vida desparramando estrellas.

FERIA DE MI CIUDAD

Antonio Montalvo

Feria de mi ciudad: canción en la hoya
urbana de la plaza que canta algarabía.
Feria de mi ciudad: vernácula alegría
del devenir autóctono para un pastel de Goya.

Campanarios del campo los altos eucaliptos
llaman a misa de alba dando a volar sus tórtolas
y el indio, que es cristiano, bañándose en rocío
madruga con sus mieses camino de la feria.

Y madruga la feria rural en las estancias
de las montañas de oro pascual de las mazorcas.....

mientras la moza rústica descuelga sus ajorcas
y se peina con agua de silvestres fragancias.

Un sol triunfal de fiesta corre por los caminos
junto a las yuntas dóciles hermanas de las piaras.
Camino de la feria: ríos de campesinos
que despiertan al día con agua de algazaras.....

El viento a la mañana besa con rubio lampo
en el silencio niño del alba florecida.....
Y es como si en la calma de la ciudad dormida
se volcara la vida romántica del campo.

Mayordomos metidos en ponchos de crepúsculos,
indias con los rebozos de los cielos de Ambato.....
en zumo de la caña se hunde el recuerdo ingrato
de la fatiga agreste que hizo gemir al músculo.

Feria de mi ciudad: cuando la primavera
bajo toldos de luna regala su tesoro:
las perlas de las uvas y las manzanas de oro
y el almibar celeste que guarda cada pera.....

Mas el ángelus suena la oración en su esquila
con un ritmo perfecto que es un canto de amor.....
Y en la noche que avanza por los cerros, tranquila,
sólo queda llorando la voz del rondador.

LOS CAMELLOS

Guillermo Valencia

Lo triste es así...
Peter Altemberg.

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,

los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus bellotas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon silenciosos al pie de las cisternas.....

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyerón, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturna por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra,
copiaron el desfile de la Melancolía.....

Son hijos de desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos ojos que esculpe la Quimera
sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge!

Dijeron las pirámides que el viejo sol rescalda:
“Amamos la fatiga con inquietud secreta.....”
y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada su carne viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
viltieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas, huesos en blanquecino enjambre,
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,

ni el ruido sonoro de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
que amáis pulir el dáctilo al son de las cadenas,
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡oh camellos de la llanura vasta,
que vais llevando a costas el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡Novios de la palmera casta!
Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito.

¿Qué pueden los ceñudos? ¿qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana
dejándome —camello que cabalgó el Excidio.....—
¡cómo buscar sus huellas al sol de la mañana
entre las ondas grises del lóbrego fastidio!

¡No! buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausto, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente;

Y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre,
mientras el vago fondo de sus pupilas miro,
dirá que vio un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro.....

QUE VIEJECITA ERES

Salvador Rueda

¡Madre del alma mía,
qué viejecita eres;
ya los ochenta inviernos
pesan sobre tus sienas:
Encorvadita marchas
y triste languideces;
triste, porque adivinas
cuál ha de ser tu suerte.
Ya es un harapo mustio
tu cuerpo floreciente;
ya son tus ojos cuencas
que luz apenas vierten;
ya son aquellas manos
de sol, de gracia y de nieve,
sarmientos retorcidos
que crujen al moverse.
Tu boca que me ha dado
sus besos y sus preces,
es ya un desierto nido
donde el silencio duerme.
El seno en que he gozado
mis sueños de inocente.
es ya un sagrario frío
cerrado para siempre.
Tu cuello ya no es cuello,
tu frente ya no es frente;
¡Madre de mis entrañas,
qué viejecita eres!

Con el terror inmenso
que tienes a la muerte,
sé lo que estás pensando,
cuando dormir no puedes;
sé, aunque el secreto callas,

que sueñas con que viene
un enlutado entierro
lleno de muda gente,
y que asustada tiembles
porque imaginas verte
bajo el prensado suelo
metida para siempre.

•
“Quiero, me has dicho un día,
cuando la vida deje,
que al lodazal no vayan
mis huesos a perderse.
—Quién descansar pudiera
tendida dulcemente
en un soberano templo
bajo las naves fuerte
y abierto mi sepulcro
por cima de la fuente,
a Dios estar mirando
y al órgano solemne!”
Y yo que, cual tú madre,
llevo el terror perenne
del día en que a la tierra
mi humilde cuerpo rueda,
nada expresé al oírte,
pero soñé con verte
dormir conmigo un día
el sueño de la muerte
en una blanca tumba
do fueran a romperse
los rayos de colores
del vidrio transparente;
así bajo el sudario
de luces nuestras frentes,

al órgano veríamos
y a Dios eternamente.

Ojos que fueron flores
de luz tibia y celeste;
seno arrugado y triste
donde bebí la leche;
regazo enflaquecido
que a inmenso dolor mueve,
donde gocé mis sueños
de niño balbuciente;
infatigables manos
ligeras en mecirme
piadosas en lavarme
y en castigarme leves;
labios que fuisteis canto y ritmo
para adormirme fieles;
madre que fuiste loba
al ir a defenderme
y fuiste muda estatua
para velar mi fiebre;
madre que mis heridas
lamiste con deleite;
madre de mis amores,
qué viejecita eres!
¡Oh, Dios ¿Qué daño hizo
mi viejecita débil
para que así sus manos
en la impotencia dejes;
para que así le arranques
los sueños de la frente;
para que así su seno
paralizado quede;
para que así su boca
sin armonía suene?
Con sus palomas cruza,
con sus palomas viene;
con sus polluelos pasa,

con sus polluelo vuelve
¿qué daño hace en el mundo
su espíritu inocente?
¡Madre de mis ensueños,
qué viejecita eres!

Si yo pudiera darte
la vida que no tienes;
vaciar mis arterias
en tus arterias leves;
volcar mi ardiente cráneo
sobre tu cráneo inerte;
cambiar las entrañas
por mis entrañas fuertes;
mi corazón, que vibra
cual yunque resistente
trocarlo por el tuyo,
que apenas si se mueve;
si yo pudiera darte
mis ojos, con que vieses;
mi tacto que amorosa
pasaras por mi frente;
mi olfato, que en perfumes
el alma te envolviese;
mi musical oído,
donde sonara siempre
de la Creación graciosa
la música valiente;
si yo pudiera darte
calor que te encendiese,
mi cuerpo trocaría
en una antorcha ardiente,
en un incendio rojo
que con su luz te diese
la fuerza de mi carne
y el fuego de mi mente!
Madre de mis dolores,
qué viejecita eres!

LA VICTORIA DEL HOMBRE

Ricardo Rojas

Privarle de la ilusión
Al Hombre sobre la tierra,
Fuera llevar a la guerra
La hueste sin un pendón;
Y si absorto en su visión,
Arremete hoy su ardimento
Contra molinos de viento,
Verá después en lo arcano
Que forjó su pensamiento

El ensueño es lo que inspira
Las creaciones más bellas;
Su vida transmigra en ellas,
Y él es música en la lira
Que gime, canta y suspira;
El es la triunfante diana
Que saluda a la mañana;
Y del cincel a los toques,
Venus surge de los bloques
Por su fuerza soberana.

Es su potencia infinita
Lo que fecunda la entraña
Del mundo, tierra o montaña,
Donde la tierra palpita:
Carbones en que dormita
La luz de los soles muertos;
Oasis de los desiertos
Que, a través de su miraje,
La caravana salvaje
Ve en los confines inciertos....

Ave, ilusión! Tú iluminas
El amor, la fe, la gloria;
La diana de tu victoria
Vibra con notas divinas,
Y el Universo dominas
Con tu espíritu fecundo,
Desde el bátratro profundo,
A la cumbre luminosa,
Metempsicosis grandiosa
Del alma eterna del mundo!

AL CAYAMBE

César Augusto Tamayo

Cayambe, cono térreo, sublime
que magistral creó la Geometría!.....
Altísima cimera
para tajante recortar del viento
famélica carrera;
por do pudo tender la Geografía,
en su saber profundo,
la cuerda Ecuatorial que divisoria
y matemática equilibra el mundo.
Cayambe, gran problema de la Historia
y del pensar maduro,
ya que fueras la tumba de Atahualpa
y altar do oficia límpida gloria
del pasado, del presente y del futuro.

El tiempo se detiene
llegando a tus abismos
y al descorrer el velo
de los misterios que tu entraña tiene,
comprende en tus secretos
que fueras de la tierra un reto al cielo.
Cayambe, sacro cerro,
inmensa, geológica escultura
de diamantina capa
elevada en el lomo de los Andes,

cual símbolo de autóctona cultura,
que nunca te podrán borrar del mapa
furias titánicas ni enconos grandes.

Testa la más rebelde
con fulgores de luz,
como la de Montalvo
y la de Santacruz;
testa que no se inclina
humilde, suplicante,
bajo la guillotina
armada por el tiempo.

Oh pecho prodigioso de Amaltea,
que amantas estirpes milenarias
que llevan la librea
del honor y ambiciones temerarias;
porque sangre de invictos recibieron
de los estratos cósmicos
de tu ser prepotente,
por eso las incarias huestes vieron
a tus hijos luchar como un torrente
incontenible y fiero
y más tarde, el ibero,
pues también del cayámbico linaje
admiró su coraje.

Cayambe, índice olímpico que muestra,
en medio del más negro
caos, el sino de la patria nuestra
en la pujanza indómita de ríos
que húmedos adormecen las sabanas,
en los mares bravíos
con naves viajeras
cargadas de bananas,
en el azul del cielo
herido por el vuelo
de raudos trimotores que en sus ansias
de progreso se tragan las distancias.

Cayambe, índice adusto,
índice, defensor de lo justo,
publicista tenaz de libertades
para que ecuatorianos
se lleven como hermanos
a través del espacio y las edades.

Cayambe, índice erecto que proclama
de la Patria su fama,
índice que abre en la región del éter
con su blanca cimera de granito
un ventanal eterno al infinito.

CANTO AL MAESTRO DEL FUTURO

José Nicolás Vacas

Oyeme, Maestro del futuro,
la voz de gloria y esperanza
que en mi delirio brota!.....

Cuando tuyo sea
el vasto Universo,
y seas guía de tu pueblo
y cantor de tu raza!.....

Cuando te sientas incomprendido
por las blancas visiones de tu ideal;
y los santos anhelos: Justicia, Verdad y Ciencia,
para los hijos de la Patria Nuestra!.....

Cuando entiendas el arcano misterioso
del ritmo universal, de las afinidades

secretas, solemnes y profundas,
que tiene en seno el alma humana!.....

Cuando puedas realizar el milagro
de fundir emociones interiores
en un crisol de dulces melodías!
Cuando creas en ti mismo;
y tu espíritu sepa
vibrar..... pero al desnudo,
sin ropajes de falsas presunciones.....

Con esa ingenuidad pura
de quien es uno con la virtud sagrada!
Vibrar..... pero sin formas ajustadas
a moldes, a reglas, a mentiras de los hombres!.....
Ser canción cósmica,
ser ilusión inaudita
en el concierto Universal!.....

Y en tu desbordamiento impetuoso,
te levantas como el mar;
y mente y corazón y cerebro,
sean lava quemante de los cráteres andinos.....
Y tu VERBO: luz, fuego y cumbre,
domine el azul como los cóndores
y haga estremecer la sierra y la llanura
con su poder de huracán gigante!

Cuando tuyo sea
el verso futuro
y seas guía de tu pueblo
y cantor de tu raza.....
Y hayas ensayado tu coraje sublime,
pleno de armonías
de sol, de mares y de selvas vírgenes,
entonces: ENSEÑA Y CANTA!.....

Y cuando sientas en tu alma
el despertar impaciente

de creaciones incesantes,
de nobles ideales,
de pensamientos leales y profundos,
es llegada la hora: ENSEÑA Y CANTA!.....

Es, entonces, cuando
debes alzar el himno potente;
y consagrar el eucarístico
pan de la Cultura
en el bendito altar de la enseñanza!.....
Y con cada sacrificio de tu lucha heroica,
eleva en tus manos de Apóstol,
la antorcha de fe y de esperanza!

ENSEÑA Y CANTA!

Y verás que al milagro de tu verso,
y verás que al milagro de tu ejemplo,
todo quedará en éxtasis un día.....
Y aun más..... todo será tuyo!.....

No te rindas a los trabajos: procura vencerlos.— VIRGILIO.

El trabajo nos hace sentir fuertes, y en esto consiste nuestro mayor placer.— MULLER.

SINOPSIS GRAMATICAL

por

CESAR AUGUSTO TAMAYO M.
(Miembro de la Asociación de Lingüística
y Filología de Latino—América).

L I M I N A R

Hay dos ciencias que introducen al hombre en el conocimiento de las maravillas del mundo; la una, dirigiendo la inteligencia hasta caminos insospechados, y la otra, elevando el espíritu humano hasta la morada de los dioses. Estas ciencias son las Matemáticas y la Gramática.

Pues las Matemáticas son la ciencia de los números, en tanto que la Gramática es las Matemáticas de las Letras.

El número y la letra son el resumen del saber humano.

El número es una estructura mental, la letra es mental y sentimental.

El número se complementa, en las Matemáticas, con las letras; pero la letra, en función gramatical, es Matemáticas.

El número es la unidad de la sabiduría, la letra es la explicación de esa sabiduría.

Por el número se llega a conocer lo que es el hombre y la naturaleza, por la letra, se llega a lo mismo y aun a desconocerla.

Las Matemáticas y las Letras se vitalizan en el tiempo y en el espacio, confundiéndose en el mar inmenso del conocimiento humano.

Por el número han hablado a los siglos Pitágoras, Copérnico y Einstein; por la letra, Homero, Demóstenes, Aristóteles, Virgilio, Castelar y cien mil filósofos y literatos más.

César Augusto Tamayo Medina.

SINOPSIS GRAMATICAL

Idioma (idios, propio) o **lengua** (lingua) es el modo o manera propia de hablar de una nación.

Nuestra lengua ha recibido los nombres de Castellano porque se habló primero en Castilla, y Español, por haberse extendido por toda España, cuando Alfonso X el Sabio declaró idioma oficial en el siglo XIII.

Lenguas romances o neolatinas (Latin nuevo) son las derivadas del Latin, siendo éstas: el Castellano, Francés, Italiano, Portugués y Rumano.

Formación del Castellano. El Castellano vino del “**sermo vulgaris**” y presenta los siguientes porcentajes idiomáticos: un sesenta por ciento de palabras latinas, un veinte, de palabras griegas, un diez, de árabes y diez, de otros idiomas antiguos y modernos.

Las lenguas se clasifican en monosilábicas, aglutinantes y flexibles. El Castellano es idioma **flexible** ya que sus palabras son modificadas por desinencias; pero también se caracteriza por ser **analítica** siempre que usa de preposiciones para sus relaciones de régimen.

DIALECTO. Dialecto (diá-légoó, hablar) es la modalidad que recibe un idioma en un determinado lugar, con la posibilidad de formar una nueva lengua.

LENGUAJE. Lenguaje (linguam agere, mover la lengua) es el conjunto de fonemas o grafías capaces de expresar ideas y sentimientos.

G R A M A T I C A

Las palabras Gramática y Literatura traen su origen, la primera de una voz griega y la segunda, de una latina, pero ambas significan simplemente **letra**.

GRAMATICA (grmma, letra) entendemos el arte de la palabra hablada o escrita correctamente.

LITERATURA (littera, letra) expresa el arte de la palabra hablada o escrita bellamente.

La Gramática puede ser considerada como Científica, Histórica y Comparada, según se la estudie en sus leyes fundamentales, su evolución y sus peculiaridades gramaticales, comparando con las de otros idiomas.

Antonio de Nebrija, sabio humanista del siglo XV, escribió la primera Gramática de habla castellana y la dedica a la reina Isabel la Católica.

DIVISION. La Gramática ha sufrido algunas divisiones: modernamente acéptase la siguiente: Fonología, Morfología, Ortografía y Sintaxis.

FONOLOGIA. Es la misma **PROSODIA** (pros, hacia y odée, canto) que trata de la recta pronunciación y acentuación de las palabras. La palabra **FONOLOGIA** (fonée, sonido y lógos, palabra, tratado) resulta menos expresivo que el nombre antiguo.

MORFOLOGIA. Igualmente, como el anterior vocablo, sustituyó a la palabra **ANALOGIA** (ana, conforme y logos, palabra) que trata de la formación, clasificación, propiedades y modificaciones de las palabras.

ORTOGRAFIA. Viene de (orthos, recto y grafoo, escribir) y es la única parte de la Gramática que no ha sido cambiada de nombre y enseña el uso correcto de las letras y signos del lenguaje escrito.

SINTAXIS. A esta parte de la Gramática es posible llamarle **TAXILOGIA** (taxis, orden y logos, tratado), más conveniente que **SINTAXIS** (syn, con y taxis, orden), que estudia el anlace de las palabras en orden a la oración.

F O N O L O G I A

FONEMA. Es cada uno de los sonidos diferenciados que unidos forman sílabas y palabras.

GRAFIA. Es el signo gráfico que impropiaemente le llamamos **letra**, conque representamos el lenguaje escrito.

ALFABETO. Entendemos el conjunto de **FONOGRAFIAS** que componen nuestro idioma, siendo ellas en número de veintiocho. El nombre de **alfabeto** arranca del nombre de las dos primeras letras griegas **alfa** y **beta**.

ABECEDARIO. Este nombre se forma con los nombres de las cuatro primeras letras: a—b—c—d.

Las fonografías del Alfabeto castellano se dividen en vocales y consonantes.

VOCALES. En nuestro idioma las vocales son cinco que se clasifican de la manera siguiente:

Abiertas o fuertes: a, e, o.

Cerradas o débiles: i, u.

Las vocales llevan la característica de poder ser pronunciadas por sí solas.

De la combinación de las vocales cerradas con abiertas o de cerradas entre sí, resultan los diptongos y triptongos.

DIPTONGO: Es la unión de dos vocales, de abierta con cerrada o de dos débiles. Según esto los diptongos castellanos son catorce. Helos aquí:

a— ai ,ia, au, ua: Baile, viaje, auto, agua.

e— ei, ie, eu, ue: Deleite, ciego, deuda, luego.

o— oi, io, ou, uo: Estoico, biólogo, bou, cuota.

iu, ui: Ciudad, buitre.

Filólogos de nota sostienen que prácticamente forman diptongo dos vocales abiertas y átonas, de este pensar es Cuervo. En consecuencia, las combinaciones diptongas serían entonces veinte y cinco:

aa, ae, ai, ao, au,

ea, ee, ei, eo, eu,

ia, ie, ii, io, iu,
 oa, oe, oi, oo, ou,
 ua, ue, ui, uo, uu.

TRIPTONGOS. La palabra **TRIPTONGO** (treis, tres y pthongos, sonido) significa el conjunto de tres vocales formando una sola sílaba. Para que haya triptongo es menester que la **a** y la **e** vayan precedidas y seguidas de vocales cerradas o débiles. Son cuatro los triptongos en nuestra lengua:

iai: despreciáis.
 uai: averiguáis.
 iei: desperdiciéis.
 uei: mengüéis.

CASOS DE ADIPTONGOS

- I. Las vocales abiertas seguidas a continuación no forman diptongo o triptongo, salvo el caso en que intervenga la licencia métrica llamada **sinéresis**, licencia que de dos sílabas distintas forma una sola, como: **re—al, real**.
- II. Tampoco existe diptongo, cuando de las dos vocales que lo forman, lleva la vocal cerrada el acento prosódico, como: **día, baúl, alegría**.
- III. Los participios de los verbos terminados en **uir** no forman diptongos, como: **huir, huído, influir, influído**.
- IV. Igualmente los verbos cuyo infinitivo hacen en **iar** y **uar** no se diptongan las tres personas de singular y la tercera de plural de los presentes de indicativo, imperativo y subjuntivo. Ejemplos: **ampliar, actuar**, que desechan el diptongo, haciendo **amplío, actúo**; pero no lo pierden los verbos **mediar, amortiguar**.
- V. Con la diéresis que separa la sílaba única del diptongo en dos distintas, como **ruido, rü—i—do**,

LAS CONSONANTES

Son fonografías consonantes las que necesitan del auxilio de las vocales para pronunciarlas claramente. El alfabeto castellano se compone de veinte y tres letras.

DIVISION DE LAS CONSONANTES. Las consonantes se dividen atendiendo a diversas razones: en mayúsculas y minúsculas, como las vocales, por su articulación, por su estructura, por la persistencia de sonido.

POR SU ARTICULACION. Entendemos por los órganos que intervienen en su pronunciación, esto es, consideradas las consonantes fisiológicamente:

LABIALES. Son las que se pronuncian principalmente con la intervención de los labios; éstas son: b, m, p.

LABIODENTAL. No tenemos sino una sola consonante labiodental y es la f. En consecuencia, la v (uve) no puede ser consonante de esta naturaleza, clasificándose más bien dentro de las labiales.

DENTALES. Las consonantes dentales se pronuncian acercando la lengua al interior de los dientes superiores, como ocurre con las letras: d, s, t.

GUTURALES. Necesitan estas consonantes del concurso de la garganta para ser pronunciadas, como las siguientes: c, g, j, x.

ALVEOLARES. Para su articulación hay que acercar la punta de la lengua a los alvéolos de los dientes, como sucede con las siguientes consonantes: n, l, r, rr.

PALATALES. Se pronuncian con la lengua y el paladar y son las siguientes: ch, y, ll, ñ.

POR SU ESTRUCTURA. Las consonantes por su estructura se clasifican en sencillas y dobles.

SENCILLAS son las que tienen una sola grafía: b, f, j, etc.

DOBLES son las que están formadas por dos grafías: ch, ll, rr.

POR LA PERSISTENCIA DE SONIDO. Entendemos por persistencia de sonido la conservación de su valor fónico o el cambio de sonido que sufren algunas consonantes, según los casos, las primeras serán unisonas y las segundas, bisonias.

UNISONAS aquellas que se pronuncian de un mismo modo; ejemplo: f, m, t.

BISONAS son las que admiten un sonido fuerte y otro suave, como la: c, g, r, según apreciamos a continuación:

FUERTE: c—k antes de a, o, u.

SUAVE: c—z antes de e, i.

FUERTE: g—j antes de e, i.

SUAVE: g antes de ue, ui y seguida de a, o, u.

FUERTE: rr que siempre va entre palabra, carro.

SUAVE: r que va al principio, entre o final de palabra.

También las consonantes se dividen en líquidas y licuantes.

LIQUIDAS aquellas que forman sílaba uniéndose a las licuantes y son: l, r.

LICUANTES las que se anteponen a las líquidas y se funden para formar una sola sílaba, las cuales son siete: b, c, d, f, g, p, t, de la siguiente manera:

b — bl, br: blanco, brazo.

c — cl, cr: clima, crema.

d — d-, dr: drama, madre.

f — fl, fr: flébil, frío.

g — gl, gr: globo, gruta.

p — pl, pr: pliego, prado.

t — tl, tr: atlas, tremer.

La consonante h en ningún caso representa algún sonido y por esta razón se le ha dado el nombre de h muda. Han sido fuertes los empeños por su supresión en el habla castellana, mas digamos con toda verdad que es la letra que mayormente se la debe mantener por motivos etimológicos.

LAS SILABAS

SILABA (syn, con y lambanoo, coger, tomar) es la letra o conjunto de letras que se pronuncia en una emisión de voz. Ejemplos: a, vi, sol, tras, trans.

CLASIFICACION DE LAS SILABAS

I. Por el número de letras:

- a) Monolíteras: a, y, o.
- b) Dílíteras: el, mi, tu.
- c) Polilíteras: trans-gre-sión.

II. Por el número de vocales:

- a) Simples si tienen una vocal: A-te-nas.
- b) Compuestas si tiene varias vocales: dio, fue.

III. Por el número de consonantes:

- a) Incomplejas cuando hay una consonante: re-la-ti-vo.
- b) Complejas cuando hay varias consonantes: gas-tri-tis.

IV. Por el lugar que ocupan las letras:

- a) Directas cuando inician por consonante: ca-sa, sa-la.
- b) Inversas cuando inician por vocal: es, ir, as.
- c) Mixtas cuando la vocal va entre consonantes: car-bón, rendir.

LA PALABRA

PALABRA (para, junto a y balloo, lanzar=parábola) trae su origen de parábola (comparar) con la voz inicial PARABLA, la cual por metátesis se convirtió en PALABRA. Gramaticalmente, palabra es la sílaba o reunión de sílabas con que expresamos alguna idea o afecto.

La palabra posee varios sinónimos, como: voz, dicción, término, vocablo, no obstante tener ellos significación propia.

DIVISION DE LAS PALABRAS POR EL NUMERO DE SILABAS QUE LAS FORMAN

MONOSILABAS de una sola sílaba: dio, sol, mar.

DISILABAS de dos sílabas: ca-rro, ár-bol, me-sa.

POLISILABAS de muchas sílabas: pá-li-do, ca-rrre-te-ra, mo-nolí-ti-co.

DIVISION DE LAS PALABRAS POR RAZON DEL ACENTO

Ante todo, digamos algo sobre el acento prosódico y sobre el ortográfico.

ACENTO PROSODICO. Es la mayor intensidad o fuerza con que se hiere una sílaba determinada al pronunciar una palabra. Ejemplos: **clase**, **delantero**, **pizarra**.

ACENTO ORTOGRAFICO. Es la tilde que se escribe sobre la vocal tónica de una palabra, en casos determinados, como: **Inés**, **árbol**, **lúgubre**.

ACENTO RITMICO. Es el que domina sobre los demás en un grupo de palabras al formar frases, oraciones, sobre todo en verso, como en el siguiente ejemplo:

Y que en las ZARzas de su ERIAL camino
pedazos de su Vlda va dejando.....

POR EL LUGAR QUE OCUPA EL ACENTO:

NOMBRE	ACENTO PROSODICO	ACENTO ORTOGRAFICO
Agudas u oxítonas: (última sílaba)	pared, amor, papel, reloj, querub, rapaz; es decir, no se tildan si terminan en consonante.	En n: Capitán, rincón, también. En s: Inés, después, cafés. En a: Sofá, dirá, Bajá. En e: Llegué, rogué, café. En i: Maní, temí, capulí. En o: Llegó, rodó, rondó. En u: Ombú, tisú, sagú.
Graves o paroxítonas: (penúltima sílaba)	vuelan, pasan, ruedan. vuelas, casas, feraces. Querube, cielo, casa.	Fénix, tórax. Mármol, árbol, cárcel. Lápiz, cáliz, Núñez.
Esdrújulas o proparoxítonas: (antepenúltima sílaba)	No existen.	Cálido, débiles, exámenes.
Esdrújulísimas o sobreesdrújulas:	Estas palabras se forman con una forma verbal y dos pronombres: Amándosele, reprendaselo, odiándoseme.	

DIVISION POR EL SONIDO, ESCRITURA Y SIGNIFICADO

PARONIMAS son voces de distinto significado, pero que se relacionan por su forma y etimología: absceso y acceso, espiar y expiar.

HOMONIMAS o isónimas (isos, igual y onyma, nombre) son palabras que suenan lo mismo, mas de significado diferente: infante (niño) infante (príncipe).

HOMOFONAS (homos, igual y foné, sonido) de igual sonido y escritura diferente, como: Ciervo y siervo, habría y abría, cima y sima.

SINONIMAS u homólogas (homos, igual y logos, palabra) se escriben de distinta manera y conservan igual significado, más o menos con alguna modificación como: odiar y aborrecer, asilo y refugio.

ANTONIMAS o contrarias, poseen forma y sonido diferentes, expresando ideas opuestas entre sí.

MORFOLOGIA

Habíamos indicado que a la parte de la gramática que llamamos **ANALOGIA**, se le ha dado el nombre de **MORFOLOGIA** (del griego morfé, forma y logos, tratado) y considera las palabras aisladamente para estudiar sus formas, propiedades y modificaciones.

ORACION GRAMATICAL. Es la expresión de un juicio con palabras. Las palabras en función gramatical constituyen nueve grupos que se llaman partes de la oración y se dividen en:

Variables: artículo, sustantivo, adjetivo, pronombre y verbo.

Invariables: adverbio, preposición, conjunción e interjección.

Las partes variables son modificadas en fuerza de los accidentes gramaticales; las invariables no son afectadas por ellos.

ACCIDENTES

SUSTANTIVO	género	número				
ADJETIVO	género	número				
ARTICULO	género	número				
PRONOMBRE	género	número	persona	caso		
VERBO		número	persona		voz	modo tiempo

GENERO. Es el accidente gramatical que señala el sexo de las personas, animales y el que se atribuye a las cosas. Propiamente hay dos géneros: masculino y femenino, a los que se añaden otros.

a) **Masculino** es el que corresponde al varón, animal macho y cosa que se la puede dar este género por su significado, terminación o uso: Rafael, toro, río.

I: Masculinos por su significado:

Nombres propios de hombres: Pedro, Alberto, Hermógenes.

Nombres de animales machos gato, perro, gallo.

Los oficios de varón: sastre, abogado, sacerdote.

Nombres de ríos: Amazonas, Esmeraldas, Pastaza.

Nombres de montes: Cotopaxi, Cayambe, Chimborazo.

Nombres de meses y días: Enero, marzo, mayo.— Lunes, jueves, domingo.

Las notas de la escala musical: do, mi, fa.

II. Masculinos por su terminación:

Terminados en las vocales: e, i, o, u.

Acabados en las consonantes: j, l, n, (m), r, s, t, con muchas excepciones.

b) **Femenino** es el que corresponde a la mujer, animales hembras y cosas que se atribuyen este género por su significado, terminación o por el uso.

I. Femeninos por su significado:

Los que indican estado u oficio de mujer: costurera, marquesa.

Nombres de ciencias, artes o de virtudes: historia, poesía, humildad.

Nombres de las letras del alfabeto: la b, la x.

II. Femeninos por su terminación:

Los terminados en la vocal: a.

Los acabados en consonante: d, z, con numerosas excepciones.

FORMACION DEL FEMENINO DE LOS SUSTANTIVOS

1. Los terminados en vocal, se los cambia por a: perro, perra; jefe, jefa.
2. Finalizando en: triz, esa, isa, ina: emperatriz, duquesa, profetisa, gallina.

Por último, hay femeninos de raíz diferente del masculino, como: vaca y toro, mamá y papá, yegua y caballo.

GENERO NEUTRO. Representan el género neutro el artículo lo y los pronombres ello, esto, eso, aquello. Todos los nombres precedidos del artículo lo, se tornan en nombres neutros, como: lo bueno, lo grande.

El artículo "lo" antecede a veces a un femenino: lo buena que era María; otras, a un masculino: lo poderoso que es Alejandro.

GENERO COMUN. Pertenecen al género común los nombres de personas que, teniendo una sola terminación, convie-

nen a los dos sexos, con el artículo respectivo, por ejemplo: el mártir y la mártir, el testigo y la testigo.

GENERO EPICENO. El nombre epiceno (epi, sobre y koinos, común) se aplica a los sustantivos de una terminación que expresan los dos sexos de los animales, para lo cual hay que posponer las palabras macho o hembra; ejemplo: tigre macho y tigre hembra; tórtola macho y tórtola hembra.

GENERO AMBIGUO. Viene del latín "ambiguus", equivoco, y sirve para manifestar los nombres de las cosas que con una sola terminación suelen usarse indistintamente como masculinos o femeninos, así: el lente o la lente, el puente o la puente. Dejan de ser ambiguos los nombres que cambian de significado.

EL NUMERO. Es el accidente gramatical que indica si se trata de una o varias personas, animales o cosas. Son dos: singular y plural.

Número singular es el que expresa la unidad de los seres o de las cosas: árbol, río, gato.

Número plural es el que indica dos o más seres u objetos: los árboles, los ojos, los hombres, ambas mujeres.

Nombres que carecen de plural son los que por su naturaleza o uso aparecen como únicos: Cotopaxi, Argentina, Asia, poniente, nada, caos.

Nombres que carecen de singular son los que envuelven idea de multiplicidad: los Andes, viveres, tenazas, modales, exequias, manes.

FORMACION DEL PLURAL DE LOS SUSTANTIVOS:

1. Añadiendo sólo una s: Si terminan en vocal átona o en "é" tónica.

a — casa, casas.
e — timbre, timbres.
é — café, cafés.
i — babi, babis.
o — cielo, cielos.
u — espíritu, espíritus.

2. Añadiendo la sílaba **es**: cuando terminan en consonante o en vocal tónica.

b, d Club, clubes; pared, paredes.

á — bajá, baja**es**.

i — rubí, rubí**es**; maravedi, is, **ies**, **ces**.

o — rondó, rondo**es**.

u — ombú, ombú**es**.

Se exceptúan los nombres:

papá, papá**s**; mamá, mamá**s**; sofá, sofá**s**.

3. Los que terminan en x o z, para formar el plural las cambian en **ces**, como de ónix, ónix**es**; de luz, luz**es**.
4. Los nombres compuestos siguen, en general, las reglas de los simples, pero los hay que forman el plural en ambos componentes, como: gentil**hombre**, gentile**shombres**. Otros hacen el plural únicafente en el primer término componente, así: cualesquiera, hijos**dalgo**.
5. **Plurales anómalos** llama la Real Academia a los plurales de origen extranjero que se apartan de las reglas establecidas para el Castellano, sin embargo, están en uso: de lord, lo**res**; de frac, fra**ques**..... etc.

EL CASO. Indica el oficio que desempeñan las partes declinables en la oración.

Los casos son seis: Nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo y ablativo (Lat. ablatio, quitar).

DECLINACION es el conjunto de casos, sea ésta prepositiva o desinencial (lat. desinere, finalizar). Nuestra declinación es prepositiva, porque se la realiza con el empleo de preposiciones.

Declinar un nombre es colocarlo en los diferentes casos, en singular o en plural para indicar su oficio en la oración.

Declinación del nombre Juan:

N. Juan. Sujeto: **Juan** compra libros.

G. de Juan Compl. determinativo
o de nombre: Luis compra los libros **de Juan**.

D. para Juan.	Compl. indirecto:	Luis compra libros para Juan.
Ac. a Juan. (Sin a).	Complemento directo:	Luis estima a Juan.
	Complemento directo:	Luis compra libros.
V.	Para llamar:	Luis, estima a Juan.
Ab, en, con,...	Compl. circunstancial:	Luis compra libros en Quito.
		Luis compra libros con Juan.
		Luis compra libros con dinero.

En el pronombre ha quedado huellas de la declinación desinencial, no obstante que hacemos uso de las preposiciones para indicar los casos.

NOTA: El sustantivo participa sus accidentes gramaticales a las demás partes variables de la oración, como al artículo, adjetivo y pronombre.

EL ARTICULO

Artículo (artículos, unión de una parte con otra) es una parte variable de la oración que se antepone al sustantivo o parte sustantivada para limitar su significado y expresar su género y número.

Los artículos son de dos clases: determinantes e indeterminantes.

	SINGULAR	PLURAL
DETERMINANTE (Se refiere a seres consabidos)	{ el — el alumno la — la maestra lo — lo piadoso	{ los — los alumnos las — las maestras. (Carece).
INDETERMINANTE (Señala vagamente los objetos)	{ un — un libro una — una niña	{ unos — unos libros. unas — unas niñas.
CONTRACTO (Es determinante)	{ al = a + el: al hombre del = de + el: del hombre	{ (Al formar el plural y con el femenino desaparece la contracción).

OBSERVACIONES:

1. Los artículos femeninos, de ambas clases, la, una, reciben las formas masculinas **el**, **un**, antes de los sustantivos que empiezan por **a** o **ha** acentuadas, para evitar el vicio llamado hiato. Ejemplos: el alma, el ansia, un arca, un hacha, un hada, en vez de la alma, la ansia, una arca, una hacha, una hada. Mas esta indicación no se cumple cuando tenemos que referirnos a las letras: la **a**, la **h**.

2. Todos los artículos sustantivan a las demás partes de la oración, menos el artículo "lo" que sustantiva únicamente al adjetivo.

3. No sólo el artículo "el" se confunde con el pronombre "él", sino que también los demás, excepto "un", como en los casos siguientes: yo **las** dije que estudiaran; **unas** corrieron despavoridas; advirtió que **la** cuidaran.

OMISION DEL ARTICULO

a) No llevan artículo los nombres propios de personas o de animales, por ejemplo: **Julio César** lloraba envidioso de la gloria de **Alejandro**; **Bucéfalo** vio crecer el poderio de **Alejandro**. En el plural lo admiten.

b) Los nombres propios de ciudades, países, por norma general, tampoco llevan artículo. Ejemplos: Francia, Alemania, Portugal. Sin embargo, llevan algunos nombres: el Ecuador, los Estados Unidos, las Américas.

c) Si los sustantivos van precedidos de adjetivos posesivos o demostrativos, no llevan artículo. Ejemplos: nuestros deberes, ese árbol, aquel joven.

EL NOMBRE SUSTANTIVO

Nombre sustantivo es la parte variable de la oración que sirve para nombrar a las personas, animales y cosas reales o imaginarias, como: Pedro, María, casa, piedad.

Peró sustantivo o **sustantivo** (sub, debajo y stans+ivo, estante, existente) considerado etimológicamente sería lo rela-

tivo a lo sustancial de los seres. En consecuencia, es el nombre que damos a las sustancias naturales o artificiales, como: tierra, árbol, Quijote, Rocinante.

DIVISION DEL SUSTANTIVO:

I. POR SU NATURALEZA	Abstracto (nombres que representan lo intangible).	De cualidad:	{piedad, valor, risa, pensamiento.
		De ser:	{Dios, ángel, demonio.
	Concreto (nombres de seres reales).	Animados:	{hombre, niño, reptil, caballo.
		Inanimados:	{papel, tiza, libro, lápiz.
II. POR SU EXTENSION	Propios (nombres de seres determinados)		{Cayambe, Guailabamba, Luis.
	Comunes (nombres de todos los seres de una especie).		{alumno, maestro, aula.
	Colectivos (los que en singular indican multitud).		{arboleda, enjambre, ejército.
III. POR SU ESTRUCTURA	Simple (Consta de una palabra).		{boca, calle, sobre, cama.
	Compuesto (de dos palabras castellanas).		{bocacalle, sobrecama.
	Parasintético (el compuesto y derivado a la vez).		{picapedrero, portaflojero.
	Primitivo (no viene de otra voz castellana).		{Flor, tinta, banca.

IV.
POR SU
ORIGEN

Derivado (procede de un primitivo).	Gentilicio (origen de lugar).	}	Español, gallego, quiteño.
	Patronímico (origen de ascendencia paterna).	}	Muñoz, Núñez, Sánchez.
	Aumentativo (agranda el significado).	}	Portón, librote, bigotazo.
	Diminutivo (empequeñece el significado).	}	Pañuelo, tortolilla.
	Despectivo (indica desprecio).	}	Beatuco, poetastro.
	Partitivo (indica partes de un todo).	}	Diezmo, tercio, cuarto.
	Múltiplo (veces que una cantidad contiene a otra).	}	Décuplo, céntuplo, duplo.

NOTA: El adjetivo y el artículo concuerda con el sustantivo en género y número; el adjetivo se puede decir que concuerda también en caso.

NOMBRE ADJETIVO

Nombre adjetivo (Adjectivus, agregado) es la parte variable de la oración que va antes o después del sustantivo para calificarlo o determinarlo.

Como el adjetivo tiene el mismo origen que el sustantivo, posee los mismos accidentes gramaticales de género, número y **caso**. De igual modo, admite la partición de: simple, compuesto, primitivo, derivado, verbal, gentilicio, aumentativo, diminutivo, despectivo y parasintético.

CLASIFICACION:

El adjetivo es de dos clases: CALIFICATIVO y DETERMINATIVO.

I. EL ADJETIVO CALIFICATIVO O CUALITATIVO. Es el que se junta al sustantivo atribuyéndole alguna cualidad.

El adjetivo calificativo se divide en:

a) ADJETIVO EXPLICATIVO, si la cualidad del sustantivo es permanente, por naturaleza, como: negro carbón, lobo rapaz, mansa paloma.

b) ADJETIVO ESPECIFICATIVO, si la cualidad del sustantivo es transitoria y sirve para distinguirlo de los demás de su especie, como: casa grande, río impetuoso.

El adjetivo calificativo llega a sustantivarse cuando le precede cualesquiera de los artículos, por ejemplo: **del bueno** es la gloria; **lo valiente** corresponde al soldado, **al sabio**, la prudencia.

Apócope de los adjetivos. Sufren apócope los siguientes adjetivos:

- a) **Santo** antes de nombre propio: San Agustín, San Antonio, San Benito; pero no sufre apócope con los nombres: Santo Tomás, Santo Toribio, Santo Domingo.
- b) **Grande**, cuando precede a un nombre sustantivo, como: gran hombre, gran escritor. Grande, pospuesto al sustantivo, muchas veces, cambia de sentido, por ejemplo: hombre grande.
- c) **Bueno**, también se apocopa en el mismo caso, como: buen político, buen trabajador.

Grados de significación del adjetivo calificativo.

Son tres: Grado Positivo, Grado Comparativo y Grado Superlativo.

1. POSITIVO. Denota simplemente la cualidad del sustantivo: fuerte, débil.

2. COMPARATIVO { De superioridad.— Juan es MAS valiente QUE Pedro.
De inferioridad.— Juan es MENOS valiente QUE Pedro.
De igualdad.— Juan es TAN valiente COMO Pedro.

Los términos de la comparación son **sustantivos** y las palabras **más** o **menos**, son adverbios de cantidad; el término **que** es conjunción. Los vocablos **tan** y **como**, empleados en el comparativo de igualdad, son adverbios.

3. SUPERLATIVO { Superlativo absoluto { (Cualidad más alta, sin comparar sustantivos). { Hombre muy sabio.
Hombre sapientísimo.
Superlativo relativo { Pedro es el más sabio de los hombres.
(establece comparación) { Pedro es el menos sabio entre los hombres.

Adjetivos de una o dos terminaciones

- a) De una, para los tres géneros y terminan en a, e, i, l, s, z, como: estudiante, hipócrita, cruel. El sirviente, la sirvienta. Lo servil.
- b) De dos terminaciones: la primera, para el masculino y neutro; la segunda, para el femenino, como: el bueno, lo bueno, la buena.

II. ADJETIVOS DETERMINATIVOS

Adjetivo determinativo es el que acompaña al sustantivo, comunicándole una relación de posesión, distancia número y vaguedad, como: mío, ese, doce, alguno.

Son cuatro: adjetivo posesivo, demostrativo, indefinido y numeral.

1. ADJETIVOS POSESIVOS	De 1ª persona	{ Mío, míos, mía, mías. }	{ Un solo poseedor.
		{ Nuestro, nuestros, nuestra, nuestras. }	{ Varios poseedores.
	De 2ª persona	{ Tuyo, tuyos, tuya, tuyas. }	{ Un solo poseedor.
{ vuestro, vuestros, vuestra, vuestras. }		{ Varios poseedores.	
De 3ª persona	{ Suyo, suyos, suya, suyas. }	{ Uno o varios poseedores.	
	De distancia cercana	{ Este, esta, estos, estas. }	{ Estos niños.
2. ADJETIVOS DEMOS- TRATIVOS	De distancia menos cercana.	{ Ese, esos, esa, esas. }	{ Esas niñas.
	De distancia lejana	{ Aquel, aquellos, aquella, aquellas. }	{ Aquella mujer.

3. ADJETIVOS INDEFINIDOS. Son aquellos que determinan al sustantivo de manera vaga y general, por ejemplo: poco, mucho, bastante, alguno, ninguno, todo, otro, ajeno, tanto, harto, etc., la mayoría de estos adjetivos indican cantidad.

4. ADJETIVOS NUMERALES	{ Cardinales , sirven para contar. }	{ Uno (nunca es artículo), dos, tres, cinco, ciento, mil, etc. }
	{ Ordinales , indican orden. }	{ Primero, segundo, tercero, octavo, cuadragésimo, etc. }
	{ Partitivo , indica partes de un todo. }	{ Medio, tercio, onceavo, etc. }
	{ Múltiplo , indica las veces que contiene una cantidad a otra. }	{ Doble, triple, etc. }

No olvidemos que los adjetivos posesivos **mío, tuyo y suyo**, se apocopan cuando son colocados antes de un sustantivo, ejemplos: mi madre, madre mía; tu libro, libro tuyo; su casa, casa suya.

DEL PRONOMBRE

Pronombre (pro-nomen, en vez del nombre) es la parte variable de la oración que representa al nombre sustantivo, subjetiva, objetiva y correlativamente e indica las personas gramaticales, es decir, las personas que intervienen en el discurso.

Todos los pronombres, menos "yo", se convierten en adjetivos cuando acompañan a un sustantivo. Ejemplos: Cuál vino? Cuál hombre vino? El "que" es pronombre relativo, si se puede de substituir por cual, los cuales, las cuales; en caso contrario, será conjunción, como en **rogué que vinieras**; no es lo mismo: el libro **que** compramos, que es igual: el libro, **el cual** compramos.

CLASIFICACION DEL PRONOMBRE

Los pronombres se dividen en: personales, posesivos, correlativos (demostrativos, relativos e interrogativos) e indefinidos.

Los pronombres personales han conservado alguna huella desinencial al ser declinados.

DECLINACION

CASTELLANA · LATINA

PRONOMBRES PERSONALES	1. ^o PERSONA (la que habla).	Yo, nosotros, nosotras.	Singular.	Ego
			N. Yo	mei
			G. de mí	mihī
			D. a, para mí, me.	me
			Ac. a mí, me.	
			V.	
			Ab. de, por, en, etc., mí, conmigo (com-me-cum).	in, etc. a me, mecum.
			Plural.	
			N. Nos, nosotros, nosotras	Nos
			G. de nos, de nosotros, de nosotras	nostrum, nostri
			D. para nos, para nosotros, as.	nobis
			Ac. a nos, a nosotros, a nosotras	nos
			V.	
			Ab. en nos, en nosotros, en nosotras	a nobis.

PRONOMBRES
PERSONALES

2^o

PERSONA
(con quien
habla).

Tú,
vosotros,
vosotras.

Singular.

N. Tú
G. de ti
D. a, para ti, te
Ac. a ti, te
V.
Ab. de, por, etc. ti, contigo
(com-te-cum)

Plural.

N. Vos, vosotros, as.
G. de vos, de vosotros, de as.
D. es, a o para vos, vosotros, as.
Ac. es, a vos, vosotros, vosotras
V. vos
Ab. con vos, vosotros, vosotras

Vos
Vestrum, vestri
Vobis
Vos
Vos
a vobis.

3^o

PERSONA
(de quien se
habla).

El, ella,
ellos, ellas.

Singular.

N. él, ella, ello.
G. de él, de ella, de ello.
D. a o para él, ella, le, se, ello
Ac. a él, le, a ella, la, lo
V.
Ab. con, de, en (etc.) él, ella, ello

Illo, illa, illud
Illius
Illi
Illum, illam, illud
ab illo, illa, o.

Plural.

N. ellos, ellas
G. de ellos, de ellas
D. a, para ellos, ellas; les, se
Ac. a ellos, los; a ellas, las
Ab. con, de, en (etc.) ellos, ellas.

Illi, ac, a
Illorum, orum, orum
Illis
illos, as, a
ab illis.

PRONOMBRES PERSONALES

FORMA REFLEXIVA

Se.

Sirve para ambos géneros y números:

Sui

Sibi.

Se.

a se,

secum.

G. de sí

D. a o para sí, se

Ac. a sí, se

Ab. de, en, por (etc.), sí, consigo (cum-se-cum).

Hay también pronombres enclíticos que se funden a los verbos, como: dígame, tráigase. Cuando el enclítico, se funde a un verbo en agudo, no se tilda ahora.

PRONOMBRES CORRELATIVOS
(son los que guardan relación entre sí).

Demostrativos son los que señalan las distancias de los seres.

éste, éstos, esto, ésta, éstas;

ése, esos, eso, ésa, esas;

aquél, aquellos, aquello, aquélla, aquéllas;

tal, tales; tanto, tantos.

Relativos, los que se refieren a seres ya nombrados y se llaman antecedentes.

Que (sin plural); cual, cuales; quien, quienes; cuyo, cuyos; cuya, cuyas; cuanto, cuantos; cuanta, cuantas.

Interrogativos, los que sirven para preguntar.

Se emplean los mismos pronombres relativos.

Recordemos que el término "uno" siempre es pronombre y en ningún caso es artículo. Será adjetivo cuando contamos: uno, dos, tres....., etc.

USO DEL PRONOMBRE "SE"

1. El término "se" es DATIVO cuando las oraciones se construyen con verbo transitivo que pide un acusativo diferente de él: Pedro se compra libros, el dativo es "se" y el acusativo, **libros**.
2. Pero es ACUSATIVO, si el verbo es reflejo por naturaleza o de reflexión impropia, como: **Juan "se" duele de sus errores; Luis "se" ama**, porque la caridad empieza por uno mismo. El verbo "duele" es reflejo, no así el verbo "ama" que es transitivo.
3. El "se" da la forma refleja a una oración de pasiva, como vemos en los siguientes ejemplos: La ciudad **se destruyó** por las llamas; la ciudad **fue destruída** por las llamas.
3. Por último, el pronombre "se" forma también una oración impersonal, llevando el verbo en tercera persona de singular, así: A tontas y a locas **se procede** mal.

USO DEL PRONOMBRE DE TERCERA PERSONA EN DATIVO O ACUSATIVO

DATIVO: le, les.

ACUSATIVO: le, lo, la, los, las.

1. Si el verbo admite otro acusativo que no sea "le", será éste DATIVO; en el plural es "les", como: Al profesor **le** atendí sus explicaciones; a los profesores **les** atendí sus explicaciones.
2. Usando este pronombre como ACUSATIVO, emplearemos **la** o **las**, según el número, para el femenino; **le**, **lo** o **los**, para el masculino, también según su número, como en los ejemplos siguientes
 - a) A tu hijo **le** castigué o **lo** castigué.
A tus hijos **los** castigué.

- b) A tu hija **la** castigué.
A tus hijas **las** castigué.

En este caso el pronombre de tercera persona viene a ser un complemento directo (acusativo) del verbo **castigué**.

PRONOMBRES REFLEJOS USADOS EN LA CONJUGACION PRONOMINAL

- Me: yo **me** estimo.
Te: tú **te** estimas.
Se: él **se** estima.
Nos: nosotros **nos** estimamos.
Os: vosotros **os** estimáis.
Se: ellos **se** estiman.

Hallamos casos en que el término "se" va tildado, entonces puede representar el imperativo del verbo ser o la primera persona del presente de indicativo del verbo saber, como: **Sé** bueno con tus padres; "yo sé que nada sé".

EL VERBO

Verbo (verbum, palabra por excelencia) es parte de la oración que expresa acción, pasión, existencia o estado, en el tiempo, número y persona.

También se lo puede definir: **VERBO ES LA PALABRA EN ACCION**, ya que sus demás condiciones son modalidades de la misma acción, puesto que la **panquinesis** es verdadera.

DIVISION DEL VERBO:

I. Por su estructura:

- a) Simple: **escribir**.
b) Compuesto: **prescribir**.
c) Parasintético: **arremolinar**se.

II. Por su origen:

- a) Primitivo: **pisar**.
- b) Derivado: **pisotear**.

III. Por su significado:

a) Copulativo	{ Une el predicado nominal con el sujeto.	{ SER: Juan es carpintero. ESTAR: Juan está enfermo. MORIR: Juan murió pobre. (El último caso es con verbo intransitivo, significando estado).
b) Transitivo	{ Cuya acción termina en un ser que es caso acusativo.	{ DE PERSONA: Juan ama a Luis. DE COSA: Juan compra libros. DE ANIMAL: Juan compra vacas; Juan conoce a Rocinante.
c) Intransitivo	{ Su acción no termina en complemento directo	{ Juego con gusto. Quedó en suspenso. Está con miedo.
d) Reflexivo	{ La acción recae sobre el que la realiza.	{ REFLEXIVO PROPIO: dolerse, peinarse. REFLEXIVO IMPROPIO: amarse, odjarse.
e) Recíproco	{ Denota cambio mutuo de acción entre dos o más seres.	{ Pedro y Juan se cartean.

Al verbo ser, además de llamarse copulativo, le damos el nombre de **verbo sustantivo**, porque propiamente significa existencia o esencia de los seres.

IV. Por su flexión:

a) Auxiliar	{ Porque ayudan a con- jugar algunos tiempos de los demás.	{ HABER: forma tiempos compuestos: Yo había amado . SER: forma la voz pasiva: Yo había sido amado .
-------------	--	--

b) Unipersonal	{ Indican fenómenos de la naturaleza y se usan en	{ INFINITIVO: nevar, relampaguear. 3ª PERSONA de SINGULAR: atardece, amanece.
c) Defectivo	{ No tienen algunos tiempos ni personas.	{ Balbucir, aterir, abolir, etc... Pres. Pret. Fut. AMAR: am-o am-é am-aré mat-o mat-é mat-aré
d) Regular	{ No cambian de raíz ni terminación, según su modelo.	{ TEMER: tem-o tem-í tem-eré le-o le-í le-eré PARTIR: part-o part-í part-iré viv-o viv-í viv-iré
e) Irregular	{ Cambian en la raíz o en la terminación.	{ EN LA RAIZ: de cont-ar, cuent-o; de serv-ir, sirv-o. EN LA TERMINACION: de and-ar, and-uve; de ir, i-ba.

CONJUGACION

Conjugación es el conjunto de variaciones desinenciales que toma el verbo, según los accidentes gramaticales, que son: voz, modo, tiempo, número y persona.

Las conjugaciones en Castellano son tres:

Primera: verbos que terminan en **ar**, como: amar.

Segunda: verbos que terminan en **er**, como: temer.

Tercera: verbos que terminan en **ir**, como: partir.

ACCIDENTES DEL VERBO

Los accidentes del verbo son: voz, modo, tiempo, número y persona.

I. LA VOZ Expresa si el sujeto es agente o paciente.	{ VOZ ACTIVA, cuando el sujeto ejecuta la acción	{ Luis trabaja sus deberes.
	{ VOZ PASIVA, cuando el sujeto recibe la acción del verbo.	{ Los deberes son trabajados por Luis.

a) IMPERSONAL que no tiene persona, tampoco tiempo ni número. { Amar, temer, partir.
 { Amando, temiendo, partiendo.
 { Amado, temido, partido.

PERSONALES:

II. MODO
 Es la manera general de enunciar la acción o el hecho.

a) **Indicativo**, indica la acción como real. { Amo, temo, parto.

b) **Potencial**, indica la posibilidad de la acción del verbo. { Amaría, temería, partiría.

c) **Subjuntivo**, indica deseo y su acción es dependiente. { Ame, tema, parta, (Dijo que ame a la humanidad).

d) **Imperativo**, expresa acción en forma de mandato, ruego. { Ama tú, teme tú, parte tú.

MODO INDICATIVO

TIEMPOS SIMPLES

TIEMPOS COMPUESTOS

a) Presente { Pretérito perfecto
 b) Pretérito Imperfecto { Pretérito pluscuamperfecto
 c) Pretérito Indefinido { Pretérito anterior
 d) Futuro Imperfecto { Futuro perfecto.

MODO POTENCIAL

a) Potencial Imperfecto { Potencial perfecto

MODO SUBJUNTIVO

a) Presente { Pretérito perfecto
 b) Pretérito Imperfecto { Pretérito pluscuamperfecto
 1ª y 2ª forma { 1ª y 2ª forma
 c) Futuro Imperfecto { Futuro perfecto.

MODO IMPERATIVO

Presente

III. TIEMPO
 Da a conocer el momento de la acción del verbo.

MODO INFINITIVO

a) Infinitivo	}	a) Infinitivo
b) Gerundio (Gerundus, llevando).		b) Gerundio
c) Participio.		c) Carece.

EL NUMERO.— Son dos: singular y plural.

LA PERSONA.— Las personas gramaticales son tres: Primera, Segunda y Tercera personas, así:

SINGULAR: Yo, tú, él.

PLURAL: Nosotros, vosotros, ellos.

Recordemos que tenemos dos verbos auxiliares, el verbo **HABER** para la formación de los tiempos compuestos; el verbo **SER** para formar la voz pasiva.

Preterito indefinido

Hube.	Fui.	amado	Hube habido.	Hube sido.	amado
Hubiste.	Fuiste.	"	Hubiste habido.	Hubiste sido.	"
Hubo.	Fue.	"	Hubo habido.	Hubo sido.	"
Hubimos.	Fuimos.	"	Hubimos habido.	Hubimos sido	"
Hubisteis.	Fuisteis.	"	Hubisteis habido.	Hubisteis sido	"
Hubieron.	Fueron.	"	Hubieron habido.	Hubieron sido	"

Preterito anterior

Futuro imperfecto

Habré.	Seré.	amado	Habré habido.	Habré sido.	amado
Habrás.	Serás.	"	Habrás habido.	Habrás sido.	"
Habrá.	Será.	"	Habrá habido.	Habrá sido	"
Habremos.	Seremos.	"	Habremos habido.	Habremos sido.	"
Habréis.	Seréis.	"	Habréis habido	Habréis sido	"
Habrán.	Serán.	"	Habrán habido.	Habrán sido.	"

Futuro perfecto

Habré.	Seré.	amado	Habré habido.	Habré sido.	amado
Habrás.	Serás.	"	Habrás habido.	Habrás sido.	"
Habrá.	Será.	"	Habrá habido.	Habrá sido	"
Habremos.	Seremos.	"	Habremos habido.	Habremos sido.	"
Habréis.	Seréis.	"	Habréis habido	Habréis sido	"
Habrán.	Serán.	"	Habrán habido.	Habrán sido.	"

MODO POTENCIAL

Potencial simple o imperfecto

Habría.	Sería.	amado	Habría habido.	Habría sido	amado
Habrías.	Serías.	"	Habrías habido.	Habrías sido	"
Habría.	Sería.	"	Habría habido.	Habría sido	"
Habríamos.	Seríamos.	"	Habríamos habido.	Habríamos sido	"
Habréis.	Seríais.	"	Habríais habido.	Habríais sido.	"
Habrían.	Serían.	"	Habrían habido.	Habrían sido.	"

Potencial compuesto o perfecto

Habría.	Sería.	amado	Habría habido.	Habría sido	amado
Habrías.	Serías.	"	Habrías habido.	Habrías sido	"
Habría.	Sería.	"	Habría habido.	Habría sido	"
Habríamos.	Seríamos.	"	Habríamos habido.	Habríamos sido	"
Habríais.	Seríais.	"	Habríais habido.	Habríais sido	"
Habrían.	Serían.	"	Habrían habido.	Habrían sido	"

MODO SUBJUNTIVO

Pretérito perfecto

Haya	Haya sido	amado
Hayas	Hayas sido	"
Haya	Haya sido	"
Hayamos	Hayamos sido	"
Hayáis	Hayáis sido	"
Hayan	Hayan sido	"

Presente

Sea	Haya sido	habido
Seas	Hayas sido	"
Sea	Haya sido	"
Seamos	Hayamos sido	"
Seáis	Hayáis sido	"
Sean	Hayan sido	"

amado	Haya	Haya sido
"	Hayas	Hayas sido
"	Haya	Haya sido
"	Hayamos	Hayamos sido
"	Hayáis	Hayáis sido
"	Hayan	Hayan sido

Sea	Fuera	Fuera
Seas	Fueras	Fueras
Sea	Fuera	Fuera
Seamos	Fuéramos	Fuéramos
Seáis	Fueráis	Fueráis
Sean	Fueran	Fueran

Pretérito pluscuamperfecto 1ª forma

Hubiera	Hubiera sido	"
Hubieras	Hubieras sido	"
Hubiera	Hubiera sido	"
Hubiéramos	Hubiéramos sido	"
Hubierais	Hubierais sido	"
Hubieran	Hubieran sido	"

Pretérito imperfecto 1ª forma

amado	Hubiera	Hubiera sido
"	Hubieras	Hubieras sido
"	Hubiera	Hubiera sido
"	Hubiéramos	Hubiéramos sido
"	Hubierais	Hubierais sido
"	Hubieran	Hubieran sido

Fuera	Hubiera	Hubiera sido
Fueras	Hubieras	Hubieras sido
Fuera	Hubiera	Hubiera sido
Fuéramos	Hubiéramos	Hubiéramos sido
Fueráis	Hubierais	Hubierais sido
Fueran	Hubieran	Hubieran sido

Pretérito pluscuamperfecto 2ª forma

Hubiese	Hubiese sido	"
Hubieses	Hubieses sido	"
Hubiese	Hubiese sido	"
Hubiésemos	Hubiésemos sido	"
Hubieseis	Hubieseis sido	"
Hubiesen	Hubiesen sido	"

Pretérito imperfecto 2ª forma

amado	Hubiese	Hubiese sido
"	Hubieses	Hubieses sido
"	Hubiese	Hubiese sido
"	Hubiésemos	Hubiésemos sido
"	Hubieseis	Hubieseis sido
"	Hubiesen	Hubiesen sido

Fuere	Hubiese	Hubiese sido
Fueses	Hubieses	Hubieses sido
Fuese	Hubiese	Hubiese sido
Fuésemos	Hubiésemos	Hubiésemos sido
Fueseis	Hubieseis	Hubieseis sido
Fuesen	Hubiesen	Hubiesen sido

Futuro imperfecto

Hubiere	Fuere	amado	Hubiere	Hubiere sido	Futuro perfecto
Hubieres	Fueres	"	Hubieres	Hubieres sido	"
Hubiere	Fuere	"	Hubiere	Hubiere sido	"
Hubiéremos	Fuéremos	"	Hubiéremos	Hubiéremos sido	"
Hubiereis	Fuereis	"	Hubiereis	Hubiereis sido	"
Hubieren	Fueren	"	Hubieren	Hubieren sido	"

MODO IMPERATIVO

Presente

Verbo haber

He tú
 Haya él
 Hayamos nosotros
 Habed vosotros
 Hayan ellos

Verbo ser

Sé tú
 Sea él
 Seamos nosotros
 Sed vosotros
 Sean ellos

Formas simples

Infinitivo **Haber**
 Gerundio **Habiendo**
 Participio **Habido**

Haber sido amado
 Habiendo sido amado

Formas compuestas

Haber sido
 Habiendo sido
 (Gerundio compuesto carce)

CONJUGACION DE LOS VERBOS MODELOS:

AMAR, TEMER Y PARTIR

VOZ ACTIVA

MODO INDICATIVO

TIEMPOS SIMPLES

Presente

Yo am—o
Yo tem—o
Yo part—o

Pretérito imperfecto

Yo am—aba
Yo tem—ía
Yo part—ía

Pretérito indefinido

Yo ame—é
Yo tem—í
Yo part—í

Futuro imperfecto

Yo am—aré
Yo tem—eré
Yo part—iré

TIEMPOS COMPUESTOS

Pretérito perfecto

Yo he amado
Yo he temido
Yo he partido

Pretérito pluscuamperfecto

Yo había amado
Yo había temido
Yo había partido

Pretérito anterior

Yo hube amado
Yo hube temido
Yo hube partido

Futuro perfecto

Yo habré amado
Yo habré temido
Yo habré partido

MODO POTENCIAL

Potencial simple

Yo am—aría
Yo tem—ería
Yo part—iría

Potencial compuesto

Yo habría amado
Yo habría temido
Yo habría partido

MODO SUBJUNTIVO

Presente

Yo am—e
Yo tem—a
Yo part—a

Pretérito perfecto

Yo haya amado
Yo haya temido
Yo haya partido

Pretérito imperfecto 1ª y 2ª forma

Yo am—ara o am—ase
Yo tem—iera o tem—iese
Yo part—iera o part—iese

Pluscuamperfecto 1ª y 2ª forma

Yo hubiera o hubiese amado
Yo hubiera o hubiese temido
Yo hubiera o hubiese partido

Futuro imperfecto

Yo amare
Yo temiere
Yo partiere

Futuro perfecto

Yo hubiere amado
Yo hubiere temido
Yo hubiere partido

MODO IMPERATIVO

Presente

Ama, teme, parte tú
ame, tema, parta él

Amemos, temamos, partamos nosotros
Amad, temed, partid vosotros.
Amen, teman, partan ellos

MODO INFINITIVO

Formas simples

Infinitivo: Amar, temer, partir.

Gerundio: Amando, temiendo,
partiendo.

Participio: Amado, temido, partido.

Formas compuestas

Haber amado, temido, partido

Habiendo amado, temido, partido

Carece

La conjugación pasiva del verbo amar hemos expuesto al conjugar el verbo ser.

CONJUGACION PRONOMINAL O REFLEXIVA

Esta conjugación se la efectúa colocando los pronombres reflejos entre los pronombres personales y el verbo que se conjuga, de la manera siguiente:

INFINITIVO arrepentirse

Presente de Indicativo	Pretérito Indefinido	Futuro Imperf. de Indicativo
Yo me arrepiento	Yo me arrepentí	Yo me arrepentiré
Tú te arrepientes	Tú te arrepentiste	Tú te arrepentirás
El se arrepiente	El se arrepintió	El se arrepentirá
Nos. nos arrepentimos	Nos. nos arrepentimos	Nos. nos arrepentiremos
Vos. os arrepentís	Vos. os arrepentisteis	Vos. os arrepentiréis
Ellos se arrepienten.	Ellos se arrepintieron	Ellos se arrepentirán

CONJUGACION PERIFRASTICA

Para realizar dicha conjugación nos servimos de un conjunto de palabras, ya que no encontramos una palabra que exprese la idea total, como ocurre con los verbos HABER, DEBER Y TENER.

- Con los verbos **haber** y **deber** empleamos la preposición **de**.
- Con el verbo **tener** usamos la conjunción **que**.

He de amar	Debo de partir	Tengo que trabajar
Hube de amar	Debí de partir	Tuve que trabajar
Habré de amar	Deberé partir	Tendré que trabajar

En los demás tiempos se procederá en igual forma.

LA IRREGULARIDAD EN LOS VERBOS

Un verbo es irregular por alterar la raíz o la terminación o ambas cosas a la vez, al ser conjugado. Hay dos clases de irregularidades, de irregularidad común y de irregularidad propia.

Los **tiempos fundamentales** comunican su irregularidad a sus demás tiempos derivados, éstos son tres:

- 1.— El presente de indicativo comunica a los demás presentes.
- 2.— El pretérito indefinido comunica a los demás pretéritos y futuro de subjuntivo.
3. El futuro de indicativo comunica al potencial simple.

Los verbos con irregularidad común los dividimos en seis clases, apartándonos de la enojosa división en doce grupos.

IRREGULARIDAD COMUN POR DIPTONGACION

PRIMERA CLASE

Tenemos esta irregularidad cuando la penúltima vocal del verbo es acentuada y se diptonga en todos los presentes. Las vocales que se diptongan son: o, u, en **ue**; e, i, en **ie**.

o en ue: rodar, ruedo, ruede, rueda.

u en ue: jugar, juego, juegue, juega.

e en ie: apretar, aprieto, apriete, aprieta.

i en ie: inquirir, inquiero, inquiera, inquiere.

Los verbos de esta clase poseen sustantivos o adjetivos afines que determinan la irregularidad, por ejemplo: rodar, ruedo, la rueda; nevar, nieva, la nieve.

IRREGULARIDAD COMUN POR CAMBIO DE VOCAL

SEGUNDA CLASE

La irregularidad verificase cuando en la raíz hay el cambio de e en i; o en u, en todas las series de presente y de pretérito de los siguientes verbos:

e en i: servir, sirvo, sirva, sirve; sirviera, sirviese, sirviere.

Los verbos terminados en: ebir, edir, (menos agredir y transgredir), egir, eguir, emir, enchir, endir, estir, etir. Reir y los terminados en eir, eñir.

Lo tienen sólo en la serie del pretérito de subjuntivo el verbo hervir y los terminados en erquir, entir, erir y ertir, como: herir, hiriera, hiriese, hiriere.

o en u: podrir, pudro, pudrió, pudriera, pudriese, pudriere.
Dormir, durmió, durmiera, durmiese, durmiere

IRREGULARIDAD COMUN POR AUMENTO DE CONSONANTE

TERCERA CLASE

La presente irregularidad consiste en aumentar a la raíz una consonante, pudiendo ser la z, la g o la y.

z: ofrecer, ofrezco, ofrezca.

g: disponer, dispongo, disponga.

y: instruir, instruyo, instruya, instruye.

IRREGULARIDAD COMUN POR PERDIDA DE VOCAL

CUARTA CLASE

Por tal irregularidad suprimimos la i de la terminación en la serie de pretérito y de gerundio de los verbos terminados en eir, como también en todos los verbos de la segunda o tercera conjugación, cuya raíz finaliza en ñ o ll.

ñir: gruñir, gruñendo, gruñó, gruñera, gruñese, gruñere.

llir: bullir, bullendo, bulló, bullera, bullese, bullere.

IRREGULARIDAD COMUN DE PRETERITO FUERTE

QUINTA CLASE

La irregularidad consiste en tener acentuada la raíz antes que la terminación en la primera persona del pretérito indefinido, ejemplos:

ANDAR anduve, anduviera, anduviese, anduviere.

ESTAR: estuve, estuviera, estuviese, estuviere.

TRAER: traje, trajera, trajese, trajere.

CABER: cupe, cupiera, cupiese, cupiere.

HACER: hice, hiciera, hiciese, hiciere.

VENIR: vine, viniera, viniese, viniere.

Los verbos que llevan la terminación DUCIR tienen irregularidad de pretérito fuerte, como: reducir, reduje.

IRREGULARIDAD COMUN DE FUTURO

SEXTA CLASE

Esta irregularidad resulta del cambio efectuado en la raíz en el futuro imperfecto de indicativo y, por consiguiente, en el potencial simple, así:

SALIR: saldré, saldría.

VALER: valdré, valdría.

HACER: haré, haría.

VERBOS CON IRREGULARIDAD PROPIA

Infinitivo	Presente	Pretérito Indef.	Presente Subjuntivo	Pretérito Imp. 1º y 2º forma y Futuro
ANDAR	ando	anduve	ande	anduviera, ese, ere.
ASIR	asgo	así	asga	asiera, ese, ere.
CABER	quepo, caber	cupe	quepa	cupiera, ese, ere.
CAER	caigo	caí	caiga	cayera, cayese, cayere.
DAR	doy	di	de	diera, ese, ere.
DECIR	digo	dije	diga	dijera, ese, ere.
ERGUIR	irgo (yergo)	erguí	irga (yerga)	irguiera, ese, ere.
ESTAR	estoy	estuve	esté	estuviera, ese, ere.
HACER (rehacer)	hago	hice	haga	hiciera, ese, ere.
IR	voy	fui	vaya	fuera, ese, ere.

(Pret. Imp. IBA;
Fut. Imp. IRE;
Pot. simple IRIA).

OIR	oigo	oí	oiga	oyera, ese, ere.
PLACER	plazco	plací (plugo)	plazca (plegue)	placiera o pluguiera
PODER	puedo	pude	pueda	podiera, ese, ere.
PODRIR (pudrir)	podro	podrí	podra	podriera, ese, ere.
PONER	pongo	puse	ponga	pusiera, ese, ere.
QUERER	quiero	quise	quiera	quisiera, ese, ere.
SABER	sé	supe	sepa	supiera, ese, ere.
SER	soy	fui	sea	fuera, ese, ere.
TRAER	traigo	traje	traiga	trajera, ese, ere.
VENIR	vengo	vine	venga	viniera, ese, ere.
VER	veo	vi	vea	viera, ese, ere.
YACER	yazco (yazgo, yago)	yací	yazca (yazga, yaga)	yaciera, ese, ere.

VERBOS DEFECTIVOS

Llamamos verbos defectivos a los que carecen de algunos tiempos y personas y son de dos clases, por su significado y por su estructura.

a) Por su significación son defectivos los que lógicamente

no pueden ser conjugados en algunas de sus personas, como los **unipersonales**: atardecer, nevar, ladrar, etc.....

b) Por su estructura son defectivos los verbos que carecen de algunos tiempos y personas por ir en contra de la eufonía. como: soler, suelo, solí; abolir, abolia, aboli, aboliré, aboliría, aboliera, aboliese y aboliere.

EL ADVERBIO

Adverbio (ad=a, vebum=verbo, referente al verbo) es la parte invariable de la oración que modifica, calificando o determinando, al verbo, al adjetivo o a otro adverbio.

El adverbio no solamente sirve para modificar a las partes indicadas de la oración, sino que en la Sintaxis forma las oraciones compuestas adverbiales.

DIVISION DEL ADVERBIO

I. Por su expresión:

- a) Calificativo: pasamos mal.
- b) Determinativo: estuvimos allá.

II. Por la relación:

- a) Interrogativos: Dónde? Cuándo?Cuál? Cuánto? Cuán? Cómo?
- b) Relativos: donde, cuando, cual, cuanto, cuan, como.

III. Por su significación:

a) **DE MODO**: bien, mal, así, apenas, quedo, recio, despacio, bajo, alto, inclusive, excepto, aposta, adrede, duro, conforme, salvo, medio, aparte, aprisa, asimismo, viceversa y los que formamos con la terminación mente, como: buenamente, prudentemente. Oración modal: se cumplió, **como** yo había anunciado; se desarrolló, **según** sus capacidades.

b) DE LUGAR: aquí, ahí, allí, allá, cerca, lejos; acá, encima, debajo, delante, detrás, allende, arriba, abajo, dentro, adentro, donde y adonde. Oración local: vinieron aquí, **donde** les esperábamos.

c) DE TIEMPO: hoy, ayer, antes, después, presto, jamás, pronto, ya, tarde, temprano, nunca, recientemente, anoche, anteanoche, anteayer, todavía, antaño, hogaño, etc. Oración temporal: **cuando** aparecen las golondrinas, llega la primavera.

d) DE CANTIDAD: Mucho, poco, harto, bastante, muy, menos, más, casi, nada, cuan, cuánto, tan, tanto, algo, etc.

e) DE ORDEN: primeramente, sucesivamente, últimamente, respectivamente, finalmente, luego, antes, después, etc.

f) DE AFIRMACION: Sí, cierto, efectivamente, también, seguramente, verdaderamente.

g) DE NEGACION: No, nunca, nada, jamás, tampoco.

h) DE DUDA: Acaso, quizás, talvez, etc.

MODOS ADVERBIALES

Los modos adverbiales se constituyen de un grupo de palabras que equivalen a un adverbio, ejemplo: a ciegas, a obscuras, cara a cara, de golpe, de par en par, más y más, por último, en un santiamén, sobre todo, etc.

USO CORRECTO DE ALGUNOS ADVERBIOS

De repente significa **repentinamente**.

Hoy tiene la equivalencia de **en este día**.

Ahora significa **en este momento**.

Adrede, más no hemos de decir de adrede; ya lleva incluida la preposición **de**.

De veras, pero jamás emplearemos **de a de veras**.

Despacio significa **lentamente**.

De balde significa **gratis**; evitaremos decir **de a de balde**.

Frecuentemente escuchamos las frases incorrectas: baje abajo, entre adentro, salga afuera, suba arriba. Diremos únicamente, baje, entre, salga, suba.

LA PREPOSICION

Es la parte invariable de la oración que establece relación de dependencia (régimen) entre las palabras y determina las funciones gramaticales que desempeñan.

DIVISION:

Las preposiciones se dividen en dos clases: en separables e inseparables, según vayan unidas o separadas de una palabra.

- a) **Preposiciones separables** a, ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para, por, según, sin, so, sobre, tras.
- b) **Preposiciones inseparables:**

CASTELLANAS

Antebrazo
conmigo
devenir
envolver
entrelazar.

EXTRANJERAS

Inmortal
exponer
abdicar
acéfalo
sintaxis

LA PREPOSICION Y LOS CASOS (COMPLEMENTOS)

DE

Genitivo. Es genitivo si depende de un **sustantivo** y es complemento determinativo o de nombre, como: casa **de Pedro**, vestido **de seda**, libro **de Gramática**.

DE

Ablativo. Es ablativo si depende de un verbo la preposición "de" y es complemento circunstancial, como: aunque se **vista de seda**, **hablamos de historia**, los estudiantes **vienen de Guayaquil**.

A, PARA

Dativo. Rigen este caso cuando indican daño o provecho, siendo complemento indirecto, como: compro libros a **Luis**, compro libros para **Luis**.

POR

Dativo. Cuando **por** equivale a **para** e indica fin: le dije **por** alegrarle; le dije **para** alegrarle.

A

Acusativo. Expresa el caso acusativo, cuando el complemento directo es de persona o cosa personificada, ejemplo: La justicia persigue a los **malvados**.

Estas mismas preposiciones y las demás rigen caso ablativo, cuando indican las diversas circunstancias de lugar, tiempo, causa, instrumento, origen, destino, etc. Ejemplos: mis padres salieron **de Quito**, mis padres llegaron a **Quito**, mis padres salieron **para Quito**; sucedió **a las diez**; le mataron a **puñaladas**.

LOCUCIONES PREPOSITIVAS.— Son conjuntos de palabras que tienen el valor de preposiciones, como: acerca de, a causa, en vista de, junto a, en medio de, en vez de.

LA CONJUNCION

Con conjunción es la parte invariable de la oración que une o coordina palabras u oraciones.

Con las conjunciones formamos las oraciones conjuntivas coordinadas.

DIVISION DE LAS CONJUNCIONES

Conjunciones coordinantes

COPULATIVAS. Son las que unen palabras u oraciones, sien-

do las siguientes: y, e, ni, que. La **y** se cambia en **e**, siempre que precede a una palabra que empiece por inicial i, hi, como padre e hijo.

DISYUNTIVAS. Indican diferencia o separación: u, o, ora, ya, bien, sea, etc. Empléase u en vez de o, si ésta precede a una palabra que empiece por o, ho: mujer u hombre.

ADVERSATIVAS. Las que indican oposición entre lo que se dice y lo que se va a decir: mas, pero, aunque, sino: haré el bien, aunque no lo quieran.

CONSECUTIVAS. Expresan deducción o consecuencia: conque, luego, por consiguiente, por tanto, pues, etc.: cometiste el delito, por tanto, serás castigado.

Conjunciones subordinativas

CAUSALES. Las que manifiestan la causa, motivo o razón de una cosa: que, pues, pues que, puesto que, por, porque, ya que: ganaste el premio, puesto que aventajaste a los demás.

CONDICIONALES. Dan a conocer la condición o necesidad: si, si no, como, siempre que, dado que, con tal que: como vengas temprano, te regalaré un libro. El término "sino" es conjunción adversativa.

FINALES. Expresan el fin: para, para que, porque, a fin de que: viniste para estudiar.

COMPARATIVAS. Establecen comparación: así, así como, como, lo mismo que, etc.: Pedro es tan bueno como Juan.

CONCESIVAS. Las que denotan concesión: aunque, dado que, puesto que, bien que, por más que, así.

LA INTERJECCION

Interjección. Es la parte invariable de la oración con que expresamos los movimientos internos y súbitos del alma, como: alegría, dolor, sorpresa, horror, amenaza.

CLASIFICACION.— Las interjecciones se clasifican en **interjecciones propias** e **interjecciones impropias**.

- a) **Interjecciones propias** son las que siempre y únicamente han desempeñado la función de tales, como: ¡ah!, ¡oh!, ¡uh!, ¡uf!, ¡ay!, ¡ea!, ¡uy!, ¡hola!, ¡caramba!, ¡ole!, zape, sus, ojalá, puf, etc. Las interjecciones van entre signos de admiración o simplemente, entre comas.
- b) **Interjecciones impropias** son los sustantivos, adjetivos o verbos que, en el presente caso, hacen de interjecciones: bravo, adelante, viva, hombre, silencio, demonios, alto, atención, ánimo, ojo, anda, fuera.

Todas estas interjecciones son **simples**, pero son **compuestas** cuando se las repite: hola, hola!, ya, ya!, bravo, bravo!, dale, que dale!

MODOS INTERJECTIVOS. Son conjuntos de dos o más palabras que dan el efecto de una interjección: ¡punto en boca!, ¡qué tal!, ¡válgame Dios!

En este punto, tenemos como **ecuadorianismos** las interjecciones que provienen del Quichua, como las siguientes: arrarray, achachay, ayayay, atatay, y otras más.

INDICE

	Páginas
Ecuador	9
Nuestra Patria Inmortal	10
Amor Patrio	13
Nuestro Himno	14
Nuestro Escudo	15
Nuestra Bandera	16
El Ave de Nuestro Escudo	17
El Porvenir del Ecuador	20
Así hicieron Patria nuestros antepasados	24

DESFILE DE CIUDADES Y PAISAJES

Tierra Nuestra	28
El Chanchán	30
Zumbagua	32
Santo Domingo de los Colorados	34
La Siega	36
El Indio ecuatoriano	38
Valle de la Sierra	41
Un paisaje de ensueño: El Valle de los Chillos	43
Desde el Imbabura	45
Un pedazo del Paraíso a orillas del Pastaza	48
Salinas, hermoso balneario del Ecuador	50
Lago de San Pablo	52
El Chimborazo	53
El árbol indiano	56
El Paraíso Insular Ecuatoriano	58
Ríos de nuestro Oriente	60

Quito, una de las ciudades hermosas de la América	63
Guayaquil, Perla del Pacífico	65
Riobamba, ciudad típicamente andina	67
Ambato, jardín y huerto de los Andes	68
Latacunga	69
Otavalo, ciudad de los paisajes tranquilos	71
Puyo, hermoso joyel del Oriente Ecuatoriano	72

FORJADORES DE NUESTRA NACIONALIDAD

Simón Bolívar /	77
Atahualpa	86
Rumiñahui	91
Juan de Velasco v	94
Pedro Vicente Maldonado v	97
Eugenio de Santacruz y Espejo v	102
Antonio José de Sucre v	107
Vicente Rocafuerte	118
Juan Montalvo	128
Juan León Mera X	132
Eloy Alfaro	135
Federico González Suárez	142
María Angélica Idrobo	148

CUADROS HISTORICOS

Primeros europeos que vieron tierra ecuatoriana	154
El éxodo inmortal: Descubrimiento del Amazonas	156
El Pendón Real	160
La estancia colonial	163
La mita	165
La legendaria carga de los Veinte	167
La Batalla de Tarqui	172
12 de Febrero de 1832	175

JUNTO AL AULA, A LOS SENTIMIENTOS Y A LA BELLEZA

	Páginas
Fuentes de belleza	181
Arte plástico ecuatoriano	185
La música	186
Deseos de un padre	187
La constancia	189
Antorcha en El Oro	191
El trabajo	195
Pluma de diamante	197
La escuela.....	198
Cariño al árbol	199
Tierras silenciosas que también son Patria	201
Tu maestro	204
¡Adelante, juventud!	206
Sueño de lejanía	207
La última lección del Maestro	208
Las vacaciones vienen	212
Los que viven en la inmortalidad	214

POESIAS ESCRITAS POR VARIOS AUTORES

EQUADOR.— Remigio Romero y Cordero	221
AL PIE DE LA BANDERA.— Víctor D. Silva	222
ELIOBOLIVAR.— Pablo Hannibal Vela	224
LA ESPADA DE BOLIVAR.—Pablo Hannibal Vela	225
GUAYAQUIL.—Juan Bautista Aguirre	225
CUENCA.— Vicente Moreno Mora	226
CANTO AL CHIMBORAZO.— Miguel Angel León	227
VUELTA A LA PATRIA.— Juan Antonio Pérez B.	228
ORACION INGENUA.— Emilio Frugoni	229
DE "ODISEA DEL ALMA".— Numa Pompilio Llona	230
LAS GOLONDRINAS.— Honorato Vásquez	232
CANTO AL MAIZ.— José Nicolás Vacas	234
MARCHA TRIUNFAL.— Rubén Darío	234

EL SEMBRADOR DE ESTRELLAS.— Enrique González	236
FERIA DE MI CIUDAD.— Antonio Montalvo	237
LOS CAMELLOS.— Guillermo Valencia	238
QUE VIEJECITA ERES.— Salvador Rueda	241
LA VICTORIA DEL HOMBRE.— Ricardo Rojas	243
AL CAYAMBE.— César Augusto Tamayo	244
CANTO AL MAESTRO DEL FUTURO.— J. Nicolás Vacas	246

SINOPSIS GRAMATICAL
por CESAR AUGUSTO TAMAYO

Liminar	249
Gramática	251
Fonología	252
Morfología	258
El artículo	263
El nombre sustantivo	264
El nombre adjetivo	266
El pronombre	270
El verbo	275
Conjugación de los verbos auxiliares haber y ser	280
Conjugación de los verbos modelos: Amar, Temer y Partir	284
El adverbio	291
La preposición	293
La conjunción	294
La interjección	295

ECUADOR INMORTAL

Idrobo Tarquimo Anibal

Fecha de Préstamo	Nombre del Lector
3-5-90	Jaime Chocho

BIBLIOTECA MUNICIPAL

"PEDRO MONCAYO"

IBARRA



